Este volumen forma parte del ciclo de actos conmemorativos del 150° aniversario de la instalación de la Universidad de la República, celebrado en 1999. Se trata de un texto de sumo interés, muy frecuentado por quienes se han dedicado a estudiar nuestro pasado, pero que por primera vez se da a conocer en el idioma oficial del país. Para todos, me atrevo a anticiparlo, este diario de viaje de Auguste Saint-Hilaire que recorrió nuestro territorio entre fines de 1821 y principios de 1822 constituirá una bienvenida revelación y una lectura disfrutable y aleccionadora.

La iniciativa de la presente publicación se gestó en el marco de la Asociación de Universidades Grupo Montevideo, por acuerdo con la Universidad Federal de Río Grande do Sul, que ya había publicado la totalidad del volumen, por primera vez también, en portugués, incluyendo la parte, que aquí, por ahora, omitimos, estrictamente dedicada al territorio brasileño, igualmente abarcado por el autor.

El producto, así, puede considerarse uno de los tantos frutos de la conjunción de esfuerzos que tan exitosamente ha promovido aquel consorcio regional de instituciones de educación superior.

Rafael Guarga
Rector



AUGUSTE DE SAINT - HILAIRE

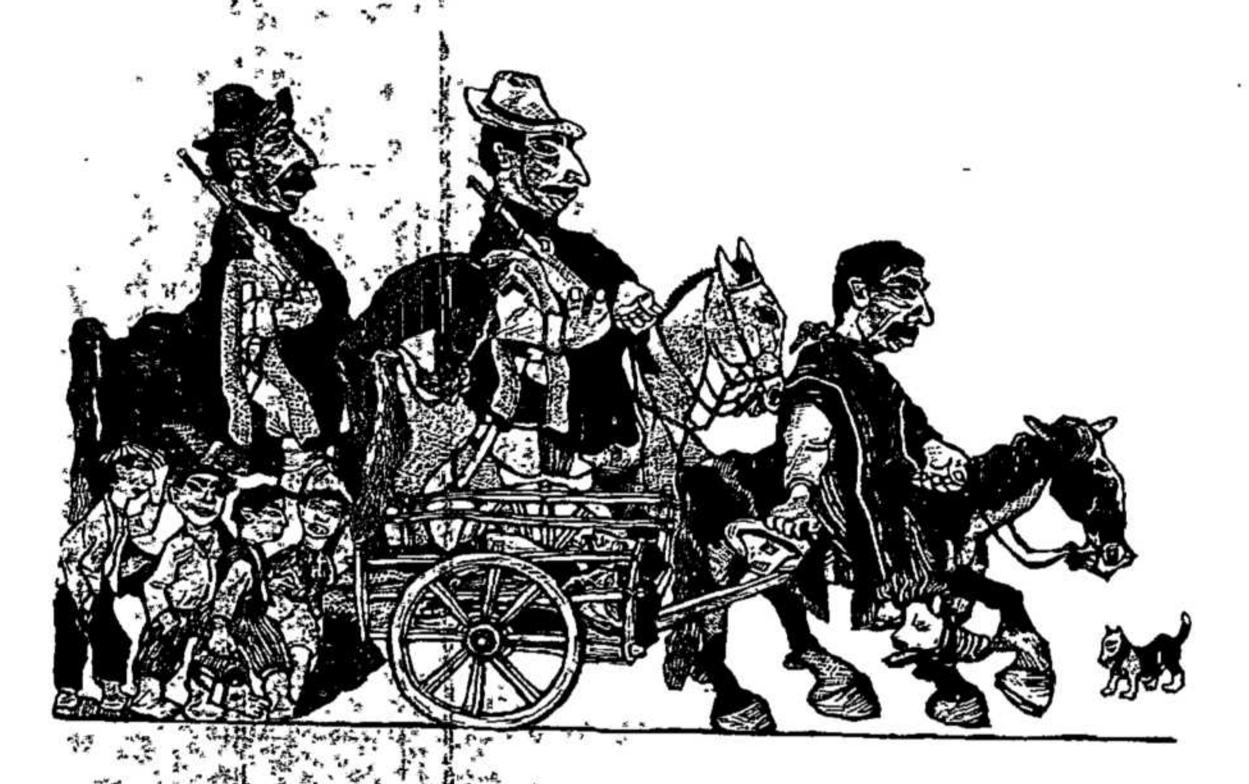
AL SUR DEL BRASIL, AL NORTE DEL RÍO DE LA PLATA



VII

AUGUSTE DE SAINT - HILAIRE

# AL SUR DEL BRASIL, AL NORTE DEL RÍO DE LA PLATA



Traducción de Mariana Vlahussich, en colaboración con Beatriz Vegh
Prólogo de Arturo Ariel Bentancur









ISBN. - 9974-0-0281-8


*Rectorado:* 18 de Julio 1824, Montevideo, Uruguay
Teléfonos: (5982) 4084901 - 4098426
E-mail: secretararrobaoce.edu.uy



*Responsable de la edición:* José Wainer

*Diseño general y diagramación:* Jorge Martínez
*Ilustración de tapa:* Intervención de la copia del grabado de
Carlos González *«La muerte de Martín Aquino»* cedido por Pascual Grippoli

*Edición e impresión:* Taller Gráfico Ltda.
*Domicilio:* *Hocquart 1945*
*Teléfono:* *400 58 86*
Montevideo, Uruguay

Depósito legal N° 336.080

AUGUSTE DE SAINT - HILAIRE

# AL SUR DEL BRASIL, AL NORTE DEL RÍO DE LA PLATA

Traducción de Mariana Vlàhussich
Colaboración de Beatriz Vegh
Prologo: Arturo Ariel Bentancur








ÍNDICE

# Prologo

## Saint - Hilaire: historiador de lo cotidiano

El botánico Auguste de Saint-Hilaire, o Agustín Francisco de Prouvensal (Orleans, 1774), miembro de la Academia de Ciencias del Instituto de París, fue uno entre los centenares de viajeros que, generalmente de paso por el territorio ubicado al Este del Río Uruguay, aportaron datos de mucha utilidad para reconstruir un pasado del que a veces constituyen la única referencia testimonial. Salido de Europa en 1816 dentro de la comitiva del duque de Luxemburgo, recorrió no menos de 2.500 leguas de territorio brasileño, la mayor parte a lomo de mula, a lo largo de los cuales «no dejó nada por ver y estudiar», para consignarlo después en una obra encarada con auténtico «estilo profesional». Su Voyage dans la province du Río Grande do Sul (Orleans, 1887) fue traducida al idioma portugués en 1935 y en 1940 aunque reseñando sólo ligeramente los tramos que aquí se reeditan, incluidos en cambio en otra edición de 1987.

La narración recogida en los 11 capítulos aquí analizados transcurre entre setiembre de 1820 y febrero de 1821, abarcando desde su partida de Río Grande de San Pedro hasta su retorno a Porto Alegre. Ingresó al territorio uruguayo por Chuy, recorriendo el costado Sur hasta Colonia del Sacramento y remontando luego el litoral Oeste que dejaría definitivamente a la altura del Cuareim.

Atravesó por tanto una típica zona de frontera, entonces toda ella bajo dominio portugués, que ha significado desde siempre una

unidad geográfica y un contínuo histórico indisolubles. La enorme «L» dibujada en su pasaje por territorio uruguayo no sufrió en su vértice una alteración inicialmente prevista, por haberle impedido las circunstancias el deseado cruce desde Colonia a Buenos Aires («estuve a diez leguas de una de las ciudades más célebres de América meridional y volveré a Europa sin haberla visto», cap. X). Fue uniendo pueblos, estancias, destacamentos de militares y ranchos, para volcar puntualmente sus impresiones sobre cada uno de ellos. La suya fue una embajada de paz, a tal punto que ni él ni su asistente sabían disparar un fusil, pero sin embargo no le faltaron sobresaltos: El acecho de los animales salvajes, la posibilidad de morir envenado a causa de ingerir un extraño tipo de miel, alguna aislada negativa de hospitalidad, al menos una conducción equivocada, los insectos implacables ...

Transitó en medio de campos devastados tras una década de guerras culminadas con la derrota definitiva del artiguismo y con sus vencedores (los portugueses) consolidándose en la posesión de todo el espacio limitado al sur por el Río de la Plata. Como consecuencia de esto último se vivía uno de los escasos períodos de calma observados en medio de las interminables luchas por el poder que subsiguieron a la caída del dominio español en la zona.

Le acompañaba una pequeña comitiva que no dejaría de causarle dificultades: un par de soldados portugueses contratados, varios ocasionales colaboradores indios, un asistente francés que hallaría «cada día más tonto y más lento», y los esenciales baqueanos de turno. Cumplió la mayor parte del itinerario en una carreta [medio de transporte y lugar de trabajo o de descanso según las ocasiones] en la que cargaba baúles, cajas, carpetas, instrumentos científicos, colecciones de hierbas, pájaros e insectos. Fue amparado por el gobierno de Río de Janeiro, cuyos campamentos del litoral Oeste visitó uno a uno, para recibir en ellos la hospitalidad y la ayuda que en el recorrido previo hallara en estancias y poblaciones civiles.

Su labor literaria se asimila con las de otros renombrados viajeros - escritores que pasaron por el territorio algunos años después.



Con sus compatriotas Alcides D'Orbigny y Arsene Isabelle compartió la condición de científicos naturales y la coincidencia en algunos de los tramos recorridos en lares orientales. En esto concordó también parcialmente con Charles Darwin, aunque el agudo interés del célebre biólogo inglés por las especies animales le impidió describir con eficacia comparable la vida y las costumbres rioplatenses. Saint - Hilaire descolló entre todos ellos por lo que Ariosto González ha definido como «precisión documentaria», «trivialidad minuciosa», «vigilante atención» y «exactitud casi fatigosa» en la descripción más detallada de las sociedades rurales o urbanas con las cuales convivió fugazmente. Aníbal Barrios Pintos lo ha calificado con acierto como «el más brillante observador de nuestra vida rural», pero muy bien pudiera suprimirse la última palabra de la frase para generalizar su afirmación.

Ahondando el «encanto de la contemporaneidad», escribió durante sus ratos de descanso y en forma de diario, a veces algo discontinuo y generalmente expandido en largas anotaciones que abarcaron siempre mucho más que sus intereses científicos. También expresó por ejemplo su preocupación por la lingüística con interesantes anotaciones incluidas en los capítulos XII y XIV acerca de los guaycurúes, a las que cabe agregar un permanente cuidado por definir conceptos que pudieran presentar dificultades de comprensión. Sobre todo la vivienda, el vestido y la alimentación aparecen tratados con afán erudito, respondiendo anticipadamente a tendencias muy actuales de la historiografía. Su crónica, aparte de resultar entretenida, constituye por ello una fuente histórica muy significativa y como tal ha venido siendo permanentemente consultada por diversos analistas de la época.

En algunos momentos manifestó inquietudes y aplicó procedimientos de un típico investigador del pasado, vg. al solicitar en Montevideo «algunos datos [«seguros»] sobre la historia de esta región» y acercándose con ese fin a Miguel Barreiro («tiene mucha información sobre lo que ocurrió aquí desde la revolución», [capítulo VIII]). «Ha-

blaré más en detalle cuando la haya recorrido», expuso responsablemente después de su primer contacto con la Villa de Rocha (capítulo VI) mientras que con criterio científico desconfió del testimonio de un súbdito español que le aseguraba la existencia de un generalizado sentimiento favorable a la vuelta del régimen anterior («puede ser parcial ya que nació en Europa» [capítulo VII]).

Desapasionado y libre de ataduras con localismos ni orgullos, no se ahorró interpretaciones, avaladas por la que a esa altura era una ya larga permanencia americana, y produjo un punto de vista enriquecedor desde donde se le mire.

El marco de las cuestiones económicas y políticas generales no podía estar ausente en su enfoque ni lo estará en el presente abordaje que iniciaremos por las primeras. Aparte de describir con precisión una «yerra», una trilla con yeguas o algunos claros ejemplos de retraso tecnológico, registró oportunamente explotaciones de madera y carbón, cueros o sebos, al tiempo que criticó el manejo desaprensivo de la riqueza ganadera y la escasez de cultivos agrícolas. Pero el punto que aparece más desarrollado por su impacto y por su relevancia es la destrucción que la guerra había producido en los rodeos vacunos.

Además de reseñar su propia peripecia para conseguir bueyes a lo largo del recorrido, 18 testimonios genéricos referidos a esas consecuencias de los desórdenes son acometidos según su efecto en situaciones individuales, centros poblados y regiones. Por lo menos en seis oportunidades son aludidos propietarios ricos que se empobrecieron, en algún caso hasta la mendicidad. Un tal Don Gregorio, poseedor de tierras que actualmente pertenecen al departamento de Soriano, «[l]e contó que durante la guerra había sido víctima sucesivamente de todas las facciones [...] [que] lo habían maltratado por igual, que sus animales habían muerto, que su casa había sido saqueada, que se había visto obligado a refugia[rse] en Buenos Aires». Se plantea además el abandono que por la misma razón hicieran muchos vecinos de localidades como San Carlos o Paysandú, al igual que la reducción de habitantes comprobada en los alrededores de Montevideo y Canelones, donde



sólo halló ruinas. En sus últimas panorámicas dedicadas al territorio uruguayo se vuelca con mucha frecuencia a inventariar «vestigios» de estancias «completamente destruidas durante la guerra».

En ese item resulta por demás exhaustivo el seguimiento de la disminución en el número de cabezas vacunas al menos por medio de 35 citas precisas. La «abundancia de animales con astas» que comprueba poco después de la partida desde Río Grande de San Pedro va disipándose a medida que se acerca a territorio uruguayo. A partir de Chuy comienza a consignar una dicotomía continuamente repetida en su camino posterior: mientras mejoran las pasturas [que en campos de San José y Colonia pasan a ser las mejores vistas por él en América] casi no existen vacunos, matemáticamente «exterminados» durante el proceso. En casi todos los casos opone las «grandes cantidades» existentes antes de las hostilidades y la reducción siempre «significativa» que ellas ocasionaran. Indica como en el cerro Aspro [cerca de Rocha] y en el paraje San Juan [inmediato a la Colonia del Sacramento] prácticamente habían desaparecido los tigres por no quedarles casi animales vacunos que perseguir. Agrega lo mismo causas [«mataban una vaca para comer sólo la lengua o hacer un tiento»] que consecuencias de la situación [pronunciada baja de las exportaciones de cueros, prohibición de charqueadas, carestía y escasez de carne, miseria, hambruna y falta de medios de subsistencia]. Contemplando el conjunto de los extensos cardales que a su juicio ya no podrían erradicarse de los campos de Soriano, lo citaba como «monumento a las discordias civiles que agitaron a este hermoso país».

La única inflexión en ese panorama se registra al cruzar el Río Negro y hallarse con una gran concentración de vacunos salvajes en el Rincón de las Gallinas. «Tuve la alegría de ver [...] una imagen de los campos que debe corresponderse, según lo que me dicen, con la que presentaban antes que la guerra asolara estas comarcas». Después de aludir al exterminio producido también en la campaña entrerriana, cuyos pobladores «se v[eía]n obligados a comer los caballos y cualquier cuadrúpedo que pas[as]e», la situación volvería a agravarse a partir

del arroyo Guaviyú, donde de nuevo la relación pasturas - ganados se torna desfavorable a estos últimos.

A su vez las notas y reflexiones políticas ocupan apreciable espacio en la obra, pero pueden ser esquematizadas alrededor de unos pocos puntos. Aparte de tomar diversas semblanzas trazadas respecto de las principales figuras de gobierno que cruzó en su camino (Lecor, Pueyrredón, Barreiro, etc.) pueden contabilizarse al menos 25 fragmentos de interés en ese aspecto. A sus juicios generalmente atinados agrega algunos pronósticos que la vida se encargaria de confirmar en varios casos.

Por ejemplo capta claramente el caos y el cansancio desencadenados por la revolución, avanzando en ese punto algunas acertadas previsiones. A propósito de una conversación sostenida con Miguel Barreiro, que lo reafirmó en muchos de sus pensamientos, sitúa «la falta de unión» y de acuerdo como principales obstáculos para alcanzar un tipo de organización más integrada: «Cada ciudad, cada región, cada pueblo aspira a ser independiente», afirma sin excluir de ese contexto la tradicional rivalidad de Buenos Aires y Montevideo. Proféticamente hace suya una afirmación de cierto dirigente portugués de su máxima confianza que auguraba «todavía más de un siglo de revoluciones», lo que extiende por supuesto al territorio entrerriano, percibido en estado de «anarquía total».

Si bien desaprueba su forma de hacer la guerra, un punto que aún debe profundizarse historiográficamente en nuestro medio, Saint Hilaire no deja de admitir la relevancia de José Artigas como caudillo rural de gran aceptación (vg., «ya he dicho hasta qué punto los indios [lo] seguían»). Próximo a Salto Grande señala a su vez como «lugar histórico bastante importante» el paso por el cual el líder vadeara el Río Uruguay en su retirada que, en un nuevo acierto, el analista vaticina como definitiva, seguro de estar asistiendo a un proceso terminado con la derrota de Tacuarembó.

Igualmente refleja en varios pasajes la hondura del distanciamiento entre españoles europeos y americanos, lo que según su entre-



vistado Juan Martín de Pueyrredón hacía que los segundos aceptaran someterse a cualquier estado europeo menos a su antigua metrópoli. Las conversaciones sostenidas en ese sentido entre representantes de los gobiernos de Buenos Aires en París interesaron a Saint - Hilaire por razones obvias y también por haberle correspondido un rol decisivo en ellas al dirigente porteño. El desprecio, la exclusión, la altanería y el exclusivismo peninsular desatados a consecuencia de las reformas borbónicas aparecen como causas principales de ese divorcio que también avizora ya definitivo: «Se odian con más saña que si fueran dos naciones diferentes y rivales; el odio de los hijos hacia sus padres es siempre el que más encono genera».

La tradicional rivalidad con los portugueses del Brasil también recibe del autor un tratamiento preferente, exponiendo inclusive un razonable matiz al distinguir entre el auténtico odio que expresaban los habitantes de la zona sudeste, más específicamente integrados en la frontera, y la falta de especial animosidad que observara en el litoral Oeste, donde había existido mucho menor contacto. Sienta su oposición al ingreso definitivo de la entonces Provincia Cisplatina al conglomerado lusitano por entender que ello significaría «unir elementos contrarios». Se fortalece en esa postura con argumentaciones económicas resultantes de la operación político - militar («le han costado y le siguen costando sumas enormes», por lo que las capitanías brasileñas «se ha[bía]n empobrecido para sostener esta guerra») y también legales, por las heridas que una decisión de ese carácter hubiera producido en las relaciones de ambos estados ibéricos. En consecuencia cada vez que alude a esa realidad lo hace destacando su carácter provisional de posesión «no segura».

En varias oportunidades se refiere a la eventualidad del interés lusitano por el Entre Ríos geográfico, donde suponía la existencia de partidarios secretos de la anexión. Considera probable «que Portugal t[uvier]a miras sobre la región» pero en lo personal también se mostraría contrario («no veo qué gana [...] si se extiende hasta el Paraná») por las mismas razones que en el caso de la provincia oriental. Entre

otras cargas que tal cosa supondría estima obligatorio «aumentar el número de soldados en armas, gastar sumas considerables en un país en ruinas y del cual no se p[odía]n esperar ganancias hasta dentro de mucho tiempo».

Avizora con tino que un retorno del rey a Portugal desencadenaría la independencia del Brasil, pero en cambio resulta equivocado su simultáneo augurio de una disgregación inmediata del territorio lusoamericano, extrapolando lo sucedido poco antes en las posesiones hispánicas: «habrá jefes ambiciosos que formarán partidos, reuniendo a su alrededor a esa gran cantidad de gente ociosa y sin fortuna [...] caerá en una anarquía semejante a la que asola [sic] a las colonias españolas». «La obediencia que las diferentes provincias del Brasil deben a su soberano es el único lazo que las une, es evidente que se separarán si ese lazo no subsistiese».

No obstante la trascendencia de los abordajes expuestos, los renglones más ilustrados a lo largo del texto son los atinentes a sociabilidad, costumbrismo y vida cotidiana. Así registró la «costumbre muy generalizada» de la siesta, donde el sueño pasaba a ser «sagrado» durante cuatro o cinco horas (capítulo X). En Montevideo observó con asombro a niños que remontaban cometas o jugaban a la pelota (capítulo VIII), a través de campos y pueblos retrató a los personajes más diversos, pero el centro de su mirada siempre se dirigió a las mujeres que por todas partes encontró hermosas y delicadas, oponiéndolas expresamente con la hosca rusticidad de la mayoría del sector masculino. Las registró en el recatado interior de una iglesia, agrupadas «en dos filas cerca del santuario [..] arrodilladas o sentadas», participando de una rara ceremonia litúrgica donde «muy poca gente parecía rezar» (capítulo VI) lo mismo que «sentadas en banquetas» durante una velada bailable (capítulo VIII). Dentro de las chozas indígenas las sorprendió a veces cosiendo, pero básicamente «encargán[dose] de todo», hasta de «sost[ener] el mate [a su marido] mientras él tomaba» (capítulo XIII). A su vez sostuvo que «los lanceros guaraníes [...] en Belén tenían todos a sus mujeres consigo y cuando los soldados indios de las Misiones [ib]an a cuidar algún puesto de guardia, lo hac[ía]n siempre en compañía de sus mujeres» (capítulo XV).



El texto analizado contiene como mayor novedad sobre el género una decena de referencias directas o conexas con la prostitución, tema que en documentos oficiales prácticamente no es mencionado. La primera de ellas fue realizada dentro del recinto de la ciudad de Montevideo, donde acababa de ver «muchas mujeres públicas» que sin embargo «no aborda[ba]n jamás a los transeuntes como s[o]l[ía] ocurrir en las grandes ciudades europeas». El resto de las alusiones concretas al punto corresponde a esposas e hijas de los indígenas agrupados en torno a los campamentos militares portugueses, de quienes sostiene rectamente que «se prostituyeron con los soldados», afirmación idéntica a otra que incluye a su vez entre las consecuencias de la desestructuración de los pueblos misioneros.

Citas menos específicas ilustran y explican el fenómeno, aunque sólo en relación con las aborígenes. El hecho de pasar durante horas «bailando con indias» es motivo de censura para uno de sus servidores, en tanto que los «balances» allí advertidos son señalados a su vez como «indecentes»; mientras tanto a una chica «bastante bonita y bastante bien arreglada» se la observa entrando continuamente al cuarto de un hacendado, y por último casi todos los guerreros aparecen «ligados con mujeres indias» o «tienen a una india como amante». La razón de esa conducta de «cede[r] fácilmente a los requerimientos de los hombres» es situada en «su docilidad, incluso su insignificancia», que las transformaba en meros «instrumentos de placer»: «Si las mujeres guaraníes se entregan a los hombres con tanta facilidad es por cierto, más por ese espíritu de servilismo que las anima que por libertinaje; son incapaces de decir que no a nada».

También la recurrida degradación de costumbres en el medio rural es abordada con un punto de vista crítico y fundamentado, cuando no en sus propias observaciones, en relatos de terceros.

Puede afirmar así que la pasión por el juego e[ra] general», a tal punto que los más de los estancieros «sólo conocían [es]a manera de

gastar su dinero». «Los niños sab[ía]n jugar a las cartas tan pronto sab[ía]n montar a caballo», le habían confiado entre tanto varios vecinos de Rocha.

Se preocupa por conocer de la pulpería como centro de confluencia para los pequeños excedentes del pobrerío («con los bolsillos llenos de pesos va[n] a la pulpería y vuelve[n] a su casa sin un peso»). Enfatiza el «número importante» o la «gran cantidad» que de ellas había en San Salvador y en Mercedes, mientras las sitúa «al menos [en] media docena» en el Pueblo de Víboras. Las describe con detalle en el capítulo X, deteniéndose especialmente en «la barrera entre almacenero y mercaderías por un lado y compradores o los que toman bebidas» por el otro. Más de una vez ilumina además a los caballos ensillados «espera[ndo] tranquilamente [...] que sus dueños terminasen el partido de cartas o se emborrachasen». Entre las manifestaciones de esa «vida casi animal» que considera agravada por las recientes guerras, incluye la eventualidad de «matar[se] al hombre para robarle un peso» o simplemente sacarle «cualquier cosa incluso sin valor y nadie se asombra[ba] por ello».

De los indios charrúas o minuanes dice que «la pasión por el alcohol los domina[ba]» y los mismos vecinos de Rocha a que se ha hecho referencia le informan que los niños «muy pronto se acostumbra[ba]n a tomar aguardiente».

Como se ha expuesto, en la consideración de las temáticas de ese tipo manifestó su preferencia por la comida, el vestido y la vivienda, con el valor de tratarse de anotaciones hechas «in situ», simultáneamente con la experiencia y esta misma vivida dentro de los propios hogares.

Al menos 30 fragmentos con informaciones atinentes a la alimentación aparecen en una verdadera secuencia paralela con sus avances en el camino, durante el cual los lectores prácticamente «se sientan a las mesas del vecindario» y en ellas comparten diferentes detalles o anécdotas.

La carne es mencionada como alimento fundamental y hasta



exclusivo en todo el recorrido, configurándose así una de las continuidades más absolutas de la frontera. «En esta región es casi lo único que se come. Carne asada, carne hervida, carne picada o cortada en pequeños trozos, siempre carne» decía al iniciar su periplo en tierras riograndenses, después que uno de sus huéspedes se la ofreciera tanto en la cena del día de llegada como en el desayuno siguiente. A poco de andar hallaría a un negro que «viv[ía] comiendo carne, sin harina ni pan y lo mismo ocurr[ía] en esa región con todos los esclavos». Ya en Chafalote aceptaría también como merienda algo de pan y una fuente repleta con el alimento regional preferente, experiencia que otra tarde reproduciría casi sin variantes en Espinillo. Vadeando el río Queguay, volvería a sostener prácticamente lo mismo que al principio, pero aplicado a la prescindencia de otros manantiales de proteínas: «Los habitantes de esta región sólo quieren comer carne de vaca o de novillo y no debemos asombrarnos si las piezas de caza y los peces son tan abundantes»

También son varias sus alusiones a la verdadera pasión que el alimento despertaba en los miembros de una sociedad que él se permitía llamar con justicia «pueblo de carniceros». «La idea de poder muy pronto comer carne en gran cantidad es una de las razones del placer que sienten, aunque no es el único; el más grande consiste en matar la vaca y cortarla en pedazos». Como parte importante de esa predisposición situaba la generosidad con que se la ofrecía, espontánea y gratuitamente. Al principio llegó a creer que tamaña liberalidad obedecía a algún interés concreto, pero a la altura de Santa Teresa ya dejaba de sospecharlo, convencido de que «en toda la región da[ba]n de comer gratuitamente a los viajeros». «El propietario me recibió muy bien [pues] me ofreció carne» explicaba él mismo a su retorno en Río Grande, ya incorporado a la cultura alimentaria vacuna. También le sorprendió la exageración en el consumo, valiendo para ello sobre todo la comparación que le sugiriera el contenido de la bandeja recibida en la merienda de Chafalote, «que en Francia hubiera alcanzado para seis personas».

Un nuevo fruto de sus observaciones gastronómicas es la descripción de sucesivos asados. Su primera reseña, perteneciente a territorio riograndense, incluye el corte de la materia prima «en largos pedazos de un dedo de espesor» que luego se expusieron al fuego sucesivamente por sus dos lados durante un cuarto de hora, prendidos en un armazón de palos. En Chafalote volvería sobre el punto, enfatizando que siempre se trataba de «grandes tajadas» suspendidas en un «pincho» que «en muchas casas [...] e[ra] de hierro». Ya a orillas del Ibicuy haría participar de la faena a un grupo de indios cuyo fogón describía «rodeado de palos puntiagudos, cada uno de los cuales atravesaba un pedazo de carne [...] forma[ndo] una especie de bóveda».

Una observación reiterada acerca del plato casi único del área y especialmente de la modalidad descripta en el párrafo anterior fue su dureza. El primer asado es definido precisamente como «una especie de suculento beefsteak, aunque muy duro». «Delicioso pero muy duro» diría de otro en Chafalote, mientras en José Ignacio debería renunciar a una porción, convencido que «en general la gente de esta región traga[ba] casi siempre la carne sin masticarla»: «me e[ra] imposible separar las fibras de los trozos que me llevaba a la boca; no existen dientes humanos capaces de triturar algo tan duro». Repite la advertencia a propósito de una cena en Las Piedras y ya de retorno por el sur del Brasil vuelve a rechazar su ingesta, por tratarse de «la carne más dura que se pu[dier]a imaginar»: «lo único que podía hacer era chupar el jugo y tirar[la] [..] por debajo de la mesa lo más hábilmente posible».

La única referencia al producto como «muy tierno» pertenece a un «excelente almuerzo» recibido en las inmediaciones del pueblo de Víboras, donde «no se la había consumido inmediatamente después de haber matado al animal». De ello deducía que «si habitualmente e[ra] tan dura e[ra] sólo porque no se la coc[inaba] bien o se la com[ía] inmediatamente después de carnear el animal».

No obstante el exclusivismo carnívoro, que alteró totalmente su austera dieta de arroz y frijoles en los viajes anteriores, también hay



en la obra referencias a combinaciones más variadas, aunque sin separarse del componente fundamental. En Castillos vio servir al desayuno «grandes fuentes de maíz cocido en leche» y compartió el almuerzo compuesto por tres platos sucesivos: costillas de vaca asadas, carne hervida y «mazamorra cángica» acompañados con pan y con vino de Córdoba. Guiso de pollo se agregaba entre tanto a la infaltable carne asada en una cena de José Ignacio, mientras en las cercanías de Víboras se les ofrecería además un «caldo condimentado con pimientos» «bastante gustos[o]». En Las Piedras el aderezo fue una porción de habas y un plato de frutillas. «Una pequeña fuente de pescado con un puñado de fariña» le ofreció a su vez un oficial portugués en el campamento del Cuareim, pero debería aguardar hasta su retorno al Brasil para degustar al producto seguido de una guarnición realmente diversa: «porotos, arroz y zapallo, duraznos, melones, higos y sandía. No se olvidaron del vino y había sobre la mesa pan, galletas y harina de mandioca».

Resultan también de interés sus observaciones acerca de las costumbres relacionadas con la mesa. En tres oportunidades durante su recorrido uruguayo hizo referencia a la colocación de manteles que en un caso calificó de «raído», en otro de «rústico», mientras observó que el tercero «debía ponerse todos los días desde hac[ía] seis meses". En una de esas referencias extendería tales desprolijidades al tramo Castillos - Solís Grande, agregando que era habitual se hallaran también «muy sucio[s]» por oposición a la limpieza observada en ese mismo renglón en Minas Gerais.

También trató de la frecuente falta de cubiertos. Sólo él dispuso de «cuchara, plato y tenedor» en José Ignacio, mientras los demás «comían de la fuente, ayudándose con pedazos de asta tallados en forma de cesto en una punta y puntiagudos en la otra». «En lo de ningún cultivador se usan platos» diría respecto de todo el aludido segmento rochense - fernandino, donde cucharas y tenedores depositados en las bandejas obligaban a que cada cual «com[i]e[se] su trozo de carne como pud[ies]e». No obstante, dentro del equipamiento de una cabaña loca-

lizada precisamente en esa misma zona vería un «gran aparador con forma de armario cuyas puertas abiertas dejaban ver gran cantidad de fuentes y platos de loza».

En el paraje coloniense de San Juan observaría el uso de «conchas de mejillones a modo de cucharas y [no] otros tenedores que [lo]s dedos», asociados al infaltable cuchillo que «todos lleva[ba]n en el cinturón». Sin embargo algo más al norte informaría de haber saboreado un trozo de carne «a la usanza de la gente de la región, es decir sin cuchillo, sin tenedor, sin fariña y sin pan». A su vez en el pueblo San Salvador contempló a los dueños de casa comer «de la fuente», demostrando así «lo habitual que e[ra] esta costumbre en el campo, ya que [su]s anfitriones p[odía]n ser considerados entre las personas más importantes de la región». Por último, «un poco en un plato y un poco de la fuente» se sirvieron diferentes bocados los comensales de la cercana estancia de Brito en tanto que, «usando los dedos mucho más que los tenedores», varios indios y portugueses degustaron un asado a orillas del Ibicuy.

En cuanto a la parte ritual del acto de compartir el alimento, por primera vez oyó en Chuy «decir gracias a Dios por la comida». La escena se repitió en Castillos a cargo de cada comensal, «juntando las manos [..] y, cuando [se] levanta[r]on, [..] una negra dijo en voz alta la misma oración». No obstante allí también le «advirtieron que en es[..]a región no se acostumbra[ba]» brindar como él propusiera en honor de sus anfitriones («aquí, [se le] dijo, nada de ceremonias; despreciamos la gentileza afectada de los portugueses»). Entre tanto, finalizada una cena en Espinillo, «la dueña de casa se puso de rodillas con los brazos en cruz y recitó el rosario» mientras «los demás miembros de la familia permanec[ía]n sentados. En todas las casas el esclavo o el sirviente que se ocupó de servir la mesa recita[ba] la acción en voz alta. Cada uno se persigna[ba] y nadie olvida[ba] besar su pulgar, como se hac[ía] habitualmente».

El mate no escapó a sus observaciones vinculadas con el consumo alimentario. Aparte de una descripción detallada del recipiente,



de la yerba y de no pocos de sus secretos, Saint - Hilaire comienza por admitir su propia incorporación al ostensible hábito «paraguayense» («pronto me acostumbré y ahora tomo varios mates seguidos con placer»). Como muestra de su ingreso a la categoría de mateador alguna vez llegaría a escribir: «me ofrecieron un matecito que tomé sin bajarme del caballo».

La infusión aparece en sus descripciones como obligada fórmula de recepción y de despedida en las estancias, al punto que «los que viaja[ba]n por esta región t[enía]n en general la costumbre de apearse en todas las casas que enc[o]ntra[ba]n en su camino y tomar mate». Aún en la hacienda de Castillos donde advertía cierta frialdad en el trato y echaba de menos la deseada invitación a cenar, «[l]e ha[bía]n ofrecido mate».

Acerca de la vestimenta hemos contado 23 referencias directas, donde se destaca en primer término la disparidad observada en el aspecto de uno y otro sexo. Al llegar a una de las estancias riograndenses del comienzo, fue recibido por una señora de cierta edad que, «como todas las mujeres de esa comarca, se v[e]st[ía] como una dama», expresión que repetiría ya ingresado en territorio uruguayo como parte de una frase verdaderamente emblemática: «no se puede comparar el atuendo de hombres y mujeres». En el paraje San Juan y en la vecina hacienda de Brito reincidiría en el mencionado paralelo (el dueño de casa como «un simple campesino, su mujer [...] como una dama», o «las mujeres siempre visten como damas, los hombres como campesinos») aunque relativizando el elogio debido al descuido de la higiene personal («si no fuera por la falta de aseo»).

A tres chicas de Chafalote las hallaría simplemente «bien vestidas», definición esta que ahondara a propósito de la concurrencia a la iglesia de Rocha, donde «las mujeres estaban muy bien vestidas [pero] los hombres no», y en otra relación correspondiente a la ciudad de Maldonado («las mujeres se arreglan mejor que los hombres»).

La única excepción a tan convocada antítesis se registraba en la ciudad de Montevideo, a cuyos hombres vio «en su mayoría bien ves-

tidos», si bien las señoras derrochaban especialmente «buen gusto y prolijidad».

Otra asimetría que llamó su atención fue la de vivienda familiar e indumentaria femenina. A poco de partir hallaría «asombroso» «el contraste entre las casas y el atuendo de las mujeres que en ellas viv[ía]n». Rumbo a Colonia, en un pobrísimo rancho de Pavón observaría a los dueños de casa vestidos con harapos, flanqueando a una hija a quien no dudaba en otorgarle la mencionada calificación de dama, acompañada por una clara reflexión sobre el punto: «En ningún lugar de Europa se encuentra tal desproporción entre el lugar en que vive la gente y su atuendo».

A lo largo de la obra fue elaborando a su vez un inventario de ajuares femeninos: Vestido de algodón estampado con colores y un manto de seda cubrían a la «joven encantadora» que advirtiera tras una ventana en la campaña riograndense. «Ropas de algodón estampado y [...] manto [también] de algodón» aunque sin medias [que sí llevaba su madre] exhibían las adolescentes que admiró cerca de Castillos. Aún en San José registró vestidos de seda y en el campamento militar de Belén los vería de algodón estampado lucidos en tarde de domingo por muchachas indígenas «sin medias y descalzas». También llevaban sus pies desnudos las aborígenes que viera en Salto Grande ataviadas sencillamente con «pollera de algodón y camisa de la misma tela», «un gran chal de lana [que] cubría sus hombros», y «un pedazo de tela de lana rayada con los colores azul, blanco y rojo que enrolla[ba]n alrededor de su cuerpo una vez y media y [...] sostenida con un cinturón»).

El chiripá (falda, cinturón o enagua usada hasta en los bailes), fue la prenda con que observó «siempre» a la mayoría de los hombres -aún a los indígenas, que llevaban más habitualmente la «especie de manto» llamada caipi-. Ocasionalmente relacionó también como ropas masculinas ponchos tejidos en la región, sobre todo en Córdoba, («rayados de diferentes colores en que predomina[ba] el azul» y hechos «de gruesa franela sin forro»), chaquetas, pantalones («que en



general e[ran] de algodón» o de franela rústicas, «cuyo borde inferior se termina[ba] con flecos»), sacos cortos o capas que vg. portaban los mejor vestidos en la ceremonia litúrgica de Rocha, donde «no vi[era] a uno solo que tuviera un traje» (mientras en Maldonado «ninguno lleva[ba] frac»).

La indumentaria más curiosa la observó en el campamento militar de Belén a un indio guaycurú a quien creyó imitador «de los antiguos romanos» porque vestía «un poncho que, atado con un cinturón de cuero alrededor de su cintura, pasa[ba], de un lado, por debajo de una de sus axilas y por el otro ten[ía] dos puntas atadas en el hombro».

Por último consignó Saint - Hilaire la existencia de una industria doméstica de hilandería de lana o de lino en tierras riograndenses, de «trabajos de aguja» en el Chuy, o de tejidos hechos por las mujeres guaycurús en Salto, «tiñéndolos con hojas y raíces que ellas conoc[ía]n». En sus habitaciones observó inclusive un pequeño telar que atribuyó a la ya lejana influencia jesuítica.

Finalmente la vivienda constituye el punto más recreado en el fragmento, donde se incluyen al menos 66 descripciones claras que acumulan datos sobre aspecto exterior, materiales, higiene y enjardinados.

En la necesaria secuencia de la obra se advierte una degradación que afecta tanto al ambiente urbano como rural, sobre todo desde que deja Montevideo. De todos modos la pobreza se constituyó en el común denominador de las descripciones correspondientes a ambos escenarios, donde predominaron por igual viviendas precarias que él denomina chozas construidas con materias cada vez más elementales.

En el punto de partida en su prolijo inventario del medio rural recogería a la vez el máximo grado de sofisticación en este, con el casco de una estancia «muy linda» ubicada en las cercanías de la Laguna de los Patos, «construida recientemente con techo de tejas», con «una sala bien amueblada» y azotea, «es decir la terraza [...] sobre el techo».

La hacienda siguiente inauguraría en cambio el estilo predominante en su recorrido, ya que «no e[ra] más que una choza», el término que emplearía en adelante lo mismo para el hábitat de los dueños que para el del personal y que respecto de su primer tramo definiría genéricamente así: «[...] tienen techos de paja, son pequeñas, están pobremente amuebladas y construidas con palos cruzados y tierra color gris oscuro [«que es la que hay en la región»]».

Las únicas variantes estarían dadas en lo futuro por los calificativos «mísera», «frágil», «humilde» o «sin paredes» aplicados a la mayor parte, al igual que sería remarcada la separación física [«como e[ra] habitual»] de las que se destinaban a cocina o más excepcionalmente a galpón, mientras que la categoría de «casuchas» se correspondería casi exclusivamente con las habitaciones de los esclavos. En territorio rochense agregaría nuevos datos tales como que no tenían «cielorraso ni piso de madera», que «en vez de puertas ha[bía] esteras [o cueros] que se saca[ba]n durante el día y se pon[ía]n al caer la noche», procedimiento que extendía a toda la zona comprendida desde Río Grande para las mencionadas «chozas de los negros y [...] cocinas» («tienen dos aberturas al exterior y se pone el cuero del lado que sopla el viento»). Después asimilaría esas precarias viviendas con «ranchos pequeños, sumamente bajos», para determinar ya pasada la ciudad de Colonia que «jamás había visto unas tan miserables como las [observadas] entre Montevideo y el lugar en que [s]e enc[o]ntr[aba]», a la par que veía agudizarse el empobrecimiento respecto de la primera parte de su itinerario uruguayo.

Las 45 casas de una planta del primer paisaje urbano que correspondió a la ciudad de Rocha fueron definidas como «bastante altas y en su mayoría pequeñas, construidas de ladrillo y con techo de paja; las más grandes [era]n estrechas y alargadas, las demás [...] casi cuadradas. Sólo esta[ba] revocada la parte superior del triángulo que corona[ba] la fachada; las ventanas ten[ía]n un postigo de madera y no ten[ía]n celosías».

En San Carlos, que duplicaba en tamaño al conglomerado an-



terior, destacaría la existencia de cercos y, entre el predominio de las cubiertas de paja, la novedad de «techos a la italian» [sic] que aún no había visto en América. La ciudad de Maldonado le ofrecería edificación algo más elevada y abundantes tejados «plano[s], oculto[s] por una prolongación de las paredes de unos tres palmos de alto, por debajo de [la cual] sobresal[ía] una cornisa». Confusamente diría que en las dos primeras poblaciones «no se usa[ba] cal ni cemento» sino «la tierra arcillosa del lugar», mientras en la tercera empleaban «cal y arena» al igual (¿?) que en las anteriores.

Montevideo marcaría obviamente la mayor inflexión también en ese punto y merecería de su pluma dos descripciones consecutivas. En primera instancia destacaría la existencia, «delante de las casas, [..] [de] piedras muy anchas que serv[ía]n de aceras y esta[ba]n separadas del resto de la calle por bornes de madera». Una afirmación inicial acerca del predominio de las fincas de una sola planta sería rectificada en el momento de la partida registrada un mes después, admitiendo junto con otras precisiones descriptivas que «a menudo [era]n de dos», extremo a su vez fácilmente comprobable en la documentación notarial: «Algunas son muy grandes y muestran la riqueza de sus propietarios. Las ventanas de vidrio y las de la planta baja están generalmente provistas de barrotes de hierro, las demás tienen balcones. Las piezas están mal embaldosadas; las paredes simplemente blanqueadas [...]».

Después de avanzar una opinión favorable del «conjunto sumamente agradable de ver» conformado por la edificación suburbana de los llamados Extramuros iniciaría el recuento contínuo de una cadena de villorrios empobrecidos. Entre las 300 viviendas de Canelones hallaría «muy pocas construidas con ladrillos y con techo plano», pues la mayoría eran «simples cabañas, muy bajas, de tierra y que proclama[ba]n la indigencia de sus habitantes». En Santa Lucía el panorama era de «sólo chozas» como las anteriores, «aunque no [...] tan bajas ni tan pequeñas», mientras en San José esa categoría se mezclaba de nuevo con unas pocas casas de ladrillo.

En el pueblo del Colla la calidad descendería aún más por tra-

tarse de «miserables chozas dispersas y semiabandonadas». Pernoctó en la del cura, donde «apenas si cab[ían] los dos». El hecho de ser «de piedra de pequeño tamaño» distinguía a su vez al centenar de casas de la Colonia del Sacramento, único poblado de alguna importancia, heredada de su larga y conflictiva existencia. En el pronto extinguido pueblo de Víboras se sorprendería, al igual que en la zona rural aledaña, con «las chozas más míseras que [él] h[abía] visto, [...] bajas, muy pequeñas, apartadas unas de otras», poco diferenciadas de las que vería en los modestos enclaves también desaparecidos de Espinillo y San Salvador. Santo Domingo Soriano, el mayor poblamiento después de la Colonia, le mostraría un pequeño número de casas de ladrillos con techo plano, mientras en la Capilla Nueva de Mercedes encontraría la concentración más numerosa de esa clase de viviendas desde que dejara el casco urbano coloniense.

Una vez que vadeó el Río Negro, casi los únicos centros poblados por donde atravesó fueron los campamentos militares portugueses, con la sola salvedad de Paysandú, donde enumerara no más de dos o tres viviendas de ladrillo. En el Rincón de las Gallinas se hallaría con un conjunto de moradas «construidas con tierra y palos cruzados y con techos de paja», más grandes para los oficiales que para los soldados. Las correspondientes a estos últimos serían enteramente de paja, que sólo aparecía en los tejados puestos sobre paredes de barro para los oficiales en el asentamiento denominado San José, muy similares a su vez con las de Salto.

Un nuevo tipo de chozas ubicado en los alrededores de este último contenía a centenares de guaraníes llegados desde Entre Ríos. Esas «pobres viviendas» habían sido «hechas con las hojas y el tallo de una gramínea dura y muy lisa» que crecía en la zona y que se repetiría en las siguientes de su tipo, generalmente «repletas de mujeres y niños». A los Charrúas hacía corresponder a su vez «chozas con palos que rodea[ba]n de esteras encima de las cuales pon[ía]n otras que serv[ía]n de techo».

«En forma de horno con las hojas de gramíneas» había levantado una choza semejante un cabo del destacamento del Cuareim establecido en las márgenes del río. «Pequeños soportes de tres o cuatro pies donde se pon[ía]n ramas» constituían por su parte otras viviendas igualmente precarias localizadas en las inmediaciones.

El mobiliario de tales chozas, urbanas o rurales, era siempre tan reducido como ellas mismas, no siendo pocas aquellas en que se anticipaba su inexistencia («La habitación en la que debo dormir casi no tiene muebles», diría el viajero a propósito de su ocasional hospedaje en Santa Lucía). Dos sillas de cuero, un armazón de madera forrada con piel vacuna en su parte inferior que se usaba para dormir y «una pequeña tarima formada por tablas de madera clavadas sobre dos pedazos de madera y sobre la cual la dueña de casa trabaja[ba] sentada», halló en una estancia riograndense. Estas últimas estructuras, llamadas estrados, eran definidas por Saint Hilaire desde Chuy como «un mueble [«de uso general»] indispensable de la sala». Bancos, mesas, catres, jergones y sillas, siempre en pequeño número, completaban esos precarios amoblamientos. Cuando no, se aprovechaban restos de animales y de útiles, como ocurría en una hacienda cercana a la Colonia del Sacramento donde «una cabeza de vaca y algunos pedazos de madera mal tallada hac[ía]n las veces de asientos [y] la cama no e[ra] más que un catre muy rústico con un cuero sin curtir, ubicado encima de bolsas de trigo». Camastros hechos con caña de bambú utilizaban a su vez algunos militares riograndenses. Los guaraníes también tenían muy poco, destacándose las hamacas consideradas por el autor como el «mueble ideal para hombres que qu[e]r[ía]n vivir sin hacer nada o sin pensar».

Pese a tratarse de una choza más, el propietario de la llamada estancia de Brito disponía a su vez de «una gran sala amueblada con sillas pintadas».

Para que se refiriera a casas «muy bien amuebladas» con damas interpretando música en el piano habría que aguardar a algunos hogares de Montevideo como el de la familia Oribe, aunque su impresión sobre la ciudad sudamericana que más le impactó fuera de Río de Janeiro

no dejó de ser mediocre en este punto: «Hay pocos muebles [lo que también señalara respecto de Maldonado] y a menudo son dispares entre sí, lo que resulta bastante chocante; es así que, al lado de objetos de mala calidad, paredes desnudas y camas sin cortinas, veremos un escritorio de caoba, mesas de la misma madera y lindos jarrones de flores bajo campanas de cristal».

La higiene fue un factor muy considerado por Saint Hilaire, que llegó a variar sus lugares de hospedaje por esa razón. Aunque en algunas viviendas rurales de su recorrido anterior había destacado la limpieza ostensible en ellas, al llegar a Montevideo se vio impresionado por la suciedad de calles y lugares públicos. Al arreciar la pauperización manifiesta en la serie de chozas a que debió enfrentarse posteriormente, también se intensificó su crítica en ese sentido: «No tuve el coraje de quedarme a pernoctar» explicaría a propósito de una casa «tan sucia» y «tan maloliente» que se le ofreciera en el paraje coloniense del Riachuelo. Mientras echaba mano de su experiencia en territorio "mineiro", donde «la choza más pobre esta[ba] limpia y sin olor», exponía su impresión respecto del progresivo deterioro observado en su última etapa: «en la [capitanía] de Río Grande ya las casas están bastante sucias; aquí las del campo son en su mayoría repugnantes y se respira un olor a grasa y a sebo que da náuseas». En lo sucesivo reiteraría casi constantemente ese panorama con algunas aisladas excepciones en territorios ubicados actualmente en Soriano y en los campamentos militares. El cansancio le obligaría no obstante a quedarse en una casa de Espinillo pese a la repugnancia que le causaba.

Un último elemento al que pasó revista fue la existencia de jardines. Frente a cierta choza riograndense se admiraría de hallar uno «sumamente cuidado y [...] de los más grandes que h[abía] visto en Brasil». En cambio los echaría de menos hasta Montevideo, en cuyo recinto no reparó más que en plantas de vid, rosales y otros arbustos, aunque elogió la pasión de su vecindario por las flores. En los Extramuros de la ciudad volvería a encontrarlos y esa fue la causa de su admiración por la zona, pero sería recién en los campamentos militares portugueses donde podría destacarlo, poblados con árboles, arbustos y legumbres.



Considerado desde la óptica historiográfica, el presente fragmento de Saint - Hilaire constituye al menos un esbozo de historia total con énfasis en aspectos sociales y populares a propósito de una región que abordó integralmente. Generales, coroneles y gobernantes no ocupan el centro del relato ni cuentan con privilegio alguno, pues tanto se destacan sus carreras como los gestos de hidalguía de gauchos anónimos o las condiciones de vida de la población más empobrecida. Es claramente una historia de la cotidianidad y de las mentalidades, con proyecciones hacia la materialidad y aún la tecnología, orientada con preferencia a las capas populares del medio rural. Se trata al mismo tiempo de una fuente histórica de verdadero interés producida por un europeo que, por encima de sus múltiples prejuicios, demostró capacidad de comprensión respecto de las realidades de la frontera uruguayo - riograndense.

Arturo Ariel Bentancur

# CAPITULO V

Arroio das Cabeças – El lugarteniente Vieira – Perros llamados *ovelheiros* y que cuidan los rebaños – Estancia de Silveiro – Lugares invadidos por la arena – Cultivo del trigo – Estancia do Velho Terras – Estancia de Jose Correio – El mate – Los *campos neutraes* – Propiedades en disputa – Estancia da Tapera – Estancia de José Bernardes – Estancia de Francisco Correio – Estancia de Médanos Chico – Estancia de Corral-Grande – Chiripá – Oftalmias provocadas por la arena – Jerebatubá – M. Delmont, francés – Ingresos de las estancias, según él – Estancia de Chuy – Tarimas – Cultivo del maíz – Venados – Río y Sierra de S.-Miguel – Paisaje agradable – Fortaleza de S. Miguel – Cerro del Vigía – Estancia Angelo Núnez, en donde se proyecta constituir un poblado – Chuy – El capitán Manoel Joaquim de Carvalho – Límites entre Rio Grande y Montevideo.



ARROIO DAS CABEÇAS, 19 de setiembre, 3 leguas. – Al atardecer, el termómetro marca 12 grados. Hoy dejé Rio-Grande[1], en donde pasé un mes muy agradable, en buena compañía, comiendo en abundancia y tratado por todos con gran amabilidad . Sin embargo ya había llegado el momento de irme, ya que en las ciudades me vuelvo indolente, trabajo por cierto, pero con gran lentitud y al disponer libremente de mi tiempo, lo aprovecho mucho menos. En cambio, el movimiento que todo viaje trae con sigo me da ánimo y como dispongo de muy pocos momentos para estar conmigo mismo, los aprovecho mucho más. Antes de dejar atrás Rio Grande, le di tres cajas con pájaros y mamíferos al mayor Matheus pidiéndole se los entregue al mayor Joao Pedro de Souza Ferreira en Porto Alegre; también le dejé un baúl lleno de papel para desecar las plantas y otros objetos pequeños con la intención de que me los envíe a Montevideo, a lo de un eclesiástico al que estoy recomendado y que llaman el padre José Gomes Rebeiro[2].

En el momento de partir, me trajeron cuatro caballos que el conde tuvo la amabilidad de regalarme: son muy buenos, en particular el que monto. Una gran cantidad de incidentes que se presentan casi siempre cuando comienzo un viaje me impidieron salir de Rio-Grande antes de las once. Desde hacía mucho tiempo, José Marianno me proponía pasar, una vez que abandonara esta ciudad, por la estancia del teniente José Vieira, en donde pasó un mes matando y preparando pájaros. Deseoso de agradecer al teniente acepté la propuesta de José Marianno, quien durante todo el viaje ha sido muy amable: yo ya casi había olvidado lo que es la amabilidad.

Dejamos que la carreta siguiera el camino directo y nos adelantamos por otro camino, bordeando casi siempre la Mangueira; caminamos durante largo tiempo sobre un pasto muy fino, pero teníamos, a la derecha montones de arena en las que sólo crece el SENEÇON n° 1853 *bis*. En Rio Grande llaman a este tipo de planta *Mal me queres.* Dos leguas después, llegamos a la casa del teniente Vieira que está ubicada en la punta del istmo que separa la Mangueira de la laguna de los

Patos . Ha sido construída recientemente, con techo de tejas, y es muy linda. Me hicieron entrar a una sala bien amueblada y luego el dueño de casa me condujo a la azotea, es decir a la terraza que construyó sobre el techoy desde donde se puede ver la Mangueira, Rio Grande y una gran extensión de esta comarca; sin embargo, este paisaje no es muy agradable ya que, en los campos, la vegetación sólo se ve en pequeñas superficies y sólo se puede ver por todos lados inmensos espacios cubiertos de arena fina y blancuzca. La casa del teniente Vieira está totalmente rodeada por esta arena y se ve obligado a hacer que sus negros, continuamente, saquen la arena de su jardín.

Luego de haber dejado al teniente Vieira fuimos a campo traviesa hasta una casa donde hicimos un alto en el camino y donde yö ya había pasado una noche cuando acompañaba al conde de Figueira al comienzo de su viaje a Santa Teresa. Esta casa pertenece a Justino, una persona de Rio Grande que sólo la habita de tanto en tanto. Ahora no está en la casa; he pedido a su capataz la autorización para dormir allí; éste, al principio, rechazó la idea, pero luego me di a conocer recordándole que ya había dormido en esa casa cuando vine con el conde y entonces me abrió las puertas. El teniente Vieira tiene un rebaño de ovejas que, como todos los de esta región, quedan siempre en el campo al cuidado de esos perros de los que habla el abate Casal y que llaman *ovelheiros*.

Paso a narrar lo que el teniente me contó de esos perros. Se escoge a un cachorro antes que haya abierto los ojos, se le separa de su madre, se obliga a la oveja a que le de su leche y se le construye una pequeña choza en el medio del rebaño. Las ovejas son los primeros seres vivos que se presentan ante sus ojos, el cachorro se acostumbra y se apega a esas ovejas y se convierte en su defensor haciendo huir a los perros salvajes y demás animales que vienen a atacarlas. El perro se acostumbra a venir a comer de mañana y de noche a la estancia, ya no deja al rebaño y cuando las ovejas se alejan del recinto es capaz de pasar privaciones antes que abandonarlas[3].



Estancia de Silveiro, 20 de setiembre, 5 leguas. – La casa de Justino no es más que una choza, pero su jardín está sumamente cuidado y es uno de los más grandes que he visto en Brasil. En Minas y Goias, el jardín se reduce a un pedacito de tierra en el que se acumulan en desorden naranjos, plantas de café, bananos, sin que nadie los cuide. Los jardines que he visto hasta ahora en la capitanía de Rio Grande no se parecen en nada, por cierto, a esos lugares encantadores en los que, en Francia[4], el arte embellece a la naturaleza y en donde todo contribuye a hacer de ellos algo placentero para la vista, aunque encontramos en los jardines de esta región orden y simetría; hay pocas flores pero encontramos árboles frutales y muchas de nuestras legumbres: diversos tipos de repollo, lechuga, arvejas; en el de Justino los árboles están dispuestos al tresbolillo e incluso las legumbres están plantadas simétricamente; el terreno está bastante bien cuidado. Justino adopta para sus árboles frutales una práctica digna de los mayores elogios y que sólo puede dar muy buenos resultados: injertar las mismas especies unas en otras. La proximidad de Rio Grande le permite obtener una ganancia bastante considerable con sus frutas y legumbres y el Rio Grande le ofrece un medio de transporte práctico.

Debo señalar que emplea a doce negros para cuidar este jardín; por cierto, tres jardineros franceses bastarían para cultivar mucho mejor una superficie de terreno semejante. Los negros son poco activos por naturaleza; cuando están libres, sólo trabajan lo estrictamente necesario para no morirse de hambre; cuando los impulsa el temor, trabajan mal y son excesivamente lentos.

Hoy empecé a viajar por la península que separa la laguna Merín del mar y se extiende en la misma dirección que ese otro istmo que se encuentra entre el océano y la laguna de los Patos. El terreno que hoy recorrí, más llano que las llanuras de la Beauce no presenta la más leve ondulación; en cierto momento atravesamos unos arenales pero luego siempre caminamos sobre un pasto muy ralo y a la derecha arena a lo lejos.

A pesar de lo parejo del terreno, el aspecto de la campaña que

seguíamos viendo no es monótono. Gran número de caballos y de animales con astas se alimentan en estos pastos.

Las casas están cerca unas de otras, se ven algunos conjuntos de árboles por aquí y por allá y constantemente pasamos por unos trigales; todas las casas, salvo dos entre las que debemos contar aquella en la que me detuve y que tiene techo de tejas, tienen techos de paja; son pequeñas, están pobremente amuebladas y construidas con palos cruzados y tierra color gris oscuro. El contraste entre las casas y el atuendo de las mujeres que en ellas viven es asombroso. En la ventana de una de esas cabañas vi a una joven encantadora cuyos cabellos estaban arreglados con muy buen gusto y que llevaba un vestido de algodón estampado con colores y un manto de seda.

Los pastos no son tan verdes como los de la *Freguezía* de S. Francisco de Paula, proque la tierra no es tan húmeda. En cuanto a las flores, hay un número muy reducido de especies de plantas aunque todas son muy comunes; el *Oxalis* nº *1874* salpica el pasto con su rojo tan agradable y conjuntamente encontramos, y en abundancia, el *Cerastium* nº *1875*, la *Anémona* nº *1864*, otra *Oxalis* nº *1875 5º*, el *Carex* nº *1875 ter*, y la *Composée* nº *1875 quater* que, a veces, cubre casi exclusivamente espacios muy amplios. La mayoría de las plantas que están en flor, como ocurre con las que florecen en Europa al principio de la primavera, son pequeñas y de una consistencia muy delicada.

Las plantas que florecen ahora han tenido un crecimiento muy breve; poco han podido extraer de la tierra y las sustancias que han podido utilizar estaban sumergidas en grandes cantidades de agua, y habían recibido poca luz y calor del sol; por lo tanto, no debemos asombrarnos si estas plantas son de consistencia blanda, no muy altas y precisan mucho tiempo para secarse en el herbario. Las plantas de Europa y las que actualmente recojo por aquí luego de ser arrancadas y expuestas al sol se marchitan mucho más rápido que las de las zonas tórridas, dado que éstas últimas contienen, generalmente, muchas menos partes con gran contenido de agua. En toda la región que hoy recorrí, la tierra se presenta como una mezcla de arena y



humus de color gris oscuro. Sin embargo, esta tierra es muy poco profunda; por debajo encontramos arena muy fina y amarillenta, similar a la de Rio Grande y como a menudo ocurre que los animales pisotean la capa superior de tierra vegetal, la arena aquí ocupa el lugar de las pasturas. Mi anfitrión me ha asegurado que la extensión de los campos con pasto disminuye sin cesar, año a año; es verosímil pensar que todo este istmo estuvo en otros tiempos cubierto por el agua, que se se fue retirando poco a poco; cuando el agua era poco profunda, ciertas plantas acuáticas nacieron y formaron una primera capa de tierra que recubrió a la arena y que fue aumentando con los detritus de los vegetales que sucedieron a las plantas acuáticas.

Sea como sea, el trigo crece muy bien en estas tierras; se las trabaja con la mancera y si bien los surcos no son bien derechos como en las llanuras de Francia, me llamó la atención lo correcto de su trazado. Como dejan a los animales sueltos en los campos, éstos deben ser cercados. Alrededor de los campos se cava una profunda zanja ; del lado de los campos, se forman con terrones de césped una especie de muro que forma, a cada lado, como un talud y que está construido con sumo cuidado; entre estos terrones, se plantan vegetales con grandes hojas espinosas que forman amplias rosetas y si bien estos vegetales no son muy altos, muy pronto constituyen verdaderos cercos casi infranqueables.

Al llegar a este lugar encontré delante de la casa todo el despliegue de una especie de apeadero militar. Algunos soldados acostados en el suelo terminaban de cenar. Sus fusiles formaban haces. Los caballos que iban a montar estaban ensillados y con riendas y había una enorme cantidad de caballos de recambio en tropilla. Como los escasos soldados que le quedaban a Artigas después de la batalla de Tacuarembó[5] se han retirado al norte de Entre Ríos, no es probable que la parte de la frontera lindera con Sª Teresa sea atacada, al menos por ahora. El conde de Figueira dio la orden a la guarnición de esta fortaleza de retirarse, permitiendo a los soldados volver a sus hogares. Estos son los soldados que encontré aquí al llegar; he solicitado al pro-

pietario de la estancia la autorización para entrar, pero me hizo saber que la casa estaba llena y me pidió que esperara que los militares se fueran. Cosa que hicieron al terminar la noche y entonces me recibieron en la casa. Mi anfitrión es un hombre de edad, muy afable, cuya hospitalidad es conocida en toda la región. Me ha dado una muy buena cena, pan y vino, y ha hecho que me preparasen una cómoda cama. Su casa está limpia, los muros están pintados de blanco, pero hay pocos muebles.

ESTANCIA DE VELHO TERRAS, 21 de setiembre, 5 leguas.- Esta mañana,el amable Silveio quiso ofrecerme el desayuno, y esta comida, como la de ayer de noche, está constituida casi exclusivamente de carne. En esta región, es casi lo único que se come. Carne asada, carne hervida, carne picada o cortada en pequeños trozos, siempre carne y la más de las veces, carne de vaca o de novillo. La región que hoy recorrí es muy semejante a la que ayer atravesé: llana, con pastos extremadamente ralos en donde comen gran número de animales. Las casas están muy espaciadas.

Cerca de dos leguas de la estancia de Silveiro, empecé a ver, a la derecha, un gran lago que corre paralelo al camino. Más o menos a una legua de aquí me detuve un momento en una estancia que se encuentra al borde del lago y que se compone de algunas chozas muy bajas y construidas, como las demás, con madera y tierra gris. Me recibió una señora de cierta edad, amable, correcta y muy conversadora. Como todas las mujeres de esta comarca se viste como una dama. En cuanto entré en su casa, hizo que me sirvieran dos mates[6], y como lo indica la costumbre, en un pequeño recipiente curvo en el cual se sumerge una bombilla de plata. La casa está situada frente al lago aunque un poco alejada y el terreno que los separa es en bajada. Está cubierto de árboles gruesos, no muy altos y separados unos de otros. Al pie de estos árboles crecen gruesas lianas que, luego de apoyarse contra sus troncos, crecen como serpientes entre las ramas, formando una especie de techo que los rayos del sol no pueden atravesar. La



pequeña parte del lago que se puede vislumbrar hace que esta zona sea menos sombría. La dueña de esta estancia me dijo que el lago podía tener unas tres leguas de largo, que se llamaba Laguna de Caiova ( quizá lo que Casal llama Cajuba), y que le daba su nombre a la estancia. Hablando con esta mujer le pregunté cómo se abonaba la tierra en que se siembra la semilla de trigo. Antigüamente, me dice, se encerraba a los animales en un corral, cerca de la casa, y se transportaba el estiércol en pequeños carros hasta las tierras que se deseaba sembrar, pero en esta parte de la capitanía todos han renunciado a esta práctica; hoy se cierra con palos la parte de terreno que se desea cultivar y noche a noche se encierra allí a los animales. Cuando se considera que esta parte del campo está suficientemente abonada, se transportan los palos a otro lugar y así sucesivamente hasta que todo el campo haya recibido suficiente abono.

usos de corrales

Cuando salía de la estancia de Caiova, uno de los dos negros de la carreta me hizo notar que estaban carneando una vaca y me invitó a que pidiera un pedazo; muy amablemente me dieron una porción enorme y no quisieron dinero a cambio; pero creo que debo este favor al hecho que supieron que yo estaba muy ligado al conde y que esperan de él alguna merced.

En cuanto llegué al lugar en que hicimos un alto, mi soldado hizo fuego, cortó la carne en largos pedazos de un dedo de espesor, talló una punta en el extremo de un palo de más o menos dos pies de largo, atravesó con él uno de los trozos de carne, luego atravesó esta carne con otros palos transversales, para que la carne quede bien extendida; luego clavó el palo en forma oblicua en la tierra, exponiendo al fuego uno de los lados de la carne y cuando consideró que éste estaba lo suficientemente asado, expuso el otro lado al fuego. Un cuarto de hora después, el asado ya estaba pronto; era una especie de suculento beefsteak, aunque muy duro. Durante el viaje que hice con el conde, ya había visto a sus peones y soldados preparar así su comida.

Me detuve luego en una cabaña de tierra gris, como todas las de la región. Me fui a herborizar, esperando que anocheciera, y me di

cuenta que el lago de Caiova terminaba muy cerca de la choza; más lejos, hay otros dos lagos de mucho menor tamaño y que no tienen un nombre en particular; se les conoce bajo el nombre genérico de Lagunas de Caiova. Los negros del mayor Matheus me han dicho que cerca de aquí vivía un hombre a quien su amo, antes de mi partida para Rio Grande, le había encargado que me consiguiera una carreta y que la había conseguido. Hice venir a ese hombre que me dijo que, en efecto, había conseguido a alguien que aceptaba conducirme hasta Montevideo por doscientos mil reales y que había escrito en este sentido al mayor aunque no había obtenido respuesta. Matheus ya me había hablado de esta proposición, pero agregando que era inaceptable. Sin embargo, como me aseguran que tendré muchas dificultades para encontrar una carreta que me conduzca a Santa Teresa y como la generosidad del mayor hiere mi orgullo, estuve a punto de alquilarles la susodicha carreta.

ESTANCIA DE JOSE CORREIO, 5 leguas, 22 de setiembre.- Dos mates más antes de partir. Esta bebida es muy común aquí; se toma mate al levantarse de mañana y luego varias veces durante el día. La caldera llena de agua caliente está siempre delante del fuego y en cuanto un visitante entra en la casa, enseguida se le ofrece un mate. El nombre del mate proviene del nombre del recipiente en el que se sirve la bebida, pero se llama también así a la bebida o a la cantidad de bebida que contiene el recipiente: es por esto que se dice que se han tomado dos o tres mates cuando se ha vaciado el recipiente dos o tres veces. En cuanto a la planta de la que proviene esta bebida, se la llama *herva de mate* o sencillamente yerba. El recipiente puede contener aproximadamente un vaso de agua; se le llena de yerba hasta la mitad y se vierte el agua caliente por encima.

Cuando la yerba es de buena calidad, se puede verter agua caliente en el mate hasta diez o doce veces sin renovar la yerba. Se sabe que ésta ha perdido su fuerza y que debe ser cambiada cuando al verter el agua no se forma espuma en la superficie. Los verdaderos conocedores de mate lo toman sin azúcar y entonces se le llama *mate chimarrao*.



La primera vez que saborée esta bebida la encontré insignificante pero pronto me acostumbré y ahora tomo varios mates seguidos con placer incluso cuando no le ponen azúcar. Encuentro que el mate tiene un perfume suave, algo amargo, que tiene su encanto. Mucho se ha alabado a esta bebida: se ha dicho de ella que es diurética, que cura el dolor de cabeza, que combate la fatiga del viajero; en realidad, es muy probable que su sabor amargo la haga actuar sobre el estómago y que, por consiguiente, es quizás necesaria en una región en la cual se consume una enorme cantidad de carne sin masticarla. Los que se han habituado al mate sostienen que no pueden privarse de él y que de hacerlo, sienten cierto malestar.

Durante aproximadamente dos leguas, desde la estancia de Velho Terras hasta *Capilha*, el terreno que recorrí es en todo semejante al que había atravesado los días anteriores; es parejo, cubierto de pastos muy ralos, entre los que florecen las plantas que indiqué con fecha 20 de setiembre. En el camino me encontré con un hombre que vive a treinta leguas de aquí y que regresaba a su hogar acompañado por su mujer. En esta región, todas las mujeres andan a caballo con gran destreza y a menudo hacen, así, muy largos viajes. Esta de quien acabo de hablar me dijo que en San Miguel, Santa Teresa y sus alrededores, había gran cantidad de estancieros que no tenían la más mínima idea de lo que es la religión, que mucha gente jamás se confiesa y que incluso se podía encontrar personas que, a los quince o a los dieciseis años jamás habían ido a misa; esto no me asombra mucho ya que, entre la frontera y Rio Grande, sólo se celebra la misa en Capilha, por donde pasé hoy.

Capilha no es más que un pequeño poblado formado por algunas chozas y una muy pequeña capilla que depende de la parroquia de Rio Grande, en donde oficia un capellán. Este poblado está situado en una posición bastante favorable, al borde de la laguna Merín. Silveiro me ha dicho que su casa estaba a cinco leguas del lago y a cinco leguas del mar. Por debajo de Caiova el istmo comienza a achicarse; mis anfitriones de ayer de noche me dijeron que su casa estaba a tan solo dos

leguas del lago y a tres leguas del océano; en Capilha, sólo hay dos leguas entre el lago y el mar. Desde Capilha hasta aquí, en tres leguas, siempre bordeamos el lago, caminando por una playa triste y monótona, cubierta por arenas finas y blancuzcas.

Más allá de esta playa, las arenas acumuladas por los vientos han formado una hilera ininterrumpida de montículos, sobre los que crecen algunos árboles raquíticos como la *myrsinée*, la *higuera*, el *caentro*. Detrás de los montículos el terreno vuelve a ser parejo y cubierto de pastos.

A una legua de Capilha, se encuentra un lugar llamado Tahim en donde están acantonados algunos soldados. Antes, Tahim marcaba el límite de los regimientos portugueses. Más allá están los campos neutrales (*campos neutraes*)[7] que se extendían a lo largo de treinta leguas hasta la estancia de Chuy, en donde empezaban las posesiones españolas. Si lo que me han dicho es cierto, los campos neutrales fueron poblados, originariamente, por portugueses que, en el momento del tratado, se vieron obligados a abandonar sus bienes.

Hombres pobres, que vieron toda esa cantidad de tierras sin dueño, pensaron en establecerse allí y solicitaron la posesión de esas tierras a los comandantes portugueses de la frontera. Estos, para no comprometerse, no otorgaron una autorización directa pero prometían cerrar los ojos ante esta violación del tratado, recomendando a los agricultores que llegaran a un arreglo con los comandantes de las fuerzas españolas, quienes, dinero mediante[8], dejaban hacer lo que fuera. Los campos neutrales fueron así poblados, por segunda vez, por portugueses. Pero hoy que se considera que estas tierras forman parte del territorio portugués, los primeros propietarios se presentan con sus títulos en regla otorgados por el Rey y pretenden que éstos les dan derechos más reales que los de quienes llegaron después y que se establecieron de modo fraudulento violando un tratado.

Parece que las autoridades están dispuestas a pronunciarse a favor de los propietarios más antiguos. Me detuve en una estancia en la que no estaba el dueño y en la que sólo encontré a un negro. Este



hombre vive comiendo carne, sin harina ni pan y lo mismo ocurre, en esta región, con todos los esclavos.

Estancia de Tapera, 3 leguas, 23 de setiembre.- Entre la región que recorrí y el mar hay un lago sumamente estrecho, que tiene doce leguas de largo y que comienza a la altura de Tapera, se extiende en forma paralela a la laguna Merín y el mar hasta *Capao* de Franco, a una legua y media de la estancia del Corral Grande.

En los mapas, este lago se llama laguna de Mangueira, pero en la región se le conoce con el nombre de Laguna *do Albardao*. Es la *Lagoa comprida* de la que habla Chaves. Desde el extremo septentrional de este mismo lago, se ve un amplio *banhado* que avanza hacia Rio Grande y que, cuando se aproxima a esta ciudad se divide, según me dijeron, en diferentes cursos de agua, cuyo conjunto imita los dedos de la mano; al terminar el lago hay otro bañado al sur que se prolonga hasta Jerabatuba.

Se llama *banhado* a terrenos bañados, como su nombre lo indica, por una pequeña cantidad de agua que, a veces, fluye. En general, en ellos crecen grandes pastos; no son tan fangosos como los pantanos y pueden ser considerados como una especie intermedia entre los pantanos y los lagos.

Entre el de Mangueira y el mar, a la altura de Estiva, cerca de la estancia de Velho Terras, el terreno se eleva y forma una especie de grupa que se extiende hasta la altura de la estancia de Joao Gomez. Debido a su forma, esta grupa ha recibido el nombre de Albardao, que significa gran albarda, de donde proviene el nombre de Laguna de Albardao. Estos datos me fueron dados por gente del lugar. Para completar esta pequeña topografía, debo agregar que inmediatamente antes de llegar a la guardia de Tahim, pasé un arroyo llamado Arroyo Tahim, que se origina en la parte sur del bañado septentrional del lago de *Albardao* y que establece una comunicación entre este mismo lago y la laguna Merín.

El arroyo *das Cabeças* que corre cerca de la *Chacara* de Justino

y desemboca en el Rio Grande no es sino una rama que termina este mismo bañado: por lo tanto, el lago de Albardao se comunica a la vez con la laguna Merín y la de los Patos..

Muy poco después de habernos ido de la estancia de José Correio atravesamos una especie de charca que llaman *Passo do fundo do Curral alto,* y en la cual el agua llegaba hasta el cubo de la rueda de la carreta. Esta charca es la parte más baja de un bañado que viene de Capilha y se comunica con el Arroio dos Cabeças. Antes del *passo*, este bañado se divide en dos ramas entre las que pasa el camino. La de la derecha se termina en la estancia de Tapera en donde me detuve hoy; la de la izquierda se prolonga paralelamente al lago hasta su extremidad al sur; es de suponer que la extensión y la profundidad de los bañados deben variar según la estación del año, e incluso dentro de una misma estación según las lluvias.

En los campos por los que hoy pasé el pasto es menos ralo si lo comparamos con el que vi en los días anteriores porque los animales no son tan numerosos. Los pastos nuevos apenas comienzan a despuntar en medio de las matas resecas. El terreno sigue siendo completamente llano y parejo.

Desde la casa en que pasé la noche hasta aquí sólo vi una estancia, la de Corral Alto. Como los bueyes del mayor Matheus empezaban a estar muy cansados, envié a mi soldado a esta estancia para pedir, con mis credenciales en mano, algunos pares de bueyes. Cuando llegué, me habían traído dos yuntas y el propietario me dijo que no me podía ofrecer más dado que le habían quitado todos los demás para las tropas que acababan de abandonar Santa Teresa. Le ofrecí pagarle la suma que él quisiera por los que tenía la amabilidad de prestarme pero no aceptó esta proposición e incluso me obligó a tomar dos tazas de café. Por otra parte, este hombre se queja, como muchos otros, de los excesos que cometen los militares que usan la violencia para hacerse con los caballos de los estancieros que luego venden; a veces también matan vacas en los campos para comer dos libras de carne, abandonando en el lugar los restos del animal muerto[9].



La estancia en la que hoy me detuve no es más que una mísera choza sin ningún mueble rodeada por algunas casuchas para los negros. Cuando entré, la dueña de casa cosía sentada sobre una especie de tarima de madera sostenida por piedras y cubierta por una piel de oveja. Estaba bastante bien vestida y aunque era tímida, respondió a las preguntas que le hice. Todas las mujeres que veo desde Rio Grande son bonitas. Tienen ojos y cabellos negros pero una tez muy blanca. Por cierto, la belleza de su piel hace que sean más bonitas que las francesas. Le hice saber a mi anfitrión que deseaba comer carne. Inmediatamente fue a buscar una vaca y la mató dejando que mi soldado separase los trozos que quería; ni siquiera miró lo que éste escogía y no quiso oir hablar de alguna forma de pago; sin embargo, se me dice que este hombre no es rico y tanto su casa como su atuendo sólo muestran su indigencia.

ESTANCIA DE JOSE BERNARDES, 24 de setiembre, 3 leguas y media.- Desde la estancia de Tapera se puede ver la laguna Merín pero al seguir el camino muy pronto se le pierde de vista. El terreno por el que hoy pasé es llano y parejo y sólo tiene pasturas. Como los animales son menos numerosos, los pastos ya no son ralos y se alzan en matas que aun están resecas como en pleno invierno; no recuerdo haber visto casa alguna.

Los bosques son más escasos que nunca; a lo sumo se puede ver, de tanto en tanto, algunos matorrales o algunos grupos de árboles raquíticos; hoy no vi tantas flores en los campos como los días anteriores. En general, el crecimiento de la vegetación parece estar menos avanzado. Las plantas más frecuentes y que actualmente están en flor son: la *Anémona* n° *1864*, el *Cerastium* n° *1875*, otro *Cerastium*, el *Carex* n° *1875 ter* y un *Oxalis* rojo que no es otro que el n° *1874*. Hoy volví a ver con asombro una palmera que ya me habían mostrado en Palmares. Sus hojas son como alas, se parece algo al butiá pero es un poco más alta, su tronco es más grueso y completamente cubierto por unas especies de placas o de escamas que son la base de hojas más antiguas.

Siguiendo mi costumbre mandé a mi soldado a que se me adelantase para pedir al dueño de la estancia en que me detuve el permiso de ir a su casa y me recibieron a la perfección. La estancia de José Bernardes se compone, como todas las demás, de la casa del dueño, de algunas casuchas para los negros y de una cocina que forma una choza aparte como se acostumbra en casi todo el Brasil. La casa del dueño tiene techo de paja, como las que vi desde la estancia de Silveira: es baja, como las demás, y construida con palos cruzados y tierra gris que es la que hay en la región.

La casa se compone de dos habitaciones, la sala y el cuarto del propietario separadas entre sí por una cortina. La sala es muy limpia pero no tiene ventanas y el amoblamiento se reduce a dos sillas de cuero, un armazón de madera que oficia de cama y cuya parte inferior está forrada de cuero, como se acostumbra por aquí y por último una pequeña tarima formada por tablas de madera clavadas sobre dos pedazos de madera y sobre la cual la dueña de casa trabaja sentada.

Le pregunté a José Bernardes dónde se aprovisionaba en madera y me respondió que acababa de comprar los restos de una embarcación que había encallado hacia poco tiempo en Capilha, pero que, generalmente, él y sus vecinos iban a buscar la madera al borde del Arroyo del Rey, que se encuentra a dos días de viaje en carreta de aquí.

José Bernardes es hijo de un hombre que fue contrabandista[10] y que sirvió de guía al general Lecor desde Rio Grande hasta Montevideo y que me dio el itinerario que yo debía seguir. Este hombre fue de los primeros que se establecieron en estos campos luego de que los tratados los declararan neutrales. Desde que los portugueses se han convertido en los amos de la región, su hijo, José Bernardes, reclamó al marqués de Alegrete el campo que ocupa y que nunca había sido entregado a nadie; su pedido dio al secretario personal del marqués la idea de convertirse él, a su vez, en propietario de este mismo campo: el pobre José Bernardes se vio muy pronto obligado a abandonar su casa. "Desde el día en que perdí a mi madre, me decía, no puede haber



otro más triste para mí que aquél en el que tendré que abandonar la cabaña que me vio nacer."

ESTANCIA DE FRANCISCO CORREIO, 4 leguas y media, 25 de setiembre.- Es imposible ser más amable que José Bernardes; ha sido sumamente gentil conmigo, sin importunarme; me ha dado dos gallinas, pan, pienso para mis caballos y no ha querido recibir ningún tipo de retribución. En Rio Grande, yo había conseguido algunas chucherías como para regalar, aunque si sigo recibiendo la misma hospitalidad, muy pronto ya no me quedará ninguno de estos presentes.

Desde que abandoné Rio Grande, un viento muy fuerte y muy frío no ha dejado de soplar. Especialmente hoy el tiempo era sumamente desagradable y lo que se veía del campo estaba en perfecta armonía con la tristeza del tiempo. Un verdadero día de invierno. En los campos que siguen siendo llanos, el pasto está aun reseco y es más bien grisáceo, a veces amarillento; los árboles, que habían perdido sus hojas ni siquiera han empezado a dar brotes y no he visto casi ninguna flor. A medida que me alejo de Rio Grande, el crecimiento de las plantas es menor aunque es recién hoy que esto me pareció perceptible. Casi siempre pude ver el lago de Albardao. A mitad de camino, vi en sus riberas conjuntos más grandes de árboles si los comparo con los que ya he visto en días anteriores. Dos o tres casas que son siempre chozas. Algunos butiás dispersos en los campos[11].

Como mis bueyes ya no podían seguir avanzando, mandé a mi soldado a que fuera a una legua de aquí a pedir bueyes en una estancia; yo lo seguí muy de cerca. La casa pertenecía a una mujer viuda a quien le ofrecí una retribución por el trabajo de sus bueyes, pero ella me dijo que no y me pidió solamente que no los fuera a llevar más allá de los límites de la estancia, en donde debo pernoctar. Esta mujer estaba ocupada hilando lana para hacer esos ponchos rústicos que se le da a los negros y que al mismo tiempo se emplean como chiripá. También me mostró lino tejido muy bien hecho. El lino ha sido recogido en sus tierras, hilado y tejido en su casa; para abonar la tierra en la cual se va

a plantar esta semilla utilizan el método que describí con fecha 21. Me detuve en una estancia que se compone de una mísera choza sin paredes y de algunas casuchas para los negros. Esta casa está ocupada por un hombre muy joven y todo está muy desordenado.

ESTANCIA DE MEDANOS CHICO, 5 leguas, 26 de setiembre.- Nuevamente me vi obligado a pedir bueyes en lo de Francisco Correió pero sólo los tuve conmigo durante dos leguas. Antes de irme, le ofrecí a este hombre pagarle por el trabajo de sus bueyes, pero como no he obtenido respuesta, no desembolsé nada. Sigue la misma llanura.

Desde hace tres días, los pastos ya no son tan ralos; pero la hierba está reseca y las flores son sumamente escasas; las que aparecen pertenecen a las mismas especies. Los montes están cada vez más espaciados, los árboles están retorcidos y tienen ramas muy desplegadas: He observado que aquí apenas la décima parte no ha perdido sus hojas durante el invierno y que los nuevos brotes aun no se ven; los árboles que han conservado sus hojas son aquéllos que tienen hojas duras y de color verde oscuro; entre ellos, pude notar que había *Myrtées, Myrsinées, Onagraire nº 1886, Combreta nº 1885, Coentro* que dio flores durante todo el invierno, etc. Tampoco debo olvidar la *Nyctaginée nº 1850,* arbusto que se encuentra en los bosques y los matorrales y que también da flores desde que empezó el frío. Debo hacer notar que, en este momento, el campo está tan reseco como lo estará en Francia dentro de un mes aproximadamente, pero aquí veremos que, en las próximas semanas, los campos se cubrirán de vegetación nueva mientras que en Francia se está esperando el invierno. Lo mismo ocurre con el otoño y la primavera de la vida: ambos ofrecen los mismos signos de fragilidad; ésta se ve embellecida por la esperanza y aquél no inspira sino temor.

Siempre vi el lago de Albardao a la izquierda del camino, incluso se puede ver su otra orilla. No hay casas. La estancia en que me detuve se compone de una choza en donde vive el dueño, de otra para los esclavos y de un galpón para los instrumentos de labranza.



Fui recibido en una sala amueblada con dos catres, un banco y una mesa. Desde que dejé la casa de Silveira, no he visto más jardines pero cerca de todas las estancias hay uno o dos campos de trigo cercados de la manera que he descrito con anterioridad.

A medida que se avanza hacia el sur, las tierras se hacen más propicias para el cultivo del trigo; cerca de Rio Grande la cosecha es de 30 a 40 por 1. Aquí, ya se cosecha de 80 a 100 por 1[12]. Mi anfitrión me dijo que cuando la tierra ha sido abonada puede producir durante cuatro años seguidos e incluso más, antes de que sea preciso abonarla nuevamente; si al cabo de esos cuatro años se vuelve a abonar se puede de nuevo sembrar durante cuatro años seguidos sin necesidad de echar abono. Las nuevas tierras son labradas hasta cinco veces antes de la siembra que se hace en junio; se cosecha en enero utilizando la hoz. Todos los campesinos se quejan de la roya[13]. El trigo se vendió el año pasado a 4 francos el alquez. En este momento, se labra la tierra para sembrar maíz y porotos que se cosecharán en enero. Según lo que me es posible recordar, la cosecha de maíz equivale apenas a la mitad de lo que se recoge en Minas Gerais.

Acababa de llegar a esta estancia cuando un soldado de la Legión de Rio Grande se me apersonó y me dijo que estaba a la orden; supuse que era un cumplido y no le presté mucha atención; pero, muy poco tiempo después, José Marianno me dijo que este hombre había sido enviado por el conde para acompañarme; le hice venir y, en efecto, me confirmó lo que me había dicho José. Lemos le ha dado la orden de unirse a mí aunque no tiene ninguna carta y no sé entonces por qué razón me lo envían. ¿Consideraron que el primer soldado era incapaz? ¿El segundo debía remplazarlo? ¿Debo conservar a los dos? Lo ignoro. Lo cierto es que me parecía que bastaba con un soldado en una región tan hospitalaria como ésta. Estos hombres se presentan con autoridad, intimidan a los agricultores, a veces se permiten algún tipo de violencia y hubiera deseado deber todo en este viaje a mí mismo, mi dinero y la generosidad de los habitantes exclusivamente. Sea como sea, pienso llevar a estos dos hombres hasta la casa de un

francés, llamado Ambroise Delmont(14), que vive a dos días de aquí, y como éste conoce la región mejor que yo, seguiré sus consejos en este sentido.

Anteayer vi el primer rebaño de ovejas, muy grande, pero sin perro ni pastor; me han dicho que a partir de Tahim muchos cultivadores tienen rebaños.

Muy cerca de la casa de José Bernardes hay una especie de pequeño lago que se comunica con el lago de Albardao. Este hombre me ha dicho que antes este lago no era más que un bañado pero que los animales, a fuerza de caminar en él han sumergido las tierras y el agua del lago se expandió. Me han dicho que desde la estancia de Jozé Bernardes hasta la laguna Merín había dos leguas. Desde lo de la viuda Ignacio en donde tomé algunos bueyes habría tres leguas hasta el lago y dos hasta el mar; por último, me han asegurado que había cuatro leguas desde la estancia de Francisco Correia hasta la laguna Merín.

Estancia de Corral Grande, 4 leguas, 27 de setiembre.- El terreno sigue siendo llano y siempre presenta pasturas; los árboles son cada vez más escasos. Los pastos de los campos siguen siendo de la misma altura y están tan resecos como los que vi con anterioridad. Sigue sin haber flores, y hay menos animales y caballos. Desde Rio Grande, unos y otros son pequeños y de mala raza, sobre todo los caballos; voy al paso desde hace nueve días, sólo he hecho jornadas cortas y mis caballos ya no dan más. Estos animales no están acostumbrados a comer ni sal ni maíz, lo rechazan y las pasturas, que están resecas, no les dan fuerza ni vigor. Por otra parte, mi gente no hace sino galopar y correr de un lado para otro en los campos buscando bueyes de recambio, pero no es sencillo, porque a nadie le interesan los caballos; sin embargo, un caballo es algo de cierto valor ya que no se puede tener uno bueno por menos de medio doblón (40 francos).

Me detuve en una estancia formada por unas cuantas chozas cerca de las cuales hay campos de trigo. Me instalaron en una casita alejada en donde hay un catre, y que sirve de granero. El trigo trillado



está en grandes toneles y las espigas de maíz reunidas en paquetes están atadas a la cumbrera.

Luego de haber tomado el té, fui a herborizar en un bosque con pantanos que se encuentra cerca de la estancia. Los árboles que hay allí son bastante grandes, todos carecen de hojas y aún no tienen brotes; sus ramas son retorcidas y se extienden casi horizontalmente. Por debajo de éstos, hay árboles de menor tamaño que no han perdido sus hojas y a sus pies crecen unos pastos que, en este momento, son de un hermoso tono de verde; este bosque me hizo acordar a los de Francia cuando empieza la primavera. Un *Ceraiste*, muy común en este lugar y que se asemeja al *Stellaire* común de Francia, hacía que la ilusión fuera mayor.

Cuando volvía de mi herborización, me llamaron para que fuera a ver mamar a unos cachorros destinados a convertirse en *ovelheiros*. Las ovejas estaban encerradas en el corral; los hombres tomaron una, la tiraron de lado en el piso y dos de ellos la inmovilizaron; luego pusieron al lado de ella a dos perritos que se abalanzaron sobre sus mamas y pronto las agotaron. Después de lo cual soltaron a la oveja y encerraron a los cachorros junto con algunos corderos en una choza ubicada en medio del corral. Estos animales maman dos veces por día y cuando empiezan a comer sólo se les da carne cocida para que no devoren a los corderos.

En esta estancia, ya vi españoles. Llevan puesto el chiripá, especie de cinturón que baja hasta las rodillas, como si fuera una pequeña falda, y que está hecho con esa tela rústica que se emplea para los ponchos.

El otro día Firmiano me decía: "Si mi madre no se hubiera muerto, no estaría con usted. Ella habría llorado en el momento en que yo hubiera estado a punto de irme y yo me habría quedado con ella." Estas palabras en boca de un hombre tan rústico fueron para mí un cruel reproche.

La arena que el viento hace volar constantemente y que entra en los ojos hace que en Rio Grande las oftalmias sean muy frecuentes.

JEREBATUBA, 28 de setiembre, 3 leguas.- Como no había bueyes en la estancia de Curral-Grande, envié a uno de mis soldados a que pidieran algunos en una estancia vecina. Pronto volvió diciéndome que el propietario de la estancia se ofrecía para prestarme algunas yuntas hasta Chuy, con la condición de que le diese una constancia diciendo que yo se los había pedido. Acepté la propuesta, el hombre me trajo sus bueyes y le ofrecí una retribución, inútilmente. Pero esta generosidad no es muy meritoria, ya que en este momento se requisan los bueyes y carretas de la región para conducir a Rio Grande los enseres de las tropas que estaban en Santa Teresa y el estanciero de quien acabo de hablar, al prestarme sus bueyes, escapa a una obligación mucho más dura.

La región sigue siendo llana y cubierta de un pasto reseco; el crecimiento de las plantas no está muy avanzado; prosigue la ausencia de flores, casi no hay árboles, algunas casas que no son sino cabañas. Durante la primera mitad del camino, siempre vi el lago de Albardao y los montículos de arena que lo bordean del lado del mar.

La estancia en la que me detuve pertenece a un francés llamado Monsieur Delmont que me ha confirmado todo cuanto he escrito estos últimos días a propósito del cultivo de las tierras, diciéndome también que cuando se cultivaba un terreno por primera vez, generalmente se empezaba plantando maíz. En casi todas las estancias se planta en abundancia una gramínea llamada *canna do reino* y que me parece que es el *Arundo donax*. Con sus tallos se hacen husos de hilar y también unas especies de rejillas para hacer secar el queso; se las usa igualmente como listones.

JEREBATUBA, 29 de setiembre.- Hoy me quedé aquí a pedido del Sr. Delmont; varios viajeros pasaron por la estancia en las primeras horas de la tarde; se les sirvió mate y subieron nuevamente a sus monturas sin haber dicho casi nada. Los que viajan por esta región tienen en general la costumbre de apearse en todas las casas que encuentran en su camino y tomar mate. Hoy de tarde estuve paseando por un



pequeño bosque situado en un valle húmedo cerca de la estancia y de nuevo me impresionó la similitud entre este bosque y los de Europa al principio de la primavera. Los árboles no tienen hojas; por debajo crece el *pau-d'agua*, que conserva su follaje y que generalmente no supera el tamaño de un arbusto. La hierba presenta ese color verde claro que tanto encanto tiene en mayo en los campos y las praderas de Francia. La encantadora *Liliacée n° 1897*es de un azul tan agradable como el de nuestra vincapervinca y es más grácil; a su lado crece el *Guanium n° 1899* que quizás no es otra cosa que un yuyo que en Francia llamamos "herbe-á-Robert" y un *Céraiste* remplaza, como ya lo dije, nuestra *Stellaire*.

Delmont sostiene que los estancieros no pueden vender, por año, más que la décima parte de sus animales con astas, agregando que su suegro, que tiene una estancia considerable en Rio Grande, se considera feliz cuando vende 400 animales de los 6 a 7,000 que tiene; también dice que él, que es dueño de 600 animales, sólo marcó 132 el año pasado. Se marca a los animales cuando tienen un año, se los vende cuando tienen de 3 a 5 años y por lo tanto en ese lapso se pierde y se consume mucho. Tantas personas me aseguraron en Porto Alegre y sus alrededores que los estancieros podían vender la quinta parte de sus reses, que es casi imposible que esto no sea válido para esta región, aunque parece ser que la situación cambiaría de Rio Grande hasta aquí. Lo cual prueba que debe haber una diferencia; en Boa Vista me dijeron que las vacas parían todos los años en las llanuras y Delmont me asegura que aquí sólo paren cada tres años. En esta región se deja que los caballos y las yeguas vayan y vengan con total libertad en los campos multiplicándose así ilimitadamente (*).

ESTANCIA DE CHUY, 30 de setiembre, 5 leguas.- Región siempre llana cubierta de pasturas en las que el pasto está reseco. Ni un solo

* Chaves dice que un estanciero que posee 10.000 animales con astas, sólo vende habitualmente 600

árbol; a la derecha, se puede ver a lo lejos la Sierra de San Miguel; a la izquierda, el mar, que se encuentra a más o menos media legua del camino, pero que de tanto en tanto es posible divisar a lo lejos. Delmont quiso acompañarme hasta aquí de todas maneras. A tres leguas de su casa entramos en otra, la única que hemos visto a lo largo de todo el camino. Algunas mujeres, rodeadas de los niños más lindos del mundo, se dedicaban a trabajos de aguja sentadas sobre una especie de estradoe aproximadamente un pie de alto sobre el cual había, extendidas, pieles de oveja. Estas tarimas, llamadas estrados son de uso general y constituyen un mueble indispensable de la sala; además hay una mesa, dos sillas y a veces un catre para los huéspedes. Los dueños de casa duermen en un pequeño cuarto aparte. En este lugar, las habitaciones no tienen ni cieloraso ni piso de madera.

Poco antes de llegar al arroyo Chuy entramos en otra choza muy mal arreglada. Luego, volvimos a montar a caballo y llegamos al Arroyo Chuy. Este arroyo comunica en uno de sus extremos con el lago de Albardao y en el otro con el mar. Sirve, en cierta forma de desagüe a los bañados cercanos. Cuando sus aguas son muy abundantes, siguen un cauce y desembocan en el mar; pero cuando su volumen disminuye, las arenas tapan enseguida la desembocadura y a menudo quedan estancadas durante largos meses. En el vado del arroyo vemos en las márgenes algunos arbustos bajo los cuales la vegetación es tan abundante como en los bosques de los que hablé ayer y con fecha 27. Esto prueba en cierta medida lo que dicen los lugareños a saber, que si las pasturas están tan resecas actualmente, es porque este año cayeron muy pocas lluvias. Nos detuvimos en una estancia situada del otro lado del arroyo y que pertenece al cuñado de Delmont. La dueña de casa me invitó a cenar con ella y por primera vez desde que estoy en esta capitanía, vi decir gracias a Dios por la comida y vi a los niños pedir la bendición a su madre.

Desde Rio Grande hasta aquí, sólo en esta casa y en la de Silveiro vi esos pequeños oratorios tan frecuentes en Minas Gerais. Sin embargo, esto quizás se deba a que aquí los ponen en el dormitorio de los



dueños de casa, lugar al cual no entran los invitados.

Aquí se pasa la reja sobre la tierra, tantas veces como sea necesario para que se vuelva cultivable. Cuando dije que se labraba 3 o 5 veces la tierra, incluía la labranza que se destina a cubrir las semillas. El maíz se planta al tresbolillo y se deja aproximadamente tres palmos de distancia entre cada planta; dos de las aradas se reservan para la época en que el maíz ya ha alcanzado más o menos un palmo y medio, y se pone una especie de bozal a los bueyes en forma de canastito para que no coman las plantas de maíz que están creciendo.

San Miguel, 1° de octubre. - Hoy salí del Chuy acompañado por Firmiano y mi segundo soldado para ir, primero a lo del comandante del distrito y pedirle si me sería posible encontrar una carreta para alquilar en las zonas vecinas e ir desde allí a la Serra de San Miguel. Después de haber hecho dos leguas, atravesando campos con pasturas en los que no hay ni un solo árbol, llegué a lo de J. Rodrigues, cuya casa situada a una legua y media de allí no es más que una humilde choza. Me dio mate para tomar y conversamos durante largo rato. Me aseguró que en ese momento no había ninguna carreta en los alrededores pero, al mismo tiempo, me prometió que le iba a escribir a un español que vive en Santa Teresa para sugerirle que me alquilara la suya; agregó que en caso de que esta carreta no estuviera disponible, podría yo aprovechar una de las que van actualmente a Santa Teresa transportando los enseres de las tropas. El comandante me confirmó lo que yo ya sabía a propósito del desorden que reina desde hace tiempo en esa parte de la capitanía: es fácil hacerse una idea del asunto cuando se piensa que toda esta región es una nueva conquista cuya posesión aun no es segura, está alejada de la residencia del capitán general y en ella sólo rige el gobierno militar.

Me dirigí, desde lo del comandante, hacia San Miguel, guiado por mi soldado, atravesando pastizales y sin seguir ningún camino. En este recorrido que es tan solo de 3 leguas vi un gran número de venados. En esta región en que se desprecia la caza considerándola un

ejercicio demasiado moderado y poco importante, estos animales se multiplican mucho y son poco dados a huir. Lo mismo ocurre con las perdices que abundan a partir de Rio Grande. Las pasturas que recorrí hoy son de mejor calidad que las de los días anteriores y el pasto no está tan reseco. En las más húmedas, encontré varias especies de *Vicia* y el *Lathyrus nº 2006*.

Poco antes de llegar a la Serra, se encuentra el rio que le da su nombre. Allí, un soldado del destacamento de Guerrillas, acantonado en San Miguel, vino a saludarme amablemente de parte del capitán de dicho destacamento. El río no es muy ancho pero es bastante profundo. Nuestros caballos lo atravesaron a nado, nosotros en piragüa; es así que nos encontramos en el extremo septentrional de la Serra que se extiende, aproximadamente, del N.-O al S.-E llegando a tener, según me han dicho, 5 leguas de largo.

Este lugar ofrece el más lindo paisaje que he podido ver desde Rio Grande(15). Hasta ahora siempre había pasado por una llanura uniforme que no presentaba el más mínimo movimiento, sólo animada por los animales que se alimentaban de los pastos que en ella crecían. Aquí, un río serpentea en medio de un campo con pastos de un verde intenso. En la orilla derecha hay algunas chozas; en la orilla izquierda se extiende una gran extensión de pastos verdes viéndose al fondo la Serra cuya altura es la de una simple colina. La cumbre presenta una superficie desigual y redondeada, cubierta por grandes piedras; en medio de ellas, se eleva un pequeño fuerte en ruinas(16) rodeado de arbustos y de pintorescos cirios y raquetas agrupados. El capitán de las Guerrillas se unió a nosotros al otro lado del río. Es un mulato alto, de cabello blanco, de aspecto poco atrayente; pero ha tenido conmigo todo tipo de atenciones. Subimos a la Sierra y luego de haber andado unos pasos, llegamos a lo del capitán, una frágil choza compuesta por una sala y dos pequeños cuartos. En vez de puertas hay esteras que se sacan durante el día y se ponen nuevamente al caer la noche. Primero el capitán me sirvió mate y luego me condujo a la fortaleza que está ubicada a unos pocos pasos de su casa, en el extremo septentrional de



la Sierra. Está construída con bloques de piedra; sus muros no son muy elevados ni muy anchos, tiene la forma de un cuadrado y en cada ángulo hay un bastión. Esta fortaleza fue construída por los españoles hace ya un cierto tiempo, pero luego la han dejado abandonada y hoy está en ruinas. Ya no tiene puerta, su parte interior se utiliza como corral, el pasto crece sobre las murallas y todo alrededor crecen grupos apretados de cirios espinosos.

Desde los muros de la fortaleza se puede ver una grandísima extensión de tierras y vastas llanuras cubiertas de pastos. Hacia el oeste, el Río San Miguel serpentea por el campo bordeado por un monte de árboles apretados, retorcidos y casi sin hojas todavía. Me aseguran que hacia el este se puede ver a lo lejos la laguna Merín, pero yo no lo pude ver ya que la bruma me lo impidió. La única casa que se ve desde allí, es la del malhadado Angelo Nunez, de quien ya hablé en mi diario.

Luego de salir de la fortaleza, pasamos delante de las construcciones en que viven los soldados. Son casitas sumamente bajas, de tierra, con techos de paja, todas alineadas. Enfrente está el cuerpo de guardia, una cabaña cuya parte central está completamente abierta. Actualmente, los soldados que estaban acantonados aquí están de permiso. Son cuerpos de guerrilla, voluntarios formados durante esta guerra por un estanciero llamado Bento Gonzalo. Según lo que me han dicho, este hombre había reunido primero unos doce desertores y se había puesto a la cabeza del grupo, luego esta tropa había sido autorizada por los jefes militares y el número de hombres había aumentado considerablemente, todos ellos voluntarios.

SAN MIGUEL, 2 de octubre.- Fui a herborizar hoy a la Sierra de San Miguel y estoy muy contento con este paseo. Desde San Pablo, no había realizado una jornada tan fructífera. Entre las plantas que encuentro, un gran número pertenece a géneros de la flora europea y si bien recorrí lugares secos y a la intemperie, las plantas que recogí son, en general, frágiles y de consistencia blanda. Alrededor de la fortaleza, donde el terreno es algo húmedo, el pasto es muy verde y cre-

cen muchos arbustos. Más lejos, el terreno es más seco, los arbustos son más escasos y hay grandes piedras por todos lados.

La Sierra no es muy ancha, es alta como una colina y presenta cumbres redondeadas que se interrumpen en varios lugares. Firmiano me acompañó durante este paseo y también un hombre que va a pie porque no pertenece a esta capitanía.

El Cerro del Vigía que se encuentra a más o menos una legua de la fortaleza y que es considerado el lugar más elevado de la Sierra fue nuestro punto de llegada. Desde allí se ve la fortaleza, los caseríos, los soldados, la estancia de Angelo Nunez, una gran extensión de campos y el río San Miguel que serpentea por los campos.

Según lo que me han dicho el capitán de las guerrillas y Angelo Nunez, este río (Arroyo de San Miguel) comienza en el lago de los Ulmaes cerca de Angostura que constituye los nuevos límites de la capitanía. Al principio atraviesa terrenos pantanosos, da mil vueltas, forma una isla, pasa por aquí y desemboca en la laguna Merín en el Puntal de San Miguel, que se encuentra en la punta de este lago y donde pueden fondear algunas embarcaciones. Desde San Miguel al lago hay 2 leguas y media en línea recta. En invierno, las embarcaciones pueden remontar el río hasta aquí pero en verano deben detenerse en la desembocadura del río por las arenas que allí se acumulan y también por la enorma cantidad de Aguapé (Pontedina). En el río San Miguel se puede pescar varias especies de pescados: *pentados, jondias* y *trahiras*.

Luego de irnos del Cerro del Vigía, fuimos por un camino que conduce desde San Miguel al puesto de guardia de Cañada Chica en donde algunos hombres están acantonados. Al llegar a la altura de la estancia de Angelo Nuñez volvimos a atravesar campos y nos dirigimos hacia esta estancia. Antes de la guerra, Angelo Nuñez era el propietario más rico de la región, pero tanto los portugueses como los españoles dañaron sus intereses y actualmente está casi arruinado. Alegando que había apoyado a los patriotas, sus vecinos portugueses se lanzaron sobre sus tierras, llevándose su ganado y hasta los muebles de su casa. Una de las mayores injusticias que cometieron los



portugueses durante esta guerra es la de haber actuado como si considerasen un crimen de rebeldía la mera resistencia de los españoles. Los portugueses no actuaban como aliados del rey de España[17] sino que se apoderaban por su cuenta del territorio de sus vecinos y por lo tanto, era lógico que éstos se defendiesen. Podían ser tratados como enemigos, pero no como rebeldes.

Sea como fuese, el conde de Figueira acaba de asestar el golpe de gracia al pobre Angelo Nuñez al apoderarse en nombre del rey del campo donde está ubicada su estancia. La intención del conde es fundar un pueblo en ese territorio y no se puede negar que desde varios puntos de vista el lugar parece estar bien elegido. Los cultivadores de por aquí están demasiado alejados de Capilha como para recurrir al capellán que allí reside y, por consiguiente, es necesario construir otra iglesia en la península; si no, la mayoría de los habitantes de esta región perderán toda idea religiosa y moral. También es bueno que, sin recurrir a Rio Grande, puedan abastecerse en mercaderías que les son indispensables y que encuentre mano de obra en las inmediaciones.

En una región en que hay dinero, es preciso, para que el comercio se vea favorecido, que se le ofrezca a sus habitantes los medios de gastar dicho dinero. El lugar que el conde escogió para fundar un pueblo se presenta como una agradable llanura rodeada de colinas. El fuerte lo protege; además, está sólo a una media legua del río San Miguel que las embarcaciones pueden remontar en época de lluvias y a menos de dos leguas y media del Puntal de San Miguel donde este mismo río desemboca formando el extremo de la laguna Merín. Sin duda, el pueblo hubiera estado mucho mejor ubicado en el Puntal o en las riberas del río San Miguel, en el lugar en que lo crucé para llegar al fuerte; pero no se pudo elegir estos lugares porque en invierno las tierras están totalmente anegadas durante la época de las lluvias. Incluso el lugar que el conde escogió tiene el inconveniente de ser muy húmedo; hay también otros inconvenientes, debemos reconocerlo: las aguas se desbordan y en las inmediaciones sólo se encuentra madera en las orillas del río San Miguel, madera que, por otra parte, no sirve

para la construcción. Aunque, fuera cual fuera el lugar que se hubiera escogido desde Capilha hasta aquí, la escasez de madera hubiera sido la misma.

Los habitantes de las inmediaciones dicen que esta región no está lo suficientemente habitada como para formar un poblado a no ser que pase mucho tiempo, y agregan que las personas que ya solicitaron tierras para construir aquí son extremadamente pobres y, por lo tanto, sólo pueden tener la intención de revenderlos. Sin embargo, estoy convencido de que si se construyera una iglesia en ese lugar y hubiera un sacerdote, los estancieros de los alrededores muy pronto construirían casas para pasar allí los domingos y los días de fiesta y muy pronto se establecerían entonces allí tabernas, y luego, artesanos y comerciantes. Este poblado recibiría el nombre de Castello Branco es decir, el apellido del conde.

CHUY, 3 de octubre.- Después del almuerzo me despedí del capitán Manuel Joaquín de Carvalho, que me atendió con gran amabilidad y me condujo a caballo hasta el río San Miguel. Este hombre que no es más que un soldado, ha demostrado tener tanto valor que, en una región en la que casi todos los habitantes son blancos, le han otorgado, a pesar de ser de color[18], el grado de capitán. En general, los hombres de esta capitanía demuestran tener mucho coraje y circulan miles de anécdotas que hablan de su audacia sin par. Están siempre disponibles para la acción más difícil y osada aunque, también son bastante indisciplinados. Sin dudarlo un instante, abandonan su casa y su familia para combatir, pero luego de la victoria quieren volver a su hogar; nunca desertan por cobardía, pero día tras día desertan porque se les deja inactivos. Cuando, antes del conflicto de Tacuarembó, el conde de Figueira lanzó un llamado a los habitantes de la capitanía, la mayoría de los que se presentaron eran desertores, y se presentaban no sólo porque su región estaba amenazada, sino también porque el conde había prometido que los que lo siguieran podrían volver a sus casas una vez vencido el enemigo.



Para venir de San Miguel hasta aquí, hice dos leguas atravesando unos campos recubiertos por un pasto reseco y en los que no se ve ni un solo árbol. Antes, el río Chuy, del cual ya he hablado, marcaba el límite de los *Campos Neutraes* y había en ese entonces una guardia española en la orilla derecha del arroyo. Desde que el general Lecor conquistó Montevideo, el teniente general Manoel Marquez de Souza estuvo acantonado durante casi un año en esta misma orilla con unos quinientos hombres. Estas tropas pasaron luego a Santa Teresa llevándose los materiales del campamento que habían construído en el Chuy. El teniente general pasó unos ocho meses en Santa Teresa, pero ni allí, ni en el Chuy, existió compromiso alguno entre él y los españoles. El general Marquez dependía del capitán general de Rio Grande; a pesar de que el rio Chuy era considerado el límite de la capitanía sólo en el correr de ese año la frontera avanzó hasta Angostura.

Por medio de un arreglo muy difícil de entender, el conde Figueira y el Cabildo de Montevideo enviaron cada uno a la frontera a un oficial para tratar el asunto de los nuevos límites. Estos dos hombres, luego de ponerse de acuerdo, decidieron establecer la línea divisoria en Angostura. que está a unas 13 leguas al sur de Chuy, decidiendo que el límite pasaría por los bañados de Cañada Grande y de San Miguel, siguiendo luego por el Río San Luis hasta su desembocadura en la laguna Merín, prolongándose por la orilla occidental del lago a una distancia de dos tiros de cañón, pasando por la desembocadura del Río Cebollatí, subiendo luego hasta la del Río Yaguarón, siguiendo el curso de este río hasta las Sierras de Aceguá y llegando por último desde allí hasta el Río Negro[19].

Me han tratado muy bien desde que estoy en la estancia de Chuy. El dueño de casa (Joaquin Silveira) está ausente; pero su mujer, que es la hermana de Delmont, recibe muy bien. Todas las mujeres que he visto a partir de Rio Grande han conversado conmigo, han sido muy amables y he podido observar que, en general, tenían mucho sentido común, quizás más que sus maridos.

## CAPITULO VI

Santa Teresa.- Fortaleza.- Alquiler de una carreta.- Carestía excesiva de todo lo necesario.- Cosecha y trilla del trigo.- Angostura.- Castillos.- Derechos sobre las mercaderías que pasan de Rio Grande a Montevideo.- Caballos salvajes.- Castillos (sigue).- Chafalote.- D. Carlos Conxas.- Villa de Rocha.- Herborización en el Cerro Aspro.- Marca de los animales.- Arroyo de las Piedras.- La misa en Rocha.- Pasión por el juego.- Arroyo de José Ignacio.- Gahuchos o Garuchos.- Estancia dos Bragados.- Plegaria al atardecer, acción de gracias.- Villa de San Carlos.- Manteca.- Cercos de zapallo espinoso.



SANTA TERESA, 4 de octubre, 7 leguas.- En el Chuy yo había hecho carnear una vaca para mi gente, pero mi anfitriona no quiso que le pagase y me obligó además a aceptar el caballo que me había prestado para ir a San Miguel. Debo esta excesiva gentileza a las atenciones que tuve para con Delmont, a la idea que de mí dieron dichas atenciones y al deseo que esta gente tiene de que me comprometa a solicitar al general Lecor un permiso para un hermano que está en la frontera.

Según lo que todos dicen, parece sin embargo que no debo las atenciones, los cuidados y la hospitalidad de que fui objeto desde Rio Grande únicamente a mis soldados y al grado de coronel que quieren atribuirme a toda costa. En toda la región dan de comer gratuitamente a los viajeros que se presentan y muy fácilmente les prestan caballos. Antes que abandonase la estancia de Chuy, la dueña de casa me mostró telas de lino muy resistentes, tejidas en la casa, otras hechas con lino y algodón y por último telas de lana rústica destinadas a los negros. Casi todos los habitantes de esta región provienen de las Azores[20] y sus mayores trajeron de allí este tipo de actividad. Aquí, el lino se siembra en junio, se lo trata exactamente igual que si fuera trigo y se cosecha en diciembre. Me pareció de calidad inferior al que crece en Francia.

La región por la que anduve hoy presenta pasturas en las que no se ve ningún árbol y que están tan resecas como aquellas por donde pasé los días anteriores. Sigue sin haber flores; el terreno no es tan parejo en particular cerca de Santa Teresa. Con anterioridad, había enviado a uno de mis soldados para que me consiguiese alojamiento. El comandante de Santa Teresa se me adelantó a caballo y me ofreció su casa; me dijo que mañana vendría hasta aquí una carreta que yo podría alquilar; devolveré entonces la del mayor Matheus. Ayer me vi obligado a interrumpir mis apuntes sobre los nuevos límites de la Capitanía de Montevideo y la de Rio Grande; proseguiré hoy.

Como el rey de Portugal no ha tomado aun posesión en su nombre de las tierras situadas entre el Chuy y el Rio de la Plata, se

pensó que no podría, sin ser inconsecuente, anexar por su propia autoridad una parte de este territorio a la Capitanía de Rio Grande y por eso se ha hecho intervenir al Cabildo de Montevideo en todo este asunto[21]. Pero el cabildo, cuyas funciones son de índole municipal, jamás ha tenido ni el más mínimo derecho ni autoridad sobre las tierras de las inmediaciones de Santa Teresa y por lo tanto, no ha podido dar lo que no le pertenece. Más aún. Incluso suponiendo que tuviera el derecho de dar esos territorios, es claro que la dependencia en que se encuentra bastaría para quitar toda validez a esa donación. El consentimiento del cabildo no da entonces derecho alguno a Portugal y más hubiera valido que el rey, sin dar explicaciones, declarara lisa y llanamente que la autoridad del gobernador de Rio Grande se extendería hasta los nuevos límites. En realidad, más hubiera valido que se dejaran las cosas tal como estaban hasta que se llegara a un acuerdo definitivo, ya que Portugal no obtiene ventaja alguna con la nueva delimitación y este arreglo pone en duda la buena fe de su gobierno.

SANTA TERESA, 5 de octubre.- Hoy estuve visitando la fortaleza con mi anfitrión; está ubicada en el extremo septentrional del lomo de una colina alargada que se extiende de norte a sur; se asienta, en parte, en la roca y está formada por un pentágono cuyos lados no son iguales y en cuyos cinco ángulos hay bastiones. Antes había cuarteles, una capilla, una armería y puestos de venta en su interior, pero estas edificaciones están parcialmente destruídas e incluso la puerta del fuerte está rota. Según lo que me han dicho, el fuerte de Santa Teresa fue empezado por los portugueses y fue terminado por los españoles que gastaron en él sumas importantes[22]. Pero en la guerra que duró desde 1810 a 1812, buscaron destruirlo para que los portugueses no lo utilizaran, dejándolo en el estado en que actualmente está. Sin embargo, como las murallas se han conservado, parecería posible hacer los trabajos de refacción necesarios sin gastar demasiado. El fuerte está muy bien situado, ya que, en ese punto de la frontera, es imposible desplazarse de norte a sur sin pasar por sus murallas dado que al este sólo



hay un espacio reducido entre éstas y el mar y que al oeste se extienden grandes pantanos, más allá de los cuales está el lago del Palmar, también rodeado al oeste por bañados. Debo agregar que nada es más triste que esta región.

De un lado de la colina se puede ver más allá de una zona con vegetación, las arenas blancuzcas acumuladas y el mar rugiente; del otro lado, los pantanos rodeados de *Cyperáceas* y más allá las aguas del lago. Más lejos del fuerte, sobre el lomo de la colina, hay dos filas de casitas muy bajas, de tierra o de paja y techadas con paja, donde se alojaban las tropas. Entre ellas hay algunas tabernas que probablemente no se mantendrán durante mucho tiempo más ya que hoy sólo quedan aquí una media docena de soldados.

SANTA TERESA, 6 de octubre.- Ayer y hoy fui a herborizar cerca de Santa Teresa, pero encontré pocas plantas. Varias especies europeas se han aclimatado cerca del caserío entre otras la planta que en Francia llamamos *Bourache*, la *Viperina común*, el *Anethum foeniculum*, la *Violeta*, el *Silene* y por último la *Malva común* que ya había encontrado, en abundancia, en todas las casas desde Rio Grande hasta aquí.

SANTA TERESA, 7 de octubre.- El tiempo es muy malo y no pude empezar a hacer las 30 leguas que hay desde aquí hasta Maldonado. Alquilé por setenta pesos una carreta con cuatro pares de bueyes. Este precio es exorbitante aunque aquí no lo encuentran muy elevado; todo en esta región es sumamente caro; un peón no trabaja por menos de nueve a diez pesos por mes; he visto pagar veinticinco francos por un par de botines mal hechos y he dado cinco patacones por la reparación mal hecha de un fusil y que en Minas me hubiera costado un patacón y medio. En Santa Teresa no hay madera y para cocinar es preciso traerla desde la orilla occidental del lago del Palmar. Pero se utiliza también un pequeño arbusto con muchas espinas que se llama Espina de la Cruz y que crece en San Miguel y por aquí entre las piedras. Este arbusto da muy buen fuego incluso cuando está verde. Lo describiré otro día.

SANTA TERESA, 8 de octubre.- Hoy estuve paseándome con mi anfitrión hasta un campo de pastura que la naturaleza se ha ocupado de cercar con pantanos por todos sus lados y que tiene 7 leguas de contorno. Como los títulos de quien se decía su propietario no parecieron suficientes al conde de Figueira, éste tomó posesión del campo para poner a pastar allí los caballos y el ganado del Rey.

Desde Rio Grande hasta aquí, todos los agricultores se quejan de la roya. Se cosecha con grandes hoces muy angostas que tienen la forma de una mitad de elipse alargada y oblicua. Quien cosecha se pone en la mano izquierda unas especies de dediles de caña, con la misma mano toma un puñado de tallos por debajo de las espigas y corta la paja por debajo de la mano. El resto de la planta queda en el lugar. Para trillar el trigo se hacen dos corrales, uno de los cuales tiene una forma cualquiera y que se comunica con el otro que tiene la forma exacta de un círculo. Se arranca el pasto de este último corral, se lo barre cuidadosamente y se esparcen en él las espigas. En el primer corral, se junta a algunas yeguas salvajes y se las hace pasar al corral circular que luego se cierra. Algunos hombres a caballo persiguen a las yeguas a latigazos, obligándolas a desplazarse en círculo, de modo que al pisotear las espigas con sus patas hacen que salgan los granos de trigo.

Este método de trillar el trigo es sumamente defectuoso: no sólo las espigas no se vacían por completo sino que, además, como no se trilla el corral, muchos granos se hunden en la tierra y se pierden. He visto los dos corrales que acabo de describir y los demás detalles que acabo de dar se los debo a mi anfitrión, José Feliciano Becerra, quien ha cultivado mucho el trigo.

ANGOSTURA, 9 de octubre, 6 leguas.- Algunas colinas de escasa altura suceden a aquéllas en las que está construída Santa Teresa; luego el terreno vuelve a ser extremadamente llano. Está recubierto por un pasto reseco que los nuevos brotes no han podido atravesar. Parece ser que en esta región, se acostumbra quemar los pastos que son



bastante altos. Ayer pasé por campos en los que se acababa de realizar esta operación. No hay árboles ni casas en todo el trecho que recorrí hasta aquí. El camino se aleja muy poco del mar y al oeste siempre se ve el lago de Palmares que se extiende desde Santa Teresa hasta aquí. Cerca de la punta del lago, sobre la ribera oeste, se puede ver unas colinas bastante pintorescas llamadas Cerro de Maturranga y que estarían unidas con el Cerro de San Miguel. En esta región, se denomina *Cerro* a una cadena de colinas o a porciones de esa cadena. El *Cerro* es para las pequeñas elevaciones lo que las Sierras son para las montañas más altas.

El Cerro de Maturranga esta cubierto de palmeras bastante apretadas entre sí y que han dado su nombre al lago.

Me detuve en la guardia de Angostura situada en el confín de la frontera de la Capitanía de Rio Grande. Actualmente cuenta con unos veinte hombres a las órdenes de un subteniente, pero parece que su número pronto disminuirá. Una choza sirve de alojamiento a estos militares y detrás hay dos más, más pequeñas, en las que cocinan. Lo que se puede ver desde la guardia de Angostura es bastante agradable. A la derecha se ve la punta del lago y delante de la casa se extienden campos con pasturas salpicados de palmeras; a lo lejos se ve el Cerro da Maturranga, también recubierto de palmeras. Ayer vi en Santa Teresa al teniente que tiene el comando en Angostura; se adelantó a recibirme y como quieren a toda costa que yo sea coronel, en el destacamento me recibieron con las armas en alto y el teniente quiso darme una guardia, cosa que he rechazado.

Hoy he visto al borde del camino un grupo de ciervos que pastaban tranquilamente junto con unos avestruces; no huyeron cuando nos acercamos. Aquí me han mostrado varios perros pequeños que los soldados encontraron en los campos y que pertenecían a una de esas manadas salvajes que en esta región se llaman *chimaroes*. Estos animales, que se escaparon de sus casas, no tienen nada que los diferencie de modo notorio. Todos los que vi eran cruzas, unos se parecían más bien a dogos, otros a un perro común, etc. Los perros cima-

rrones escasean en las tierras de los portugueses entre Rio Grande y Santa Teresa porque los hacendados matan a todos los que pueden ya que estos perros devoran a sus animales.

CASTILLOS, 10 de octubre, 6 leguas.- Hoy el aspecto de la región ha cambiado completamente. Ya no es más una llanura desguarnecida y pareja, el terreno es ondulado y hay butiás por aquí y por allá: a veces, hay entre ellos una distancia considerable y a veces están más juntos y forman pequeños grupos[23]. Estos árboles son más gruesos y más altos que los *guaruparu*, ya que tienen unos 15 pies de altura, pero presentan las mismas características. Hoy de mañana el teniente de la guardia de Angostura me hizo comer crudo el broto de una de esas palmeras: su sabor, aunque mucho más sutil, me hizo acordar al de la castaña cruda.

A unas cuatro leguas de Angostura, en el lugar llamado Arguejo, entramos en la casa de un hombre mayor, que fue rico pero que, debido a la guerra, vive de la mendicidad. Acostumbra leer libros en latín y se dice en la región que fue Jesuita; está casado con una india y tuvo con ella varios hijos.

Yendo hacia la casa de este hombre, vi a la izquierda, es decir al este, un lago que se llama lago de Castillos y que tiene unas dos leguas de largo. Recibe las aguas de varios arroyos y cuando se desborda se comunica con el mar por un estrecho canal al que llaman Valizas. Cuando este canal está abierto, las aguas del lago son saladas y cuando está cerrado son dulces. El camino corre paralelo al mar, incluso se le puede ver desde Arguejo y la estancia en que me detuve se encuentra a cuatro leguas de aquí. José Feliciano Bezerra, mi anfitrión en Santa Teresa, y el teniente de Angostura me acompañaron hasta a una legua de aquí, a un lugar que los portugueses llaman Casa de Molina, que es el nombre del propietario.

Esta casa es una cabaña al estilo portugués, aunque más limpia y menos despojada. La sala en que me recibieron tenía bancos y sillas y en un ángulo habia un gran aparador con foma de armario cuyas



puertas, abiertas, dejaban ver gran cantidad de fuentes y platos de loza. Esta sala carece de cielo raso, como todas las casas portuguesas, pero las vigas son de color blanco como las paredes. Entre las dependencias de esta casa hay una venta en la que hay, amontonados varios zurrones con mates provenientes de la Capitanía de Rio Grande, un gran zurrón con ajíes , algunas mercaderías europeas y unos ponchos rayados de diferentes colores entre los que predomina el azul. Estos ponchos se hacen en Córdoba. Me detuve en una estancia que es propiedad de la hermana de Angelo Nuñez y que se compone de varias casas bajas construídas con tierra gris y entre las que no es fácil distinguir la del dueño del lugar. En la sala en que me hicieron entrar hay dos catres, dos mesas, sillas de paja pintadas de rojo y encima de una mesa, una de esas pequeñas capillas portátiles, como las que suelen tener los portugueses. Las paredes son blancas, pero no tiene ni cielo raso ni piso de madera. Cuando entré, encontré en la sala a los dueños de casa y a varias jóvenes que tenían entre diez y quince años de edad, de aire angelical, piel delicada, saludables, grandes ojos negros, boca pequeña y cabellos castaño oscuro. Estas jóvenes, que son las hijas del dueño de casa, están vestidas, como su madre, con ropas de algodón estampado y llevan un manto de algodón; tienen el pelo trenzado, y sostenido por una peineta. La madre tiene medias y zapatos, las hijas no tienen medias.

Me recibieron con gran frialdad, aunque quizás deba esta actitud al carácter de la nación más que a alguna característica especial de mis anfitriones. El hecho es que ya son las nueve y hasta ahora, sólo me han ofrecido mate.

Recientemente se han establecido ciertos derechos sobre las principales mercaderías que pasan de la capitanía de Rio Grande a la de Montevideo. Estos derechos se perciben en Santa Teresa en provecho de esta última. La yerba mate paga 26% del precio de compra que se supone es de 12 testones (25 centavos) . Los animales con astas pagan 240, las mulas 400, los potrillos 200, las yeguas 100.

Ya empecé a describir la manera en que se trilla el trigo; voy a

terminar lo que tenía para decir sobre este tema. Cuando el grano salió de las espigas, se separa la paja con una horquilla de tres dientes muy juntos y se termina de limpiarlo tirándolo por el aire contra el viento con unas palas. Para venderlo y transportarlo se le pone en grandes bolsas hechas con cueros sin curtir y enteros. Así llegan a Rio de Janeiro.

Hoy encontramos cerca de Angostura unas manadas de yeguas salvajes que galopaban y jugueteaban en los campos. Cuando pasamos, una de las manadas se asustó: alguna de las yeguas pasó a la derecha del camino, las demás quedaron del otro lado. Entonces vimos a un macho correr desde la manada que había quedado separada hasta obligarla a unirse a la otra. Antes era muy frecuente ver caballos salvajes en los campos neutrales, pero desde que esta región ha comenzado a poblarse más, muchos de estos animales han desaparecido porque los han matado para quedarse con el cuero. Quienes viajan con caballos domados temen a los caballos salvajes, especialmente en los lugares en que éstos son muy numerosos. Los salvajes se acercan a los domados, los incorporan a la manada salvaje y huyen con ellos por los campos. En la campaña de 1810 a 1812, Diogo se desplazaba en el campo seguido por un número muy importante de caballos de recambio. Se dice que un día un oficial vino a decirle que se veía a lo lejos una gran manada de caballos salvajes (*bagoalada*) y le solicitó que disparara contra esa manada para asustarla. Diogo no siguió el consejo y muy pronto los caballos salvajes se mezclaron con los suyos: los que estaban atados a las carretas se pusieron a galopar en medio de los demás, corriendo el general gran peligro.

Cuando se quiere dar caza a los caballos salvajes se forma un cerco con palos (*marguem*) de forma alargada, similar a la forma de una parábola, abierto en su extremo más ancho, cerrado en el extremo opuesto. Algunos hombres a caballo persiguen a los caballos salvajes y los obligan a entrar en el cerco en el que se encuentran presos como peces en una red. Hoy he visto muy lindas praderas, con butiás plantados en círculo y muy cerca unos de otros: su follaje se mezcla

→ "corrales de palmas"



produciendo una impresión muy agradable. Estos árboles son transplantados cuando ya son grandes y prenden muy bien. En esta región usan el tallo de las hojas viejas de butiá para hacer fuego.

Castillos, 11 de octubre.- Ha llovido todo el día y no pude salir de aquí. No me debe asombrar el hecho de que mis anfitriones me hayan hecho cenar tan tarde ayer de noche: voy a contar cómo se vive aquí. Hoy de mañana llevaron a su cuarto grandes fuentes con maíz cocido en leche. A eso de la una sirvieron el almuerzo en la sala y me invitaron a comer con ellos; había tres platos que se servían sucesivamente: el primero, costillas de vaca asadas, el segundo, carne hervida y el tercero, *mazamorra cangica*. Comimos pan y tomamos vino de Córdoba. Después del almuerzo, el dueño de casa me preguntó si quería hacer la siesta, a lo que respondí que no; se retiró a su habitación junto con su mujer y sus hijos y no reaparecieron hasta dos o tres horas más tarde.

Cuando se duerme así de día, es fácil irse a dormir a las doce de la noche Después de sestear a mis anfitriones les trajeron mate; lo toman sin azúcar. Al caer la noche, abrieron la pequeña capilla de la que ya he hablado y que encierra en su interior a una imagen de la Virgen, y pusieron delante de ella una vela encendida. Debo agregar que al terminar de comer cada uno dio gracias a Dios juntando las manos como se hace en Francia y cuando nos levantamos de la mesa, una negra dijo, en voz alta, la misma oración. Durante la comida quise hacer un brindis en honor de los dueños de casa pero me adviertieron que en esta región no se acostumbra hacer eso. "Aquí, dijo, nada de ceremonias, despreciamos las gentileza afectada de los portugueses."

Los hombres que veo por aquí y los que ya he encontrado visten un chiripá, pedazo de tela de lana que se usa como cinturón y que cubre los muslos hasta las rodillas como una especie de enagüa. También usan pantalones muy anchos de una tela de algodón hecha en la casa cuyo borde inferior se termina con flecos por encima de los cuales usan una pieza o franja de tela calada. No se puede comparar el

atuendo de hombres y mujeres; éstas se visten como damas, los hombres apenas un poco mejor que un campesino francés.

En esta región se procede a la quema de los campos antes de la primavera, en los meses de agosto y setiembre.

CHAFALOTE, 12 de octubre, 5 leguas.- La región sigue siendo ondulada y cubierta de pasturas. La pequeña cadena de colinas que empieza en San Miguel se continúa en forma paralela al camino. Hasta aquí no hay muchos butiás, pero vuelven a aparecer con frecuencia cerca de este paraje; vemos una casa a una media legua de aquí, la única que se ve por las inmediaciones. Las pasturas están cubiertas de pasto muy fino y de calidad muy superior al que se ve antes de llegar a Santa Teresa y es por eso que los animales son mucho mejores. La lluvia que cayó ayer hace que sea difícil transitar por el camino ya que se ha juntado mucha agua en la huella y esto nos ha traído muchas dificultades.

Me detuve en lo de unos hombres para quienes me habían dado una carta de recomendación y cuya vivienda se componía de varias casas todas con techo de paja pero dos o tres de ellas están construídas con ladrillos. Cuando llegué muchos estaban ocupados cargando una carreta. Le pregunté al que me pareció mejor vestido si era el dueño de casa; no me respondió pero me condujo a la casa principal, retirándose luego. Allí encontré a tres mujeres bien vestidas que me acogieron a la perfección y se pusieron a conversar conmigo. Salvo una, muy bonita, todas las demás no son muy jóvenes, pero tienen gracia, saben moverse y comportarse y son educadas sin afectación; en una palabra, tienen los modos de las damas que viven en los castillos de Francia. En cambio los hombres me han hablado muy poco; no son muy pulidos, ni muy amables y parecen simplemente campesinos franceses. Siempre tienen el chiripá y los pantalones que ya he descrito; sin embargo, el dueño de casa no se viste así y lleva puesto un saco corto y un pantalón que, en general, es de algodón.

He podido observar varias diferencias entre los españoles y los



portugueses aunque según lo que precede ya se puede ver que las hay notorias. Los portugueses, y hablo aquí sólo de los de la Capitanía de Rio Grande, reciben ellos mismos a los extranjeros y los acogen demostrando su buena educación. Hoy viví todo lo contrario, fueron las mujeres quienes me recibieron; me han dicho que encontraré estas mismas costumbres en casi todas las casas en que viven españoles. Ayer y hoy mis anfitriones han manifestado un gran desprecio por los portugueses del interior cuando les conté que en casa de éstos jamás se veía a las mujeres. Mis anfitriones no lo dijeron con claridad, pero es evidente que detestan a sus vecinos[24].

Los propietarios de Castillos y de Chafalote pasaron largos meses en prisión en Porto Alegre porque habían, según se decía, favorecido al partido de los insurgentes; pero como decía acertadamente el propietario de Castillos, aún suponiendo que esto fuera cierto, habríamos ofendido a nuestro rey y nuestra conducta no debía ser juzgada por los portugueses y sobre todo, al no haber actuado ellos en nombre del rey de España, no tenían porqué castigarnos. Las personas que viven en esta región se han encontrado en una posición muy delicada. Los insurgentes los obligaban a abrazar su causa y los portugueses lo consideraban un crimen. La dueña de casa se había refugiado en Rio Grande para ponerse a salvo de los patriotas y fue durante ese período que los portugueses arrastraron a su hermano, que se había quedado aquí, hasta las cárceles de Porto Alegre.

Cuando llegué a esta casa las mujeres me preguntaron si había comido a lo cual respondí que no; me dijeron entonces que me iban a servir una merienda y al cabo de un cuarto de hora me trajeron pan y una fuente de carne que, en Francia, hubiera alcanzado para seis personas. En la cena, comimos lo mismo que en Castillos: primero, asado, después carne hervida con caldo. El asado es delicioso pero muy duro. Siempre son grandes tajadas, no muy anchas, que se ponen al fuego, primero se asan de un lado, luego del otro, atravesándolas verticalmente con un pincho. En muchas casas este pincho es de hierro.

Villa de Rocha, 13 de octubre, 7 leguas.- Hoy dejé la vivienda, encantado con la dignidad de las anfitrionas. La región que hoy recorrí presenta excelentes pasturas aunque hay pocos animales y lo mismo ocurre en los campos que se extienden entre Angostura y Castillos. Antes había aquí gran cantidad de animales pero la cantidad disminuyó significativamente durante la guerra. No hay muchos butiás. El terreno es siempre ondulado y a la derecha sigo viendo la pequeña cadena de colinas de las que ya he hablado.

A dos leguas de Chafalote, en un lugar llamado D. Carlos, se pasa por un arroyo en cuyas riberas encontramos montes con arbustos que se parecen a los montes bajos de Francia; todos los que he visto desde Rio Grande son semejantes a éste.

En D. Carlos hay un par de casas, hay otra en un lugar llamado Conxas, pero son las únicas. Encontré varias carretas grandes en el camino; probablemente habían ido a Maldonado a llevar cueros. Me detuve en Villa de Rocha de la cual hablaré más en detalle cuando la haya recorrido. Me alojo en la casa de un francés, gracias a la carta de recomendación que para él me dio Bezerra: el francés está afincado en el lugar desde hace muchos años. Me recibió muy bien, y como le hice saber mi deseo de herborizar en las pequeñas montañas que hay cerca de la villa, me invitó a pasar en su casa el día de mañana.

Villa de Rocha, 14 de octubre.- Hoy fui a herborizar al Cerro Aspro en compañía de Firmiano y Matheus, el más inteligente de mis dos soldados. Dicho Cerro es una pequeña montaña que forma parte de esa cadena de colinas, no muy altas, que, como ya lo he dicho, comienza en San Miguel y se extiende en forma paralela al mar. Mi anfitrión me había dado una carta de recomendación para un estanciero que vive cerca de la ruta que debo seguir y al que le pedía que fuera mi guía en la región.

Cuando llegué el estanciero estaba ocupado marcando sus animales; se había juntado mucha gente y perseguían al galope a los animales que debían ser marcados. Se les enlazaba por las astas y por las



patas, se les tumbaba y se les aplicaba un hierro al rojo vivo sobre la piel. Observé que para calentar dicho hierro se quemaban cabezas y patas de vaca con su cuero junto con pedazos de madera. Antes de llegar a la casa en la que vi esto, pasé a un cuarto de legua de aquí por un curso de agua que se llama Arroyo de Rocha. Este arroyo nace, según me han dicho, a 5 o 6 leguas de esta ciudad, en un lago que se llama Laguna de Rocha y que divisé a lo lejos, del lado del mar, cuando estaba en el Cerro-Aspro. Esta pequeña montaña está cubierta por grandes bloques de piedra amontonados entre los que crecen arbustos, en particular una *Compuesta* de hojas muy finas con ramas en corimbo cuyas flores aun no se han desarrollado (*2160*). También vi algunas palmeras. Los pastos más frecuentes en esta montaña son el *Oxalis n°2080*, la *Anémona n° 2072*,una *Compuesta;* y desde lo alto del Cerro Aspro se ve una inmensa extensión de terreno ondulado y cubierto por pasturas; a lo lejos, se puede ver, al este, el lago de Rocha.

En Rocha me recomendaron que tuviera mucho cuidado cuando recorriera el Cerro Aspro porque, se decía, las rocas de esta montaña servían de guarida a los tigres. Lo recorrí por todos lados y no vi ni uno de estos animales. Por cierto, antes, éstos eran muy comunes en la región, pero durante la guerra el movimiento de las tropas ha hecho que la mayoría huyera. De noche, conversé con mi anfitrión sobre la modalidad de los habitantes de esta región y todo lo que me ha dicho confirma lo que había leído sobre las costumbres del Paraguay [sic][24] y lo que me habían repetido muchos portugueses.

Los vastos campos que recorro están poblados mayoritariamente de indios civilizados y sobre todo de mestizos que no tienen tierras y que van de una estancia a otra, se mezclan sin ceremonias con los que viven en la casa y comen con ellos tanta carne como quieren. Cada tanto estos hombres ayudan a los estancieros en sus trabajos y se les paga muy caro, pero jamás ahorran el dinero. Cuando tienen un chiripá y un poncho, ya no tienen más ambición y gastan el resto de su paga en aguardiente o en el juego. Estas costumbres, propias de los indios y los mestizos, pasaron al hombre blanco;

nadie junta dinero; éste se gana fácilmente y se gasta del mismo modo y la pasión por el juego es general. Un hombre cree haber hecho mucho por sus hijos cuando les ha dado un pantalón y una camisa. Con los bolsillos llenos de pesos va a la pulpería y vuelve a su casa sin un peso. Un extranjero que sea activo y ahorre corre con ventaja en esta región.

Antes de la guerra, los europeos que venían a establecerse aquí hacían fortuna rápidamente[25]; se les había visto muchas veces pidiendo limosna y al poco tiempo eran dueños de esclavos, una casa y mercaderías. Y hacían sentir a los americanos su superioridad, y les manifestaban su desprecio; de ahí el odio que los americanos sienten hacia ellos y las venganzas que se tomaron. La guerra ha empobrecido, y mucho, esta región; pero si en el futuro sigue siendo un lugar tranquilo, volverá a ser lo que era antes.

ARROYO DE LAS PIEDRAS, 15 de octubre, 3 leguas y media.- Hoy dejé muy tarde la ciudad de Rocha para poder ir antes a misa. La iglesia, muy diferente de las de los portugueses, es muy baja, de forma alargada, sumamente angosta, de ladrillo y con techo de paja. Carece de cielo raso y tiene un solo altar. No hay ningún adorno pero está muy limpia. Las mujeres se ubican en dos filas cerca del santuario y se quedan arrodilladas o sentadas como las portuguesas. Los hombres más importantes del lugar se sientan en dos bancos ubicados uno atrás del otro, en el medio de la iglesia a cierta distancia de las paredes y los demás se apretujan entre los bancos y las puertas.

En la iglesia de Rocha hay una pequeña tribuna en la que había dos músicos, uno con un violín y el otro con un arpa. Cantaron la misa, acompañados por sus instrumentos, pero el pueblo no cantó con ellos; nadie tenía libro como ocurre también en las iglesias portuguesas. Hacían acto de presencia y muy poca gente parecía rezar. Las mujeres estaban muy bien vestidas, los hombres no. No vi ni a uno solo que tuviera un traje; salvo dos o tres que se habían cortado el pelo, los demás lo tenían atado con una cinta. Los que estaban mejor



vestidos tenían una capa y un saco corto, los demás un poncho como los que se hacen en la región o de gruesa franela sin forro. Durante la misa, se golpean el pecho y se hacen la señal de la cruz con menos frecuencia que los portugueses, pero después de haberse persignado todos se besan el pulgar. Como los portugueses, no se olvidan de hacerse la señal de la cruz sobre la boca mientras bostezan.

Pregunté a la mujer de mi anfitrión si se celebraba la misa todos los domingos: me respondió que no, pero que se celebraba con cierta frecuencia. La ciudad de Rocha no se asemeja en nada a los pueblos y ciudades portuguesas. Tiene aproximadamente la forma de un cuadrado y se compone de unas 45 casas que tienen una sola planta. Las casas son bastante altas y, en su mayoría pequeñas, de ladrillo y con techo de paja; las más grandes son estrechas y alargadas, las demás son casi cuadradas.

Sólo está revocada la parte superior del triángulo que corona la fachada; las ventanas tienen un postigo de madera y no tienen celosías.

En Rocha hay varias tiendas bien abastecidas; los comerciantes hacen venir desde Montevideo y Maldonado, en carretas, las cosas que precisan. El agua que se toma en Rocha proviene del arroyo del que ya he hablado, pero no es muy buena; como nadie hace nada si no es a caballo, incluso los esclavos, se va a buscar el agua a caballo; para esto, se ubica un barril destinado a estos efectos sobre una especie de trineo formado por tres pedazos de madera dispuestos en triángulo; se ata una correa a uno de estos pedazos de madera y ésta a la silla de montar y el caballo, al avanzar, arrastra el triángulo y el barril. También se transporta de esta manera los atados de leña para cocinar que se va a buscar al borde del arroyo.

Cuando viajaba con el conde de Figueira, su vehículo llevaba seis caballos y, además, dos hombres a caballo ayudaban a que andara utilizando una correa de cuero que estaba atada, en una punta, al vehículo y en la otra, a la silla de montar. Al irme de Rocha, agradecí a mi anfitrión, Juan Barbote y a su mujer, que fueron sumamente servicia-

les conmigo. Ya me iba cuando se presentó una mujer mayor que me dijo que uno de los caballos que yo había comprado en Santa Teresa le pertenecía. Me daba algunas pruebas de sus dichos cuando me enteré que el caballo había sido robado durante la guerra y, por lo tanto, no me creí obligado a restituírselo. Sin embargo, pregunté a Barbote si esta mujer pasaba apreturas, porque, si se trataba de eso, estaba dispuesto a darle unas monedas, pero como me aseguró que no era el caso, no le di nada.

La región que recorrí hasta aquí es ondulada y tiene excelentes pasturas. Al oeste, sigue la pequeña cadena de colinas de las que ya hablé anteriormente; al este, se ve el lago de Rocha que, según me dicen, está separado del mar por una estrecha franja de tierra. Cuando tiene mucha agua, ésta, que generalmente es salobre, se abre paso comunicándose con el mar.

Me detuve en una estancia cuyas casas son dos humildes chozas, en una de las cuales vive el dueño y hay una pulpería y en la otra está la cocina. Esta no tiene puerta de noche y, cuando hace frío, la entrada se cierra con un cuero. En general, desde Rio Grande hasta aquí, las chozas de los negros y las cocinas se cierran de esta manera; éstas tienen dos aberturas al exterior y se pone el cuero del lado que sopla el viento. No hay estancia alrededor de la cual no se vea cabezas de vaca, osamentas de animales, trozos de cuero y a menudo intestinos y restos de carne. Cuando llegué aquí, sólo había dos niños encargados de cuidar un campo de trigo que no estaba rodeado de zanjas: fueron a buscar al dueño de casa que apareció poco después.

Este hombre me confirmó lo que me había dicho su cuñado Juan Barbote a propósito de las costumbres de la región. Los niños saben jugar a las cartas tan pronto saben montar a caballo, lo que es como decir tan pronto saben caminar; muy pronto también se acostumbran a tomar aguardiente y estas dos pasiones perduran hasta que les llega la muerte. Dice mi anfitrión: "Yo debería ser tan rico como mi cuñado, pero en esta región los extranjeros son los únicos que ahorran algo; nosotros, gastamos el dinero en cuanto lo ganamos y



siempre vivimos mal. Mi cuñado empezó con muy poco dinero que había pedido prestado: hoy tiene diez negros, varias negras, la mejor casa de Rocha, una tienda bien surtida, un horno de ladrillos, una panadería, un taller de cerrajería, una carreta, animales, etc.". Pero los europeos no transmiten a sus hijos este amor al trabajo, este orden y esta idea del ahorro que traen aquí. Educados entre nosotros, sus hijos adoptan nuestros defectos, viven del mismo modo que nosotros y muchas veces disipan la fortuna del padre.

Arroyo De Jose Ignacio, 16 de octubre, 5 leguas.- Terreno desparejo, siguen las excelentes pasturas, no hay bosques, salvo a orillas de algunos arroyos, de tanto en tanto algunas casas. Al oeste, sigue la misma cadena de colinas. Me detuve en un lugar llamado Garzón, en donde hay una pulpería; cerca de allí hay un arroyo en cuyas orillas hay algún monte; dicho arroyo recibe las aguas de varios arroyuelos y desemboca en un lago llamado Laguna Garzón que se extiende paralelamente al mar al norte del lago de Rocha. Las aguas de esta laguna son saladas y cuando hay crecida se abren paso a través de la estrecha franja costera que las separa del mar.

En el lugar en que me detuve hay también un arroyo con montes en sus orillas en el que desembocan otros arroyos por los que he pasado; este arroyo, a su vez, desemboca en un tercer lago que se llama Laguna de José Ignacio. Tanto éste como los dos anteriores, a veces comunican con el mar y a veces no. Vemos entonces que, desde Angostura hasta aquí, existe una cadena de lagos que empieza en el de Castillos y se extiende paralelamente a la costa a muy poca distancia del mar.

En los alrededores de Rocha como también en toda la región que recorrí ayer y hoy, no se cultiva el trigo o muy poco: no se ve ningún tipo de plantación alrededor de las casas. Sólo se ocupan de la cría de animales. Antes, el agnado era muy abundante en la región, pero su número disminuyó considerablemente desde la guerra. Los portugueses se llevaron parte y los insurgentes también contribuyern a su aniquilamiento.

Estos hombres sin religión ni moral, en su mayoría indios o mestizos, que los portugueses llamaban *Garruchos* o *Gahuchos* y de quienes ya he descrito las costumbres ,no tardaron en unirse a Artigas y sus capitanes cuando éstos levantaron la bandera de la rebelión. El grito de *¡Viva la Patria!* era para ellos la señal de que el saqueo podía comenzar; a veces robaban los animales para venderlos y luego gastaban en el juego la plata que recibían por esta venta. Los mataban innecesariamente y ni siquiera se quedaban con el cuero. Cada capitán no era sino el jefe de un grupo de bandoleros que, la más de las veces, actuaba por su propia cuenta, y no obedecía las órdenes de nadie. La afición al saqueo y al desorden era la razón de ser del soldado, el deseo de mandar era la del jefe. Sin embargo, estos hombres tenían siempre en la boca la palabra "patria" y estábamos acostumbrados a oírles decir y repetir esta palabra, que los tiempos en que gobernaron los insurgentes se llama aquí los tiempos de la Patria[27].

Me detuve en una casa hecha de barro, de aspecto muy pobre, pero cuyos moradores están vestidos con prolijidad. Muchos hombres llevan por encima del pantalón que he descrito con anterioridad, otro de franela.. Me invitaron a cenar y acepté. Pusieron la mesa sobre un mantel raído; sólo yo tuve cuchara, plato y tenedor: los demás comían de la fuente ayudándose con pedazos de asta tallados en forma de cesto en una punta y puntiagudos en la otra. La cena consistía en un guiso de pollo y un plato de carne asada. Intenté, en vano, comer este último plato: la carne era tan dura que me era imposible separar las fibras de los trozos que me llevaba a la boca; no existen dientes humanos capaces de triturar algo tan duro. Estoy convencido que, en general, la gente de esta región traga casi siempre la carne sin masticarla.

ESTANCA DE BRAGADOS, 3 leguas (españolas), 17 de octubre.- Sigo viendo hermosos campos con excelentes pasturas. El terreno sigue siendo ondulado y a la derecha se prolonga la misma cadena de colinas. No hay bosques desde el Arroyo de José Ignacio hasta aquí.



Hay más casas. Por esta estancia corre un arroyo, pero en sus orillas no hay ni un solo arbusto. Este arroyo, me dice mi anfitrión, desemboca en el de San Carlos que une sus aguas al de Maldonado.

Por aquí se vuelve a cultivar el trigo y los campos están tan bien cercados como lo están los de los portugueses. También se cultiva el maíz, cuya harina a veces se mezcla con la del trigo para hacer el pan. Parece ser que, en esta región, todos los estancieros comen este alimento aunque en pequeñas cantidades. Cuando llegué aquí, estaban calentando el horno de pan y para ello utilizaban osamentas animales mezcladas con un poco de madera; comí con mis anfitriones que hablan con espanto delos tiempos de la Patria. Los soldados patriotas entraban en las haciendas de los estancieros, tomaban para sí lo que se les ocurría, en particular, las armas, matando a los animales y llevándose los caballos, y había que declararse satisfecho; a menudo, un negro, un mulato, un indio se autoproclamaba oficial e iba con su banda a robar a los estancieros. Se habla con horror de un tal ...; en cambio, se habla muy bien de Fructuoso Rivera, que acaba de rendirse al general Lecor y que, actualmente, está en Montevideo[28].

Al caer la noche abrieron la pequeña capilla, y pusieron una vela encendida adelante;después de comer dieron gracias a Dios rezando la oración; luego el dueño de casa tomó un pedazo de pan que estaba sobre la mesa y lo besó pronunciando estas palabras:Pan de Dios.

En los campos que se extienden entre Rio Grande y Santa Teresa, son los charqueadores quienes van a comprar los animales a las estancias. Desde que estoy en las posesiones españolas, encuentro alrededor de las estancias, en abundancia, el *Carduus marianus*, el *Silene nº 1861*, la *Bursa pastoris*, el *Poa annua* y un *Medicago* muy frecuente en todos los campos desde Rio Grande hasta Santa Teresa. El *Erisemum officinale* es bastante abundante desde Santa Teresa hasta aquí. Ayer y hoy vi emplear nuevamente el pequeño trineo del que ya he hablado para ir a buscar agua.

VILLA DE SAN CARLOS, 18 de octubre, 2 leguas (españolas).- Antes de mi partida de la estancia de Bragados, mis anfitriones me hicieron probar una manteca de excelente calidad. Aquí hacen mucho más manteca que los portugueses. La leche tiene mucha crema en esta parte de América así como en Brasil. Las vacas dejan de dar leche cuando ya no tienen a su ternero.

La villa de San Carlos, en donde me detuve, está situada en una llanura, cerca del río del mismo nombre. El río corre serpenteando entre los pastos y en cada una de sus orillas hay algunos arbustos entre los cuales pude ver un *Berberis* que es muy común en este lugar. Las pasturas de los alrededores son muy verdes.

Al oeste, siguen las prolongaciones de la misma cadena de colinas que, a lo lejos, describe un semicírculo dirigiéndose hacia el mar. Al suroeste, se ve en el horizonte, la torre de Maldonado. Probablemente San Carlos es dos veces más grande que Rocha y también tiene forma cuadrangular. Las calles son bastante anchas, pero no están empedradas y, cuando llueve, hay mucho barro. En general, las casas están bastante apartadas unas de otras, separadas por cercos, construídas de ladrillo sin revocar : son más grandes que las de Rocha. Las más importantes tienen techos a la italian, lo que nunca había vis to desde que estoy en América.Las demás tienen simplemente un techo de paja.

Aquí como en Rocha, no se usa ni cal ni cemento; se emplea la tierra arcillosa del lugar, de color gris oscuro que, trabajada, forma una mezcla resistente y duradera. Muchos habitantes abandonaron la ciudad durante la guerra; se puede ver casas abandonadas y otras que han sido empezadas y quedaron sin terminar. Cada casa dispone de un pequeño terreno casi siempre sin roturar y rodeado por plantas de zapallo espinoso que forman un cerco impenetrable. La immovilidad de este vegetal, el verde oscuro de su tallo y el color rojo de las casas dan a esta ciudad un aire triste que contrasta, singularmente, con la alegría de los campos que la rodean.

En el medio de la ciudad hay una gran plaza cuadrada, cubierta



de césped y con iglesia en su lado occidental. Hace mucho que no veía una iglesia tan grande. Es de ladrillo, tiene dos altas torres y un pequeño pórtico. Todavía no he visitado su interior. Los habitantes de San Carlos son comerciantes y agricultores aunque estos últimos sólo vienen aquí los domingos. La ciudad tiene un alcalde y es la cabeza de una parroquia que empieza en Santa Teresa y está separada de la de Maldonado por el arroyo del que ya he hablado.

# CAPITULO VII

Maldonado.- Un joven cirujano francés afincado en Maldonado.- Excelente calidad de las tierras.- El almirante Jurien.- Ebert, comerciante francés.- Los oficiales del Colosse y del Galathée.- Isla de Lobos.- Lobos de mar.- Arroyo del Sauce.- Pan de Azúcar.- Odio de los españoles hacia los portugueses.- La yegua madrinha.- Arroyo de Solís Grande.- Ausencia de platos.- Al aire libre, Arroyo de Solís Chico.- El zorrillo, un animal que despide un líquido maloliente.- Arroyo de Merelis.- Serpientes.



MALDONADO, 19 de octubre.- Ayer de noche me visitó un joven cirujano francés establecido en la región; me invitó, con gran amabilidad, a ir a pasear hoy a Maldonado. Hoy de mañana vino a buscarme y monté a caballo llevando conmigo a Firmiano y Matheus. Atravesamos una llanura agradable por la cual pasa serpenteando el Rio San Carlos y que se detiene, al oeste, en la pequeña cadena que sigo viendo desde San Miguel. Al llegar aquí, bajé hasta lo del cirujano que se aloja en una casa extremadamente pequeña, pero arreglada con ese buen gusto y esa elegancia que se han convertido, para nosotros, en una costumbre y una necesidad y que los habitantes de esta región desconocen. Después de haberme refrescado, fui a la casa de Angelo Nunez que me había ofrecido alojamiento y de allí a visitar al coronel portugués que comanda esta región. Le mostré las credenciales que me había dado el conde de Figueira y me recibió muy bien. Como ha vivido durante largo tiempo en Villa Boa, hablamos largamente de esta ciudad y sus habitantes. Aún no tengo una idea formada sobre Maldonado lo cual me impide hacer una descripción detallada; sin embargo, voy a empezar por relatar lo que he visto.

La ciudad está situada a un cuarto de legua aproximadamente del mar, frente a una ensenada que ofrece un excelente fondeadero para la mayoría de los navíos. El terreno que se extiende desde la ciudad al mar es sumamente arenoso. Frente al puerto, en una punta de la ciudad hay una torre cuadrada que sirve de vigía. Las calles de Maldonado están bien alineadas y son bastante anchas pero no están empedradas; como la tierra es muy arenosa, nunca hay barro. Las casas generalmente están algo apartadas unas de otras; algunas están construídas con cal y arena, como las de Rocha y San Carlos. Tienen una sola planta, pero son bastante altas. Algunas, menos importantes, tienen techo de paja; las demás tienen un techo plano oculto por una prolongación de las paredes de unos tres palmos de alto; por debajo de esta prolongación sobresale una cornisa. En el medio de la ciudad hay una gran plaza cuadrada: en uno de los lados está la iglesia que había sido empezada antes de la guerra y que está sin terminar. La

parte que ya está construida es de cal y ladrillo. Los muros son anchos y el pórtico, que ya está terminado, es majestuoso.

Los cuarteles son hermosos, pero sufrieron muchos daños cuando los ingleses se alojaron aquí. La casa del cabildo y la de la aduana apenas merecerían ser las de un vecino de buena posición.

En Maldonado viven comerciantes y agricultores. Se cultiva mucho el trigo en los alrededores de esta ciudad. Las tierras son tan fértiles que no es preciso usar abono y se las puede sembrar con trigo cuatro años seguidos sin que sea necesario dejarlas descansar. Las pasturas de los alrededores son de excelente calidad y los animales son mucho mejores que entre Rio Grande y Santa Teresa; sin embargo, su número ha disminuído significativamente durante la guerra y el general Lecor se vio incluso obligado a prohibir las charqueadas para que los animales vuelvan a multiplicarse. Esta región que antes exportaba tanto cuero, sebo y tasajo, sólo exporta hoy los cueros de los animales que se consumen en el lugar.

MALDONADO, 20 de octubre.- En este momento, hay, en el puerto de Maldonado, una nave francesa de guerra y una fragata bajo las órdenes del contralmirante Jurien. Hoy fui a visitarlo y me recibió muy bien. Jurien es un hombre alegre, amable, sin altanerías y sumamente bondadoso. Todos los marinos que están bajo sus órdenes lo aprecian enormemente y lo tienen en gran estima. Me dijo que estaría en Rio de Janeiro en el próximo mes de mayo y me ofreció volver a Francia con él. Desearía de todo corazón poder aprovechar este ofrecimiento. Los oficiales que vi tambén fueron muy amables, en particular el cirujano mayor y un oficial ingeniero naval adjuntos a la expedición. Estos señores tuvieron también la generosidad de mostrarme la nave que se llama le Colosse. Experimenté una enorme satisfacción al encontrarme tan lejos de mi tierra pero rodeado de tantos franceses.

En las casas de Maldonado, la sala en que se recibe es amplia, está blanqueada y tiene pocos muebles habida cuenta de su tamaño. Las mujeres se arreglan mejor que los hombres; de ellos, ninguno lleva frac y casi todos llevan un simple saco. Los españoles son mucho menos ceremoniosos que los portugueses y parece que entre ellos las relaciones fueran más francas e igualitarias.



MALDONADO, 21 de octubre.- El hombre más rico de Maldonado es un comerciante francés llamado Ebert. Cuando llegué aquí, me presenté en su casa. Me recibió muy bien, me invitó a almorzar hoy junto con los oficiales del Colosse y de la Galathée. Sólo había franceses y, desde la partida del duque de Luxembourg, no me había encontrado en una reunión con tantos compatriotas.

Hoy reservé una carreta para ir a Montevideo; me costará tres pesos por día y dos pesos más por todo el viaje. Esta región ya no es rica, pero el precio de los viajes y la mano de obra sigue siendo el de los tiempos de esplendor. Hoy de tarde vi a un hombre harapiento que se negaba a ir a caballo de aquí a Montevideo por sesenta francos, cosa que se puede hacer fácilmente en dos días.

Delante de la ensenada que forma el puerto de Maldonado hay una isla que llaman Isla de Gorriti en donde, me han dicho, se encuentra agua. Cuando este territorio pertenecía al rey de España, había una guardia en la isla* y desde que los portugueses dominan la región, la han remplazado por una de su propia nación. Cerca de la isla de Gorriti hay otra a la cual le han dado el nombre de Isla de Lobos porque sirve de refugio a los lobos marinos muy comunes en estos parajes. En la época del celo, estos animales acuden en gran número a la isla. Como su anatomía los obliga a caminar con lentitud, los hombres se abalanzan sobre ellos y los matan apaleándolos antes que hayan tenido tiempo de volver al agua. Su piel es muy apreciada y se extrae aceite de su cuerpo. Actualmente, Portugal cobra impuestos por la caza del lobo marino[29].

*- Probablemente, la que Casal denomina Isla de Maldonado.

ARROYO DEL SAUCE, 22 de octubre, 3 leguas (españolas).- Hoy dejé Maldonado y fui a San Carlos, hice cargar mi nueva carreta y partí después de haber comido en la casa de un cirujano del lugar que había estudiado en Buenos Aires y que fue muy amable.

La región que recorrí es despareja: hay rocas que asoman en la superficie, en la colina y también en la pequeña cadena de la que ya tanto hablé. Las pasturas son excelentes, pero se ven muy pocos animales. Varias chozas en los campos. Pasé por trigales que no estaban cercados y me sorprendió que los animales no entraran a comerse las plantas. Transcribo lo que se me dijo en este sentido. La gente pobre que no tiene esclavos no cava zanjas alrededor de sus campos; de día y de noche, hacen de tanto en tanto una ronda para ahuyentar a los animales y de esta manera salvan su cosecha. Me parece que sería más fácil hacer poco a poco las zanjas.

A corta distancia de aquí, vi a la izquierda un lago que llaman Laguna de la Barra, que se comunica con el mar. Me detuve en una estancia cuyas casas habían sido quemadas y donde sólo substistía una pobre choza. Un poco más abajo corre un pequeño río que llaman Arroyo del Sauce y que está en efecto bordeado de sauces de la especie n°2132, sexto. Este río desemboca en el lago de la Barra.

PAN DE AZUCAR, 23 de octubre, 4 leguas (españolas).- Por todos lados, pequeñas montañas en las que a menudo la roca aparece casi a ras del suelo. Sigo viendo una montaña más alta que lleva el nombre de Pan de Azúcar, a pesar de no tener en nada la forma de un terrón de azúcar[30]. Las pasturas son excelentes, pero hace tiempo que no veía tan pocos animales. El hombre que conduce la carreta y el hombre en cuya casa debo pasar la noche me han dicho que los animales habían sido diezmados por las tropas patriotas.

Antes, esta era una región extremadamente rica y una enorme cantidad de hombres, en su mayoría mulatos o indios vivían aquí sin ser dueños de nada pero también sin hacer nada. Iban de una estancia a otra, y como una vaca costaba tan solo un peso, no presentaba



mayores problemas el tener una boca más que alimentar en la casa. Muchos venían de Paraguay y de Chile[31], para pasar la vida sin hacer nada y comiendo carne en abundancia y poder al mismo tiempo ganar mucho dinero, cuando por casualidad les daban ganas de trabajar. Cuando se declaró la insurrección, estos hombres, que no tenían nada que perder, se unieron a Artigas o a sus capitanes y se pusieron a robar los bienes de los apacibles cultivadores A menudo mataban a una vaca para comer sólo la lengua o hacer un tiento con su cuero; así, innecesariamente y sin obtener ventaja alguna para ellos, diezmaron el ganado.

Hoy en día yano queda casi ninguno de estos hombres. A muchos los mataron, otros fueron hechos prisioneros, los que quedaban siguieron a Artigas y hoy, que una vaca cuesta hasta cincuenta francos y que los estancieros no son tan ricos, éstos no tolerarían en sus casas con tanta facilidad a personas que vivieran a sus expensas sin reportarles ninguna utilidad.

Desde Rio Grande hasta Santa Teresa, he visto campos de trigo cerca de casi todas las estancias. Los cultivadores trabajan la tierra y al mismo tiempo crían animales. Según lo que me ha dicho mi anfitrión, no ocurre lo mismo en esta región. En general, los estancieros se limitan a criar animales. Quienes cultivan la tierra no son tan ricos y sólo poseen algunas vacas para tener leche. Los lugares en que están no se llaman estancias; se les da el nombre de chacaras.

El hombre en cuya casa hice un alto en el camino, como los demás habitantes de esta región, no quiere a los portugueses y es preciso reconocer que es entendible porque cuando el general Silveira pasó por el lugar, le sacó sus animales, prometiéndole que se los iba a pagar, y hasta ahora, no ha recibido ni un peso. Mi anfitrión asegura que los españoles de esta comarca detestan a los patriotas tanto como a los portugueses y lo único que desean es retornar al dominio español; pero el testimonio de este hombre puede ser parcial ya que nació en Europa. Como todos sus compatriotas, se ilusiona con la esperanza de ver aparecer una escuadra española[32]. En general, la quimera de

los europeos es ésa: esperan la escuadra como los monárquicos franceses esperaban el ejército que los liberaría del yugo de las fuerzas revolucionarias.

PAN DE AZUCAR, 24 de octubre.- Como el Pan de Azúcar es la montaña más alta de la región y yo podía, por lo tanto, encontrar allí más plantas que en otros lugares, me quedé hoy para tener tiempo de hacer la ascensión. Al salir de la casa, pasé por un arroyo que se llama Arroyo del Potrero del Pan de Azúcar y que desemboca en el lago da Barra. Luego de haber hecho un cuarto de legua más o menos, atravesando excelentes pasturas, llegué al pie de la montaña. No es muy alta ni escarpada y sin embargo trepé por sus laderas con mucha dificultad porque está sembrada de rocas por todas partes y entre ellas crecen plantas con espinas, en particular la Espina de la Cruz y la Acacia nº 2144.

Cuando llegué a la cima, vi que estaba muy cerca del mar y del otro lado pude ver una inmensa región muy ondulada, con montañas en las que las rocas afloran en la cima de las colinas. Volví a la casa después de llevar a cabo una cosecha bastante buena. Las plantas más frecuentes en el Pan de Azúcar son, además de la Espina de la Cruz y la Acacia nº 2144 que acabo de mencionar, varios Cortex, la Compuesta nº 2160, que se ramifica desde la base y cuyas menudas ramas muy numerosas y erguidas forman como una especie de bola. En la cima vi abundantes Compuesta nº 2149 y la Labiatiflora nº 2082 cuyas flores desprenden un delicioso aroma.

PAN DE AZUCAR, 25 de octubre.- Tenía un gran número de plantas para examinar; sin embargo, como el sol sale mùy temprano, antes de las diez ya estaba dispuesto a partir.

Estaba despierto antes de que saliera el sol, porque mis anfitriones, que hacen una siesta prolongada, están en pie en cuanto canta el gallo. La carreta había hecho apenas unos pasos cuando la yegua que guía (madrinha) a mi pequeño grupo de caballos dio a luz; me vi en-



tonces obligado a volver sobre mis pasos. Cuando se viaja con caballos de recambio, la mejor manera de impedir que se alejen hacia las pasturas y se pierdan es tener una yegua con la que se encariñan, a la que siguen por todas partes y a la que se le ponen trabas en las patas todas las noches.

Aproveché esta estadía obligada aquí para ir a herborizar a unas montañas que están enfrente del Pan de Azúcar y a las que llaman Cerro de las Animas. El camino que, desde el Arroyo del Sauce, se dirige casi siempre hacia el oeste, pasa entre las dos montañas a aproximadamente una legua (española) del Cerro de las Animas y a un cuarto de legua del Pan de Azúcar.

Esta última montaña está aislada, pero el Cerro de las Animas forma parte de una cadena que sin duda debe estar vinculada con la que me pareció que empezaba en San Miguel. Me inclino a pensar que el Cerro de las Animas es más alto que el Pan de Azúcar aunque parece serlo menos porque no está aislado como éste. Es mucho menos pedregoso, está prácticamente cubierto de pasturas que atrajeron mi atención por lo resecas que estaban. Las laderas del Cerro de las Animas no son muy inclinadas; sin embargo, tuve dificultades para pasar en algunos lugares debido a las Espinas de la Cruz que me impedían caminar. Además de este arbusto, también encontré en abundancia una Compuesta cuyas flores son purpúreas y que tiene pocas ramas. El subarbusto nº 2161 está cubierto de hermosas flores con forma de embudo que son blanco azuladas y presentan estrías en forma de rayos, alternativamente amarillas y azules, en el fondo de su corola. También la Irideácea nº 2136 es muy abundante en estas montañas y en toda la región se le conoce por sus virtudes refrescantes; la llaman Canchahayac. En las partes más bajas, amplios espacios están cubiertos exclusivamente por el Lathyrus nº 2166 que tiene unos cuatro pies de altura y forma como una alfombra de un hermoso color azul. Desde lo alto del Cerro de las Animas, también pude contemplar una gran extensión de terreno, el mar y los campos que están más abajo.

ARROYO DE SOLIS GRANDE, 26 de octubre, 5 leguas.- A corta distancia del Pan de Azúcar vimos el mar pero muy pronto lo perdimos de vista. Siempre hay excelentes pasturas y, a la derecha, sigue el Cerro de las Animas. Las rocas afloran por todas partes en las pequeñas montañas que componen esta cadena. Algunas casas de tanto en tanto. Como me advirtieron que entre el Arroyo Solís y Montevideo no iba a encontrar animales y que ya no me quedaba mucha carne para alimentarme, me detuve en la Estancia de Vierra en donde compré un buey, que me costó cuatro pesos, sin cuero ni sebo, precio que me parece excesivamente caro, si comparo con los otros precios. Enlazaron al animal por las astas y por las patas, lo tumbaron, lo desjarretaron, lo degollaron con un cuchillo y lo cortaron en pedazos. Toda esta operación se hizo con gran rapidez. Todos los habitantes de la capitanía de Rio Grande y los de esta región saben matar y descuartizar animales. Se les puede llamar, con justicia, un pueblo de carniceros.

Me detuve en una humilde choza cerca de un pequeño río llamado Arroyo de Solís Grande. Este río parece ser un brazo de mar ya que sus aguas son salobres aunque estemos a dos leguas del mar. Las dos mujeres que viven en la choza me acogieron muy bien y cuando llegó su cena, me invitaron a que la compartiera con ellas. He podido observar que, desde Castillos, en lo de ningún cultivador se usan platos. Se pone sobre la mesa un mantel rústico, generalmente muy sucio, y las fuentes con cucharas y tenedores; cada uno se sirve de la fuente y come su trozo de carne como puede. En Minas Gerais, en cambio, la gente más pobre tiene platos y la comida se sirve siempre sobre manteles limpios.

Las mujeres en casa de quien me detuve me han hablado muy mal de los portugueses, aunque luego de cerciorarse de que yo no pertenecía a esa nación. "¿Qué desean entonces?", les dije, "¿desearían volver a estar bajo la autoridad del rey de España o ser independientes?". No pude obtener una respuesta clara y categórica, pero me confesaron que no querían a los europeos porque éstos despreciaban a los criollos.



ARROYO DE SOLÍS CHICO, al aire libre, 27 de octubre, 7 leguas.- Hoy de mañana, mis anfitrionas me advirtieron que algunos milicianos españoles de la guardia de Mosquito, donde debía detenerme tenían muy mala fama en la región; se les atribuían robos e incluso crímenes que se habían cometido en las inmediaciones. Fui a avisarle a Matheus que parece ser el más sensato de mis soldados pero me di cuenta que ya estaba al corriente y que estaba muy asustado. Montamos a caballo y seguimos el camino que va en dirección oeste.

Muy cerca de Solís Grande, perdimos de vista la cadena del Cerro de las Animas que se dirige hacia el norte. La región por la que pasamos presenta excelentes pasturas, es ondulada con colinas pedregosas. Al borde del camino, en varios lugares, hay anchas franjas de flores color azul púrpura, las del Echium n° 2173, que había empezado a ver en Santa Teresa y que probablemente es nuestro Echium vulgare.

Como no hacía buen tiempo, dejé mi caballo; subí en la carreta y me dormí profundamente. Cuando me desperté, el que conduce la carreta detuvo los bueyes y me dijo que habíamos llegado al lugar en que debíamos hacer un alto. Me asombré al ver que en ese lugar no había ninguna casa y me enteré que mientras dormía habíamos pasado la guardia de Mosquito y nos encontrábamos a una legua de allí. Era evidente que mi gente se había asustado con lo que les habían contado de esa guardia y había aprovechado que yo dormía para hacer avanzar la carreta. Como me veía así privado de ciertas cosas que me son necesarias para trabajar, no pude evitar mostrarle mi descontento al soldado que allí estaba; también le dije que me sorprendía que los militares fueran tan sensibles a tales temores. Me respondió de mal modo y cuando su compañero llegó se fueron a hacer un fuego lejos del que mi gente había encendido. Cocinaron aparte. Estos hombres van de mañana a buscar los caballos a las pasturas en donde los vuelven a llevar de noche; no me son de ninguna utilidad y no parecen muy dispuestos; es evidente que están descontentos, pero desconozco el porqué. Sin duda José Marianno, o incluso Firmiano los habrá

influenciado en este sentido porque, cuando le hago reproches, él va y cuenta cosas falsas para vengarse. Por su lado, José Marianno repite a todo el mundo que me va a abandonar. Mi anfitriona de Pan de Azúcar me lo advirtió, diciéndome que parecía ser un hombre avieso; no se equivocaba.

Encuentro diferencias perceptibles entre la fisionomía de los españoles y los brasileros. Unos y otros tienen, en general, la cabeza alargada, pero los primeros la tienen más ancha y más grande, su tez tiene más color, sus ojos son más grandes, su nariz es más larga; su fisionomía es quizás más hermosa, pero es también menos expresiva.

Los zorrillos abundan en estos campos; a menudo sentimos su olor fétido pero recién hoy vi uno por primera vez y debo confesar que el temor de ser alcanzado por el líquido que lanza sobre el enemigo impidió que me le acercara . Me pareció que tenía el tamaño de una comadreja; su cola, de pelos muy largos, estaba vuelta sobre su lomo y el animalito huía saltando. Un perro que me sigue desde Rio Grande fue a atacarlo pero muy pronto debió emprender la retirada cuando el animal le lanzó el líquido maloliente. El pobre perro fue a revolcarse en el polvo y frotarse contra el pasto; pero creo que, a pesar de esto, apestará por mucho tiempo.

ARROYO DE MERELIS, 28 de octubre, 7 leguas.- El camino sigue siempre hacia el oeste; las pasturas siguen siendo excelentes; hay muy pocos animales; el terreno es ondulado. Entre Castillos y San Carlos, siempre hemos caminado a tres o cuatro leguas del mar; luego nos fuimos acercando y hoy pudimos verlo. Dejamos atrás el Pan de Azúcar y hacia delante, a lo lejos, vemos Montevideo.

En el lugar llamado Pando, pasamos un arroyo bastante ancho, bordeado por arbustos como el Solís Chico. Allí hay varias casas dispersas en medio de los campos. Toda la región que he recorrido es muy bella, el pasto es de un verde luminoso y está salpicado de flores entre las cuales las más frecuentes son las del Echium nº 2173, de la Compuesta Labiatiflora nº 2002, y del Silene nº 1861 bis ; estos dos



últimos son muy frecuentes a partir deSanta Teresa. Desde San Carlos veo espacios considerables cubiertos por un Cynara que se parece mucho a nuestro alcaucil común por sus hojas espinosas y blancuzcas pero que tiene flores más pequeñas. El sabor de las hojas del involucro y del receptáculo es igual al de nuestro alcaucil y los tallos de la planta también tienen un agradable sabor. Los españoles cortan a veces esta planta para dársela a los caballos. Otros la hacen secar para quemarla como si fuera madera.

Me detuve en una agradable casa que pertenece a un apoticario de Montevideo y en la que fui muy bien acogido. El modo afable de mi anfitrión y su mujer no anunciaba intenciones hostiles; sin embargo, mis soldados nuevamente se espantaron y se fueron a ubicar relativamente lejos de la casa, lo que es muy molesto ya que Firmiano los siguió y en la carreta no quedó nadie que la cuidara. Fui a explicarles a estos hombres mi punto de vista aunque sin éxito. Una vez que los caballos están sueltos en las pasturas, sólo piensan en comer y no ayudan en nada; estoy casi decidido a mandarlos de vuelta cuando esté en Montevideo.

Desde Rio Grande hasta Santa Teresa, vimos muy pocos pájaros y pertenecían a un pequeño número de especies diferentes. En cambio, las víboras son muy comunes; casi no hubo día en el que José Mariano no haya visto alguna y además, las vemos constantemente al borde del camino.

## CAPITULO VIII

Montevideo.-Padre Gomes.-Caballero del Host.- El autor se pierde de noche en los suburbios.- General Lecor.- Buena administración.- Bailes de negros.- Vicealmirante Jose-Rodrigo Ferreira Lobo, coronel Frangini.-Cavailler.- Larrañaga, cura párroco de Montevideo.- Su herbario.- Rápida invasión de las plantas europeas.- Baile en la casa del general Lecor, espectáculo.- Herborización en el cerro de Montevideo.- Redacción de un tercer informe sobre las plantas cuya placenta se libera luego de la fecundación.- Género Pelletiera.-Pueyrredón, ex -gobernador de Buenos Aires.- Miguel Barreiro.- Conversaciones sobre el lugar.- Cementerio.- More.- Biblioteca pública.- Hospital.- Negociación del duque de Richelieu con Buenos Aires para darle el gobierno de esta ciudad al duque de Orléans.- Decazes retoma la negociación para darle el gobierno al príncipe de Lucques.



MONTEVIDEO, 29 de octubre.- Siguen los campos de extraordinaria calidad cubiertos de finos pastos. Ya se ven casas a una distancia bastante grande de Montevideo y a medida que nos acercamos a la ciudad, éstas se hacen más frecuentes. Antes de la guerra, esta región debía caracterizarse por su actividad, pero hoy todas las casas cerca de la ciudad están en ruinas y abandonadas por completo. Han sido destruídas por las tropas insurgentes que quedaron acantonadas durante veintidos meses en la plaza. Antes de llegar a Montevideo se puede ver, a los lejos las torres de la iglesia parroquial, y el Cerro, ancho y no muy alto que está frente a la ciudad del otro lado de la bahía y en cuya cima se ha construído una fortaleza.

Hoy era domingo; en los barrios de Montevideo había tanto movimiento como en los de nuestras grandes ciudades de provincia. A cada paso encontraba gente a caballo y grupos de hombres y mujeres que iban de paseo. Muchos niños remontaban cometas, juego que no se conoce en Brasil; otros jugaban a la pelota, lo que tampoco se ve en Brasil. Los caballos esperaban tranquilamente delante de las pulperías que sus dueños terminasen el partido de cartas o se emborrachasen.

Matheus me acompañaba y entramos juntos en la ciudad preguntando por el Padre Gomes. Las calles por las que pasamos no son muy anchas pero son rectas. Delante de las casas hay piedras muy anchas que sirven de aceras y están separadas del resto de la calle por bornes de madera. Las casas son de una planta, de ladrillo y tienen techo plano. La plaza es cuadrada y bastante grande. Me impresionó la gran suciedad de las calles y de la plaza pública.

Al llegar a lo del Padre Gomes, le presenté las cartas que tenía para él; me dijo que había recibido la que yo le había escrito desde Maldonado, pero que no me había podido conseguir alojamiento. Esta noticia, unida a la frialdad de quien me lo decía, me fastidió; fui entonces a transmitirle mi situación a otro comerciante al que estoy recomendado y que iba a hacerse cargo de los gastos de mi carreta . Ha sido bastante servicial pero, como el Padre Gomes, tampoco supo

indicarme un lugar donde alojarme. A pesar de todo, volví a la casa de este último, donde había dejado a Matheus; el Padre Gomes me dio una carta para un sacerdote amigo que vive fuera de la ciudad. y Matheus fue a decirle al conductor de la carreta que se detuviera ahí donde estaba y fui solo hasta lo del sacerdote quien, a pesar del calor, recorrió todos los barrios conmigo para encontrar una casa, aunque todo fue en vano. Cuando regresamos a su domicilio, yo tenía mucha hambre, estaba agobiado por el calor y el cansancio y realmente desesperado por no saber qué iba a ser de mi, mis caballos y mi equipaje. La cena del amable clérigo me dio ánimos; su casa era demasiado pequeña como para alojarme, pero le pedí autorización para que me dejara traer la carreta cerca de su casa. Fui a buscarla y estoy instalado delante de la casa del clérigo. Tal era la situación cuando el Padre Gomes llegó acordándose de que había un hombre que tenía una panadería fuera de la ciudad y una habitación de más. Fuimos hasta allí y en efecto, me dio dos pequeñas habitaciones, una para mi y la otra para mi gente. Entre tanto, los soldados se habían ido a caballo para la ciudad con el que conducía la carreta y sólo llegada la noche me fue posible instalarme en mi nueva morada.

MONTEVIDEO, 30 de octubre.- En cuanto me levanté, me preparé para ir a la ciudad. Fui a encontrarme con el caballero de Host, que había conocido en Rio de Janeiro y que es uno de los edecanes del general Lecor[33]. Me acogió muy bien y conversamos mucho de nuestros amigos de Rio de Janeiro, en particular, del conde de Flemming y de Dalborga. Según me han dicho, este caballero nació en Toscana, abandonando su lugar natal cuando la Toscana fue invadida por los franceses; fue entonces a ofrecer sus servicios al emperador de Alemania y, cuando este último se alió con Bonaparte, pasó al servicio de Portugal. Fui a la casa del general acompañado por este caballero, pero como estaba ocupado, no me recibió y dijo al caballero que volviera a las siete de la tarde. También fui, siempre acompañado por el caballero, a lo de Herrera[34] que es asesor del general y me prometió llevarme mañana a lo de Larrañaga[35], cura párroco de la ciudad, de quien se dice que tiene amplios conocimientos de historia natural.



El caballero me condujo también a lo de las señoras Oribe[36] donde pasa la mitad de su vida y que son consideradas como unas de las personas más importantes de la ciudad. Su casa es amplia, muy linda, y las habitaciones por las que pasé están limpias y muy bien amuebladas. Cuando entré, una de estas damas estaba tocando el piano y las demás cosían y bordaban. Me parecieron finas, correctas, pero muy distantes. Había varios hombres en lo de estas mujeres: me parecieron aun más distantes y reservados que las mujeres.

Después de comer, fui a lo del Padre Gomes, que se mostró mucho más afectuoso que la primera vez; me dijo que había encontrado un corral en el que yo podía poner los caballos durante la noche y que, durante el día, podía mandarlos pastar bajo el cuidado de mis soldados. Volví a mi casa para transmitirles este arreglo y, contariamente a lo que esperaba, no hicieron objeciones.

De allí volví a la ciudad y fui con el caballero a lo del general. Lo encontré en los postres. Le presenté la misiva del conde de Figueira, la leyó, me hizo sentar a su lado y me convidó con un vaso de vino. El general Lecor es un hombre de cincuenta años, alto, flaco, de cabellos muy rubios, de rostro y ojos oscuros; su fisionomía es fría pero refleja la bondad. Me hizo dos o tres preguntas muy vagas en un tono indiferente y nuestra conversación se redujo a ese intercambio. Cuando me retiraba, me dijo, en un tono bastante distante, que estaba dispuesto a ayudarme en la medida de lo posible. Debo confesar que, al retirarme, me sentí muy poco halagado por esta acogida dado que estaba habituado a los modos afectuosos del conde de Figueira y de Joao Carlo s d'Oyenhausen.

Cuando me fui, el caballero me dio un soldado, que es uno de sus sirvientes, para que me acompañase hasta mi casa pero, al llegar a las puertas de la ciudad, el oficial de guardia le dijo al soldado que si salía, no podría volver a entrar. Entonces lo despaché y opté por irme solo. Era de noche y estaba tan oscuro que ni bien hice unos pocos

pasos perdí el rastro del camino. El terreno bastante amplio que se extiende entre la ciudad y las primeras casas de los alrededores es sumamente irregular; en varios lugares hay zanjas más o menos profundas y en otros hay rocas. Veía una luz a lo lejos y me pareció que lo mejor que podía hacer era dirigirme en esa dirección; pero, a cada paso que daba, caía en algún pozo o me hundía en un matorral con espinas. Terminé por no ver más la luz y así llegué a una cabañita en que el terreno era aun más irregular. El viento soplaba muy fuerte, de tanto en tanto llovía, y viendo que era difícil seguir avanzando, decidí volver sobre mis pasos y dirigime hacia la ciudad en la que se veían algunas luces. Al llegar a la puerta de la ciudad, golpée con fuerza; acudió el centinela y me preguntó qué deseaba; le respondí que deseaba hablar al oficial de guardia y, al poco rato, éste se presentó del otro lado de la puerta. Le recordé que hacía media hora yo ya le había hablado cuando había pasado acompañado por el soldado del caballero del Host, y le pregunté si no habría una manera de volver a entrar a la ciudad. Me respondió que acababa de enviar las llaves al gobernador pero que si deseaba podía trepar por la puerta. Aunque no era muy alta, no creo que hubiera intentado la aventura de día; menos aún de noche.

Viendo que debía abandonar la idea de pasar la noche dentro de la ciudad, le pregunté al oficial si me podía indicar cómo podía hacer para encontrar alojamiento en una casa. Me respondió que, siguiendo la orilla de la bahía sin apartarme de los arenales, iba a encontrar, con toda seguridad, una casa no muy lejos. Me dirigí hacia el agua y, pensando que caminaba por la arena, me metí en el agua hasta las rodillas. Había marea y el agua llegaba hasta las rocas. Arriesgando caerme y romperme un hueso, trepaba por las piedras, bajaba, atravesaba arroyuelos pero, por último, una sombra más grande me anunció que pronto iba a encontrar una casa. Los perros que estaban a la entrada de la casa se pusieron a ladrar con furia. Con una mano, les presenté un palo y con la otra, golpée en una ventana. Una voz de hombre me respondió, con voz muy fuerte, que era una hora impropia y que podía seguir mi camino. Le pedí que, por amor de Dios, no



dejase que un pobre viajero que se había extraviado pasara la noche a la intemperie, exponiéndose a la lluvia y el frío. Se apiadaron de mí, la puerta se abrió y me ofrecieron pasar la noche en la casa. Sin embargo, como allí tendría que haber pasado la noche acostado en el piso y, además, tenía frío y estaba empapado, pedí con insistencia que se me condujera hasta mi casa; durante largo rato, no respondieron a mi pedido. Sin embargo, al final, el dueño de casa se levantó sin decir una sola palabra, se puso el pantalón y las botas y me ofreció un caballo. Le dije que prefería ir a pie y nos fuimos. A lo largo del camino, me repetía sin cesar: " No entiendo que un hombre pueda ir solo, a pie, por el campo, con una noche tan oscura. Incluso yo, que conozco muy bien el lugar, no hubiera venido hasta aquí a caballo con una noche tan oscura si no fuera porque sus palabras me conmovieron." Finalmente, llegué a mi casa a buen puerto y agradecí a mi guía dándole una recompensa.

MONTEVIDEO, 31 de octubre.- Es difícil saber cuál va a ser la suerte que va a correr esta región; pero, si es Portugal que se va a quedar con ella, no se puede negar que el general Lecor hace todo lo posible para apagar el odio que existe por parte de los españoles hacia los portugueses y tratar de que quieran al nuevo soberano. Mientras los españoles de la orilla occidental del Rio de la Plata se agotan en luchas intestinas, Montevideo goza de una profunda paz. No se han cambiado las formas de la administración, ni se aumentaron los impuestos y lo producido se emplea en atender las necesidades de la ciudad y en el pago de los funcionarios españoles. El general escucha a todos, hace justicia, favorece lo más posible a los habitantes de la región y mantiene la más estricta disciplina dentro de sus tropas. El gobierno portugués paga los gastos que ellas ocasionan; todos los meses, el general saca dinero del banco de Rio de Janeiro para solventar sus gastos y, como la división está formada por portugueses, esta suma se toma de los ingresos de Portugal y no de los de Brasil.

Hoy almorzé en lo del Padre Gomes que cada día me trata con

más amabilidad y gentileza. Observé que los comensales, que eran todos portugueses, aunque están afincados en la región desde hace mucho tiempo, empleaban muchas palabras en español al expresarse. El español y el portugués se parecen tanto que, cuando se sabe uno de estos dos idiomas, se entiende el otro fácilmente: también es cierto que es muy difícil hablar uno y otro idioma sin confundirlos. Desde que oí hablar a los españoles, siempre entendí lo que decían y ellos también entendían lo que yo les transmitía, aunque sólo les hablo portugués. Sin embargo, en una conversación general, muchas cosas se me escapan, en particular cuando hablan las mujeres, porque pronuncian con más animación.

MONTEVIDEO, 1° de noviembre.- Volví a comer en lo del Padre Gomes que tiene la gentileza de conseguirme los medios de transporte necesarios para que prosiga mi viaje. Hoy era día de fiesta; paseándome por la ciudad, llegué a una pequeña plaza en la que bailaban varios grupos de negros. Sus movimientos violentos, sus posturas impúdicas, sus contorsiones grotescas son características de los bailes de estos africanos; pero este ejercicio los apasiona y se ven poseídos como por una especie de furor. Cuando bailan, se olvidan de todo, incluso de la esclavitud; se olvidan del universo, se olvidan de sí mismos, no piensan, se entregan por completo al placer(37). El hombre blanco, atormentado por su inteligencia, no podría saborear la voluptuosidad sin mezcla de la que gozan estos negros. En el caso del hombre blanco, gran cantidad de ideas ajenas al momento se presentan en su imaginación en el momento del placer, lo cual disminuye la fuerza de este placer. No puede nunca, como sí lo pueden el negro y el indio, olvidarse por completo de la idea de futuro y pasado; en el instante mismo en que la voluptuosidad lo embriaga, sigue insatisfecho, aún no está satisfecho: su imaginación le ha prometido más, hecha de menos sus sueños y ya está construyendo nuevas esperanzas.



MONTEVIDEO, 2 de noviembre.- Desde hace tiempo, José Marianno le decía a todo el mundo que cuando llegara a Montevideo me dejaría y todos los días esperaba yo que por centésima vez me pidiera lo que le debía. Finalmente, ayer me anunció que no seguiría viajando conmigo. " Lo que Usted me da, me dijo, no me alcanza. Me voy a Rio de Janeiro y me tiene que dar vestimenta y calzado.- Hoy haré sus cuentas, le repondí, y podrá irse cuando le plazca." Hoy de mañana le leí su cuenta y le dije que le pagaría en la ciudad. Fui con él a lo del caballero del Host a quien le conté todo este asunto. Me dijo que no me apresurara y el deseo de completar mi colección de pájaros me decidió a quedarme con un hombre que me resultaba odioso. Le ofrecí un doblón. Con este aumento, consintió en quedarse pero convinimos en que el doblón sería descontado de su sueldo si me dejaba antes de que yo regresara a Porto Alegre.

Hoy el caballero del Host me introdujo en la casa del vicealmirante J.C.Iozé Rodrigo Ferreira Lobo, en lo del teniente coronel Gonjao, asistente del general del cuartel y en lo del coronel Frangini. Sólo encontré al almirante y al coronel: ambos me recibieron con amabilidad. Frangini hablaba francés muy bien, es culto y talentoso.

MONTEVIDEO, 3 de noviembre.- Un comerciante francés muy rico, llamado Cavailler vive aquí: en su casa se alojaba el contralmirante Jurien. Fui a ver a Jurien en cuanto llegué y al mismo tiempo visité a su anfitrión. Luego de la partida del contralmirante, volví a lo de Cavailler y hoy me invitó a comer en su casa. Hablamos mucho de mis viajes. El tema le debe interesar; sin embargo, trato de no abundar en detalles para no tomar la costumbre de contar todo el tiempo mis aventuras. El señor Chapre, cuñado de Cavailler y que ejerce aquí la medicina, me pesentó hoy de noche en lo de Larrañaga, cura párroco de Montevideo, de quien ya me habían hecho elogios desde Porto Alegre y que, según me habían dicho, se ocupa, con gran éxito, de historia natural. Encontré un hombre de unos cincuenta años, de rostro alargado aunque no delgado, de nariz muy larga, una sonrisa muy agra-

dable y grandes ojos que anuncian una mente y un espíritu lleno de vcivacidad. Me recibió amablemente y muy pronto hablamos de botánica. Hoy experimenté un gran placer del que no había disfrutado desde Rio de Janeiro, a saber, el de hablar con un hombre de la cincia que ocupa todo mi tiempo y que, además, cultiva con gran éxito. Sin apoyarse en un herbario, sin haberse comunicado jamás con un botánico, Larrañaga, ayudado tan sólo por unos libros, ha logrado determinar perfectamente gran número de géneros difíciles. Ha redactado un catálogo de 700 plantas que recogió cerca de Montevideo y pude observar que la mayoría pertenecen a géneros de la flora de Europa; esto prueba la analogía de los dos climas que se confirma por la facilidad con la que las plantas europeas crecen en esta región.

Hace diez años, Larrañaga vio por primera vez un pie de Myagrum nº 2217, que hoy cubre todo el espacio comprendido entre la ciudad y sus alrededores. Las plantas europeas son aquí verdaderas tiranas que se apoderan de los extensos terrenos a expensas de las plantas indígenas. Las plantas que, en su lugar de origen, sólo se encuentran aisladas como el Echium nº 2173, viven aquí conjuntamente con otras y por así decirlo acompañan al hombre, rodean sus casas, bordean los caminos por donde pasa y cubren las pasturas que recorre. Además de las dos especies que ya he nombrado, se puede citar un Erycinum, un Cinara, un Anthemis, un Beta que debo considerar como siendo europeas. El Silene nº 1861 bis se mezcla con todas estas plantas y se encuentra aun en los lugares más alejados.

MONTEVIDEO, 4 de noviembre.- Hoy Lecor festejaba su santo. El Cabildo organizó un baile en su honor. El general me había invitado por intermedio del caballero del Host y hoy fui a su residencia a la hora indicada. Encontré a los principales oficiales del estado mayor y, entre otros, a aquéllos que me habían sido presentados anteayer; estaban todos reunidos en un gran salón.

El caballero me presentó a los que yo aún no conocía, entre los cuales debo mencionar al coronel Manoel Marquez, hijo del teniente



general que vi en Rio Grande. El general entró y fue sumamente amable conmigo. Primero me hizo tomar asiento en un sofá cerca de él y conversamos de mis viajes. Luego pasamos al comedor donde me hizo sentar a su diestra durante toda la cena, fue sumamente gentil conmigo y me dijo que me iba a dar un guía para que me acompañase en lo que restaba por hacer de mi viaje.

Luego, me preguntó si quería ir al teatro[38]; acepté y me ubicó a su lado en su palco cerca de la escena. La sala es bastante grande, pero no tiene cieloraso ni ninguna ornamentación; sólo tiene tres hileras de palcos, incluyendo los de la parte superior. En la platea, los hombres están sentados en bancos; la escena es pequeña y los decorados no son muy lindos. Representaron dos obras, una tragedia y una pequeña comedia. No es posible afirmar que los actores, al menos los principales, sean extremadamente malos, pero tampoco están muy por encima de lo mediocre. En la tragedia, cuyo héroe es Viriato, todos los artistas están vestidos a la antigua usanza española. Poco pude entender de esta obra ya que mis vecinos me dirigían constantemente la palabra. Pude seguir mejor la comedia que trataba de un hombre que tiene la manía de buscar tesoros; uno de sus amigos trata de curarlo de su manía haciéndole creer que es un mago, que está en contacto con los demonios y que el tesoro que él tanto anhela descubrir puede ser encontrado por estos medios. El héroe pasa por una serie de peripecias y engaños cuando, al concluir la última de éstas, su amigo y su mujer aparecen en una nube y le dicen que una buena mujer y un amigo sincero son el único tesoro digno de ser envidiado. No veo en este asunto ni trama, ni comicidad, ni encanto. Durante todo el tiempo que duró el espectáculo, los asistentes no manifestaron el más mínimo signo de aprobación y, según me han dicho, siempre se mantienen calmos y apacibles durante toda la representación.

Luego del espectáculo, fuimos al baile que tuvo lugar en un gran salón del Cabildo. La sala no tenía ninguna decoración, pero me sorprendió ver, en uno de sus extremos, el retrato del rey de Portugal

por encima del cual había dos cetros cruzados sobre un cojín de terciopelo. Los hombres estaban de pie y las mujeres sentadas en banquetas.

Estas estaban muy bien arregladas; muchas de ellas eran muy bonitas y todas se movían con gracia y eran muy finas en sus modales: no pude menos que admirarlas. No creo que en Francia, en una ciudad con la misma población, se pueda formar una reunión de mujeres de tan buen gusto. Las de Montevideo no tienen, sin duda, la alegría y la vivacidad de las francesas, pero quizás sean más distinguidas en sus modos. En cuanto a los hombres, sólo cabería repetir lo que ya he dicho sobre su frialdad.

Se servía todo tipo de bebidas, con extrema rapidez, a quien lo solicitaba. Pero si, en Rio Grande, en todos los bailes había una mesa servida con innecesaria profusión, debo reconocer que la del baile del Cabildo de Montevideo no se caracterizaba por su generosidad. Se podría creer que estaba destinada a ser la merienda de una media docena de niños. Después de haber pasado un par de horas en esta reunión, salí y fui a descansar a la casa de Cavailler.

MONTEVIDEO, 5 de noviembre.- Hoy fui a pasearme por el Cerro de Montevideo, esa montaña que está frente a la ciudad del otro lado de la bahía. Partí a caballo con Joaquim que llevaba mis carpetas y al principio seguimos el borde de la bahía. Encontramos un pequeño río que lleva el nombre de Río Seco y la marea baja nos permitió vadearlo a pie.

Un segundo río, el Río de Miguelete presentó más dificultades; es menos ancho que el otro, pero es profundo, barroso y en sus orillas fangosas viven muchos cangrejos. No pudimos atravesarlo como el otro y nos vimos obligados a bordearlo durante largo rato antes de encontrar un vado. Cerca de las orillas, hay abundantes pastos, de gran frescura, donde vi gran número de plantas que aún no conocía.

Seguimos nuestro camino a través de magníficos campos con excelentes pasturas hasta que llegamos al pie de la montaña que está



aislada, no es muy elevada y presenta, como ya lo he dicho, la forma de un cono de arista muy oblicua. En la cima, hay una fortaleza que domina la entrada de la bahía y desde este punto pude solazarme con una hermosa vista: por un lado, veía inmensos campos con pasturas y del otro, el Río de la Plata, la bahía, la ciudad de Montevideo y su puerto lleno de navíos.

La bahía tiene una forma ovalada y avanza en las tierras en dirección norte a sur. En su entrada una lengua de tierra la separa de esa parte de la desembocadura del río que se podría considerar como formando parte del mar y se extiende del noreste al suroeste. La ciudad de Montevideo está construída en el extremo de este istmo. La vegetación del Cerro de Montevideo es casi artificial y está compuesta, principalmente, por el Echium nº 2173, un Miagrum y el Silene nº 1861 bis. Esto confirma lo que ya dije antes: estas plantas están ligadas a los pasos de los europeos con quienes se introdujeron en la región. No las hay en los alrededores del Cerro pero cubren la montaña en la que se construyó la fortaleza y que los soldados recorren constantemente.

MONTEVIDEO, 10 de noviembre.- Cuando iba al Cerro, vi los bordes del Río de Miguelete cubiertos de frescos pastos salpicados por gran número de flores. Estos últimos días ha hecho mucho calor aunque el viento soplaba muy fuerte; volví hoy al borde de este curso de agua y me asombré al ver que en tan corto tiempo el pasto había perdido su frescura y que las flores estaban casi marchitas. Si después de haber recogido una flor no la prenso inmediatamente, sus hojas se ponen mustias y sus flores pronto se marchitan. En las zonas más cálidas, por el contrario, a menudo mantuve bastante tiempo las plantas expuestas al sol y sin embargo, no se marchitaban. Todo esto confirma lo que ya dije, a saber, que la cantidad de las partes acuosas contenidas en las plantas no está en razón inversa de la intensidad del calor ya que, si fuera así, una flor separada de su tallo no debería marchitarse aquí más rápido que en el trópico.

MONTEVIDEO, 14 de noviembre.- He pasado los días en que no escribí este diario arreglando mis colecciones, haciendo compras y visitas. También redacté un tercer trabajo sobre las plantas cuya placenta central se libera luego de la fecundación; lo envié a Maldonado, en donde debe ser entregado al comandante del Ariège, navío de guerra francés que vino a traer víveres al Colosse y que pronto regresará a Europa. Adjunté este trabajo a una carta dirigida a los administradores del Museo de Historia Natural; además escribí a Deleuze, a mi madre, a Franchet, a Pelletier, anunciándole a este último que le había dedicado, en mi trabajo, un género nuevo al que designé con el nombre de Pelletiera.

Lamentablemente, el hecho de que me alojo lejos de la ciudad me hace perder mucho tiempo. A menudo me vi obligado a dormir en la ciudad y en esas ocasiones siempre encontré una cama disponible en la casa de Cavailler que sigue siendo muy amable conmigo, así como su cuñado y su cuñada, el señor y la señora Chapre y de More, un francés que vive en esta casa. Acompañado por este último, fui a visitar a Pueyrredón, que me había hecho el honor de venir a verme, pero que no me había encontrado.

Pueyrredón es hijo de un francés; ha viajado por Europa, habla bastante bien nuestro idioma y es muy amable. Es sabido que durante cierto tiempo estuvo a la cabeza de la República de Buenos Aires y que nadie la gobernó con tanto tino como él. Sin embargo, no hablamos de política: sólo hablamos del Brasil cuya costa Pueyrredón ha recorrido. A lo largo de la conversación, demostró tener agudeza y sensatez en sus juicios(39).

Había hecho saber a Don A. Nunez que deseaba disponer de algunos datos sobre la historia de esta región, y él me había prometido enviármelos pero no lo hizo; su hermano, en cambio, me presentó, en esos días, a don Miguel Barreiro(40), de quien me ha dicho que tiene mucha información sobre lo que ocurrió aquí desde la revolución. Cuando vi a don Miguel por primera vez, sólo estuve en su domicilio muy poco rato, aunque hoy pasé allí un par de horas. Don



Miguel es un hombre de baja estatura, muy delgado, de unos treinta y cinco años; sus cabellos, negros y espesos, son naturalmente rizados; su rostro es enjuto y puntiagudo; es extremadamente pálido; sus ojos, negros y ardientes, se hunden en su rostro; se expresa con pasión y vivacidad demostrando ser instruído y agudo en sus juicios.

Primero hablamos de Europa y, poco a poco, hice recaer la conversación en esta región en la que me encuentro. Lo que don Miguel me ha dicho confirma lo que yo ya pensaba. Uno de los mayores obstáculos a la independencia y a la tranquilidad en esta comarca es la falta de unión que existe entre sus habitantes. No sólo quieren ser libres, sino que cada ciudad, cada región, cada pueblo aspira a ser independiente a su vez, no pudiendo así entenderse con las ciudades vecinas, incluso en lo referente a intereses en común. Desde hace largo tiempo, subsiste una rivalidad muy importante entre la ciudad de Montevideo y la de Buenos Aires, celosa de las ventajas que un puerto excelente otorga a su vecina. Por su lado, Montevideo busca privar a Maldonado de estas mismas ventajas y se ha visto a Buenos Aires hacer la guerra a Santa Fe, etc.

Las costumbres de la mayoría de los pobladores del campo también obstaculizan la independencia de la región. Estos hombres, que se caracterizan por su rudeza, indiferencia y egoísmo, ajenos a todo sentimiento religioso y humanitario, tan poco previsores como los indios, -gran parte son de este origen-, estos hombres, digo, están siempre dispuestos a confundir el desorden con la libertad y siempre prontos para seguir al primer jefe que favorezca sus inclinaciones a la anarquía y el saqueo. Sin duda, quienes viven en las ciudades son algo más refinados que los paisanos; pero, en su mayoría tampoco tienen mucha moral ni buena fe.

En Europa, se ha imaginado que encontraríamos a los españoles nacidos en América semejantes a los angloamericanos; pero no pensábamos que aquéllos, descendientes de viles aventureros, no tenían la nobleza de sentimientos que pueden conducir a la libertad; en cambio, la América inglesa está, en gran parte, poblada por sectarios

exaltados y virtuosos. La gente de esta región no comenta sus impresiones políticas y si bien el gobierno portugués siempre ha demostrado ser muy tolerante, son todos muy reservados; algunas personas dejan entrever lo que piensan, pero no dicen como en Europa: "Así pienso yo y a mucha honra."

Los monárquicos, que han sido peor tratados por los portugueses que los insurgentes, son quienes se expresan con mayor claridad. Este partido está constituído, casi exclusivamente, por españoles nacidos en Europa y que esperan una escuadra española con la misma esperanza con la que los monárquicos franceses esperaban, al principio de nuestra revolución, los ejércitos del emperador o del rey de Prusia.

En cuanto a los nacidos en América, todos están de acuerdo en un aspecto: odian a sus compatriotas, porque no les pueden perdonar las humillaciones por las que han pasado; por otra parte, si bien quieren ser independientes, no se ponen de acuerdo sobre la manera de lograr dicha independencia. Los hombres más sabios confiesan que, dada la falta de virtudes en la región, el gobierno republicano no parece ser el más conveniente, y consideran la posiblidad de ser gobernados por un soberano con una constitución liberal. Unos piensan en San Martín, otros quisieran que fuera un extranjero, etc.

MONTEVIDEO, 16 de noviembre.- Estos últimos días también dormí en la ciudad. Hubiera querido disponer de datos seguros sobre lo que ocurrió en la región desde la revolución, pero veo que nadie me los dará; lamentablemente, pasé mucho tiempo tratando de recabar esa información y hubiera sido mejor que lo emplease juntando plantas y observándolas.

Hoy me encontré en Montevideo con un sobrecargo de Hamburgo, llamado Benke, que tiene la manía de los insectos. Mientras esté en tierra, este hombre ha tomado a uno de los marineros, como sirviente, un joven de carácter muy suave, que se muestra sumamente cuidadoso de las colecciones y que parece desear instruirse.



Un francés, llamado Jourdan, me dijo, hace unos días, que a Benke no le disgustaría que este joven me acompañara. Fui a ver a Benke pero no me dijo ni una palabra de este asunto. Ayer tomé la decisión de hablarle pero me enteré que Benke se había embarcado para Buenos Aires, en donde piensa quedarse quince días. Le hablé al joven, que pareció deseoso de acompañarme. Al saber su opinión, le escribí a Benke por intermedio de dos barcos diferentes, para pedirle que me cediera a su ayudante y le dije que me hiciera llegar la respuesta por intermedio de Jourdan. Esta pequeña negociación no me impedirá irme. Si Benke acepta lo que le pido, el caballero del Host me mandará al joven a la Colonia del Sacramento y entonces prescindiré de los servicios de José Marianno. Debí soportar tantas cosas de este último y su carácter es tan difícil, es siempre tan avieso y caprichoso que no puedo menos que desear profundamente que Benke acepte mi propuesta.

Encontré en Montevideo al buen piloto que vi en Paranagua y que me ayudó, me condujo a su casa y me presentó a su mujer. Todas las de esta región tienen modos recatados, son dignas y decentes, incluso cuando pertenecen a las clases bajas.

MONTEVIDEO, 18 de noviembre.- Contrariamente a lo que acostumbran hacer los portugueses, no se entierra aquí en la iglesia. El cementerio está ubicado fuera de la ciudad, cerca de las murallas; pero es extremadamente pequeño, sin proporción con el número de habitantes; las fosas no tienen más que un pie y medio de profundidad. En la mayoría se pone generalmente una pequeña cruz negra en medio de la cual se adosa una pequeña placa de madera pintada de blanco donde se inscribe el nombre y la edad del difunto. En este cementerio se ve un solo monumento algo más notorio: es el que don Miguel Barreiro hizo erigir en memoria de su madre cuando gobernaba Montevideo en su calidad de delegado de Artigas.

En el cementerio de Montevideo vi, con espanto, a un negrito completamente desnudo que estaba tendido en la tierra, insepulto; según lo que More, que me acompañaba, me dijo, a menudo se ve este

espectáculo revulsivo si nos paseamos en estos tristes lugares. More me contó que un día, él estaba con un inglés en un pequeño lugar en una punta del cementerio, lugar en el que se acumulan restos óseos, cuando de pronto se asustaron por un ruido que oyeron: una negra acababa de saltar por encima de los muros, avanzó, abatida, hacia los restos de un negro que yacía allí, sin sepultura, completamente desnudo, como el que yo acababa de ver, lo cubrió de flores y de follaje, y luego se retiró.

MONTEVIDEO, 19 de noviembre.- Varias veces hice notar que los niños brasileros eran apáticos y faltos de vivacidad, que nunca se les veía jugando y que a menudo pasaban días enteros casi sin moverse ni sonreír; no ocurre lo mismo con los de esta región. Van, vienen, saltan, corren: en este momento del año juegan con cometas y, según me han dicho, otras actividades vendrán con el paso de cada estación del año. Es imposible no reconocer en esta actitud la influencia del clima.

A juzgar por lo que oigo decir, los hombres de aquí son tan haraganes como los brasileros; pero, como ya lo pude observar, nadie se dedica al trabajo con placer y amor a menos que, a edades muy tempranas, se adopte este hábito. De no ser por eso, sólo se trabaja en la medida en que un interés poderoso nos impulse. En esta región se haraganea porque aquí se gana mucho dinero con facilidad; sin embargo, los habitantes de esta comarca no tienen ese aire lánguido y poco dispuesto que tienen los brasileros; son menos lentos en sus movimientos y para decirlo de una vez no son activos pero tienen más disposición a serlo. La mayoría de los franceses ricos trabaja tan poco como los brasileros, pero demuestran tener, en medio del ocio en que viven, una vivacidad que aquéllos no tienen incluso en los asuntos de mayor importancia.

Pienso hacer armar dos cajas en las que pondré mis plantas y todos los pájaros que José Marianno ha matado a partir de Rio Grande; dejaré estos dos bultos a Cavailler para que los envíe al Museo de



Historia Natural por el barco francés le Bayonnais, cuyo capitán se llama Chevalier y que debe partir de aquí para el Havre. Ya le escribí a Maler en ese sentido, a Deleuze, a Le Chanteur, a Montagnac, director de las contribuciones del Havre y director de la aduana de la misma ciudad, a Lefèvre-Roussac y Labanègue a quienes debe ser entregado el conocimiento del barco mercante. Le pido con insistencia a Deleuze que solicite una autorización para que las cajas sólo sean abiertas en París. Le hago saber que deseo que se entreguen a mi familia y le invito a que trate este asunto con la señora Le Chanteur. Le pido a esta última que tenga a bien recibirlas en su casa, a no ser que considere más conveniente enviarlas a Orléans. Pido al director de aduana del Havre que difiera su inspección hasta que la orden llegue de París; por último pido a Montagnac que me apoye ante el director. He dejado todas estas cartas en manos de Cavailler.

Hoy fui a lo de Pueyrredón y tampoco hablamos de política. Tiene cuarenta y tres años y aunque su cabeza es quizás un poco grande, su expresión es vivaz y tiene nobleza en sus rasgos; es amable, distinguido, conversa agradablemente, habla francés correctamente y muestra que tiene inteligencia y sensatez al mismo tiempo.

Hoy llegó a Montevideo un bergantín español con tres diputados de las Cortes encargados de presentar propuestas a la República de Buenos Aires. Se dice que antes de entrar a esa ciudad escribirán a quienes la gobiernan para saber de qué manera se los quiere recibir. Todos piensan que no se les escuchará.

MONTEVIDEO, 23 de noviembre.- Hoy dormí en la ciudad y comencé mi jornada yendo a lo del coronel Frangini que me había prometido que iba a conseguirme pólvora. El general ha prohibido que se vendiera este producto y es por eso que he buscado, inútilmente, durante quince días. Frangini, que es siempre muy considerado conmigo, es adjunto al estado mayor; es un hombre amable y educado, habla francés bastante bien y es agradable conversar con él, es sensato y sensible, aunque algo proclive a la sátira.

De su casa fui a lo del abate Larrañaga, a donde voy todas las noches cuando duermo en la ciudad. Había prometido llevarme a la biblioteca pública y al hospital civil y visitamos sucesivamente ambas instituciones. La biblioteca está ubicada en una de las salas de un edificio que ocupa, aproximadamente, el centro de la ciudad y que se llama el Fuerte del Gobernador. Cuando Montevideo estaba bajo dominación española se empezó a construir este edificio que estaba destinado al gobernador de la ciudad. Tenía la forma de un cuadrado y debía tener dos plantas, pero aún no está terminado. Incluso hoy en día, el gobernador de la plaza vive en el Fuerte y aquí también están las arcas públicas y el tribunal de apelaciones creado por el gobierno portugués desde que domina la región.

La sala en que se encuentra la biblioteca es pequeña pero decorada con buen gusto. El número de libros es de aproximadamente unos dos mil y muchas obras quedaron incompletas debido a los robos sucesivos que han ocurrido en algunas de las épocas conflictivas por las que ha pasado la región. La biblioteca comenzó a formarse recién a partir de la época de la revolución y la remuneración del bibliotecario fue costeada por un legado. En este momento está cerrada pero muy pronto se abrirá al público[41].

El hospital, visto de afuera, no tiene nada de particular; puede recibir a cien enfermos pero, hasta ahora, sólo puede atender a unos cincuenta y está a cargo de enfermeros pagos. Las salas son bajas, mal aereadas y aunque están muy limpias, tienen mal olor. Cada enfermo tiene una cama individual que se compone de dos pequeños caballetes y una armazón con un cuero sobre el cual se pone un colchón muy delgado.

Desde que los portugueses están en Montevideo, se ha formado en el hospital un establecimiento para los niños expósitos. Como en todas las casas de este tipo, se les deposita desde el exterior en un torno de donde pasan al interior de la casa; luego, hay nodrizas que los amamantan en sus propias casas o en el hospital. Este establecimiento existe desde hace tres años. El primer año llegaron cuarenta niños pero,



desde entonces, el número ha ido disminuyendo. La sala en la que están los niños está separada de la de los enfermos por dos pequeños patios; sin embargo, me parece que está muy cerca de la segunda y que el aire no debe ser tan puro como sería de desear.

También hay en el hospital una sala especial para las enfermedades venéreas, otra para los inválidos y celdas para los locos. El establecimiento posee bienes y lo que le falta desde el punto de vista de los ingresos se cubre aplicando impuestos especiales. La iglesia del hospital, esto es la Iglesia de la Misericordia, tiene una fachada bastante linda ; es de formas regulares pero pequeña, poco decorada y no presenta ningún rasgo notable a no ser por dos enormes conchas que sirven de pila de agua bendita.

Después de salir del hospital fui a pasearme en compañía del abate Larrañaga por el borde de la bahía detrás de los muros que rodean la ciudad. El espacio muy estrecho que se extiende entre las murallas y la bahía está en gran parte cubierto por rocas, a las que se mezclan arena y charcos de agua. Encontré varias plantas interesantes como la Tetragonia, dos Atriplex, dos Chenopodium, uno de los cuales es un Murale nº 2254, el Hydrocolte nº 2447, las Compuestas nº 2237 bis y nº 2237 quater.

Hoy cené en casa del Padre Gomes en donde me enteré que mi carreta estaba pronta y por consiguiente, fijé para el lunes de mañana la fecha de mi partida. Me entregaron una carta de Benke en la que me dice que no me cede a su ayudante; fui a comunicarle a éste la decisión; ya estaba enterado por otra carta y me pareció afligido por no poder acompañarme. Benke trata de atemorizarlo respecto a mí diciéndole que no me conoce e incluso el capitán del barco lo amenaza. Estas amenazas eran completamente inútiles, no tengo el más mínimo deseo de llevar conmigo a este joven contra la voluntad de quienes él depende; él mismo me dijo que no era capaz de abandonar a su amo en su ausencia.

La honestidad de este muchacho, su suavidad, el gusto que demuestra tener por la historia natural hacen que me de pena no poderlo

llevar conmigo. De nuevo estoy librado a la mezquindad de José Marianno, a la rusticidad de mis soldados y al malhumor de Firmiano. De noche, me despedí de algunas personas, entre las que estaba Pueyrredón que había tenido la amabilidad de enviarme una carta de recomendación dirigida a uno de sus amigos de Buenos Aires.

Hice recaer la conversación sobre el tema de los diputados de las Cortes y, por primera vez, hablamos de política. Pueyrredón sostiene que los diputados fueron enviados únicamente con la intención de decir a la nación española ,que no quiere la guerra con América: " Vosotros véis que hemos hecho todo lo posible para intentar acercar a los americanos de la madre patria, pero nuestros enviados han sido tratados ignominiosamente. Es nuestro deber vengar esta afrenta a nuestro honor." "Pero, agrega Pueyrredón, aunque están divididos entre sí respecto al tema de la forma de gobierno que les conviene, los americanos sabrán reunirse contra los españoles[42]. Los habitantes de Buenos Aires abandonarán la ciudad y si es preciso, se retirarán a los campos, cortarán los víveres destinados a sus enemigos, los acosarán constantemente y sin descanso."- "Podremos someternos, me decía un día de estos otro americano, a Inglaterra, a Portugal, a Francia, pero jamás a los españoles. Durante la dominación española esta región era floreciente, rica, abundaba el comercio, se pagaban pocos impuestos y la administración propia de las ciudades estaba a cargo de americanos; pero los cargos militares y el gobierno eran exclusivamente confiados a españoles: éstos trataban con desprecio a los americanos y las humillaciones son imposibles de perdonar. Generalmente, el amor propio herido es la causa de las revoluciones."

Los españoles-americanos y los españoles de Europa han nacido de una misma sangre, tienen la misma religión, las mismas costumbres, hablan el mismo idioma, pero se odian con más saña que si fueran dos naciones diferentes y rivales; el odio de los hijos hacia sus padres es siempre el que más encono genera.

Pueyrredón, que fue gobernador de Buenos Aires, me ha dado todos los detalles de la intriga que fue el pretexto que se adujo para



expulsarlo. Cuando estaba a la cabeza del gobierno de Buenos Aires, un coronel francés vino a verlo de parte del duque de Richelieu que en ese entonces era el ministro de relaciones exteriores de Francia; el coronel le presentó un plan que consistía en dar a la América hispánica del Sur un gobierno monárquico constitucional, poniendo al duque de Orléans en el trono. El ministerio francés, por su lado, se comprometía a hacer que España y las demás potencias europeas reconocieran la independencia de América, allanando asimismo las dificultades que pudieran surgir por parte de Inglaterra. Pueyrredón respondió al coronel francés que no dependía sólo de él el aceptar las propuestas del ministerio francés, pero que transmitiría el asunto a los demás miembros del gobierno. Estas propuestas le parecieron a él, como a los demás miembros del gobierno, conformes con los verdaderos intereses de la patria y todos fueron contestes en enviar a París un diputado para tratar secretamente del asunto. Entretanto, el ministerio cambió en Francia y el diputado de Buenos Aires encontró a Decazes a la cabeza del Consejo. Se realizaron las presentaciones del caso, pero el ministro le dijo que al no haber oído hablar de esa negociación, lo trataría con el rey. En una reunión ulterior le respondió que el conjunto del plan contaba con el apoyo del soberano, pero en vez del duque de Orléans, que no podía renunciar a sus derechos eventuales a la corona de Francia, proponía al príncipe de Lucques, que pertenecía a la casa de España y que, al ser soltero, podía desposar a una princesa portuguesa, conciliando así intereses múltiples. Esta negociación se tornó cada vez más consistente, pero Pueyrredón fue alejado del gobierno mientras las tratativas proseguían desde Buenos Aires. Su sucesor hizo públicos los documentos referentes a este asunto y parece que el diputado que él envió a París está a punto de regresar.

Pueyrredón piensa que en su patria no hay suficiente virtud y unión como para que convenga un gobierno republicano; al mismo tiempo agrega que no hay un solo hombre que tenga la preponderancia suficiente y una superioridad reconocida como para poder hacer de él un rey: llega entonces a la conclusión de que en Buenos Aires

debería haber un príncipe extranjero que contara con el apoyo de alguna gran potencia; agrega que esta es la opinión de todos los que no fundamentan sus esperanzas de ventura en la ruina del país.

Pueyrredón me dijo que, durante las conversaciones que tuvo con el coronel francés del que ya hablé, éste le había propuesto a él acceder al trono; pudiera ser que esta proposición fuera tan sólo una especie de tanteo pero, sea como sea, Pueyrredón la desechó diciendo que no era tan superior a sus compatriotas como para merecer ese honor y poder conservarlo.

# CAPITULO IX

Parroquia de Las Piedras.- Pueblo de Canelones.- Notas sobre la ciudad de Montevideo.- Coronel Manoel Marquez de Souza.- Pueblo de Santa Lucía.- Estancia de Suárez.- Pueblo de San José.- Carreras de caballos.- Rancho de Pavón.- Cultivo del trigo.- Al aire libre al borde de un arroyo cerca de la estancia de Durón.- El Colla (pueblo).- Al aire libre al borde del arroyo del Sauce.- Riachuelo.



PARROQUIA DE LAS PIEDRAS, 28 de noviembre, 4 leguas.- Hoy me fui con pena de la linda ciudad de Montevideo en donde gran cantidad de personas me manifestaron su interés y amabilidad. Entre ellas debo mencionar en primerísimo lugar al Padre Gomes, el caballero del Hort, Cavaillon, Morse, Pueyrredón y el coronel Frangini. Después de las gentilezas que recibí del general el día que cené en su casa, su generosidad se ha limitado a una especie de salvoconducto bastante insignificante. Partí con una nueva carreta muy sólida pero muy pesada. Los bueyes que compré son lindos ejemplares pero no están acostumbrados a tirar de una carreta; en cuanto empezamos a andar uno de los yugos se rompió, lo arreglaron como pudieron pero muy pronto los bueyes se negaron a avanzar y aún estaríamos en el camino si un buen hombre que iba delante de nosotros no nos hubiera socorrido. Incluso fue tan generoso que me dio un yugo nuevo y no quiso aceptar ningún tipo de retribución.

La región que he recorrido para llegar hasta aquí es suavemente ondulada, presenta excelentes pasturas y de tanto en tanto vemos casas alrededor de las cuales hay Phytolaca-dioica que proyectan su sombra; se tiene la costumbre de plantar este árbol cerca de las casas porque crece rápidamente y tiene un espeso follaje. No se ve ningún rastro de cultivo de la tierra y los animales, muy numerosos antes de la guerra, son actualmente muy escasos. A mitad de camino, hice desuncir los bueyes para dejarlos pastar un par de horas; es lo que se acostumbra hacer en esta región y adopto esta costumbre a partir de hoy.

Partiré en cuanto me sea posible; no cambiaré las plantas. De mañana, las cambiaré en la carreta mientras que los bueyes descansan y aprovecharé ese momento para herborizar. Me detuve en un pueblito que tiene una capilla y algunas casas y que, sin embargo, es cabeza de una parroquia.

Un francés que ha instalado aquí una curtiembre y que, en este momento, está en Montevideo, me había dado una carta para su mujer que es española. Se la llevé; le dije que me había ido muy temprano

de la ciudad y, sin embargo, recién a las nueve me ofrecieron de comer. La cena, servida sobre un mantel que debía ponerse todos los días desde hace seis meses, consistía en un asado muy duro, una fuente de habas y un plato de frutillas.

Antes de que me hubiera acostado, Laruotte entró en mi cuarto para desearme las buenas noches. Desde hace un tiempo parece estar triste, se ha vuelto brusco y sombrío; todo lo asusta y sólo ve enemigos en quienes me acompañan. Hoy de noche, parecía aún más inquieto que de costumbre. Le insistí para que me dijera por qué, y estalló en llanto: me confesó que este viaje se le hacía insoportable y que no veía el momento de volver a Rio de Janeiro. Traté de darle ánimo, pero viendo que no lo lograba, terminé diciéndole que, si lo apenaba tanto seguirme acompañando en mi viaje, era mejor que me dejase ya, ahora que yo estaba cerca de Montevideo y podía volver y tomar nuevas disposiciones para proseguir mi viaje. No me respondió nada y le dije que se fuera a acostar.

Pueblo de Canelones, 29 de noviembre, 5 leguas.- Hoy de mañana, Laruotte no me dijo nada; seguimos nuestro viaje y traté de alegrarlo conversando con él, recordándole nuestros viajes, la gente que mejor nos recibió y los lugares en que tuvo menos dificultades. La región sigue siendo levemente ondulada y cubierta con las mejores pasturas que he visto desde que estoy en América. El pasto es fino, abundante y al mismo tiempo bastante alto y sin embargo, no se ven animales. Entre Las Piedras y Canelones sólo vi dos casas; no he visto campos cultivados.

Cuando llegué a Canelones, fui a la casa del cura, que en este momento está en Montevideo; le entregué una carta suya a uno de los parientes que había dejado en la casa. Este hombre me dio el cuarto del cura pero sólo a las nueve me ofrecía algo de comer y como yo no comía desde las seis de la mañana, habría sucumbido de inanición si no hubiera comido algo entre tanto. El pariente del cura me vio comer y no dijo absolutamente nada al respecto, parecía considerarlo



como algo natural. De noche, fui a ver al coronel que dirige las tropas de la capitanía de Rio Grande que están acuarteladas aquí, pero no lo encontré.

El Río de la Plata, después de correr en dirección noreste a suroeste, se amplía bruscamente hacia el oeste más allá de la punta de las Piedras, hacia el este, más allá de la Punta Brava y termina en una amplia bahía semielíptica, que tiene cuarenta leguas de ancho, dede el Cabo de Santa María hasta el Cabo San Antonio. Inmediatamente después de la Punta Brava hay un istmo que se extiende del noreste al suroeste entre la parte del río que casi se podría considerar como formando parte del mar y una bahía oval que avanza unas tres leguas en tierra firme, en dirección norte-sur. En la punta de este istmo se encuentra la ciudad de Montevideo, cuya forma es irregular, aunque similar a la de un cuadrado alargado.

La ciudad está rodeada por murallas que, del lado que no da al mar, tienen una ciudadela; del lado del río, estas murallas son poco elevadas y están defendidas por baterías. Estas fortificaciones no están en buen estado de conservación y son bastante insignificantes en sí mismas. La ciudad está dividida en cuadrados simétricos por calles bastante anchas y rectas, unas longitudinales y otras transversales. Un solo edificio rompe la regularidad del conjunto: es el que se llama el Fuerte del Gobernador, que un gobernador tuvo la idea de hacer construir en dirección de los cuatro puntos cardinales. Las calles de Montevideo han sido empedradas desde la ocupación portuguesa, las veredas no son muy elevadas y están separadas del medio de la calle por bornes de madera que en algunos lugares han sido remplazados por viejas piezas de cañón. No hay barro en las calles porque el terreno es arenoso; sin embargo, como nunca se las barre, son extremadamente sucias.

Las casas de Montevideo están construidas con ladrillos y generalmente sus fachadas están blanqueadas. Todas tienen un techo plano y a menudo son de dos plantas. Algunas son muy grandes y muestran la riqueza de sus propietarios. Las ventanas de vidrio y las de la

planta baja están, generalmente, provistas de barrotes de hierro, las demás tienen balcones. Las piezas están mal embaldosadas; las paredes, simplemente blanqueadas, no tienen ninguna decoración; hay pocos muebles y a menudo son dispares entre sí lo que resulta bastante chocante: es así que, al lado de objetos de mala calidad, paredes desnudas y camas sin cortinas, veremos un escritorio de caoba, mesas de la misma madera y lindos jarrones de flores bajo campanas de cristal. Las casas no tienen jardín, pero cada una de ellas tiene en el patio algunas plantas de vid, rosales y otros arbustos. En general, en esta región se apasionan por las flores y la mayoría de la gente tiene flores, en macetas o en cajones, en la azotea de su casa.

La plaza pública es grande y cuadrada, pero no está empedrada y las casas que la rodean carecen de regularidad.

De un lado, en uno de los extremos de la plaza está la iglesia parroquial y enfrente la Casa del Cabildo. La plaza sería mucho más hermosa si estos dos monumentos ocupasen el centro de los dos lados que están frente a frente. La iglesia es muy hermosa, grande y de ladrillos; tiene dos torres que sirven de campanario y forman parte de la fachada. Tiene dos naves laterales separadas de la nave central por columnas de orden dórico; su piso es de mármol y su cúpula, por donde entra el sol, es bastante elegante; pude contar 75 pasos desde el santuario hasta la puerta. Hay pocos adornos, pero bastan para dar la impresión de una elegante sencillez. Como en nuestras iglesias, el santuario continúa la nave central, lo que se adapta mejor a la majestuosidad de estos edificios que la construcción de tipo portugués[43].

Además de esta iglesia, sólo hay en Montevideo dos más que pertenecen a establecimientos públicos: la del convento de los Franciscanos y la del hospital.

La Casa del Cabildo en donde sesiona el cuerpo municipal y donde también están las cárceles, es un edificio de un piso cuya fachada es bastante agradable pero que aun no está completamente terminado[44].



La bahía sirve de puerto y no hay muelle propiamente dicho. El espacio que se extiende entre los muros del puerto y las primeras casas es extremadamente sucio y estas casas pueden ser consideradas las más feas de toda la ciudad. En donde comienza el puerto hay un espigón de forma triangular en el que se descargan las mercaderías, pero no hay un galpón que pueda recibirlas. De un lado de este espigón hay una edificación en la que están los oficiales de la aduana, y enfrente, un gran cuerpo de guardia.

El extremo del puerto está defendido por una pequeña fortaleza. Los muros que bordean al puerto son poco elevados y dejan ver la bahía cubierta de navíos, la campiña que la bordea y el Cerro, que se yergue del lado opuesto de la bahía. El convento de los Franciscanos no tiene nada de particular. La iglesia que de él depende es pequeña y muy baja, además del altar mayor adornado con muchos dorados, hay varios altares adosados a ambos lados. Debo confesar que me sorprendió sobremanera ver las siguientes palabras escritas en los muros de la iglesia: Todas las vezes que se besasse el habito a los religiosos de N. P. S. F. se garvan 5 annos y 5 quarentenas de perdon por concession de N. S. P. Juan XXII[45].

Los estados establecidos el año pasado calculan la población de Montevideo en 15 mil almas, entre las que hay pocos negros y aun menos mulatos. Si exceptuamos la de Rio de Janeiro, esta ciudad es la más vital de todas las que he visto desde que estoy en América.

La mayoría de sus habitantes son comerciantes [46] y hay gran cantidad de tiendas muy bien abastecidas; los alimentos son baratos pero la mano de obra sumamente cara[47]. Todas las mañanas, hay un mercado de flores y verduras delante de la ciudadela y los hombres blancos no tienen reparos en aprovisionarse allí. Como no hay bosques ni madera en las inmediaciones de Montevideo, se hace venir la que se consume desde unas diez leguas más lejos y también se queman los tallos resecos del Cynara Cardoncellus, planta que, como ya lo he dicho, cubre una superficie considerable alrededor de la ciudad de Montevideo.

A veces ha ocurrido que, durante las crecientes, el agua de la bahía ha sido potable pero, en general, es salobre y sólo se bebe agua de lluvia conservada en pozos. Estos aljibes existen en gran número de casas y las personas que no los tienen compran el agua que se trae de los alrededores en pequeñas carretas.

Se vende la leche de un modo muy peculiar. Algunos niños, a caballo, la transportan por la ciudad en botellas de gres atadas a los dos extremos de un cuero cuya parte central está apoyada en la silla; pregonan su mercadería a los compradores en el mismo tono que nuestros deshollinadores ofrecen sus servicios al público.

La presencia de la división portuguesa en Montevideo anima circunstancialmente el comercio; pero, desde la destrucción de animales que resultó de la guerra, las exportaciones, que eran de gran cuantía, han disminuido significativamente. La administración portuguesa ha adoptado la sabia medida de prohibir la fabricación de tasajo para darle a los animales el tiempo de reproducirse y mientras que antes, entraban en la ciudad un millón quinientos mil cueros por año, que luego eran enviados al exterior, sin hablar de los que eran objeto de contrabando, hoy entran sólo de dieciocho a veinticinco mil que son el resultado del consumo de la región[48].

Antes, los habitantes de Montevideo vivían en la abundancia e incluso hoy hay muy pocos pobres. Esa clase, desgraciada y envilecida, a la que damos en Francia el nombre de populacho, no existe aquí; por debajo de los artesanos que en su mayoría ganan mucho dinero y viven en la abundancia, sólo están los esclavos. A éstos, generalmente, se les trata mejor, se les alimenta y se les viste mejor que en Brasil y tienen un aire de libertad y de contento que los de Brasil no tienen[49].

Los hombres de Montevideo están en su mayoría bien vestidos; son serios, mucho menos comunicativos que los brasileros, son más fríos en sus maneras que tienen, sin embargo, un algo más fino y distinguido. Las mujeres no se encierran en el interior de sus casas, reciben visitas, se visten con buen gusto y prolijidad, salen a las calles y compran en las tiendas. Generalmente, tienen la piel fina, lindos



ojos, rasgos delicados y son muy blancas. Al principio, son bastante distantes, no se ponen de pie para recibir a los hombres y se limitan a hacer un leve gesto con la cabeza; no son muy vivaces, pero su conversación es de buen tono y saben hablar; parece que el deseo de gustar las anima y sin embargo, no por eso son afectadas. La gente se reúne en distintas casas para conversar y bailar. Pocas mujeres son músicas, pero casi todas saben tocar en el piano valses y contradanzas, no haciéndose rogar para ejecutarlas. Las mujeres, sea cual sea su rango, son suaves y agradables. Hay en Montevideo muchas mujeres públicas pero éstas no abordan jamás a los transeúntes como suele ocurrir en las grandes ciudades europeas.

Los habitantes de esta ciudad desprecian a los brasileros por un vicio que se les reprocha con razón y que, en efecto, es mucho menos frecuente aquí.

Antes de la guerra, había en los alrededores de Montevideo casi tantos habitantes como en la ciudad, pero todas las casas fueron víctimas de los estragos que los insurgentes provocaron, cuando quemaron las casas y sólo dejaron las paredes.

Estas casas de ladrillo como las de la ciudad, están alejadas unas de otras, y cada una tiene un jardín rodeado de tunas o de agaves. Estos cercos siguen existiendo, pero sólo rodean terrenos incultos en los que los cardos crecen en abundancia. Algunas casas han sido reconstruidas, pero son las menos. Sin embargo, aunque esté en ruinas, este lugar sigue siendo encantador. Estas casas apartadas, rodeadas de jardines con cercos y campos, la vista de la bahía y de los barcos que la pueblan, la de los campos cerca del Cerro en la entrada de la bahía, la vista de la ciudad dominada por la cúpula y las torres de la iglesia parroquial constituyen un conjunto sumamente agradable de ver.

PUEBLO DE CANELONES, 30 de noviembre.- Hoy de mañana me vinieron a anunciar que los bueyes no habían sido encerrados ayer de noche en el corral y se habían escapado por el campo. Lamenté amargamente esta negligencia de mis soldados. Veo que no puedo contar

con estos hombres; siempre están descontentos, no me obedecen y se llevan mal entre ellos. Hacia el mediodía, encontraron los bueyes; pero mientras tanto había sido invitado a almorzar a lo del coronel Manoel Marquez de Souza, comandante de la región, y decidí quedarme.

Comí en lo del coronel con varios oficiales de San Pablo y hablamos largamente de su país. Todo fue muy agradable y la comida muy bien servida, lo cual me hizo olvidar las desventuras que había vivido ese día, que me abatieron muchísimo, pero que no detallaré.

Pueblo De Santa Lucia, 1° de diciembre.- Matheus, uno de mis soldados, me había dicho ayer que le era imposible conducir él solo la carreta y los bueyes, que Joaquim Neves, el otro soldado, estaba herido y no podía ayudarlo y me instaba, por consiguiente, a que le pidiera al coronel Márquez uno de sus amigos que había encontrado por aquí. Enseguida le hablé al coronel que me prometió que iba a hacer todo lo que estuviera a su alcance pero, al mismo tiempo me dijo que no le estaba permitido enviar a uno de sus soldados más allá de la colonia; me dijo que, por otra parte, esto no debería preocuparme, puesto que el comandante de la colonia no tendría problema alguno en darme otro hombre.

Hoy de mañana volví a lo del coronel para hablarle nuevamente de este asunto y le dije si no sería posible tener, en vez de un soldado, un peón fiel y leal y que prefería esta última posibilidad. Cuando estaba en Montevideo, le había pedido al Padre Gomes que me encontrara un peón, con la esperanza de que un hombre pago iba a ser más obediente que estos soldados, a los que también pago pero que sólo reconocen la disciplina militar y hacen poco caso a mis órdenes.

El Padre Gomes y también algunos españoles me aseguraron que era inútil buscar un hombre como el que yo necesitaba y que la guerra había acabado de desmoralizar a la gente del campo: actualmente, eran capaces de matar a un hombre para robarle un peso. El coronel Márquez no me repitió exactamente lo mismo pero me dijo



que para encontrar un peón tendría que dirigirse al Alcalde, que éste tendría que buscarlo y que todo esto llevaría mucho tiempo. Acepté entonces a un soldado; volví a la casa, hice llamar a Joaquim y dándole medio doblón le di a entender que ya no precisaba de sus servicios. Sin embargo, al ver que esta decisión lo afligía mucho, tuve la debilidad de decirle que podía seguir conmigo aunque cometí la tontería de dejarle el medio doblón que seguramente utilizará para emborracharse.

La pequeña ciudad de Canelones encabeza una parroquia y está administrada por un cabildo. Está construída en medio de una amplia llanura, en un terreno un poco inclinado; tiene la forma aproximada de un cuadrado y cuenta con unas 300 casas pero, entre ellas, hay muy pocas construídas con ladrillos y con techo plano: la mayoría son simples cabañas, muy bajas, de tierra y que proclaman la indigencia de sus habitantes. Casi todas las casas están cercadas, con setos poco elevados y un terreno casi sin cultivar; en general, están apartadas unas de otras a no ser en las cercanías de la iglesia. El conjunto produce un efecto particular y que no es desagradable de ver. Las calles son anchas, bastante rectas pero ninguna está empedrada. La plaza pública, en la que se está construyendo una nueva iglesia, es bastante grande.

En esta ciudad se vive con dos graves inconvenientes: la escasez de madera y la escasez de agua. La madera viene de Santa Lucía y cuando no se quiere beber agua de pozo, hay que irla a buscar muy lejos.

La ciudad de Canelones creció sensiblemente desde hace unos años. Las llanuras que recorrí estos últimos días estuvieron, en cierto momento, muy pobladas; pero durante la guerra sus habitantes abandonaron las casas de tierra de las que pronto no quedó vestigio alguno, y vinieron a refugiarse a la ciudad. Los habitantes de Canelones, en general, pasan grandes penurias y en las inmediaciones se les reprocha su inclinación a la diversión y al ocio.

Para llegar hasta aquí, atravesé una región levemente ondulada y con excelentes pasturas. Pasé dos arroyos: uno, el Canelón Chico y

el otro, el Canelón Grande. Mientras que en la llanura el pasto comienza a amarillear, al borde de estos arroyos es aun de un verde intenso: entre el pasto crecen algunos arbustos, la mayoría con espinas. La ciudad debe su nombre a estos dos arroyos. Al llegar a Santa Lucía, fui a presentarle al cura una especie de carta apostólica y circular que el abate Larrañaga me había dado para todos los curas de la provincia en la que los invita, elogiándome, a que me den hospitalidad. El de Santa Lucía me recibió muy bien. También tenía una carta del coronel Marquez para un alférez que dirige un destacamento de tropas de Rio Grande y que está acuartelado aquí: tambien fue muy amable y me ofreció sus servicios.

ESTANCIA DE SUAREZ, 2 de diciembre, 4 leguas.- Santa Lucía es mucho más chica que Canelones, pero está mejor ubicada. Como el pueblo está construído en un terreno llano, se puede ver de casi todas partes y al mismo tiempo una extensión aún mayor de pasturas y de un lado, se ve en la llanura el borde de un monte de hermoso verdor que va dibujando los meandros del río. Santa Lucía, si bien es pequeña, es cabeza de una parroquia y está administrada por un cabildo.

Las casas son sólo chozas como las de Canelones; también están apartadas unas de otras, aunque no son tan bajas ni tan pequeñas. Los terrenos que las circundan están en parte cultivados: hay árboles frutales y especialmente higueras de gran tamaño. Hacia el centro del pueblo hay una gran plaza en la que está construída la iglesia, que es muy pequeña. Santa Lucía, en su conjunto, atrajo mi atención por su parecido con ciertos pueblos de Francia.

Se dice que, en general, los habitantes de este lugar no son tan haraganes como sus vecinos. Cultivan algo de trigo y los montes que crecen en las orillas del arroyo del que hablé les ofrecen una posibilidad de comerciar la madera. Hacen atados que van a vender a Montevideo o a Canelones. También saben hacer carbón como se hace en Europa y también lo venden en Montevideo. Por último, otros habitantes de Santa Lucía juntan cueros en los campos y los transportan a



la capital de la provincia. Hoy de mañana, antes de irme, fui a herborizar al borde del arroyo de Santa Lucía a un medio cuarto de legua del pueblo.

Desde Montevideo hasta aquí, no había encontrado en el campo ni un solo arbusto, ni siquiera pequeño pero, entre el pueblo y los bosques que bordean el arroyo, las pasturas están salpicadas por pequeños matorrales formados por una Acacia espinosa, de follaje verde oscuro y brillante. Los bosques que crecen sobre ambas márgenes del arroyo sólo alcanzan la altura de nuestros montes bajos al cabo de doce años. Sin embargo, el Sauce nº2132 bis, que forma parte de esta vegetación es bastante más alto. No se ven aquí los verdes oscuros de los bosques de las zonas tórridas: es quizás un verde más claro y más agradable de ver que el de nuestros bosquecillos cuando la primavera viene a revestirlos con un follaje nuevo. La hierba que crece debajo de estos montes es también de una gran frescura y en ella encontré varias plantas interesantes que, como la mayoría de las de esta región, pertenecen a géneros de la flora europea. Son la Verónica nº 2287, el Cerastium nº 2289, el Carex nº 2290 ter, el Phleum nº 2288, el Calystegia nº 2286 bis.

Al irme de Santa Lucía, nuevamente encontré el arroyo y, más allá, vastos campos, siempre cubiertos por excelentes pasturas. Me detuve en una estancia que se compone de algunas chozas dispuestas en desorden, a la sombra de un ombú y construídas sobre un terreno bastante limpio, rodeadas por un cerco. Este conjunto no anuncia la riqueza, pero tiene una cierta frescura campestre que es agradable de ver. Detrás de la estancia hay un gran vergel en el que están plantados, en desorden, árboles frutales como los de Europa: perales, membrillos, higueras estupendas, durazneros.

Me recibieron en la choza más grande. La habitación en la que debo dormir casi no tiene muebles y sólo la ilumina una estrecha ventana. Mientras trabajo, la dueña de casa, sentada en un banco, lava sucesivamente la cabeza de todos sus hijos y un joven alto, de 15 a 16 años, acaba de lavar la suya. Aquí no me ofrecieron nada.

PUEBLO DE SAN JOSE, 3 de diciembre, 3 leguas.- Al ir a la estancia de Suárez, nos habíamos apartado algo del camino. Para retomarlo, nos vimos obligados a atravesar un arroyo en donde se nos empantanó la carreta; después de varias horas de esfuerzo y de labor pudimos hacerla andar de nuevo. Uno de mis soldados fue a pedir bueyes prestados en las inmediaciones; los trajo un gaucho que ayudó a atarlos a la carreta y que también nos fue muy útil por los consejos que nos dio. Cuando salimos de estos aprietos, quise recompensar a este hombre pero, mientras yo buscaba algo de dinero, desapareció con sus bueyes. En Francia, en circunstancias semejantes, un hombre de una clase inferior hubiera esperado que se le de alguna retribución y la hubiera pedido, si se hubiera tardado en ofrecérsela.

La región que recorrí es levemente ondulada y presenta siempre hermosas pasturas en las que hay muy poco ganado. Es más frecuente encontrar caballos y yeguas. Sigo sin ver cultivos. A aproximadamente medio cuarto de legua del pueblo de San José corre un arroyo que le da nombre al pueblo. Sus orillas, como las del río Santa Lucía están bordeadas por un monte en el que predomina el Sauce nº 2132 bis, árbol no muy alto, de leve follaje es verde claro y de porte elegante y pintoresco. Las pasturas que bordean esta orilla presentan un pasto sumamente vigoroso y fresco.

Antes de llegar a San José, vi en el camino a gran número de hombres que parecían esperar algo. Pregunté de qué se trataba y me dijeron que iba a haber una carrera de caballos. Esta actividad gusta mucho a la gente de aquí y a la de Rio Grande. La carrera consiste en saber qué caballo entre dos o más alcanzará primero la meta y su agilidad es objeto de apuestas que son a veces de un monto elevado.

Antes de llegar a San José, le pedí a mi nuevo soldado que le llevara al cura la carta del abate Larrañaga; pronto vino a decirme que el cura no estaba y que no había nadie en la casa. Fui allí con el soldado, le pregunté a los vecinos dónde estaba el clérigo y, como nadie supo decírmelo, fui a presentarme con una carta del coronel Marquez al mayor que dirige las tropas portuguesas acantonadas aquí. Me recibió muy bien y me dio un cuarto en su casa. Antes de caer la noche, fui a pasearme por el pueblo con dos jóvenes oficiales que están con el mayor.



San José es más grande que Santa Lucía, pero menos que Canelones. Hay algunas casas de ladrillo, de techo plano aunque la mayoría no son más que chozas. Están muy apartadas unas de otras, todas tienen un jardín sin cultivar cercado a veces por arbustos secos y espinosos. Las calles son anchas pero no están empedradas. La plaza pública es bastante grande y la iglesia, que da sobre la plaza, es pequeña y sin decoración alguna.

Los oficiales que me acompañaron en mi paseo por San José me dijeron que los habitantes de este pueblo viven, en su gran mayoría, en la indigencia y el ocio. Su existencia sólo puede explicarse por el robo en los campos de caballos y animales que luego venden en Montevideo o en otros lugares. Los habitantes de Montevideo caminan por la ciudad e incluso, a veces, realizan paseos a pie por el campo pero en estos pueblos por los que acabo de pasar no ocurre lo mismo. Siempre están a caballo; van a caballo a la pulpería, a hacer las compras, a buscar carne o agua; incluso van a misa a caballo. En las calles de San José encontré a algunas mujeres que llevaban vestidos de seda y según lo que me han dicho los propios oficiales algunas son de trato agradable; pero los hombres son, generalmente, rústicos y sin educación y a veces, se ve en los bailes a mujeres con hombres de chiripá.

RANCHO DE PAVON, 3 leguas, 4 de diciembre.- Desde Montevideo hasta aquí, el lugar se presenta como una inmensa llanura levemente ondulada cubierta de pasturas hasta donde la vista puede abarcar. No tienen flores como nuestras praderas, y no hay ni un arbusto ni siquiera un pequeño árbol. El pasto alcanza la misma altura que en los prados secos del centro de Francia; es muy fino y se compone principalmente de gramíneas, entre las cuales la 3203 y la 2206, y en las que en general los estípites son muy frecuentes. Estas pasturas son las mejores que he visto desde que estoy en América.

Los animales son hermosos ejemplares pero, desde el inicio de la guerra, han comenzado a escasear; abundan más los caballos y especialmente las yeguas. Sólo hay bosques en las orillas de algunos arroyos y no son muy altos. El árbol más común es el Sauce n° 2132 sexto. Estos montes sólo crecen al borde de los arroyos más importantes: Canelón Chico, Canelón Grande, Santa Lucía, San José y por último Pavón.

No hay árboles al borde de los arroyos más pequeños pero el pasto es de una gran lozanía. En este momento, los pastos tienen el mismo color amarillento que tienen nuestras praderas poco antes que se las siegue, pero en todos lados en donde hay algo de humedad el pasto es color verde claro y hay muchas plantas en flor. Si bien no se ve que los campos estén cultivados y hay muy pocas casas, el paisaje produce un gran deleite, lo cual se debe, en parte, a los colores del cielo cuyo azul intenso es tan agradable como el del sur de Europa. En las cercanías de las casas y de los pueblos, hay siempre grandes espacios cubiertos de Cinara cardoncellus y de Carduus Marianus. Generalmente, los caminos están bordeados por las flores azules del Echium, y la Avena Sativa n° 2207 es tan común en los campos que se podría pensar que se trata de una planta indígena.

Me detuve en una pequeña choza, un rancho, pequeño, sumamente bajo, sin muebles y en el que vivía gente que parecían encontrarse en la más extrema pobreza. El dueño de casa y su mujer están vestidos con harapos, pero su hija como una dama. En ningún lugar de Europa se encuentra tal desproporción entre el lugar en que vive la gente y su atuendo. Mi anfitrión, que cultiva trigo, me dijo que la siembra se hacía desde mayo a agosto y que la cosecha empezaba ahora. Jamás se deja descansar la tierra y sin embargo no se la abona: inmediatamente después de la cosecha, se pasa el arado y así se entierra la paja que, al pudrirse, hace las veces de abono.

Al Aire Libre, al borde de un Arroyo, Cerca de la Estancia bde Duron, 4 leguas, 5 de diciembre.- El lugar es semejante al que ya



he recorrido con anterioridad, es levemente ondulado y ofrece excelentes pasturas. Nuevamente observé que éstos difieren de nuestras praderas, porque están constituídos sobre todo por gramíneas y hay muy pocas flores. Aunque sea poco variado, el aspecto del paisaje no es monótono como lo son las inmensas extensiones de Goiás y Minas Gerais.

El aspecto acogedor de todo esta región se debe quizás en parte a la idea de riqueza y abundancia que sugieren estas pasturas de tan excelente calidad, pero se debe sobre todo al color del cielo azul celeste, que lo hace sumamente agradable de mirar y a a la luz que, sin ser enceguecedora como en el trópico, tiene un brillo y un esplendor que no se conoce en el norte de Europa.

Mi nuevo soldado se me adelantó para reconocer la casa en la que quería detenerme y vino a decirme que ofrecía aún menos comodidades que aquélla en la que me hospedé ayer de noche; entonces decidí detenerme en medio del campo, cerca de un arroyo. Sus dos orillas están bordeadas de árboles de un hermosísimo color verde claro, apenas comparable con el de nuestros bosques cuando el nuevo follaje los recubre. Estos árboles pertenecen a un pequeño número de especies. Los más comunes son el n° 2330 y el Sauce n° 2132 sexto, de unos sesenta pies de alto y de follaje armonioso, con ramas nudosas y poco numerosas que producen un efecto muy agradable. Debajo de este árbol crecen abundantes gramíneas de hermoso color verde. Me senté en el pasto para trabajar a la sombra de un espeso árbol n° 2330 cuyas flores, aunque no muy llamativas, perfuman el aire con su agradable aroma. Los trinos del cardenal resuenan en el aire. No veo el arroyo, pero oigo su murmullo entre los árboles. Estos lugares encantadores me recuerdan las más hermosas campiñas europeas.

El Colla, 6 de diciembre, 6 leguas.- La región sigue siendo ondulada, hay excelentes pasturas, pero no hay ni casas ni cultivos; de tanto en tanto se ven tropillas de caballos o de yeguas, pero no animales con astas. Por primera vez desde Montevideo, he visto subarbustos

en algunos campos bajos y húmedos; no estaban en flor pero me pareció que pertenecían a la familia de las compuestas.

Hice descansar los bueyes a orillas de un arroyo que se llama, según me dicen, Arroyo del Rosario y cuyas dos orillas están también bordeadas de vegetación: ésta puede rivalizar en frescura con la del arroyo de ayer y presenta las mismas especies. A poca distancia del arroyo, vi rocas en una cuesta; fui allí a herborizar y volví muy satisfecho. En los países templados, como éste y los de Europa, en que se interrumpe el crecimiento durante varios meses, las plantas florecen al mismo tiempo o casi; en el trópico, en cambio, todas tienen fuerza como para florecer en cualquier momento y, si bien las especies son más numerosas, no hay tantas que tengan flores en el mismo momento.

Me detuve en el pequeño pueblo de Colla, situado en una especie de plataforma y que se compone de unas miserables chozas dispersas y semi-abandonadas. La iglesia es muy pequeña, cubierta de paja como las casas; la gente del lugar cultiva la tierra y planta trigo pero parece que sólo les alcanza para cubrir sus necesidades. Me detuve en la casa del cura, un anciano casi senil, que vive en una pobre choza en la que apenas si cabemos los dos, aunque yo sólo hice descargar dos de mis cajas. Fui a visitar al Alcalde en su compañía y no encontré que su casa fuera mucho mejor que la del anciano.

AL AIRE LIBRE, AL BORDE DEL ARROYO DEL SAUCE, 7 de diciembre, 4 leguas.- La región no es tan irregular en su geografía pero sigue siendo una zona de inmensas pasturas. No hay casas, ni cultivos, ni animales, a no ser algunas manadas de caballos y yeguas. A unas 3 leguas de Colla, encontramos un arroyo llamado Arroyo del Minuano en cuyas orillas hay rocas y algunos arbustos. Me detuve cerca de un arroyo que corre sobre un lecho pedregoso entre dos montes bastante bajos en los que predomina siempre el Sauce nº 2132 sexto y el nº 2330. Bajo los árboles crece un pasto de un hermoso color verde; el cardenal hace oir su gorjeo revoloteando de rama en rama; el apacible



carpincho viene, confiado, a comer el pasto casi a los pies del viajero. Nuestros poblados no son ni más frescos, ni más alegres, ni más bucólicos.

A mitad de camino los bueyes estaban tan cansados que acepté que mis soldados tomaran a dos que estaban pastando en el campo aunque al llegar les pedí que se les soltara por el lugar por donde los encontramos. Por la noche, mis soldados me vinieron a decir que faltaban dos de los míos. Parece que los robaron.

RIACHUELO, 8 de diciembre, 5 leguas.- Hoy de mañana, muy temprano, toda mi gente se movilizó para encontrar nuevamente a los bueyes; encontraron a uno de ellos atado en un bosque, cerca de una choza. Es de creer que los hombres de la choza lo habían robado. No encontramos al otro buey. Esta aventura, bastante desagradable para mí dio pie a que mi gente comenzara de nuevo con sus invectivas contra los españoles. No hay nada comparable al odio que sienten por ellos los habitantes de Rio Grande y, a su vez, el que los españoles en general sienten hacia los portugueses no le va en zaga. Pretender que esta región forme parte de las posesiones portuguesas, es querer unir elementos contrarios. Los portugueses europeos de la división del general Lecor no comparten esta animosidad; pero si se hubiera dejado actuar a los habitantes de Rio Grande y los paulistas, este país hubiera sido el escenario de una guerra de exterminio. Los españoles, para escapar del peligro, se hubieran unido y la sangre seguiría aún tiñendo los campos.

Como los bueyes que utilicé ayer no se habían alejado, opté por utilizarlos también hoy, con la intención de informar al comandante y al alcalde de Colla de todo cuanto ha ocurrido.

La región que he recorrido para llegar hasta aquí es bastante despareja y sigue siendo zona de pasturas hasta donde la vista se pierde. No hay casas, ni cultivos, ni ganado. Desde que salí de Montevideo, a veces he visto algunos paisanos a caballo en el campo, pero encontré una única carreta con viajeros. Hoy y estos últimos días ha

hecho mucho calor, pero el calor hace sudar como en Europa y no ataca los nervios como ocurre en las zonas tórridas.

Me detuve en una estancia en la que pedí autorización para pasar la noche; me la dieron con mucho gusto, pero la casa estaba tan sucia y era tan maloliente que no tuve el coraje de quedarme a pernoctar. En la capitanía de Minas Gerais, la choza más pobre está limpia y sin olor; en la de Rio Grande, ya las casas están bastante sucias; aquí las del campo son en su mayoría repugnantes y se respira un olor a grasa y a sebo que da náuseas. Los habitantes de Montevideo son quizás superiores a los de Rio Grande y Porto Alegre, pero los campesinos de esta parte de América están, por cierto, por debajo de los de la capitanía de Rio Grande: sin embargo, sus costumbres son bastante similares. Creo que la diferencia se debe a que en la capitanía de Rio Grande, los habitantes del campo, hijos o nietos de hombres que vinieron de las Azores son blancos de pura cepa mientras que los campesinos españoles son, en gran parte, mestizos de europeos e indios y los que no tienen mezcla de sangre han adoptado, por imitación, las costumbres de la mayoría.

Cuando no duermo en alguna casa, trabajo adentro de una carreta y hago hacer mi cama allí, pero el pequeño espacio que me deja mi equipaje hace que esta morada sea bastante incómoda. Durante mis otros viajes, me alimentaba exclusivamente con arroz y frijoles, pero mi gente comía lo mismo que yo. Como siempre empezaba a comer antes que ellos, estaba siempre seguro de que iba a comer. No ocurre lo mismo aquí; cada uno hace su comida aparte y come muchísima carne. Cuando pido algo, es como si lo robase. Cuando llegamos a algún lado, Firmiano se apura en llenarse la barriga y jamás piensa en mí; además, lo poco que me prepara es incomible. Acabo de pasar un día y medio a té y chocolate.

# CAPITULO X

Colonia del Sacramento.- Don Antonio de Souza, gobernador.- Herborización en el Rio de la Plata.- Descripción de la colonia.- San Pedro.- San Juan.- Cerdos salvajes.- El tigre Uncus pintadus.- Al aire libre, al borde del Arroyo de las Turas.- Antigua estancia de los Jesuitas.- Rincón.- Arroyo de las Vacas.- Estancia cerca del pueblo de las Víboras.- Cardos.- Pueblo de las Víboras.- Estancia de Don Gregorio.- Descripción de las Víboras.- Pulperías.- El Espinillo.- Arenal Chico.- El Rosario y acción de gracias.- Pueblo de San Salvador.- Don Isidoro Mentraste.- Arroyo de Bizcocho.- Santo Domingo de Soriano.- Rama de árbol utilizada como reja para labrar.- Baqueano.- El Río Negro.- Charrúas.- Saqueo de Soriano.- Descripción.- Legión de paulistas.- Escasez de sacerdotes.



COLONIA DEL SACRAMENTO, 9 de diciembre, 3 leguas.- Siguen las inmensas pasturas de excelente calidad. El terreno se hace cada vez más parejo a medida que nos aproximamos a la Colonía del Santo Sacramento. Entré en la ciudad con el soldado que me habían dado en Canelones y con el cual me había adelantado. La llegada a la colonia es bastante triste. Pasamos delante de casas pequeñas alrededor de las cuales han plantado algunas legumbres; se puede ver el Río de la Plata que tanto se parece al mar, y también la otra orilla; en el extremo de una lengua de tierra sumamente baja, está la ciudad que se compone de un pequeño número de casas apretadas, construídas con piedras.

Empecé por ir a la casa de Antonio-Francisco de Souza, quien administra la aduana y para quien tenía una carta de recomendación muy elogiosa del Padre Gomez. Luego de las primeras formalidades, le expresé mi deso de viajar a Buenos Aires y le pregunté si encontraría alguna nave para ir hasta allí; me respondió que, probablemente, no se presentaría ninguna antes de unos veinte días: renuncié entonces al proyecto de ir a pasar dos o tres días del otro lado del Rio de la Plata[50]; o sea que estuve a diez leguas de una de las ciudades más célebres de América meridional y volveré a Europa sin haberla visto. De Souza me insistió en que visitara al gobernador y me dijo que, durante ese lapso, me encontraría una casa.

El gobernador no estaba en la ciudad: fui a verlo al campo. Le mostré las credenciales del conde de Figueira, que son mucho más importantes que las del general Lecor; me recibió muy bien y me invitó a cenar. Entretanto, llegó la carreta y Don Antonio de Souza me instaló en una casa situada cerca del río a un cuarto de legua más o menos de la ciudad donde vive un sargento portugués que cultiva su jardín.

La cena que el gobernador me ofreció estaba muy bien servida y todos los invitados fueron sumamente amables conmigo. El gobernador alaba la docilidad de los habitantes de la región y sólo les reprocha su tendencia a robar ganado. Se ha formado un regimiento de caballería de milicia que aunque, en todo el regimiento, sólo hay tres oficiales que saben escribir.

Durante la cena, se habló mucho de la actuación del barón de la Laguna [51] y el gobernador dijo, no sin razón, que dicha actuación fue más útil a la causa portuguesa que una guerra activa. Los españoles, a quienes los portugueses dejaban tranquilos, seguían peleándose entre sí, pero terminaron cansándose de la situación y, seducidos por la suavidad de la administración portuguesa, se fueron rindiendo sucesivamente al general Lecor. Uno de sus jefes decía a menudo que era la moderación del general lo que perdía a los españoles.

COLONIA DEL SACRAMENTO, 10 de diciembre.- Hoy de mañana, muy temprano, fui a herborizar a las orillas del Rio de la Plata. El terreno es muy arenoso; sin embargo, encontré bastante variedad de plantas. La Plantaína nº 2350, la Leguminosa nº 2347, la nº 2349, etc. son bastante comunes en los lugares secos; la Cyperácea nº 2359 lo es en los lugares húmedos; en algunos lugares, la Lobelia nº 2556 bis, y la Campanula nº 2360 bis tapizan la gramilla con sus flores blancas y color piel. El viento soplaba muy fuerte y el río, del cual no se veía la otra orilla, debido a su gran anchura, parecía ser el mar.

COLONIA DEL SACRAMENTO, 11 de diciembre.- Hoy cené en lo de Antonio-Francisco de Souza que parece conocer a los hombres y ser muy observador. Dijo que, en sus negociaciones con Francia, los habitantes de Buenos Aires no actuaban de buena fe, que parecían acceder a las proposiciones del ministerio francés para hacer reconocer su independencia, pero que, en realidad, no querían un soberano extranjero y menos aun un príncipe de la casa de Borbón.

Agrega que el pueblo de Buenos Aires no obedece a sus magistrados porque éstos no tienen a su disposición fuerzas que los rodeen: piensa que sólo tropas extranjeras podrían contener a este pueblo acostumbrado al desorden y el desprecio de la autoridad. Sin embargo, también cree que la República que nace rechazará constantemente esta solución y considera que está destinada a recorrer todavía más de un siglo de revoluciones que no harán sino debilitarla cada vez más.



Sólo un desembarco de españoles podría suspender el odio pero de Souza piensa, junto con todos los que conocen la región, que un desembarco, de tener lugar, fracasaría. Por cierto, los españoles podrían apoderarse de Buenos Aires; pero se verían hostigados constantemente por la gente del lugar y obligados a abastecerse en el exterior. De Souza nació en Portugal pero vive desde hace tiempo en la región: me dijo que el tono altanero con que los españoles trataban a los americanos justificaba el odio de los criollos. No sólo eran excluídos de los puestos de gobierno, sino que los españoles europeos les hacían sentir todo el peso del desprecio que sentían hacia ellos; los españoles europeos venían aquí a enriquecerse y eran generalmente hombres que pertenecían a la hez de la sociedad. Los comerciantes, generalmente europeos, se negaban siempre a emplear americanos como representantes: éstos quedaban entonces excluídos de todo tipo de negocio.

Esto es lo que afirma de Souza: su opinión me merece demasiada confianza como para que dude de ella; pero, al mismo tiempo, no me es posible atribuir únicamente a un prejuicio el hecho de que los españoles europeos no empleasen a americanos. Al no encontrar en éstos la laboriosidad que a ellos los había conducido a reunir una cierta fortuna, era natural que prefiriesen a sus compatriotas en quienes podían esperar encontrar las mismas cualidades.

COLONIA DEL SACRAMENTO, 12 de diciembre.- La ubicación de la colonia se parece sobremanera a la de Montevideo, y como Montevideo, la colonia está ubicada en la punta de una península que avanza en el Río de la Plata; uno de los lados de dicha península, el lado norte, está también marcado por una bahía que forma un puerto bastante bueno; pero, no habría que buscar aquí sino una representación en miniatura de la capital de la provincia[52]. La bahía de la colonia es mucho más chica que la de Montevideo. La península que se extiende del este al oeste es estrecha y muy baja; además, la ciudad, casi cuadrada, apenas tiene unas cien casas. Del lado que no da al mar, la ciudad está

protegida por una muralla que no está bien conservada y del lado del mar está protegida por baterías. Se entra a la ciudad por una sola puerta; el terreno es desigual; las calles son estrechas, mal empedradas o a veces sin empedrar, muy sucias y bordeadas en parte por muros de piedra. Las casas son de piedra de pequeño tamaño y la mayoría tienen techo. Delante de la puerta de la ciudad hay una plaza de forma irregular donde está construído el hospital militar, pequeña construcción de forma regular, pero no muy linda. La casa del gobernador se distingue de todas las demás porque es más grande; aparte de eso, nada en ella atrae la atención. La iglesia parroquial tiene dos torres que sirven de campanario; es pequeña, bastante linda y, como en Montevideo, el santuario continúa la nave central.

Si consideramos todo lo que he dicho con anterioridad, se podría pensar que la vista que se puede percibir desde el puerto de la colonia es muy parecida a la de Montevideo; sin embargo, no es tan agradable porque los campos que aquí bordean a la bahía son muy llanos y la mirada no encuentra un punto que atraiga y capte su atención.

La colonia está poco poblada y la mayoría de sus habitantes son comerciantes que venden mercaderías a los habitantes del campo. Si la región estuviera más poblada, esta ciudad, bien ubicada para ser una ciudad comercial, podría ser muy importante; sin embargo, no es el caso; el consumo es muy reducido y sus exportaciones casi nulas. Antes, cuando los protugueses eran dueños de la ciudad y se veían reducidos por los españoles a ocupar una pequeña superficie, habían aprovechado hasta el más mínimo pedazo de tierra: aún existen grandes árboles frutales plantados por ellos y que han escapado a los desastres de la última guerra[53]. Los españoles, convertidos en dueños de la región, no se ocupan de los plantíos hechos por los portugueses. Pero, desde que las tropas de los portugueses entraron aquí, los soldados, todos europeos, se han puesto a cultivar la tierra en los alrededores de la ciudad y hay gran cantidad de jardines plantados con legumbres. El gobernador tiene uno muy grande y donde cosecha todo lo



que habitualmente se produce en el sur de Europa. Casi todos los oficiales tienen su jardín y cada compañía tiene el suyo.

San Pedro, 12 de diciembre, 4 leguas.- Hoy me fui de la colonia en donde el gobernador y Antonio Francisco de Souza me trataton con gran amabilidad.. Para llegar hasta aquí, atravesé una región algo ondulada, cubierta casi por completo por Cynara Cardoncellus. No hay animales, pero sí manadas de caballos salvajes. Actualmente, muchos de los caballos domados se han escapado y se unieron a los caballos salvajes ya que, durante la guerra, los estancieros no pudieron cuidar mucho sus propiedades. Habíamos salido temprano, debíamos dejar descansar a los bueyes al borde de un arroyo y luego retomar el camino para llegar hasta San Juan. Enseguida de llegar al arroyo cada uno fue a juntar su propio haz de tallos de cardo para poder prender fuego. A José Marianno le pareció que no se encendía lo suficientemente rápido y entonces abrió un receptáculo con pólvora que tenía atado al cuello: al tirar la pólvora sobre el fuego, las llamas alcanzaron el receptáculo que saltó por los aires; el imprudente se quemó el rostro, el cuello, el pecho y las manos y Firmiano, que estaba a su lado también quedó bastante maltrecho. Los curé con aceite, hice uncir los bueyes y fuimos hasta una pequeña casa próxima al lugar donde había ocurrido el accidente. Probablemente, José Marianno no podrá por algún tiempo usar sus manos; jura y perjura que no tocará jamás en su vida un fusil y habla de regresar a Montevideo. Veré mañana qué decisión tomo.

En el lugar donde nos detuvimos había tres chozas bajas, pequeñas y sucias; una, casi en ruinas, y que se usa como cocina, otra, en la que vive el propietario y la tercera, en la que me instalaron. Esta tiene dos entradas, aunque sólo una puede cerrarse usando un cuero; una cabeza de vaca y algunos pedazos de madera mal tallada hacen las veces de asientos; la cama no es más que un catre muy rústico con un cuero sin curtir, ubicado encima de bolsas de trigo. Ni bien pusimos el equipaje en esta mísera choza los truenos se hicieron oir. Desde

hacía varios días, hacía demasiado calor. Se formó una tormenta y muy pronto empezó un diluvio. El viento, impetuoso, hacía que la lluvia entrara en la choza que muy pronto estuvo llena de agua; todo lo que no estaba en las cajas, se mojó.

En Brasil, he visto chozas muy humildes, pero jamás había visto unas tan míseras como las que he visto entre Montevideo y el lugar en que me encuentro. Entre Santa Teresa y Montevideo, los campesinos españoles viven en casas mejores y más limpias. Aquí no hay bichos con patas, pero las casas están llenas de pulgas y estos insectos me han impedido dormir.

Todas las frutas y legumbres europeas se aclimatan muy bien en Montevideo y en esta región. En la colonia comí excelentes aceitunas que habían sido recogidas en los alrededores. También comí algunas cerezas bastante buenas, aunque de una variedad de muy pequeño tamaño.

SAN JUAN, 2 leguas, 14 de diciembre.- Región levemente ondulada, cubierta casi por completo por Cynara cardoncellus. Antes, esta planta era menos común, porque los animales comían los tallos tiernos antes de que crecieran. Hoy que no hay animales en los campos, los cardos se multiplican ilimitadamente y no es posible atravesar, ni a pie ni a caballo, los campos de los que se han apoderado. Esto crea dificultades a los campesinos que deben velar sin cesar por los caballos y el ganado. Sin embargo, este vegetal no es totalmente inútil; a los caballos y a los animales les gustan mucho sus brotos y también comen sus flores con placer; además, como ya lo he dicho varias veces, estos tallos resecos remplazan la madera que se usa para encender el fuego y son, como en Montevideo, objeto de un comercio aunque de poca monta.

Nos detuvimos en una estancia que tiene varias leguas de extensión, pero en la que los animales fueron exterminados, como en el resto de la región. El dueño de casa viste una chaqueta hecha jirones y parece un simple campesino; su mujer en cambio está vestida como



una dama, si no fuera por la falta de aseo. Todo lo construído en el lugar se reduce a una mísera choza en donde viven los propietarios, otra choza que se usa como cocina, un horno de pan y un galpón en el que se pone a secar la carne. Vimos comer a nuestros anfitriones y, como los de ayer, usaban conchas de mejillones a modo de cuchara y no tenían otros tenedores que sus dedos; en cuanto al cuchillo, a nadie le falta, porque todos llevan uno en el cinturón.

Me habían dicho que cerca había un cerro que lleva el nombre de Cerro de San Juan. Fui hasta allí con un guía que el gobierno de la colonia me había dado para ir hasta el pueblo de Víboras y sin el cual ya nos hubiéramos perdido mil veces en estos vastos campos en donde no hay nadie, hay tan pocas casas y un sinnúmero de caminos se entrecruzan.

El Cerro de San Juan se presenta como una serie de colinas pero, como la región es muy llana, se elevan bastante alto y desde arriba puede verse una gran extensión de las zonas aledañas. Las colinas que forman el cerro son muy pedregosas y a su alrededor hay vastos campos levemente ondulados con pasturas; algunos montes indican que por allí corre un arroyo y, a lo lejos, se ve el Rio de la Plata que sólo está a una legua. En el campo se ven algunas yeguas, pero no hay animales con astas. Al volver, nos detuvimos delante de una mísera choza en la que se apretujaba una familia numerosa. Me ofrecieron un matecito que tomé sin bajarme del caballo.

Me dijo el guía que los habitantes de esta choza no tienen animales y comen la carne de los cerdos salvajes que capturan con un lazo y que no son sino cerdos domesticados que se han escapado al campo y se han multiplicado prodigiosamente. Tienen el mismo origen que los perros y las yeguas salvajes.

Al atardecer, Matheus vino a decirme que, muy cerca de la casa, un tigre se estaba comiendo al potrillo de mi yegua; llamó a mi perro para ver qué haría al ver al tigre, pero el pobre animal ni siquiera se acercó lo bastante cerca como para verlo. En cuanto sintió su olor, huyó. Estos tigres (uncus pintadus) eran muy comunes, antes, en es-

tos campos, pero con la disminución del número de animales van quedando muy pocos.

Al Aire Libre al borde del Arroyo de las Turas, 15 de diciembre, 6 leguas.- Para llegar hasta aquí, primero seguí un camino por donde ya había pasado para ir al cerro. A pocos pasos de la estancia de San Juan, encontré el arroyo del mismo nombre, que en cada orilla tiene el mismo tipo de vegetación que ya he descrito. De los arroyos que he atravesado desde Montevideo, éste es el último que desemboca en el Río de la Plata. Muy cerca de allí, pasé por otro arroyo también bordeado por un monte, llamado el Arroyo de Miguelete que une sus aguas a las del San Juan. Hasta el arroyo del Miguelete e incluso un poco más allá, el terreno es muy ondulado, pero pronto vuelve a ser casi llano. Más allá del Arroyo San Juan comienzan las tierras de una estancia que pertenecía a los Jesuitas y que luego de su destrucción fue entregada al orfanato de niñas de Buenos Aires. Esta estancia que se extiende hasta el Arroyo de las Vacas, forma un rincón de 14 leguas con excelentes pasturas, pero en donde también faltan animales[54].

Se llama "rincón" a toda extensión de campos separada por ríos u otras barreras naturales que los animales no pueden atravesar. Un rincón es una especie de terreno cerrado por la naturaleza; es fácil imaginar, entonces, el valor que estos terrenos tienen para sus propietarios.

En las orillas del Arroyo de las Turas había antes un rancho que dependía de la estancia de las huérfanas, pero que ha sido destruído durante la guerra y donde nos hemos detenido al aire libre. Un árbol de Acacia nº 2389 nos sirvió de refugio. José Marianno sufre mucho con sus quemaduras y hoy de noche Firmiano tenía mucha fiebre. Se las curo con cerato.

Una Estancia cerca del Pueblo de las Viboras, 16 de diciembre, 5 leguas.- Nos detuvimos para que los bueyes descansen al borde



de un arroyo que lleva el nombre de Arroyo de las Vacas y desemboca en el Uruguay.

Hasta allí, vi una región ondulada con inmensas pasturas que no difieren de las que ya he recorrido. La hierba es siempre extremadamente fina, inmensas superficies están cubiertas por cardos y, en varios lugares, la Avena sativa nº 2207 es tan abundante que parece que se la hubiera sembrado. Los caminos están bordeados por echium y el Lolium nº 2290 también es muy común.

Hoy ha hecho demasiado calor: trabajé dentro de mi carreta todo el tiempo que nos detuvimos. El termómetro marcaba 32° Réaumur y yo sudaba abundantemente. A Firmiano y José Marianno les duelen sus quemaduras y no creo que la intensidad del sol haya ayudado a aliviarlos.

El aspecto de la región cambia un poco después del Arroyo de las Vacas. El terreno es menos parejo y hay más montes que los que vi desde que dejé Montevideo. Hay montes, en primer lugar, en las orillas del Arroyo de las Vacas; forman una franja bastante ancha que se interna en el campo y más lejos, a la derecha, se puede ver otros montes de un medio cuarto de legua de ancho y por donde corre el Arroyo de las Víboras.

Después del Arroyo de las Vacas, atravesamos inmensos y espesos campos de cardos que hicieron muy difícil nuestra marcha. El calor había cansado a los bueyes que ya no podían avanzar y era de noche. Decidí detener la carreta delante de una choza a un cuarto de legua del pueblo de Las Víboras. Fui muy bien recibido por el propietario y su mujer, que es india. Esta choza está mucho más limpia que aquéllas en las que me detuve desde que salí de la Colonia del Sacramento. Me dieron de cenar, a mí y a mi gente. La comida se componía de ossudos, carne hervida y caldo condimentado con pimientos, una combinación bastante gustosa.

Pueblo de las Viboras, 17 de diciembre, un cuarto de legua.- Ya desde ayer de noche yo había enviado al baqueano al pueblo con

la circular de Larrañaga. El cura está en Buenos Aires; pero un dominico que lo remplaza me mandó decir que me recibiría lo mejor posible. Al llegar aquí, me instalaron en la casa del cura que no es más que una pobre choza sombría, casi sin muebles; muy pronto recibí la visita del domínico que fue muy amable y la del alcalde, que también lo fue. Este último se queja mucho del exterminio de los animales, de la carestía de la carne y de la msieria que resultó de las perturbaciones políticas.

Mis pertenencias acababan de ser desembarcadas cuando se oyeron truenos; la lluvia comenzó a caer y duró todo el día. Durante el verano, generalmente hace lindo tiempo en esta región así como en la capitanía de Rio Grande, pero durante el invierno, las lluvias son muy frecuentes. Ocurre en estas comarcas lo opuesto a lo que sucede en las capitanías de Minas Gerais y Goiás. La época en que la sequía se hace sentir en estas provincias es aquí el momento de las lluvias y el momento en que en Minas Gerais y Goiás llueve mucho, aquí hace buen tiempo.

Pueblo de las Viboras, 18 de diciembre.- Hoy de mañana el cielo estaba muy cargado y yo dudaba sobre la decisión a tomar cuando el alcalde me dijo que, de conformidad con las órdenes que había recibido del gobernador de la colonia, me había buscado un baqueano y acababa de encontrarme uno muy bueno; me proponía emprender la marcha cuanto antes porque el arroyo no tardaría en crecer. Hice algunas objeciones, insistió con firmeza y tomé la decisión de partir. Llamé a mi gente y les di la orden de cargar, pero Matheus me dijo que al llevar los bueyes a pastar había ido a ver el lugar por el que se atraviesa el río, que el terreno era sumamente resbaladizo y los bueyes no podrían avanzar. Fui a lo del alcalde; la idea de que yo no me fuera no pareció gustarle para nada y me dijo, en un tono muy poco amable, que yo confiaba demasiado en mi gente. Le respondí que, para no ser inducido en error, iría yo mismo a ver el camino y luego tomaría una decisión. Me condujo al lugar un joven con quien Matheus parecía



haber hecho muy buenas migas; fui hasta el río y encontré que el lugar por donde debíamos pasar era totalmente intransitable. Volví al pueblo y le dije al alcalde que me quedaría. Manifestó abiertamente su descontento y me dijo que no me habían llevado hasta el lugar por donde pasan las carretas habitualmente y me dijo que se buscaba inducirme a error. Empecé a creer que tenía parte de razón, porque Matheus me pidió dinero y pasó todo el día bailando con indias; además, de noche, vino a decirme que lo que me iba a contar me probaría cuán fundada era su desconfianza hacia los españoles; me dijo que nueve de ellos habían proyectado asesinarlo para robarle el poncho y la pistola pero que el dueño de una pulpería que se había instalado hacía poco en el pueblo le había avisado a tiempo; también me contó que había pasado entre los asesinos con su pistola en la mano y que nadie había osado atacarlo. No creí ni una sola palabra de todo este asunto y le recordé que debía mantener reglas de buena convivencia con los españoles porque tal era la voluntad de los superiores. Sea como sea, no sé por qué el alcalde desea que me vaya cuanto antes ya que no vivo en su casa y no estoy a su cargo. Desde que estoy aquí, todo lo que comí me lo envió la viuda de un portugués que se ocupa de la casa del cura.

Estancia de Don Gregorio, 19 de diciembre, 2 leguas.- El pueblo de Las Víboras está compuesto de las chozas más míseras que yo he visto, pero su ubicación tiene encanto. Está construído en la ladera de una loma. Más abajo, hay una franja de bosque compuesta por árboles y arbustos muy hermosos, bastante alejados unos de otros y que, en su mayoría, forman matas espinosas. El pequeño río de Las Víboras pasa por la parte más baja de este pequeño valle; del otro lado, hay una ladera cubierta de monte y en su parte más alta hay bonitas pasturas. Las chozas que forman este pueblo, bajas, muy pequeñas, apartadas unas de otras, están en su mayoría ordenadas alrededor de una plaza central cubierta de césped y que tiene la forma de un cuadrado alargado. La iglesia ocupa el lado más alto de la plaza, es

pequeña y con techo de paja como las casas. Estas no tienen jardín propiamente dicho, sino que están rodeadas por cercos y en la superficie así delimitada se suele plantar durazneros.

Los habitantes de Las Víboras viven casi todos en la indigencia. La mayoría son indios o mestizos provenientes del Paraguay y de las Misiones de Entre Rios y que, probablemente, vinieron a establecerse en esta región cuando estaba cubierta de animales y se ganaba mucho dinero sin trabajar[55]. Actualmente, estos hombres cortan madera en los montes que bordean el río y la transportan en carretas hasta el puerto de Las Vacas que está sólo a tres leguas de Las Víboras y desde donde la embarcan para Buenos Aires y Montevideo. Varios propietarios siembran trigo, pero en pequeñas cantidades; sin embargo, como la destrucción de los animales hará que, durante largo tiempo, los medios de existencia sean escasos, se comienza a sentir la necesidad de dedicarse más a la agricultura.

En un pueblo con una población parecida a la de Las Víboras, en Francia apenas habría un expendio de bebidas; aquí hay al menos media docena. Y es aquí donde los indios y los mestizos pasan la mitad de sus vidas y dejan el poco dinero que ganan. Estos expendios, en toda esta región, son exactamente iguales a los de Brasil. Botellas de aguardiente, comestibles, ponchos, algunas telas, algo de mercería y de ferretería se presentan al público en estanterías. Un ancho mostrador se extiende de una pared a la otra en forma paralela a la puerta, formando una barrera entre el almacenero y las mercaderías por un lado y los compradores o los que toman bebidas del otro. Los que beben están parados o a veces se recuestan en el mostrador, hablando en un tono melancólico, jugando o cantando sus tonadas tristes, mientras el caballo espera pacientemente en la puerta.

Hoy de mañana, muy temprano, el alcalde me mandó un baqueano; el propio alcalde tuvo la gentileza de acompañarme hasta el vado que, en realidad, no era aquél al que mis soldados me habían llevado y es evidente que estos señores se habían puesto de acuerdo para que me quede un día más en el pueblo de Las Víboras. No lo



lamento mucho, ya que hice una muy buena herborización en los montes que bordean al río. El árbol más común es la Acacia n° 2389. El arbusto espinoso n° 2402 también crece allí abundantemente.

Luego de haber hecho aproximadamente un cuarto de legua por estos montes llegamos al vado. El agua llegaba hasta el cubo de la rueda pero, sin embargo, pasamos sin muchas dificultades. A corta distancia de los montes que bordean el río los campos de pastura están salpicados de una acacia que forma pequeños matorrales espinosos: lo mismo ocurría en los alrededores de Santa Lucía. El terreno sigue siendo bastante desparejo; las pasturas espléndidas, pero el pasto empieza a estar casi seco.

Me detuve en la estancia de un hombre que fue rico, pero cuya fortuna a disminuído considerablemente debido a la guerra. Cuando llegué, estaba ausente; pero su mujer y su cuñada me recibieron a la perfección y me prepararon, a mi y a mi gente, un excelente almuerzo. La carne era muy tierna, porque no se la había consumido inmediatamente después de haber matado al animal, lo que prueba que si habitualmente es tan dura es sólo porque no se la coce bien o se la come inmediatamente después de carnear el animal. Mi anfitriona y su hermana parecen haber recibido una muy buena educación; hablan muy bien y muestran ese esmero en recibir al huésped, ese deso de complacerlo sin afectación que hasta ahora sólo he visto en las españolas-americanas. Al hacerles saber que las tropas de la Independencia bajo las órdenes de San Martín acababan de obtener victorias en Perú, se pusieron muy contentas, ya que tienen un hermano que es coronel en ese ejército.

Al anochecer, llegó Don Gregorio y aunque fue bastante frío como lo son todos los españoles, se mostró amable y hospitalario como su mujer y su cuñada. Me contó que durante la guerra había sido víctima sucesivamente de todas las facciones y que los españoles de Europa, las tropas de Buenos Aires y las de Artigas lo habían maltratado por igual, que sus animales habían muerto, que su casa había sido saqueada, que se había visto obligado a refugiarse en Buenos Ai-

res de donde se había ido para volver aquí sólo cuando los protugueses tomaron posesión de la región.

La casa de Don Gregorio está mucho mejor arreglada y es más limpia que las que he visto en el campo desde que me fui de Montevideo; sin embargo, también tiene techo de paja y se compone de dos piezas, una que da al exterior y en la que se recibe a los visitantes y otra que comunica con la primera y en la que duermen los dueños de casa. Como es habitual, la cocina se encuentra en una choza aparte.

El Espinillo, 20 de diciembre, 5 leguas.- Como los bueyes que compré en Montevideo ya están muy cansados, me vi obligado a comprarle dos a Don Gregorio. No son de muy buena calidad y me costaron veintiun pesos; estoy muy contento de haber tenido esta posibilidad ya que, actualmente, estos animales son sumamente escasos y nadie quiere deshacerse de los que tiene.

Región ondulada, siempre pasturas, hasta aquí no he visto casas, no hay bosques, ni cultivos, ni viajeros. Los campos se resecan a ojos vistas. El pasto está casi tan amarillo como lo están nuestros campos de trigo en el momento de la cosecha. Desde Santa Teresa había visto el Carduus Marianus cerca de todas las casas: hoy he pasado por muy grandes porciones de campo que estaban completamente cubiertas por esta especie. En general, la vegetación de la región que recorrí hoy es casi completamente artificial. El baqueano, para acortar camino, nos hizo pasar lejos del camino y, en donde no hay cardos, la tierra está cubierta por Echium n° 2173 y por Lolium n° 2292, plantas que, probablmente, no son autóctonas.

Para llegar aquí atravesamos algunos arroyos, pero como son muy angostos no hay montes en sus orillas. Hicimos descansar nuestros bueyes en uno que se llama Arenal Chico; ni siquiera encontramos tallos secos de cardo para encender fuego y debimos contentarnos con comer pan y queso. No vi animales en los campos a no ser inmensas manadas de yeguas salvajes. No hay tantos caballos porque los caballos son muy buscados mientras a las hembras se las despre-



cia. También vimos muchos perros que habían vuelto al estado salvaje y Matheus tomó un cachorro que pienso criar. Los cerdos salvajes también son muy frecuentes en estos campos; mis gentes tomaron cuatro: un macho, una hembra y dos lechones; en esta región es tan habitual dejar perder las mejores cosas que sólo se quedaron con los dos lechones y las partes de la hembra que les parecieron mejores.

En el lugar en que nos detuvimos hay algunas casas en los campos. Me adelanté con el baqueano para ir a ver la que estaba más cerca de nuestro camino y sólo encontré una choza semi-derruída, sumamente sucia, ocupada por gran número de mujeres y niños. Estuve a punto de optar por detenerme en las orillas del arroyo que pasaba por ahí; sin embargo, la última noche que pasé dentro de mi carreta fue tan mala que preferí dormir en esta casa a pesar de la repugnancia que siento ante la suciedad que allí reina.

En cuanto bajé del caballo la dueña de casa me preguntó si quería merendar; acepté y entonces hizo traer afuera una pequeña mesa sobre la cual puso una inmensa fuente con carne y caldo. Como el hambre me urgía, tomé un pedazo de carne y me puse a comer a la usanza de la gente de la región, es decir, sin cuchillo, sin tenedor, sin fariña y sin pan. Me ofrecieron cenar, pero no me decidí a comer dos veces lo mismo y de la misma manera.

Después de cenar, la dueña de casa se puso de rodillas con los brazos en cruz y recitó el rosario. Los demás miembros de la familia permanecieron sentados. En todas las casas, el esclavo o el sirviente que se ocupó de servir la mesa recita la acción de gracias en voz alta. Cada uno se persigna y nadie olvida besar su pulgar, como se hace habitualmente.

Pueblo de San Salvador, 21 de diciembre, 3 leguas.- El pasto de los campos está completamente reseco y sólo se encuentra plantas en flor a orillas del arroyo. El Carduus Marianus remplazó al Cynara cardoncellus y cubre considerables espacios de terreno. Los animales comen los tallos que son tiernos como los del otro cardo, pero dema-

siado finos como para servir de combustible. Hasta aquí la región sigue siendo ondulada y cubierta de pasturas.

El pueblo de San Salvador está ubicado en un terreno llano y se compone de chozas pequeñas, bajas, apartadas unas de otras pero en mejores condiciones que las del pueblo de Las Víboras. También son de tierra y el techo se prolonga más allá de las paredes para dar sombra alrededor de la casa. La iglesia parroquial es angosta, sumamente baja y con techo de paja. También en este pueblo hay un número importante de pulperías, entre las cuales hay una, muy bien abastecida, que pertenece a un genovés.

A medio cuarto de legua de San Salvador corre el río del mismo nombre, que tiene unas treinta leguas de largo y desemboca en el Río Uruguay a unas 6 leguas del pueblo. Las naves que precisan hasta 14 palmos de agua pueden llegar hasta aquí, pero más lejos, el río deja de ser navegable. Las barcas que vienen de Buenos Aires a San Salvador vienen a buscar madera y a esto se reduce, o casi, el comercio de la región desde que el ganado ha sido aniquilado. Fui a ver el río y encontré que tenía aproximadamente el mismo ancho que el brazo de las Montées 1. Serpentea entre los campos y, como todos los ríos de cierta importancia, está bordeada por montes bajos. En el puerto había una barcaza que acababa de llegar de Buenos Aires y que esperaba su cargamento de madera.

Aquí estaba recomendado al que percibe los impuestos y que me condujo a su casa, situada a media legua del pueblo. Es una choza organizada como todas las de esta región, pero muy bien arreglada y sumamente limpia. Me expliqué la diferencia cuando supe que el dueño de casa era hijo de un italiano y que había vivido largo tiempo en la capitanía de Rio Grande; su mujer está arreglada con esmero y es muy amable. Cuando comimos, me dieron un plato, pero los dueños de casa comían de la fuente, lo que demuestra lo habitual que es esta costumbre en el campo ya que mis anfitriones pueden ser considerados entre las personas más importantes de la región.

Don Isidoro Mentraste es propietario de una majada muy grande



de ovejas y como tuvo la suerte que no se tocase a sus ovinos durante la guerra, al menos tiene algo que comer, mientras que sus vecinos mueren de hambre o terminan de matar los pocos animales que les quedan. Le pregunté a Don Isidoro qué hacía con la lana de sus ovejas y me enteré que la dejaba perder. "Pero ¿no podría usted mandar hacer tejidos y telas como se hace en Rio Grande, en Tucumán y en otros lados? – Es cierto, pero nadie aquí conoce ese tipo de trabajo.- Usted debería mandar su lana a Montevideo en donde estoy seguro que se vendería muy fácilmente y con buena ganancia para usted. Además, si sus ovejas no tuvieran la lana durante los meses de más calor estarían mucho mejor y engordarían más.- Estoy de acuerdo con usted, pero el primer año, yo no me beneficiaría porque la lana que tienen actualmente mis ovejas, al no haber sido jamás esquiladas, probablemente no serviría." Quien me dio esta respuesta es uno de los hombres más inteligentes de la región; tiene sentido común y un espíritu vivaz. A juzgar por esto, ¿qué se puede esperar de los demás? ¿El desprecio que los españoles europeos manifestaban a los habitantes de estas comarcas no es acaso comprensible cuando se ve el grado de inercia al que éstos habían llegado?

El calor ha sido terrible; a las 5 de la tarde el termómetro Réaumur marcaba 25° y me fue imposible ir a herborizar antes de que cayera la noche porque me sentía agobiado y debilitado. Desde Santa Teresa hasta aquí, la costumbre de hacer la siesta es muy general; en cuanto se acaba de almorzar, la gente se acuesta y se levanta 4 o 5 horas después. El sueño de un hombre que hace la siesta es sagrado y para despertarlo se deben esgrimir razones tan poderosas como las que se emplearían en Francia para despertar a alguien a la una de la madrugada. Esta costumbre no me agrada ya que no duermo durante el día. Los habitantes de esta región cenan y se acuestan muy tarde; se levantan muy temprano y yo apenas puedo descansar entre 4 y 5 horas, lo que me cansa mucho.

SANTO DOMINGO DE SORIANO, 22 de diciembre, 4 leguas.- Para ir de San Salvador a Santo Domingo de Soriano, se debe atravesar un río un poco más allá del pueblo en un lugar en que el río ya es vadeable; luego se lo sigue a cierta distancia. El río está, como ya lo dije, bordeado por dos franjas de monte; el Carduus Marianus recubre casi toda la extensión de campo que atravesamos hasta llegar al Arroyo de Bizcocho y entre los tallos de los cardos sólo crece un pasto amarillo y reseco. En esta región, el cardo madura al mismo tiempo que el trigo que está a punto de ser cosechado.

Me detuve para hacer descansar a los bueyes en una estancia cerca del Arroyo de Bizcocho. La casa, si bien está más limpia de lo que están generalmente las de los españoles, sólo anuncia la indigencia, y el trato del propietario, que nació en Tucumán[56], es el de un simple campesino. Sin embargo, este hombre me recibió a la perfección. Arregló mi cuarto de modo que yo pudiese trabajar cómodamente, nos dio carne y leche y no quiso dinero. El hombre se queja de los robos de caballos y animales de los que es víctima con frecuencia. Don Isidoro ya me había dicho que estos hurtos eran sumamente frecuentes en los alrededores de San Salvador, agregando que había gente que se dedicaba a esto como modo de existencia.

La gente del campo, en su mayoría indios o mestizos, llevan una vida casi animal, ajenos a todo sentimiento religioso o moral. Los sacerdotes españoles son por cierto más eficientes que los eclesiásticos del Brasil; pero no se ocupan de la instrucción de sus fieles; jamás catequizan a los niños y no hay maestro de escuela en los pueblos.

Desde Bizcocho hasta aquí siguen los cardos y el pasto reseco. Sin embargo, al acercarnos al pueblo, el terreno que, desde Montevideo había sido excelente y de color gris oscuro, se vuelve más húmedo y cambia de naturaleza; aquí, está formado por una mezcla de arena, conchillas y tierra vegetal grisácea.

Antes de entrar al pueblo, mandé a mi baqueano a casa del cura con la carta del abate Larrañaga. El baqueano volvió con una carta del cura en la que me decía que había estado últimamente en Montevideo, que Larrañaga le había anunciado mi llegada y que me recibiría lo mejor posible. En efecto, me recibió muy bien, pero poco pude disfrutar de su compañía porque un terrible dolor de muelas me atormentaba. De nochecita, estuve sin embargo en lo del mayor portugués que dirige la región, aunque no lo encontré.



Ayer, cuando me paseaba por los alrededores de San Salvador, vi a un hombre que rastrillaba su campo con una gruesa rama de árbol que conservaba aún sus ramas más pequeñas y sus hojas y que unos bueyes arrastraban. Don Isidoro me dijo que, en la región, no se conocía otro tipo de reja[57].

Más de una vez he hablado de mi baqueano, sin explicar lo que ese nombre significa. Un hombre que es baqueano conoce perfectamente una determinada región. Sólo un buen baqueano puede ser un buen guía; estas dos palabras se han convertido en sinónimos. Presumo que baqueano viene de vaca. En su origen, el baqueano debe haber sido aquél que conocía los caminos que las vacas acostumbraban seguir y que sabía encontrarlas cuando se perdían[58].

El soldado que el coronel Manoel Marquez de Souza me ha dado fue mi baqueano hasta la colonia. El gobernador de esa ciudad me dio un baqueano para acompañarme hasta Las Víboras y, de pueblo en pueblo, pedí baqueanos a los alcaldes. Al viajar con una carreta muy pesada y bueyes cansados no puedo tomar por cualquier camino; el paso de los ríos exige muchas precauciones y un guía me es absolutamente indispensable.

SANTO DOMINGO DE SORIANO, 23 de diciembre.- Pasé un día muy malo, me dolían constantemente la cabeza y las muelas. Sin embargo, esto no impidió que me paseara por el pueblo y las riberas del Río Negro.

El pueblo de Santo Domingo[59] fue originariamente fundado por una horda de Charrúas, como dice Azara; pero en ese entonces estaba situado a cierta distancia del lugar en que se encuentra actualmente. Los Charrúas se mezclaron con los españoles y otros indios;

ya no hay razas puras y hoy, apenas se puede encontrar a algunos ancianos que aún saben unas pocas palabras de la lengua de sus ancestros. Soriano sufrió mucho durante las últimas perturbaciones que han agitado esta parte de América. Hacia el comienzo de la guerra, una flotilla española remontó el Río Negro y las tropas que estaban a bordo atacaron el pueblo. Un capitán de Buenos Aires, llamado Soler, dirigía en los alrededores a un grupo de americanos. Alguien le fue a decir que los españoles estaban saqueando Santo Domingo. "Más vale entonces que lo saqueemos nosotros" dijo y, en efecto, dio a sus tropas la orden de saquearlo, y el saqueo duró cinco días.

Soriano está construído en las orillas del Río Negro, en un terreno muy llano, bajo y húmedo, formado por una mezcla de humus, arena y conchillas. De todos los pueblos que atravesé desde la colonia, éste es el de mayor tamaño; sus calles son bastante anchas y salvo un pequeño número de casas que están construídas con ladrillos y tienen un techo plano, las demás son de tierra y tienen techo de paja pero están en bastante buen estado. Están todas apartadas unas de otras, rodeadas todas por tierras cercadas sin cultivar y los setos están constituídos por Cirios. La iglesia es de ladrillo.

En este lugar, el Río Negro tiene aproximadamente el mismo ancho que el Sena antes de llegar a París; sus orillas, muy llanas y cubiertas por pasturas y montes son sumamente agradables. Sumacas o incluso bergantines pueden remontar el río hasta aquí y, en este momento, la vista que tengo del río se anima con la presencia de algunos pequeños barcos de guerra portugueses y varios barcos de comercio. Soriano, como San Salvador, abastece a Buenos Aires en madera para quemar que se corta en las orillas del Río Negro; a esto hay que agregar los cueros y el sebo de los animales que se carnean en la región. El Río Negro desemboca en el Uruguay a una legua más o menos de Santo Domingo; tiene varias desembocaduras y por la más ancha y profunda, la de Yaguarí, pasan los barcos para remontar el río.

Es evidente, a partir de lo que antecede, que si estos hermosos campos gozasen de algunos años de paz, si los animales no escaseasen



tanto y si el comercio pudiese volver a florecer, Santo Domingo de Soriano adquiriría muy rápidamente gran importancia.

Hoy de noche volví a lo del mayor que manda aquí; me recibió muy bien y me prometió un baqueano para ir hasta Capilla de Mercedes. Su destacamento pertenece a la Legión paulista. Los hombres que componen esta legión están casi todos casados; se les había prometido que sólo estarían ausentes de sus hogares durante dos años y ya hace cuatro que están fuera del país. Están mal alimentados: se les deben 27 meses desde que partieron y en ese momento se les dio su vestimenta; sólo tienen una chaqueta, un pantalón y un poncho. De resultas de esta situación, están sumamente descontentos y todos los días muchos desertan[60]. Pero al menos éstos desertan para volver a sus hogares; no ocurre lo mismo con los portugueses de Europa que, no teniendo en Brasil ni refugio, ni parientes, ni apoyo desertan casi siempre para unirse a los enemigos de su país. Se dice que hay muchos de ellos en Entre Rios entre las tropas que están al mando de Ramírez.

Desde hace tiempo no hay más obispo en Buenos Aires; por lo tanto, no se ordenan más sacerdotes en esa región y gran cantidad de parroquias están sin curas. Mi anfitrión me decía hoy que, aun cuando se sacase a todos los monjes de los conventos para hacerlos curas, igual quedarían parroquias vacantes. El gobierno de Buenos Aires mandó un canónigo a Roma para tratar los asuntos eclesiásticos de la región; se sabe que fue bien recibido pero hasta ahora su negociación no ha dado resultados y es difícil que los dé en mucho tiempo pues es evidente que Roma no puede ser la primera en reconocer la independencia de Buenos Aires y ¿cómo, entonces, sin reconocerla, podría negociar con su gobierno?

# CAPITULO XI

Estancia de Brito.- Treinta años de trigo en el mismo campo.- Capilla de Mercedes.- Descripción.- Al aire libre, en la margen derecha del Río Negro, frente a la Capilla de Mercedes.- Campamento del Rincón de las Gallinas.- Brigadier Joao Carlos Sandanha Oliveira e Down.- Descripción.- El Uruguay.- Dos tigres y dos avestruces para el Museo.- Ramírez.- Nota sobre los indios Charrúas.- Zanja Honda - Román Chico.



ESTANCIA DE BRITO, 24 de diciembre, 3 leguas.- La región que recorrí para llegar hasta aquí es también despareja y está completamente cubierta por Cinara Cardoncellus, cuyos tallos apretados son, aquí como en los demás lugares, impenetrables para los caballos o los animales. Esta planta, que en cierto sentido es útil, causa sin embargo enormes perjuicios y es evidente que ya no podrá ser erradicada. Será como un monumento a las discordias civiles que agitaron a este hermoso país.

Me detuve en una estancia que, como todas las demás, se compone de varias chozas dispersas. La del propietario se compone de una gran sala amueblada con sillas pintadas y un cuarto. La sala está muy limpia, lo que no es muy común. Los dueños de casa me invitaron a comer, pero sus hijos, varios de ellos casados, no se sentaron a la mesa con nosotros. Comimos un poco en un plato y un poco de la fuente. Las mujeres siempre visten como damas, los hombres como campesinos, con chiripá, pantalón con flecos y las botas de cuero de vaca.

Mi anfitrión ha hecho crecer un hermoso campo de trigo y me dijo que, desde hace treinta años, cosechaba el trigo en esa misma tierra sin hacerla descansar y sin haberla abonado a no ser enterrando, una vez por año, al arar, el rastrojo del año anterior. Desde la colonia he interrogado a varios paisanos sobre la producción de trigo; de sus respuestas resulta que, en un año promedio, este grano rinde 20 por 1 en las buenas tierras. En las tierras nuevas se llega hasta 50 por 1. Se prepara la tierra con dos, tres o cuatro aradas según su naturaleza.

Por donde paso, oigo a los habitantes de la región elogiar la disciplina de las tropas protuguesas y el carácter de los soldados portugueses, especialmente de los paulistas. En general, desde que dejé Montevideo, no encuentro entre los españoles ese odio que tienen a los portugueses los habitantes de la región que se extiende entre Santa Teresa y Montevideo. Se rechazaría como absurda la idea de pasar a pertenecer definitivamente a los portugueses; pero no se habla de ellos con desprecio o animosidad. Esta diferencia reside en el hecho de que

entraron aquí cuando el país, cansado y arruinado por las tropas de la patria, aspiraba a la paz; no sólo no hicieron daño sino que fueron considerados libertadores. En cambio, los habitantes de la región Rocha-Maldonado debieron soportar el pasaje de la división portuguesa cuando los soldados, recién llegados de Europa, estaban aún enardecidos por las victorias obtenidas allá y trataban con desprecio a los americanos; pero lo que sobre todo los llevó a odiarlos fue que, durante la guerra, tuvieron que vérselas principalmente con las tropas y la administración de Rio Grande que los perseguía con el encarnizamiento y el odio que provocaba una rivalidad entre naciones.

CAPILLA DE MERCEDES, 25 de diciembre, 4 leguas.- Hoy de mañana vinieron a decirme que los bueyes habían desaparecido ayer de noche y que no podía irme hoy. Los soldados los habían llevado hasta las orillas del arroyo que corre cerca de la estancia de Brito y, los animales se habían alejado. Mi gentil anfitrión envió a dos negros a que los buscasen y, hacia el mediodía, finalmente aparecieron.

De mis dos soldados, Matheus se muestra muy cuidadoso pero el otro tan sólo piensa en comer y dormir. Ayer Matheus se me quejó mucho de su compañero y casi le prometí conseguirle otro por intermedio del brigadier Joao Carlos Saldanha que dirige las tropas acampadas a pocas leguas de aquí, en el Rincón de las Gallinas.

Desde mi llegada a Montevideo hasta el momento presente, le he manifestado a todos a quienes he encontrado mi deseo de alquilar un peón de la región para conducir mi carreta pero todos me respondieron y me repitieron que me sería imposible conseguir a alguien en quien pudiera confiar. Esto alcanza para probar hasta qué punto los habitantes del campo que pertenecen a la clase baja han perdido el sentido de la moral.

Sigue habiendo cardos y pastos amarillentos. Nos detuvimos a un cuarto de legua de Mercedes, al borde de un arroyo; en ese entonces no sabíamos que estábamos tan cerca de un pueblo y los bueyes, que habían caminado de día durante las horas que hace más calor,



necesitaban descansar de todas maneras. Un poco antes de llegar a Mercedes, de golpe se ve un paisaje maravilloso[61]. Todo el pueblo se extiende en la ladera de una cuesta; a sus pies corre el Rio Negro. Este río, que debe tener el mismo ancho que el Loiret a la altura de Plissai, serpentea por el campo entre dos franjas de monte bastante tupido. Una isla, también cubierta de montes, se yergue en medio de sus aguas y contribuye a embellecer el paisaje.

La mayoría de las casas del pueblo de Mercedes están construídas alrededor de una gran plaza cuya forma es la de un cuadrado alargado. La iglesia está situada hacia la mitad de la plaza y aislada como la mayoría de las iglesias de los pueblos portugueses. Está construída con piedra y, por alguna extraña razón, su fachada tiene la forma de un triángulo. El cementerio está al lado de la iglesia, lo que es frecuente en esta región en la que no se entierra dentro del templo. En Mercedes se puede ver un mayor número de casas de ladrillo y de techo plano que en todos los pueblos que atravesé desde la colonia; hay gran cantidad de pulperías y están muy bien abastecidas. Desde el punto de vista comercial, Mercedes no está mejor situada que Soriano pero la presencia de la división portuguesa en las cercanías acantonada a dos leguas de aquí desde hace tiempo, ha debido forzosamente animar el comercio de este pueblo y aumentar su riqueza.

Antes de llegar a Mercedes, había enviado a mi baqueano con las credenciales a la casa de un capitán portugués que dirige aquí un destacamento. Me alojó en una casa cuyo propietario tiene una pulpería. Este estaba ausente cuando llegué pero su empleado me recibió muy bien.

Cuando me dispuse a trabajar, este hombre vino a hacerme una prolongada consulta sobre su salud y no tuve más remedio que hacer de médico y recetarle algo. Sin embargo, el enfermo de hoy no ha sido tan agradecido como el gitano de Urussanga ya que, después de hacerme perder tiempo, me hizo pagar un vaso de vino que mandé pedir en su tienda. Pero esto no es todo; a eso de la medianoche, llegó el patrón; gran ruido en la casa, idas y venidas, abren y cierran las

puertas y aunque hay una pieza al lado de la mía es la mía la que el empleado eligió para dar de cenar a su patrón; una fuerte discusión comenzó entre ellos dos.

Como yo estaba sumamente cansado, me dormí por unos minutos; pero una frase, pronunciada en voz alta, pronto me despertó. Por último, se me acabó la paciencia: me levanté, llamé a Laruotte para pedirle que me ayudara a transportar la cama hasta el patio y, mientras Laruotte se vestía, fui muy brusco con el empleado aunque en realidad mis palabras estaban dirigidas al dueño. Este último conservó su sangre fría y se mantuvo imperturbable ante mis palabras, fumando tranquilamente su cigarro en silencio. Terminé por echarme a reir y adopté el papel de observador.

Mi anfitrión terminó su cigarro, arregló la mesa en la que había comido, arregló su ropa con la tranquilidad y la seriedad que es dable imaginar en tal situación, me hizo una reverencia, me dijo buenas noches y fue a acostarse.

AL AIRE LIBRE; EN LA ORILLA DERECHA DEL RIO NEGRO, FRENTE A LA CAPILLA DE MERCEDES, 26 de diciembre.- Eran las cinco de la mañana cuando nos pusimos a atravesar el río y cuando eran más de las tres de la tarde todavía no habíamos terminado de pasar: los caballos y sobre todo los bueyes nos dieron mucho trabajo, aunque la carreta aun más. Empezaron por tratar de hacerla pasar apoyando el pértigo de la carreta sobre la barca que, comúnmente, sirve para atravesar el río; pero como esto hacía que la barca se hundiera hubo que recurrir al capitán del pueblo y pedirle que requisara una de las barcas destinadas al comercio. El cabo portugués encargado del paso del río eligió él mismo la barca que le pareció mejor, le ataron el pértigo de la carreta, también ataron a sus ruedas dos toneles vacíos, desplegaron la vela de la barca, se usaron al mismo tiempo remos y varas y, luego de largo rato, el carro terminó por llegar a buen puerto.

El servicio del pasaje del río está a cargo de soldados paulistas que actúan bajo las órdenes del cabo de quien ya hablé. Cambian cada



tres meses y se les da tres pesos como mucho; no se fuerza a nadie pero siempre hay suficientes hombres que están contentos con ganar ese dinero.

CAMPAMENTO DE RINCON DE LAS GALLINAS, 27 de diciembre, 2 leguas.- La región que atravesamos está cubierta de pasturas, y la proximidad del río las hace más lozanas que las que atravesamos en días anteriores. El río corre entre dos franjas de montes y es muy sinuoso. El paisaje es encantador. Cerca del campamento salí de la carreta y, acompañado por Matheus, fui a ver al brigadier Joao Carlos Saldanha e Daun, que tiene bajo su mando la línea de tropas portuguesas encargadas de la defensa del Río Uruguay. Le presenté las credenciales del conde de Figuera y una carta de recomendación del caballero dell'Horte. Me recibió muy bien, me dio de comer y me invitó a que hiciera todas las comidas en su casa durante el tiempo que estuviera aquí. No sólo eso, sino que hizo que se me diera una casa y mandó carne para mi gente diciéndoles que fueran a buscar todos los días una ración de dicho alimento; por último, confió el cuidado de mis caballos y mis bueyes al cabo.

El Río Negro después de recorrer un trayecto en dirección este oeste hasta más o menos una legua del río Uruguay, se dirige bruscamente hacia el sur aunque pronto describe una nueva curva vertiendo sus aguas en las del Uruguay; entre estas sinuosidades hay una península, de aproximadamente 18 leguas cuadradas, de forma casi triangular, comprendida entre el Uruguay y el Río Negro y que comunica con la tierra firme por una lengua de tierra que tiene apenas una legua de largo. Esta península se llama el Rincón de las Gallinas. Antes de la guerra pertenecía a la familia Haedo, una de las más opulentas de la región, y sólo constituía una porción de sus vastas propiedades[63].

El rincón puede ser considerado como la llave de la provincia de Entre Ríos y, al mismo tiempo, es imposible encontrar un punto tan fácil de defender. Muy pronto los portugueses vieron las ventajas que presentaba esta ubicación y el Rincón de las Gallinas se hizo céle-

bre por la larga estadía que en él realizaron las tropas paulistas y riograndenses bajo las órdenes del teniente general Corrado. Hoy hay europeos acantonados allí y no son muy numerosos.

El cuerpo de guardia al cual se le dio el nombre de Real Braganza está ubicado en forma armónica en un lugar bastante alto, casi en la orilla de una ensenada que forma el Río Negro. Como se temía que las aguas de esta ensenada, que no tenían desagüe, fueran poco convenientes para la salud de los soldados, se ha abierto un canal que comunica con el lecho del río, y el terreno que está frente al campamento, del otro lado del agua, se ha convertido en una isla. El río que serpentea y los montes tupidos que dibujan sus orillas rodean al campamento con un paisaje encantador. Las casas que lo componen, construídas con tierra y palos cruzados y con techos de paja, no son iguales entre sí. Las de los oficiales son un poco más grandes que las de los soldados si bien están construídas de la misma manera. Todos los oficiales tienen un jardín en el que cultivan las legumbres de Europa; cada compañía de soldados también tiene el suyo. La casa del general es una choza como las demás, pero su interior es cómodo y sumamente limpio y prolijo.

La presencia de las tropas portuguesas ha atraído al Rincón a muchos comerciantes y es dable pensar que, incluso luego de que estas tropas se retiren, subsistirá aquí una especie de pequeño poblado[63].

Campamento del Rincon de las Gallinas, 28 de diciembre.- Hoy de mañana, muy temprano, estuve herborizando en las orillas del Río Negro y estoy bastante contento con los resultados que obtuve. Luego el general, que me colma de atenciones, me invitó a ir a ver con él las orillas del Uruguay; acepté y subimos a un cabriolé[64]. Dije que el Rincón estaba unido a la tierra por una lengua de tierra de una legua de largo. Los portugueses han instalado baterías a cierta distancia unas de otras y cubierto con ramas los espacios libres, un tipo de fortificación que bastaría para defender la península de un enemigo que sólo sabe montar a caballo y que no tiene artillería, o, si la tiene, es muy mala.



El Uruguay a esta altura es un río majestuoso; pienso que aquí tiene por lo menos el mismo ancho que el Loira en Orléans. Sus dos orillas son llanas y bordeadas por montes bastante altos entre los que hay algunos árboles que sirven para la construcción o la carpintería.

Desde hace cierto tiempo, los portugueses han reunido en el Rincón veinte mil animales destinados a alimentar a la tropa y piensan elevar esta cantidad hasta los treinta mil.

La región que se extiende al norte del Río Negro ha sufrido mucho menos durante la guerra comparado con los campos que acabo de recorrer; sigue habiendo gran cantidad de animales con astas pero como, durante la guerra, los estancieros han abandonado sus casas, no se hicieron más rodeos, ni se marcó al ganado que se volvió salvaje (alzado). Los portugueses, aprovechando esta circunstancia, mandan a sus soldados a hacer redadas; éstos, hacen que los animales encontrados caminen delante de ellos y juntan así un número considerable de ejemplares. Es cierto que nadie puede demostrar que una vaca o un toro que no está marcado le pertenece; sin embargo, me parece que se debe reconocer que el ganado que está en un terreno pertenece al propietario de ese terreno, así como las presas de caza pertenecen al propietario de la tierra mientras dichas presas se encuentren en él. De esto se podría deducir que la manera adoptada por los portugueses para asegurarse el ganado es contraria a la justicia ya que algunas estancias no han padecido las redadas y otras, en cambio, han sido completamente despojadas. Las tropas portuguesas protegen la región y le han otorgado la tranquilidad de la que carecía desde hacía tiempo; es justo entonces que los habitantes de la región aseguren su subsistencia, pero la carga debería estar repartida entre todos, según los medios de que cada quien dispone: por consiguiente, parecería que en vez de hacer redadas, sería más justo obligar a cada estanciero a entregar una cierta cantidad de animales en función de la cantidad que se presume tiene en su propiedad o de la extensión de dicha propiedad. Sin embargo, hay que reconocer que esta práctica presentaría serias dificultades a causa del estado salvaje de los animales.

Sea como sea, tuve la alegría de ver en el Rincón una imagen de los campos que debe corresponderse, según lo que me dicen, con la que presentaban antes que la guerra asolara estas comarcas. Los animales, en grupos apretados, cubren las pasturas: mientras unos pastan, otros rumian o están acostados en la hierba y este cuadro lleno de vida varía sin cesar.

CAMPAMENTO DEL RINCON DE LAS GALLINAS, 29 de diciembre.- Los soldados que están acantonados aquí reciben una ración de dos libras de carne por día y, alternativamente, pan, galleta y fariña. Se les deben 27 meses de paga. El general Saldanha, sobrino nieto de Pombal[65], es tan ilustre por su nacimiento como por su mérito personal. Su expresión denota nobleza, tiene ojos hermosos y mucha dulzura en su fisionomía. Se le considera un muy buen militar y el grado que ha alcanzado, aunque no parece tener más de treinta y cinco años, permite augurar una brillante carrera. Sabe francés, inglés y español; es educado sin ser afectado y muy distinguido. Su amabilidad, su espíritu conciliador y su suavidad han hecho de él el ídolo de sus soldados y de la gente de la región. Su mesa acoge a todos sus oficiales y está entre ellos como entre sus iguales.

En su casa tenía dos avestruces y dos tigres que tuvo la amabilidad de regalarme; los acepté pero pidiéndole la autorización de regalárselos, de parte de él, a nuestro Museo. Estos animales serán enviados desde aquí al caballero dell'Hort, a quien he escrito una misiva, y él tendrá la gentileza de enviarlos a Río de Janeiro, a Muller, a quien también escribo. Los dos avestruces estaban tan domesticados que se iban por el campo libremente y volvían a dormir a la casa de su dueño. Los tigres son dos hembras y pertenecen a dos especies diferentes: una, de un gris rojizo, es del tipo que los españoles llaman, erróneamente, león; la otra, es de la especie que aquí se llama tigre y onça pintada en el interior del Brasil. Estos dos animales son mansos en la medida en que su naturaleza lo permite. La onça pintada sólo tiene tres meses y hasta ahora ha sido criada por una joven de doce años



que la hacía dormir con ella; esta joven se ha ausentado desde hace poco tiempo, el animal ha sido confiado a un soldado y éste la toma en sus brazos, la abraza y la acaricia; sin embargo, a veces el animal ruge de modo terrible, muestra los dientes y se ve que acepta con desagrado las caricias que le prodiga su guardián.

El ejército de Artigas ya no existe y todos aseguran que los habitantes del Paraguay lo tienen prisionero. El que actualmente manda en Entre Ríos es Ramírez. Este había empezado siendo uno de los capitanes de Artigas y terminó haciéndole la guerra. Es temido y odiado por las gentes a quienes él gobierna y, todos los días, algunos de sus oficiales y soldados desertan para buscar refugio entre los portugueses. Unos piden servir en las tropas portuguesas, otros solicitan la autorización para instalarse en la región.

Ramírez vive en paz con los portugueses sin que exista sin embargo entre ellos ningún tipo de convención. Ultimamente, le escribió al general Saldanha reclamando a sus desertores, pero éste se negó a entregárselos. Entre los que dejaron a Ramírez para pasarse a los portugueses están los Charrúas, una de las naciones indias más célebres de esta parte de América. El general Saldanha tuvo una conferencia con ellos y pudo observar directamente algunas peculiaridades de sus costumbres. Me contó lo siguiente:

Cuando uno de los indios desea a la mujer de otro, va a pedírsela; si éste no quiere cedérsela, luchan hasta que uno de los dos sucumbe y la mujer es el premio del vencedor. Hacen sus chozas con palos que rodean de esteras encima de las cuales ponen otras que sirven de techo. Los hombres montan a caballo y lanzan las boleadoras a los caballos o los avestruces; no tienen otra ocupación; las mujeres cocinan, arreglan las chozas, hacen las esteras, cuidan de los hijos y hacen los caipis, especie de manto que constituye la única vestimenta de los hombres. Saldanha ha visto incluso a un jefe que obligaba a su mujer a sostenerle el mate mientras él tomaba con los brazos cruzados.

El caipi del que acabo de hablar es una banda de cuero de potrillo, bastante larga y de unos 3 pies de ancho. La parte exterior

conserva el pelo y la parte interior está pintada con líneas rectas o curvas de diferentes colores pero de forma regular. He visto uno de estos mantos en casa del general; quise cerciorarme si estos colores eran firmes, pero me convencí de que no.

Los Charrúas son una nación errante. El general Lecor había dado órdenes a Saldanha de intentar reunirlos en pueblos pero se negaron[66]. Esgrimen una buena razón: son tan sucios que al cabo de dos días ya hay en su campamento un olor tan nauseabundo que es imposible quedarse.*

ZANJA HONDA, 30 de diciembre, 4 leguas.- Hoy dejé el Rincón lleno de agradecimiento por la generosidad del general. Los oficiales que están bajo su mando también fueron sumamente amables conmigo. Generalmente hablan con muy buenos modos y tienen modales afectuosos. Varios saben francés, casi todos guerrearon en Francia y cantan loas a este país. Lamentablemente, parece que las ideas ultraliberales se difundieron mucho entre ellos; también hablan de Bonaparte con entusiasmo y lamentan su destino. Tuve una pequeña discusión con uno de ellos y traté de probarle que, si bien la estancia del rey en Brasil presenta graves inconvenientes para los portugueses de Europa, deberían resignarse a esta situación ya que estos inconvenientes evitan males mucho mayores; le dije que el regreso del soberano a Lisboa traería la rebelión de los brasileros, que, sin el Brasil, Portugal se vería reducido a muy poca cosa y que, de ocurrir esto, los portugueses de Europa se verían obligados a venir a América y luchar contra sus hermanos; le dije también que si Portugal se rebelaba contra la casa de Braganza mientras ésta estuviera en América, perderían las ventajas del comercio de Brasil que son tan importantes y que pronto sería presa de las ambiciones de algunas de las grandes potencias europeas.

* Creo haber cometido un error. Los Charrúas no vinieron de Entre Ríos. Siempre vivieron de este lado de aquí del río Uruguay. Habían abrazado la causa de Artigas, se rindieron ante los portugueses cuando estos últimos dominaron la región.



Cuando fueron a buscar mis bueyes, el cabo a cargo de quien estaban dijo a mi gente que se los había entregado al portador de una orden firmada por el general. Este quiso aclarar el asunto personalmente; montó a caballo, fue a hablar con el cabo y resultó que éste último simplemente había dejado escapar a los bueyes. El general regresó para decirme que no debía preocuparme porque nada podía salir del Rincón sin su autorización; iba a poner a sus hombres en campaña para encontrarlos y mientras tanto, hizo que se me dieran cuatro yuntas de bueyes propiedad del rey y, además, me regaló dos caballos más que eran de su propiedad personal. Cuando me fui, me proporcionó un baqueano y me entregó cartas de recomendación para los comandantes portugueses de todos los lugares por donde debo pasar antes de llegar a Belén.

Dejé a Joaquim en el Rincón para que venga a encontarse conmigo cuando aparecieran los bueyes y me puse en marcha. Al llegar a la empalizada que protege la entrada al Rincón y en el medio de la cual han dejado una pequeña abertura vigilada por un destacamento de soldados, me presenté a un oficial de guardia que fue muy amable y me dejó pasar sin dificultad.

Después de haber salido del Rincón, los campos por los que pasé para llegar hasta aquí ya no presentan pastos tan altos porque el terreno es de menor calidad. Nos detuvimos en una especie de barranco en el que las aguas de lluvia se acumulan sin tener desagüe. Como la sequía ha sido muy grande este año, casi no hay agua y sólo bebimos una especie de líquido barroso y negruzco. Matheus y el baqueano habían ido a ocuparse de los bueyes y volvieron con los mejores pedazos de una vaquillona que habían sujetado con el lazo y carneado, habiendo dejado abandonado el resto. Me sentí contrariado porque se habían permitido realizar este robo y les dije que deseaba que en el futuro este tipo de hecho no se repitiera porque sabía que era contrario a las intenciones del general.

ROMAN CHICO, 31 de diciembre, 4 leguas.- La región es ondulada, el terreno algo arenoso, el pasto casi ralo. A la derecha casi siempre vimos a lo lejos el Río Uruguay. A unas tres leguas de Zanja Honda, encontré a Joaquim con mis bueyes. Mientras arreglaban algo de la carreta, entré en una choza y me puse a conversar con la dueña de casa. Sabía que estaba en las tierras de un propietario muy rico llamado Don Benedito Chaim que contó entre los monárquicos que el general Lecor mandó el año pasado a Rio de Janeiro por haberse pronunciado claramente contra los protugueses en el momento de la presunta llegada de la escuadra española. "Mi choza, me dijo la mujer con la que hablaba, fue quemada hace poco tiempo; pero sé muy bien quién le prendió fuego.-¿Quién pudo haber cometido tan horrible acción? Le respondí.- El hombre contratado por el Maturrango. ¿Acaso no ve usted que quiere que nos vayamos de aquí a toda costa? Pero, ¿es justo que los Maturrangos tengan todas las tierras y que la pobre gente como nosotros no tenga donde instalarse en paz? En la época de la guerra, obtuvimos la autorización de establecernos aquí y esperamos que el general portugués nos autorice a quedarnos." Paso a dar la explicación de todo esto:

En la época en que Artigas gobernaba esta provincia, mucha gente le pedía tierras que pertenecían al rey, a los emigrados, a los monárquicos, a los europeos y el otorgó todo lo que le pedían[67]. No es que el general Lecor haya confirmado exactamente esas donaciones pero fiel a su sistema de favorecer el partido de los insurgentes porque son los más numerosos, permitió a los hombres establecidos en tierras de otros quedarse hasta nueva orden.

En cuanto a la palabra Maturrango significa lo siguiente: es un sobrenombre agraviante que se da a los que no saben montar a caballo y, en general, a los europeos. En estos territorios en los que casi lo único que cuenta es el talento para montar a caballo, es fácil imaginar que el peor insulto es el que designa a un mal jinete. La palabra "maturrango" debió, por consiguiente, aplicarse a los hombres que se detestaba, a los monárquicos, a los emigrados y a todos aquellos que



se consideraba como enemigos del país. ¿Era imaginable acaso que esos hombres supiesen montar a caballo?

Me detuve en una suerte de choza hecha con cueros y que, sin embargo, es una pulpería. Había tan poco espacio en esta endeble morada que me vi obligado a trabajar en mi carreta en donde tuve mucho calor. Y aunque mi anfitrión vive muy modestamente, dejó que mi gente comiera toda la carne que quisieran y no aceptó ninguna retribución por el gasto.

Parece que mi gente le está tomando el gusto al tipo de robo que aprendieron a hacer ayer. Todos, excepto Laruotte, fueron a cuidar los bueyes y los caballos al borde de un arroyo de las cercanías y sólo llevaron consigo fariña y sal. Laruotte, que salió al rato, encontró una vaquillona atada con una cuerda a poca distancia del lugar en que se encontraban. Es claro que ellos la habían atado y que iba a correr la misma suerte que la de ayer de noche. Es cierto que el ganado es infinitamente más abundante aquí que del otro lado del Río Negro, pero eso no es razón para robarlo.- Termómetro, 5 de la tarde, 29 grados.

## CAPITULO XII

Estancia de Velharo.- Estancia de... – Paysandú.- Al aire libre, al borde del Queguay.- Estancia del teniente Jacinto.- Orillas del río San José.- Coronel Galvao.- Buena administración de los portugueses.- Su situación política en las orillas del río Uruguay.- Estancia de Guaviyú.- Teniente general Ignacio José Vicente de Fonseca.- Al aire libre, al borde del arroyo Chapicuy.- Orillas del arroyo de Daymán.- Pereza de los mestizos.- Inconvenientes de la mezcla de indios y blancos.- Campamento de Salto.- Aversión de los soldados de Rio Grande hacia los soldados paulistas.- Comerciantes.- Indios e indias.- Enfermedades venéreas.- Detalles sobre Entre Ríos.- Actividades de Ramírez.- Indias Guaycurúes.



ESTANCIA DE VELHARO, 1° de enero de 1821, 4 leguas.- Desde que salí de Montevideo, no había visto pasturas más ralas que las que vi ayer y anteayer. Hoy, el terreno ha mejorado y los pastos tienen su altura habitual. Los campos están más secos que nunca: por aquí no hay ni una sola brizna de pasto que aún esté verde. Tuvimos muchas dificultades para atravesar el arroyo que corre cerca de esta estancia y que le da su nombre; hubo que descargar la carreta; hacía mucho calor y todos estábamos de muy mal humor.

Tenía una carta del general Saldanha para el propietario de esta estancia que es uno de los miembros de la familia Haedo* que posee una inmensa extensión de tierra en los alrededores. Los Haedo abandonaron sus propiedades durante la guerra y han vuelto hace tan sólo cuatro meses. Por lo tanto, no me asombró encontrar esta casa tan mal amueblada; pero cuando supe que los propietarios vivían aquí antes de la guerra, debo confesar que me sorprendió ver tan solo una endeble choza de tierra sin cielorraso.

Debo agregar que me recibieron perfectamente bien y de nuevo encontré que las damas tenían un modo elegante. El Rincón de las Gallinas pertenece a los Haedo; antes de la guerra, tenían allí cuarenta mil animales con astas y, en el momento en que empezaron las perturbaciones, se negaron a aceptar ciento veinte mil pesos por ese terreno. Desde que se pacificó la provincia, han pedido al general Lecor que reconozca su derecho de propiedad y éste, al principio, aceptó la proposición. Ellos entonces creyeron que podían restablecer la estancia que poseían en el Rincón y, entonces, compraron esclavos e hicieron los gastos preliminares que les parecieron necesarios. Iban a retomar posesión de su estancia cuando el general les hizo saber que el Rincón, al ofrecer una posición militar estratégica ventajosa para el ejército, debía seguir siendo una propiedad del rey. Los Haedo partieron en-

* El mapa del Brasil dice: Estancia Haedo.

tonces hacia Montevideo para hacer valer sus derechos que incluso el general había reconocido anteriormente por escrito. Ofrecieron al general venderle el Rincón, pero éste se negó siempre a recibirlos y se limitó a proponerles, por medio de terceros, una renta perpetua de tres mil pesos. Los Haedo rechazaron este ofrecimiento, no sólo porque la suma está muy por debajo del valor del terreno, sino también porque nada les garantiza el pago. Sólo dinero contante y sonante podría parecerles satisfactorio; pero, como los portugueses están de modo precario, es claro que no pueden dar dinero por un campo que quizás evacuarán dentro de poco tiempo. Hubiera sido más justo y más acorde con las reglas de justicia adoptadas por la administración portuguesa que Lecor reconociera lo más auténticamente posible los derechos de la familia Haedo y comprometiera a los miembros que la componen a esperar hasta que las circunstancias permitan que se les reintegre su propiedad o que se les pague su justo valor.

Estancia De ..., 3 leguas, 2 de enero.- El terreno sigue siendo ondulado como también lo ha sido en estos últimos días. Sigo sin encontrar ningún viajero y las casas en que me detengo son casi las únicas que veo en los campos. El pasto está completamente reseco a no ser en las orillas de los arroyos. Siempre veo inmensas extensiones de tierra cubiertas por Carduus Marianus y Cynara Cardoncellus. La estancia en que me detuve pertenece a un hombre que vive en Montevideo pero aquí tiene a un capataz que vela por sus intereses; este hombre me recibió muy bien y me dio toda la carne que quise; pero su casa no está bien conservada y el viento se cuela tal forma que preferí trabajar en mi carreta.

Veo que puedo tener la conciencia completamente tranquila respecto a los animales que mi gente ha matado estos últimos días en el campo. Como ya lo he dicho, hay aún muchos animales de este lado del Rio Negro, pero no obedecen cuando se trata de cercarlos; viven en estado salvaje y ni siquiera están marcados. Se considera entonces como algo muy sencillo el ir a los campos, perseguir a estos



animales, atraparlos y comerse la carne. Un negro que me sirvió de guía fue a traer una vaca de los campos vecinos; mi gente hizo lo mismo por su lado y por último, otros hombres que llegaron después que yo, también mataron a una vaca aunque mi anfitrión tenía en su galpón una gran cantidad de carne y la ofrecía a quien la quisiera. Y así, para la comida de media docena de personas, se mataron unas 3 vacas.

Como las tierras que recorro desde hace algunos días me han parecido excelentes para el cultivo del trigo, le pregunté a mi anfitrión si no se sembraba este cereal en la región. Me dijo que no había nadie que supiera arar la tierra, pero que algunos habitantes, para hacer pan, traían harina de Montevideo. Como todavía hay animales en la región, cada uno come carne hasta saciarse o trabaja justo lo necesario para vestirse, conseguir tabaco o mate, pasando así en la ociosidad la mayor parte del tiempo.

Algunos hombres han llegado aquí al mismo tiempo que yo; se sentaron delante de la puerta de la casa sobre cabezas de vaca haciendo asar la carne y devorándola sin pan ni sal; pasaron así el día sin hacer nada, diciendo muy poca cosa, mientras que sus caballos, todos ensillados, los esperaban pacientemente, atados a estacas.

Pai Sando*, 3 de enero, 4 leguas.- El terreno sigue siendo ondulado, siempre hay cardos y el pasto está reseco porque el sol es muy fuerte. Me adelanté con el baqueano para ir al pueblo de Paysandú. Tenía una carta de recomendación del general para el mayor que dirige un destacamento de paulistas acantonado aquí, pero este oficial estaba ausente y me presenté, para tener una casa, a un teniente que lo remplaza. Luego de muchas dificultades y pérdidas de tiempo, me instalaron en una panadería pero el alojamiento era tan malo que enseguida tomé la decisión de dormir dentro de mi carreta. Tuve las mismas dificultades para conseguir un baqueano, para tener un corral

* El mapa dice: Puy Sandu.

donde encerrar mis bueyes durante la noche y conseguir un poco de carne para mañana. Me pasé el día dando vueltas y como hacía mucho calor estaba muy cansado. A las once de la noche todavía estaba dando vueltas y no dispuse de un solo minuto ni para escribir mi diario ni para ir hasta el Río Uruguay que corre cerca de este pueblo.

Paysandú era, en sus orígenes, una estancia que dependía de Yapeyú, pueblo situado del otro lado del Río Uruguay y uno de los que los Jesuitas habían fundado para los indios. Los españoles, atraídos por la ubicación favorable del lugar, vinieron, poco a poco, a establecerse y se constituyó así un caserío que fue completamente abandonado durante la guerra; pero, desde que el país goza de las bondades de la paz, algunos hombres de lso campos cercanos a Buenos Aires y Entre Ríos han venido aquí a establecerse. Los principales habitantes son comerciantes o tienen pulperías; los demás, trabajan para los comerciantes como carreros o como peones en las estancias[68].

Paysandú está construída en la ladera de una colina, por encima de la cual hay un terreno chato no muy ancho que se extiende hasta el Río Uruguay; pero, si bien este pueblo no está situado exactamente en las márgenes del río, se puede gozar de la vista del río que corre majestuosamente entre dos franjas de árboles. Salvo dos o tres casas de ladrillo y techo plano, las demás son sólo humildes chozas. Están apartadas unas de otras y cada una tiene alrededor un pequeño espacio sin cultivar, rodeado de cercos. La iglesia es muy pequeña y tiene techo de paja. Como el Río Uruguay es navegable hasta aquí e incluso mucho más lejos, es fácil constatar que Paysandú está ubicada en una posición muy ventajosa para el comercio y que puede, con el tiempo, convertirse en un punto importante.

Al Aire Libre, en las Orillas del Queguay, 4 de enero, 5 leguas.- Campos ondulados, pastos siempre resecos, excesivo calor. Nos detuvimos cerca de un arroyo bordeado de montes aunque las plantas en flor eran tan escasas como en los campos. Este viaje es sumamente cansador y poco provechoso. Ya no encuentro plantas;



Laruotte, ocupado en arreglar la carreta, no busca insectos y José Marianno, para no darse el trabajo de cazar, repite que no hay pájaros. En esta región no se prende fuego a los campos aunque a menudo se incendian debido a la imprudencia de los fumadores que tiran las colillas de sus cigarros prendidos: durante esta estación en que las lluvias son muy escasas, el pasto tarda mucho en volver a crecer una vez que ha sido quemado. Por eso, los estancieros temen mucho que las pasturas se incendien. Ayer vimos una gran extensión que acababa de quemarse y hoy pasamos por grandes superficies carbonizadas.

Era casi de noche cuando llegamos a orillas del río Queguay. En el lugar por el que lo atravesamos, debe tener aproximadamente el mismo ancho que el brazo de las Montées antes de llegar a Plissay; corre sobre un lecho de piedras resbaladizas; en este momento, es poco profundo pero, después que llueve en abundancia, deja de ser vadeable. Parece que en este río hay muchos peces ya que, en muy corto tiempo, Matheus ha conseguido pescar gran número de ejemplares.

Mi gente pesca con cañas de pescar a orillas de todos los arroyos en que nos detenemos y siempre están contentos. Los habitantes de esta región sólo quieren comer carne de vaca o de novillo y no debemos asombrarnos si las piezas de caza y los peces son tan abundantes.

Estancia del Teniente Jacinto, 5 de enero, 3 leguas.- Esta noche como las anteriores me fue imposible dormir a causa de las pulgas que, desde Montevideo hasta aquí, son quizás más abundantes que en cualquier lugar del mundo. En cuanto se entra en una casa allí están y mi carreta está llena de este insecto. La privación de sueño unida al calor excesivo me cansa enormemente. En cuanto monto a caballo, la idea de dormir se apodera de mí y para no sucumbir, hoy me vi obligado a hacer una parte del camino a pie. La región que recorrí sigue siendo ondulada; las pasturas son excelentes aunque están resecas. La casa en que me detuve está abandonada; otras están tan solo habitadas por un número increíble de murciélagos. El calor fue insoportable

durante todo el día: a las 5, el termómetro Réaumur marcaba todavía 29° a la sombra.

ORILLAS DEL RIO SAN JOSÉ, 6 de enero, 4 leguas.- Sólo teníamos que hacer 4 o 5 leguas para llegar al campamento de San José pero como el baqueano no conocía el camino estuvimos durante once horas buscando el camino y como la noche iba a sorprendernos, nos vimos obligados a detenernos a orillas del Arroyo Malo que desemboca en el Río Uruguay un poco antes de llegar al campamento. Antes, nos habíamos detenido a orillas de otro arroyo llamado Quebracho, bordeado por árboles y que desemboca en el Queguay.

Un poco antes de Quebracho, atravesamos otro pequeño arroyo llamado Arroyo de San José que desemboca en el Río Uruguay. Es únicamente al borde de los cursos de agua que encuentro algunas plantas ya que las pasturas sólo ofrecen pastos amarillos y resecos. Desde el Río Negro la vegetación es menos europea. Las Mirtáceas, las Malváceas y las Acacias se hacen más comunes. Había encontrado un Cassia en la colonia, en las orillas del Río de la Plata; encontré otro más cerca de Soriano; hoy encontré un tercero. Desde hace unos días las Vernonias son también abundantes y no había visto ninguna en los alrededores de Montevideo. Por primera vez desde la estancia de Boa Vista, vi hoy una Melastomatácea n° 2524 bis. Por otra parte, sería posible que el momento del año tuviera tanto que ver como la latitud en este cambio de vegetación. El Saule n° 2132 sexto sigue siendo el árbol más frecuente en las orillas de los arroyos.

No habíamos tenido lluvias desde el pueblo de Víboras; hoy hubo una tormenta; cayó algo de agua y de tardecita había refrescado un poco.

CAMPAMENTO DE SAN JOSÉ, 7 de enero, 1 legua.- Llegamos muy temprano al campamento de San José. Me había adelantado con Matheus y fui a entregar una carta del general Saldanha al coronel Galvao que dirige la legión paulista acantonada aquí; me recibió muy



bien, me prometió caballos y bueyes e hizo que me dieran una casa. En cuanto me hube instalado fui a entregar una carta de recomendación a Ignacio José Vicente da Fonseca, teniente coronel de la artillería paulista, hijo del coronel Joao Vicente, notario de la junta de San Pablo. Me recibió muy bien, y se puso a las órdenes por cualquier cosa que yo precisase. De tarde, un mayor, llamado Simplicio, vino a verme y me dijo que se ocuparía de mi equipaje: mandó buscar mi ropa para lavarla y me regaló galletas, lo que mucho aprecié. En general, todos los oficiales que tuve ocasión de ver fueron sumamente amables conmigo. Almorzé y cené en casa del coronel y, de tardecita, nos paseamos por el campamento. No hace más de un año que existe y he aquí el porqué de su constitución:

En la época de las crecientes, el Queguay deja de ser vadeable y, por consiguiente, sería imposible hacer pasar las tropas del Rincón a esta parte de la provincia. Se consideró entonces, con razón, que era preciso tener de este lado del Queguay un cuerpo de tropa permanente y se formó este campamento. Era imposible elegir un lugar más agradable. El campamento está ubicado en la orilla del Río Uruguay, en un terreno poco elevado. Este río, que aquí es un poco menos ancho que el Loira a la altura de Orléans, pasa majestuoso entre dos estrechas franjas de árboles altos y espesos que se extienden también por la ribera derecha del río.

Enfrente del campamento, se ven palmeras dispersas en medio de las pasturas. Las casas de los soldados, todas de paja, están ordenadas simétricamente y forman calles bien alineadas. Los oficiales tienen pequeñas casas de tierra con techo de paja; en cada uno de los extremos del campamento hay una hilera de tiendas y de tabernas y hasta un billar. En el lugar más cercano al río hay una plaza muy grande, de forma alargada, con una pequeña capilla en el medio.

Dentro de poco, el general Saldanha deberá dejar el Rincón para venir aquí: todos están ocupados construyéndole una casa a orillas del río a muy corta distancia del campamento. Esta casa tiene techo de paja, pero es cómoda y muy grande. Domina la franja de bos-

que que bordea el río con lo que se podría hacer sin muchos gastos un delicioso jardín a la inglesa. Delante de la casa hay una extensión de terreno muy grande dividida en cuadrados por medio de senderos que desembocan en un centro común: dichos senderos están plantados con palmeras, álamos, naranjos y manzanos. Todos se preguntan cuál será el destino de esta provincia y realmente, es muy difícil responder a esta pregunta.

Artigas era un jefe de bandoleros que hubiera llevado la guerra hasta la capitanía de Rio Grande[69], que hubiera luego saqueado, si los portugueses no hubieran comenzado a invadir esa región. De esta manera, ellos aseguraron la tranquilidad en la ribera oriental del Río de la Plata. La administración que establecieron allí es un modelo de prudencia y suavidad. Han llevado tan lejos su moderación que, salvo la carne, la región no abastece absolutamente en nada a las tropas portuguesas que la protegen. Esta es la razón por la cual las provincias de la ribera oriental, en vez de ser de utilidad para los portugueses, le han costado y le siguen costando sumas enormes. ¿Quizás esto pueda compensarse por la posesión definitiva de dichas provincias? No lo creo. En efecto, aun un tratado con bases más sólidas no podría transformar a los americanos españoles en portugueses y es indudable que, en el momento en que queden abandonados a sus propias fuerzas, seguirán formándose, en el campo, nuevas bandas que, al grito de "¡Viva la Patria!" irán a saquear a los estancieros y acabarán con los escasos animales que todavía susbsisten. Sería necesario, entonces, que durante mucho tiempo Portugal mantuviese tropas aquí, y la posesión definitiva acarrearía aún más gastos muy onerosos para un reino tan pobre. Se me dirá entonces que si la ribera oriental estuviera definitivamente unida al Brasil, se podría entonces hacer recaer el peso de los gastos de las tropas portuguesas sobre los habitantes de la provincia. Pero ¿no sería también poco político e ilógico tratar a los españoles, convertidos en súbditos, peor que lo que se les trataba cuando se les podía considerar, en cierta manera, como los habitantes de un país conquistado? Pero esta suposición no se apoya en ningún fundamento. En efecto, ¿qué tratado puede garantizar, en Portugal, la posesión definitiva de esta región? Si el tratado fuera hecho con el rey de España, no tendría valor para los españoles -americanos y los portugueses se les volverían odiosos. Sin duda, sería más razonable convencer en secreto a los cabildos, los alcaldes y los habitantes más importantes de que entreguen al rey de Portugal la soberanía definitiva de la región. Sin embargo, es evidente que aceptar este tipo de ofrecimiento sería como declarar la guerra a España que podría, a su vez, vengarse muy fácilmente de Portugal. Debemos pensar entonces que las cosas quedarán en la situación en que están ahora durante largo tiempo ya que es muy difícil arreglar este asunto. Portugal ha salvado a estas provincias y ellas se perderían si las abandonase; pero si el honor se lo permitiese, creo que le sería fácil establecer un acordonamiento de tropas en las fronteras de Rio Grande. Los americanos- españoles están muy debilitados como para atreverse a atacar a los portugueses en su propio territorio. Portugal ahorraría así gastos muy grandes de los cuales no saca ningún provecho y las tres capitanías que se han empobrecido para sostener esta guerra, podrían volver a florecer.



Campamento de San José, 8 de enero.- Hoy de mañana, muy temprano, fui a herborizar a las orillas del Río Uruguay. Esta estrecha franja de monte que las cubre se compone principalmente del Murmelero Brabo nº 2500, árbol que se emplea en la construcción y la fabricación de carretas, del Sauce nº 2132 sexto, cuyo follaje ha conservado la frescura que tenía al comenzar la primavera. El espacio que cubre el monte está casi al mismo nivel del agua y, salvo durante el verano, sus aguas lo bañan; es por eso que, bajo los árboles, sólo crece un pequeño número de plantas herbáceas. Me han dicho que lo mismo ocurre no sólo con los montes que están cerca del campamento sino que esto caracteriza toda la franja boscosa que bordea el Río Uruguay. Más allá de esta franja, el terreno se eleva en una suave pendiente y sólo presenta pasturas.

La legión paulista está acantonada aquí y los soldados que la

componen se caracterizan por la prolijidad de su aspecto, su obediencia y su tranquilidad. Para mí fue un gran placer conversar con ellos de su patria y de su gente.- A las 4, termómetro: 25°.

ESTANCIA DE GUAVIYÚ, 9 de enero, 3 leguas.- Hoy de mañana, el teniente coronel Ignacio José Vicente da Fonseca vino a buscarme para hacer juntos un paseo por las orillas del Río Uruguay. Hizo sus estudios en Coimbra, no es totalmente ajeno a la historia natural y pasear con él fue muy agradable. Como hoy tenía poco camino para hacer, me fui recién a las dos.

Antes deque me pusiera en camino, el coronel me dio dos yugos, diez bueyes y cinco caballos propiedad del rey; me ofreció dinero, soldados para acompañarme, en una palabra, todo aquello que pudiera precisar. Los oficiales del ejército portugués me han colmado de atenciones y me han demostrado su aprecio en todas las ocasiones; y no tengo palabras para expresar mi agradecimiento.

Al salir del campamento, primero pasamos por amplias superficies cubiertas de Cynara Cardoncellus, luego bajamos a un valle solitario salpicado de palmeras que me pareció que pertenecían a la misma especie que los butiás de Santa Catalina y de Rio Grande, a los que aquí también se les da ese nombre. El valle es muy agradable porque por él pasa un arroyo cuyas sinuosidades dibujan una franja de árboles espesos de hermoso color verde. Este arroyo, que se llama Arroyo de Ñacurutú, desemboca en el Río Uruguay.

Me detuve en una estancia que pertenece al coronel Galvao y donde éste guarda, desde hace un tiempo, mucho ganado salvaje que recoge en los campos. En esta estancia, lo único que hay son unas pocas chozas de paja para los peones.

Gran número de oficiales portugueses han hecho como el coronel Galvao: se han convertido en propietarios de estancias en esta provincia y las han poblado con animales[70]. El gobierno debió ver con buenos ojos la formación de estos establecimientos porque sus propietarios tendrán actualmente un interés personal en conservar



esta provincia para su soberano. Sin embargo, el estado actual de las cosas es tan precario que me parece una temeridad que un portugués pueda pensar en convertirse en propietario en esta región. Pero, se me dirá ¿por qué los portugueses que se hayan convertido en dueños legítimos de un terreno en esta región se verían perturbados en su derecho de propiedad, incluso en el caso de que el ejército portugués se retirase? El odio no conoce ni reglas, ni justicia; pero, además, incluso si los españoles reconociesen, como debe ser, la legitimidad de las adquisiciones de los portugueses, ¿reconocerían también como legítimas la propiedad del ganado que, en realidad, se había vuelto salvaje, pero que fue tomado en campos sobre los que los portugueses no tenían ningún derecho?

AL AIRE LIBRE, EN LAS ORILLAS DEL ARROYO CHAPICUÍ, 10 de enero, 3 leguas.- Ayer y hoy, el terreno ha sido mucho más desparejo que antes de San José y, en particular, antes del Río Negro. Las pasturas están menos resecas y son de excelente calidad.

Luego de salir de la estancia de Guaviyú atravesamos el arroyo del mismo nombre que desemboca en el Río Uruguay, río del cual no nos apartamos mucho y que hoy vimos de tanto en tanto. El nombre Guaviyú es el de un árbol pequeño cuyo fruto es comestible. No he visto ese árbol; pero, según lo que me han dicho, sospecho que pertenece a la familia de las Mirtáceas; en cuanto al nombre Ñacurutú que lleva el arroyo del que hablé ayer, es el nombre que se le da, en esta región, a la lechuza. El campo tiene más vegetación; el terreno que recorrí ayer estaba, como dije, salpicado de butiás; el que recorrí hoy estaba salpicado por esa Acacia n° 2389, que son árboles pequeños y espesos. Nos detuvimos a orillas de un arroyo, el Chapicuí, que desemboca en el Río Uruguay y que está bordeado, como los demás, por árboles espesos y más bien bajos. El viento soplaba muy fuerte y me vi obligado a trabajar en la carreta en donde me molestaba el calor que hacía.

Al Aire Libre, en las Orillas del Arroyo Daymán, 5 leguas.- El terreno sigue siendo más desigual, las pasturas son excelentes y menos resecas. Vi algunas plantas de cardo por aquí y por allá, pero esta planta ya no cubre por sí sola grandes superficies. A una legua más o menos de Chapicuí Chico, atravesamos otro arroyo, el Chapicuí Grande que también desemboca en el Río Uruguay. Del otro lado de este arroyo, el camino se divide en dos: el de la derecha conduce a Salto y el de la izquierda conduce a Purificación, pequeña ciudad que Artigas había construído a orillas del Río Uruguay(71), pero que hoy no es más que cenizas: unos dicen que el propio Artigas le prendió fuego cuando se vio obligado a pasar del otro lado del Río Uruguay; otros afirman que el fuego, que había empezado accidentalmente en las pasturas cercanas a la ciudad, se extendió hasta allí, consumiendo la ciudad.

A corta distancia de Chapicuí Grande hay unas colinas pedregosas desde las que se puede ver una gran extensión de campos con pasturas. Nos detuvimos a mediodía a orillas de un arroyo llamado Arroyo del Hervidero, que actualmente no tiene casi agua. Allí trabajé bajo árboles no muy altos pero espesos que me dieron una linda sombra. Al cabo de unas horas, nos pusimos nuevamente en marcha y nos detuvimos a orillas del río Daymán. De mayor tamaño que todos los que atravesamos desde el Queguay, también corre por un lecho pedregoso y, en este momento del año, es poco profundo. Es un poco menos ancho que los brazos de las Montées antes de llegar a Plissai* y serpentea entre dos franjas de árboles más bien bajos, pero apretados y espesos, que han conservado la frescura que tenían al comenzar la primavera.

Hoy y estos últimos días nos atormentó un insecto áptero de color rojo que, a pesar de ser extremadamente pequeño, provoca una picazón muy desagradable. Estos insectos, casi invisibles, viven generalmente en el pasto de donde pasan al cuerpo de las personas que se acuestan en la hierba.

* Cerca de Orléans.



Olvidé decir que debajo de San José se podía ver hileras de piedras calcáreas del otro lado del río. Allí había un horno de cal que fue destruído durante la guerra(72). Otros hornos en los que también se hacía cal con piedra calcárea corrieron la misma suerte. Entre ellos podemos citar el de la estancia de las Huérfanas cerca del arroyo de San Jurez.

Desde la estancia de Guaviyú, no he visto casas y desde Paysandú, donde vi un campo de maíz plantado por los indios, no he visto ningún rastro de cultivo de la tierra. Mi baqueano me decía, respecto a este campo, que estos indios eran muy trabajadores. El baqueano es mestizo de español. Si, a sus ojos, los indios son muy trabajadores, ¿qué grado de pereza queda para los que lo son sólo a medias?(73) Los mestizos de indio y de blanco son, a mi entender, inferiores a los indios puros, si no por la inteligencia, al menos por la disposición al trabajo. Pude ver bastantes pruebas de lo que acabo de afirmar en la capitanía de San Pablo y lo que veo en esta región termina de convencerme. El gobierno portugués debería impedir que las dos razas se mezclaran; los Jesuitas hacían un gran favor al Estado al impedir que sus indios se comunicaran con los blancos. Los habitantes de la capitanía de Rio Grande deben su superioridad respecto a los habitantes de esta región a que se han conservado hasta ahora sin o casi sin mezclarse con sangre india. Pero es de temer que Rio Grande pierda esta ventaja si, como se dice, se permite que los indios y las indias de las Misiones salgan de sus pueblos y se diseminen por la Capitanía(74).

Campamento de Salto, 11 de enero, 3 leguas.- A las 4, el termómetro marca 29°.- El terreno sigue siendo desparejo, las pasturas son excelentes y menos resecas. Siempre pasamos cerca del Río Uruguay del que tuvimos una muy linda vista al llegar al Daymán.

Me adelanté con Matheus y, al llegar al campamento, presenté

al coronel que aquí dirige el regimiento de dragones de Rio Grande las cartas de recomendación que tenía para él: una del general Saldanha, otra del teniente coronel Ignacio José Vicente da Fonseca. Me recibieron muy bien. El coronel se ocupó de que me dieran una casa, dio órdenes para que cuidaran de mis bueyes y caballos e hizo carnear una vaca para mi gente. Almorcé y cené con él junto con varios oficiales, entre los cuales estaba el capitán Jozé Rodrigues a quien ya había visto en lo del general Saldanha.

El campamento de Salto se ha constituído en las orillas del Río Uruguay, en un terreno bastante alto, aunque su ubicación es mucho menos agradable que la del de San José. Allá, nada obstaculiza la visión del paisaje y sea cual sea el lugar en que uno se ubique se ve el río que corre majestuosamente; aquí, en cambio los montes de sus orillas lo ocultan y sólo mirando a la derecha se le puede ver, describiendo, en el campo, amplias y elegantes sinuosidades entre dos franjas de espesos bosques. Las chozas en que viven los soldados son de paja y están dispuestas simétricamente pero no están tan bien hechas como las de San José. Las casas de los oficiales, y la del coronel en particular, son muy diferentes de las del otro campamento. Esto se debe a que el campamento de San José fue hecho por paulistas y como los hombres de la Capitanía de San Pablo aprenden un oficio, debe haber habido carpinteros entre los que vinieron a las orillas del Río Uruguay. En cambio, los habitantes de la capitanía de Rio Grande no aprenden ningún oficio, les basta con saber montar a caballo.

En el Rincón de las Gallinas, en donde sólo hay europeos, hay muchos huertos muy bien mantenidos; en San José, hay pocos y aquí, no existen. En San José, todos los soldados me saludaban cuando me encontraba con ellos y muchos me dirigían la palabra de muy buena manera y me hacían preguntas. Aquí, ningún soldado me saluda ni me habla, ni a mí, ni a mi gente. Los hombres de la capitanía de Rio Grande son más rudos que los de las demás capitanías: son más militares, pero son menos educados, menos ocurrentes, más rústicos. Son infinitamente superiores a los españoles porque en su mayoría son blancos de pura raza; pero como su región es muy semejante a la de los españoles, deben tener muchas similitudes con éstos en sus hábitos y costumbres. Si se dejara a los habitantes de Rio Grande mezclarse con los indios, si se siguiera dejando de lado su educación moral y religiosa, muy pronto sólo se tendría Gahuchos.



El coronel me dijo que sus soldados simpatizaban poco con los paulistas y que, si bien había un hospital muy bueno en San José y no lo había aquí, los enfermos preferían quedarse aquí, en condiciones precarias, antes que dejarse llevar a que los trataran los paulistas en donde estarían bien atendidos. Este distanciamiento entre los habitantes de las dos capitanías no debe asombrarnos ya que sus costumbres son completamente distintas. Como en San José, hay muchos comerciantes en el campamento de Salto: hay comercios muy bien abastecidos y las mercaderías no son muy caras. Más allá del campamento, hay muchas chozas en las que viven indios de todas la región y que, en su mayoría, vinieron a refugiarse aquí desde Entre Ríos. Estos hombres viven en la ociosidad mientras sus mujeres y sus hijas se prostituyen con los soldados. Estas mujeres les transmiten enfermedades venéreas de las que no se curan porque no hay remedios; además se sabe que estas enfermedades, transmitidas a un blanco por una india son mucho más peligrosas que cuando fueron transmitidas por una negra o una blanca. En cuanto llegué, el coronel mandó llamar a un joven francés que es empleado en una tienda para que conversara conmigo. Este joven, sobrino de un rico comerciante de Buenos Aires, había hecho venir de Paraguay un cargamento de yerba mate con lo cual pensaba ganar mucho dinero. Ramírez, que quería para sí el privilegio exclusivo de este comercio, confiscó su cargamento así como el de todos los comerciantes que habían especulado con esto. También le hizo otros agravios y el joven vino a refugiarse entre los portugueses que le otorgaron todo tipo de protección.

Como los detalles que él me dio sobre Entre Ríos me fueron confirmados por muchas personas más, voy a transcribirlos. Esta región se encuentra, actualmente, en una situación de anarquía total y

cualquier hombre que tenga alguna influencia sobre los demás toma el título de capitán y comete todo tipo de excesos. Ramírez es tan solo el más audaz de estos bandoleros: se le odia, pero se le teme. Sin embargo, sólo se le obedece cuando está presente. Como en todas partes, se obedece a quien se mostró más fuerte en un principio. Entre los habitantes de esta desgraciada provincia reina la más total falta de unión; no saben lo que quieren y si algunos hombres tienen una idea razonable, no se animan a comunicársela a los demás por miedo a que esto se considere un crimen. Los habitantes de los campos, cuyo carácter siempre fue difícil, han llegado a las bajezas más terribles. El crimen se ha convertido en algo tan común y se comete con tanta sangre fría que ya no se le considera, por así decirlo, un crimen. Un hombre asesina a otro para quitarle cualquier cosa, incluso sin valor, y nadie se asombra por ello. En medio de tantos desórdenes, se ha matado a todos los animales de las estancias y, actualmente, los habitantes de la región se ven obligados a comer los caballos y cualquier cuadrúpedo que pase. Los hombres más sensatos desean, secretamente, que los portugueses conquisten la región, pero nadie se anima a manifestar este deseo, por temor a ser tratado como un traidor.

CAMPAMENTO DE SALTO, 12 de enero.- A las 4, termómetro: 29°.- Hoy de mañana, muy temprano, fui a pasearme por las orillas del Río Uruguay; aquí, como en San José, están cubiertas por una franja de monte, pero los árboles están más apretados y son más espesos, son más altos y no dan paso. Siguiendo las orillas del río de este lado de aquí llegué a Salto después de haber hecho aproximadamente un cuarto de legua. No es cierto que aquí haya una cascada como su nombre parece indicarlo. Sólo se ven dos líneas de rocas poco alejadas una de otra y que atraviesan el río a lo ancho. La más baja es casi recta, la otra es oblicua. En algunos lugares, las rocas se elevan uno o dos pies por encima del lecho del río; en otros, su altura desciende bruscamente y el agua se precipita desde unos dos o tres pies de altura; en algunos lugares, las rocas sólo se elevan unas pulgadas. El agua, que las encuentra a su paso, lucha contra ellas, salta y hace espuma, las recubre y el ruido que produce se oye a lo lejos. El Río Uruguay sólo es navegable hasta aquí pero el general Saldanha me dijo que el gobierno tenía el proyecto de mandar hacer un canal lateral para las tropas acantonadas en la región.



Aunque esta provincia no quedara en poder de Portugal, el canal seguiría siéndole ventajoso, ya que los habitantes de las Misiones podrían entonces hacer llegar por vía fluvial el producto de sus tierras hasta Buenos Aires y Montevideo.

CAMPAMENTO DE SALTO, 13 de enero.- A la 1, el termómetro marca 28° ½.- Hoy no salí; arreglé las plantas, los insectos y después de haber trabajado mucho me puse al día.

El coronel me mandó llamar esta mañana para que yo viera algunas indias Baikurus* que han atravesado hace muy poco el Río Uruguay para evitar a la hambruna. La nación a la que pertenecen estas mujeres había apoyado a Artigas y lo hizo durante largo tiempo. Los Baikurús son cristianos, mejor dicho, están bautizados y parece que son tan civilizados como los Guaraníes . Las mujeres no llevaban nada puesto en la cabeza y estaban descalzas, un gran chal de lana cubría sus hombros, llevaban una tela de algodón a modo de pollera y un pedazo de tela de lana rayada con los colores azul, blanco y rojo que enrollan alrededor de su cuerpo más o menos una vez y media y que está sostenida con un cinturón. Las mujeres Baikurús hacen ellas mismas estos tejidos, tiñéndolos con hojas y raíces que ellas conocen. No pude distinguir en su fisionomía, al menos en éstas que vi en lo del coronel, ningún rasgo que las distinguiese muy especialmente de las demás naciones indias. Tenían la cabeza redonda, los cabellos negros y lacios, la nariz no muy ancha, el color de la piel era más bien cobrizo, la cara más bien chata. Un recién nacido que una de las mujeres llevaba con ella era de color tan oscuro como su madre.

* El mapa dice: Guaycurús.

Oí hablar a estas mujeres entre ellas y encontré en la pronunciación de su lengua las características generales que se encuentran en la pronunciación de todas las lenguas indias. Sin embargo, me pareció que se distinguía de las demás por una prosodia que las otras no tienen; los sonidos son más claros y no son tan guturales. Es verdad que la "r" se pronuncia de manera muy gutural, pero esta característica no deja de tener su encanto. He escrito algunas palabras guaikurus que estas mujeres me dictaron, pero después no tuve tiempo de leérselas, así que no puedo asegurar que sean absolutamente exactas, como las palabras de otras lenguas indígenas de las que he hecho un vocabulario.

Las tropas que están aquí están formadas por un centenar de paulistas de la Legión, del regimiento de dragones de Rio Grande y de las milicias del Río Pardo. Tanto oficiales como soldados están muy descontentos, no sin razón, ya que hace 30 meses que estos hombres no reciben su paga. Comí en casa del coronel con varios oficiales, pero los encontré muy diferentes a los oficiales paulistas que generalmente son abiertos, comunicativos y conversadores; éstos eran fríos y hablaban poco.

Por aquí aseguran que Portugal se ha alzado contra la casa de Braganza. Si los brasileros son lo bastante sensatos como para no dejarse seducir por este peligroso ejemplo, no perderán nada con la separación de Portugal, pero ¿qué será de este reino, librado a sí mismo y sin los recursos que le permite obtener el comercio de Brasil? Utilizando el pretexto de las divisiones intestinas, que no faltarán, algunas potencias extranjeras intentarán mezclarse en estos asuntos y, probablemente, Brasil no tardará en perder su independencia.

# CAPÍTULO XIII

Salto Grande.- Viviendas de indios Guaraníes.- Poblado de Manduré.- Isla de San Antonio.- Indios Minuanos y Charrúas.- Alto a orillas de un pequeño lago cerca de la estancia de Dresnal.- Estancia del teniente Mendez.- Estragos provocados por el gobierno de Artigas.- Campamento de Belén.- Pagas atrasadas.- Isla Grande.- Restos de la población de los pueblos indígenas fundados por los jesuitas.- Docilidad de los indios y sus malas costumbres.- Sabia administración de los jesuitas.- Tolerancia de los portugueses.- Al aire libre, a orillas del arroyo de Guaviyú.- Al aire libre, a orillas del arroyo de Mandiyú.- Yeguas salvajes, venados y avestruces.- Guardia de Cuareim.- Sabia política del general Lecor.- Orillas de río Cuareim.- Al aire libre, a orillas de un arroyo.- Nido de avestruz.



SALTO GRANDE, 14 de enero, 3 leguas.- Mientras estuve en el campamento de Salto, comí en casa del coronel; no me ayudó tanto como el de San Pablo, pero fue sumamente atento y considerado conmigo. Me había ofrecido varios soldados para que me acompañaran, pero como me hubieran causado problemas sin serme de utilidad, sólo acepté a un cabo que debe servirme de baqueano. El coronel me había prometido que vendría a verme hoy de noche, pero parece que después cambió de idea ya que no vino; me encontraba a un cuarto de legua del campamento cuando un alférez vino a mi encuentro y me dijo que había recibido la orden de acompañarme y mostrarme las cosas interesantes que pudiera haber en el camino. El alférez indicó al cabo el camino que la carreta debía seguir y pasamos muy cerca del Río Uruguay. Hasta aquí, no hemos perdido de vista este hermoso río que serpentea majestuosamente entre dos franjas de monte espeso y que confiere tanta belleza a estos campos.

Entre el campamento y el lugar en que hice un alto, vimos a orillas del río varios poblados en los que viven indios guaraníes que vinieron de Entre Ríos a refugiarse en este lugar. Sus casas son simples chozas que a menudo tienen la altura que puede tener un hombre y, como los barracones del campamento, están hechas con las hojas y el tallo de una gramínea dura y muy lisa.

Cerca de estas pobres viviendas, a veces hay un galpón en el que están colgados pedazos de carne; a menudo, también se ve alrededor de ellas algunas plantas de maíz, de zapallo o de sandía. La mayoría de las veces no se han dado el trabajo de carpir todo el terreno en el que se han plantado las sandías, sino que, en un campo sin trabajar, se han hecho algunos pozos a cierta distancia unos de otros y en ellos se han puesto las semillas, que siempre dan frutos; esto prueba la fertilidad del suelo en el que se plantan. Por otra parte, los indios no son los únicos a quienes he visto cultivar de esta manera. Salvo las huertas de los soldados portugueses, sólo he visto, entre el Rincón de las Gallinas y Salto, o sea en una distancia de cincuenta leguas, pequeñas porciones de tierra cultivadas, plantadas con maíz y que pertenecían a indios

de Paysandú. Sin embargo, me acuerdo que, al pasar cerca de una casita en las cercanías del Rincón, un hombre me llamó gritando para decirme que no camine sobre sus plantíos. Yo buscaba dónde podían estar ya que por todos lados sólo veía pasturas; pero, mirando más detenidamente, descubrí, en medio del pasto, algunos retoños de las plantas de sandía que, en efecto, mi caballo estaba a punto de pisar.

Retomo el tema de los indios de quienes empecé a hablar. Todos los que he visto, tanto hombres como mujeres están sentados en el piso; los hombres no hacían nada, varias mujeres cosían. Algunos tenían una indumentaria bastante correcta para ser gente del campo; pero varios hombres tenían sólo una especie de pantalón de tela y varias mujeres una simple pollera de algodón y una camisa de la misma tela. Estos indios provienen de los pueblos que habían sido fundados por los Jesuitas; estos hombres, por consiguiente, están bautizados; muchos son mestizos; entre ellos hablan guaraní pero todos saben español; cada pueblo se ha formado con varias familias que, reunidas alrededor de un jefe, abandonaron su región para sustraerse a los maltratos y especialmente al hambre que, para un indio, es la mayor de las plagas.

El más grande, limpio y ordenado de los pueblos por los que pasé es el que se llama Manduré, que también es el nombre de su jefe. Este hombre, más rico de lo que habitualmente son los indios[75], había sido nombrado comandante de un pequeño pueblo de indios por el jefe de los insurgentes; el poblado estaba situado aproximadamente frente al campamento y actualmente, ha sido destruído. Manduré terminó por pelearse con Artigas y Ramírez y, temiendo por su seguridad, vino a rendirse a los portugueses junto con los hombres que eran sus subordinados. Parece que esta actitud fue presentada al general Lecor como mucho más importante de lo que en realidad era, ya que éste le otorgó a Manduré el grado de teniente coronel con una paga bastante importante. Su pueblo domina el Río Uruguay y está ubicado en un lugar encantador, un poco más arriba de los montes que bordean el río y se extienden, con una leve pendiente, hasta las orillas del río.



Me detuve, junto con el alférez que me acompaña, en la casa de Manduré. Es un hombre ya mayor que nos recibió con una indiferencia estúpida; pero el padre de una mujer con la cual él vive y que es casi blanco nos recibió un poco mejor. Esa mujer y su hermana estaban cosiendo y pude observar que eran bastante habilidosas[76]. El poblado de Manduré es un lugar histórico bastante importante ya que un poco más al sur, Artigas, después de haber perdido la batalla de Tacuarembó, pasó el Río Uruguay por última vez.

Luego de haber salido del poblado de Manduré, encontramos otro delante del cual hay una isla que se llama Isla de San Antonio, cubierta por montes. Cerca de allí, nos detuvimos en una estancia próxima al río y que pertenece a Manduré. Como vivienda sólo hay una choza de paja y algunos galpones en uno de los cuales vi, no sin asombro, un pequeño telar para hacer ponchos. Sin duda, se trata de un vestigio del trabajo que los Jesuitas habían tratado de transmitir a los indios ya que, desde Montevideo hasta aquí, no he visto ni uno solo de estos telares entre los españoles.

En las chozas de las que acabo de hablar sólo hay como muebles, una lámpara, un jergón y una hamaca de lana. En los galpones, por todos lados hay trozos de carne colgando y una docena de indios e indias están tirados en el piso, apretujados, sobre unos cueros. Observo que las hamacas les gustan tanto a los indios de esta región como a los de la costa del norte de Rio de Janeiro. Es el mueble ideal para hombres que quieren vivir sin hacer nada o sin pensar y, por consiguiente, es muy adecuado para los indios. El balanceo de la hamaca les provoca un estado de atontamiento que resulta placentero para hombres cuya existencia es meramente vegetativa.

Luego de haber descansado un poco, volví a montar a caballo con el alférez para ir a ver Salto Grande. Teníamos como guía a un hombre de la estancia de Manduré. No hay cascada en Salto Grande así como tampoco la hay en Salto Chico; el río se ve detenido en su curso por una ancha masa de rocas de color rojo negruzco y de una altura pareja; las rocas se elevan varios pies por encima del agua y

entre ellas crecen algunos arbustos. Las aguas del río se abren paso, ruidosamente, por unos canales estrechos que ellas mismas han cavado en las rocas. En varios lugares, forman como pequeñas cascadas; a veces, pasan bajo una bóveda rocosa muy angosta; en otros lugares, desaparecen por completo, reapareciendo más lejos. La franja rocosa se extiende hasta la punta de una isla cubierta de montes de hermoso color verde.

Aquí se interrumpe el curso de agua, para recomenzar un poco más abajo, del otro lado de la isla. Este hermoso manto de agua que se encuentra detenido por las rocas y se prolonga, con su forma irregular, las rocas agrietadas, los juegos de agua que se producen cuando el agua busca abrirse paso, el contraste entre el verdor de los árboles y el color oscuro de las piedras, la isla, los montes que la cubren y los que bordean el río, todo se une para hacer de Salto Grande un paisaje que si bien no es majestuoso, es muy colorido y pintoresco.

Mientras caminábamos, conversé de diversos temas con el alférez. Entre otros, me habló de los indios llamados minuanos por unos, charrúas por otros. Estas dos naciones se unieron, hace ya mucho tiempo, por lo que se le da ambos nombres indistintamente a la población actual, aunque parece que actualmente hay más minuanos que charrúas. Estos salvajes están divididos en pequeñas bandas que se someten a diferentes jefes, aunque éstos gozan de poderes muy limitados ya que a menudo los indios se niegan rotundamente a obedecerles. Cuando un hombre está descontento con su jefe, lo abandona y se une a otra banda. Lo único que hacen los hombres es andar por los campos, lanzando sus boleadoras a los ciervos, los avestruces y los caballos.

Las mujeres se encargan de todo lo demás. Recuerdo que el general Saldanha me dijo que había visto a un cacique que hacía que su mujer le sostuviera el mate mientras él tomaba. Los Charrúas no comen la carne de los animales, sólo algunas partes. La pasión por el alcohol los domina; están dispuestos a dar cualquier cosa por una botella de aguardiente y todos, incluso los niños más pequeños, to-



man esta bebida en forma excesiva. Es posible que antes llevaran el barbote, como dice Azzuco, pero hoy, ya no lo hacen.

Azzuco también asegura que tienen ponchos pero, actualmente, su única vestimenta, además del chiripá, es esa especie de manto que ya he descrito y que llaman caipi. Como armas, tienen largas lanzas, un pequeño arco y llevan las flechas a la espalda, en un carcaj achatado y cuadrangular. Montan a caballo en pelo, no usan freno y para conducir los caballos sólo usan una cuerda o una tira de cuero.

A menudo se ha intentado reunirlos en poblados, pero siempre ha sido en vano. "Si Dios hubiera querido que fuésemos españoles o portugueses, dicen, no nos hubiera hecho Minuanos. Nosotros, agregan, vivimos mejor la vida que ustedes, ya que ustedes trabajan y nosotros no hacemos otra cosa que comer, beber y dormir."

Entre los indios que hay aquí, encontramos a un niño de entre ocho y diez años, bastante lindo, con el que nos pusimos a conversar. Nos contó que había perdido a su padre y a su madre, pero que había atravesado el Río Uruguay con un viejo y una mujer mayor que lo cuidaban y que también estaban aquí. El alférez llamó a la mujer, sacó un doblón de su morral y se lo ofreció a la mujer para que aceptara darle el chico; pero la mujer se negó, aduciendo que el niño era suyo.

AL AIRE LIBRE, AL BORDE DE UN PEQUEÑO LAGO, CERCA DE LA ESTANCIA DE DRESNAL, 7 leguas.- Estaba a punto de irme cuando el capitán de uno de estos poblados de indios en los que estuve ayer llegó, vestido con su uniforme y acompañado por algunos hombres armados con fusiles; me dijo que el coronel Barreto le había dado la orden de ser mi guía hasta el vado del arroyo de Taperí Grande*.

Mientras caminábamos, nos pusimos a conversar y el indio me contó que había estado en Montevideo y que el general Lecor lo había recibido muy bien, le había insistido para que plantara algo en sus tierras criara vacas para tener leche y le había dicho que, cuando los

* El mapa dice: Tapebú.

habitantes de Entre Ríos se cansaran de pelearse entre sí, enviaría a algunos cientos de hombres para apoderarse de esa región.

Cuando llegamos a las orillas del arroyo Taperi, le dije a los indios que se podían ir y les di las monedas que les había prometido. Mi cabo portugués había conseguido a una india en Salto y, sin ceremonias, caminaba con ella al lado de la carreta. Considerando que este ejemplo era peligroso para mi gente, le dije al cabo que se podía ir pues el camino no presentaba dificultades y que, por lo tanto, ya no me era de utilidad.

A unos tres cuartos de legua, encontramos una estancia, pero como las viviendas eran solamente dos galpones repletos de indias e indios, decidí proseguir mi camino. Cerca del campamento de Salto, el campo es pedregoso, después se vuelve muy arenoso; al principio las pasturas no son muy buenas, pero muy pronto, empiezan a mejorar; sin embargo, distan mucho de tener la calidad de las de Montevideo.

El terreno de la región es muy desparejo. Hicimos un alto cerca de un pequeño lago sombreado por un monte tupido; hacía mucho calor; a las 4, el termómetro marcaba 29° a la sombra y se anunciaba una tormenta.

ESTANCIA DEL TENIENTE MÉNDEZ, 15 de enero, una legua.- Termómetro a las 2: 25°.- Como se anunciaba una tormenta, me detuve en esta estancia en donde el propietario que es portugués y forma parte de las milicias de Río Pardo me recibió muy bien. Antes, la región que he recorrido desde el Río Negro estaba mucho más poblada. Muchos españoles, entre ellos varios europeos, eran dueños de estancias en la región en las que tenían ganado e incluso, a menudo, cultivaban trigo.

Durante el gobierno de Artigas, bastaba con ser rico, haber nacido en Europa o ser denunciado al general como siendo de un partido opuesto al suyo para padecer todo tipo de perjuicios. La persecución fue aun mayor que en las proximidades de Montevideo. Se dispuso la muerte de gran cantidad de propietarios de buena posición y los demás huyeron. La mayoría de las viviendas fueron destruídas por



completo y sólo quedaron, en la región, peones, mestizos, hombres sin principios, sin moral y sin propiedad. Estos propietarios o sus mayores se habían establecido en campos que no estaban ocupados por nadie y vivían tranquilamente sin pensar que un día se les podría cuestionar la propiedad de sus tierras. Desde que los portugueses conquistaron la región, el general Lecor ha publicado un bando en el que declara que los hombres que poseyeran un terreno en estas condiciones, sin título alguno, debían presentarse en el plazo de dos meses; de no hacerlo, perderían todo tipo de derecho sobre el terreno en cuestión que sería entonces entregado a quien lo pidiera. El bando también permite que, con el consentimiento de las autoridades, los interesados puedan establecerse en las tierras de propietarios provistos de títulos, a condición de que se les compren las tierras en cuanto se presenten. Gran cantidad de oficiales brasileros, que pertenecen a las tropas de línea o a las milicias alejadas de sus casas y que padecen constantemente los atrasos de su paga, han aprovechado las disposiciones del bando del general constituyendo estancias en las que ponen ganado cimarrón que han tomado de los campos abandonados.

El teniente Mendes ha comprado por 5 mil cruzados una estancia que tiene tres leguas de largo por una de ancho, sin ganado. Le anexó un terreno de 3 leguas que no tenía propietario y que obtuvo por medio de las autoridades competentes. Las viviendas de la estancia que compró el teniente Mendez se salvaron de los desastres de la guerra pero no son más que míseras chozas. Todos me aseguran que lo mismo ocurría en toda esta región con las viviendas de los españoles más ricos, y la de Velharo, que aún subsiste, es un ejemplo de lo que acabo de exponer. Los estancieros de esta región, incluso los de más fortuna, llevaban una vida muy rústica; ajenos a todos los disfrutes refinados y sólo conocían una manera de gastar su dinero: el juego.

CAMPAMENTO DE BELÉN, 15 de enero, 3 leguas.- Termómetro a las 4: 29°.- Cerca de la estancia del teniente Mendes corre el Arapey *,

* Los mapas dicen: Ygarupey.

río que sólo es vadeable cuando hay grandes sequías. El mayor que dirige el campamento de Belén había tenido la amabilidad de mandarme a un baqueano; pero el teniente quiso acompañarme hasta el río y me fue muy útil por los consejos avezados que daba a mi gente mientras atravesábamos el Arapey.

Antes de llegar a ese lugar, atravesamos un campo con pasturas, con hierba muy espesa pero muy dura. El teniente me dijo que, en esta región es costumbre prender fuego a las pasturas de este tipo porque, si no se tomaba esta precaución, el pasto que nace no puede crecer porque los tallos y las hojas anteriores se lo impiden y, por lo tanto, los animales no pueden comer el pasto nuevo.

El Arapey debe ser a esta altura un poco más ancho que el brazo de las Montées antes de Plissai, cerca de Orléans. Felizmente, resultó vadeable y lo atravesamos sin dificultad. Como ya lo he dicho, desde que se trazó una nueva línea de demarcación entre las capitanías de Río Grande y Montevideo, el Arapey constituye, en este lugar, el límite de las dos capitanías; su orilla derecha se encuentra bajo jurisdicción riograndense[77]. Después de haber hecho aproximadamente una legua, atravesando siempre una región con terrenos desiguales y cubiertos de pasturas, llegamos a una especie de pequeña meseta de donde se ve perfectamente el río Uruguay y en la que hay dos o tres chozas. En ellas vive un destacamento del campamento de Belén. Pedí a uno de ellos autorización para detenerme unas horas en su casa; accedió a mi pedido de mil amores y me dijo que la elevación en la que estábamos contituía, antes, un lugar llamado Belén, pero que Artigas había hecho incendiar el pueblo, hace unos cuatro años, en una de sus retiradas.

Acababa apenas de hacer descargar algunos de mis bártulos cuando vi llegar un número bastante importante de personas a caballo; era el mayor que manda en Belén acompañado por el cura, un capitán y algunos oficiales. Luego de haberme saludado amablemente, estas personas me pidieron que dejara que la carreta nos siguiera y que fuera con ellos al campamento. El mayor fue amable y gentil conmigo y me instaló en su casa.



De día hice algunos arreglos, siempre indispensables después de varios días de marcha y, de noche, fui a pasearme alrededor del campamento con el mayor. Tiene a su cargo a un grupo de unos trescientos soldados y forman parte de las milicias de Río Pardo; en su mayoría son casados. Hace aproximadamente un año que están aquí, hasta ahora no han recibido ninguna paga, ni vestimenta y tan sólo carne para alimentarse; la carne se consigue entre los estancieros de las cercanías y no se les paga por este servicio. Sin embargo, sólo un pequeño número de soldados ha desertado. En la actualidad, la nación portuguesa es quizás la única en el mundo entero capaz de mostrar ejemplos tales de obediencia y fidelidad.

Campamento de Belén, 17 de enero.- Termómetro a las 2: 28 grados.- Hoy de mañana, muy temprano, hice una larga recorrida a pie por las proximidades del campamento y, de tardecita, fui a pasearme en barco por el Yacuí y el río Uruguay con el mayor. El lugar en que se encontraba Belén, si bien era agradable, presentaba el inconveniente de estar a medio cuarto de legua del río y esto es importante en una región en la que, para conseguir agua, el único medio es irla a buscar a los ríos o los arroyos de las cercanías.

Cuando los portugueses consideraron que debían constituir un campamento en estos lugares, buscaron el que fuera más favorable y, en este sentido, escogieron el mejor lugar. El campamento no está situado en las orillas del río Uruguay sino en la cima de una colina que hay a unos cien pasos del Yacuí, río que, muy cerca, desemboca en el río Uruguay.

El Yacuí tiene sólo 3 leguas de largo y adquiere importancia a corta distancia del campamento. A esa altura, es un hermoso río, casi tan ancho como el brazo de las Montées; hay poca correntada, su superficie es prácticamente lisa y serpentea entre dos franjas de montes bajos, pero muy espesos. Cuando desemboca en el río Uruguay, sus aguas prácticamente se confunden, cubren una superficie considerable y se dividen en canales formados por islas cubiertas de árboles,

entre las cuales la de mayor tamaño, llamada Isla Grande o Isla del Mono, es la única que tiene nombre.

En esta isla crecen dos tipos de árbol, el Vaporaitú y el Guabiyú, que dan, según me han dicho, un fruto de sabor agradable; también crece el Ypa (el catalpa de los españoles) que debe ser una Bignonia, según la descripción que me hicieron; este árbol da muy buena madera para la construcción de carretas y viviendas.

Al pasar las islas, que son seis, el río Uruguay es menos ancho y hay corriente. Según lo que acabo de decir, es fácil imaginar lo encantadores que son estos lugares. Quizás no haya otros más deleitosos en todo el mundo, cuando las orillas del Yacuí y del Uruguay estén habitadas por hombres trabajadores, y casas de campo con jardines bordeen estos ríos y en medio de los árboles que cubren las islas de las que hablé, se vean plantíos y viviendas. Los montes que bordean el Yacuí y el Uruguay no son tan majestuosos como los de la selva virgen y tampoco tienen sus colores oscuros.

Siempre domina en estos bosques el Sauce nº 2132 sexto e incluso en este momento del año en que todo está reseco en el campo, el color verde de su follaje y los árboles que lo rodean conserva, con diferentes matices, la lozanía que apenas tienen al principio del verano los paisajes arbolados más coloridos de Europa.

Los barracones que componen el campamento de Belén son pequeños y de paja como los de Salto. Como se tiene el proyecto de establecer una población permanente en el lugar, ya se ha trazado una gran plaza que forma un cuadrado alargado alrededor de la cual se construirán las casas. Una hilera de barracones forma actualmente uno de los lados de la plaza, algunas tiendas ocupan el lado opuesto; como es habitual, la iglesia, que por ahora es sólo un galpón con techo de paja, ha sido construída en el extremo más alto de la plaza y frente a la casa del mayor.

CAMPAMENTO DE BELÉN, 18 de enero.- Pensaba irme esta noche, pero hubo tormenta todo el día y me vi obligado a quedarme. Alrededor del campamento, hay gran número de chozas con indios. Estos desgraciados son lo que queda de los habitantes de los pueblos fundados por los Jesuitas en Entre Ríos y que hoy ya no existen más. Ya hace cuatro años, el mariscal Chagas que comandaba los siete pueblos, hoy portugueses, incendió todos los que estaban situados entre el Uruguay y el Paraguay. Los habitantes huyeron, pero muchos se reunieron y formaron en Entre Ríos, pero mucho más al sur, un nuevo pueblo llamado Cambahí.

Ya he dicho hasta qué punto los indios seguían a Artigas; es posible pensar que por esta razón Ramírez se ha declarado su enemigo a muerte y como quería exterminarlos a todos, los indios abandonaron Cambahí, Yapeyú y los demás pueblos que todavía subsistían en Entre Ríos y vinieron a buscar su salvación entre los portugueses. Desde el mes de agosto del año pasado, más de tres mil de estos pobres infelices han atravesado el río Uruguay por el vado del Cuareim; muchos atravesaron el río en Salto, en Belén y en las Misiones y se asegura que en los pueblos sólo quedaron algunos ancianos e inválidos que eran completamente incapaces de desplazarse.

Como la mayoría de los hombres han muerto durante la guerra, son sobre todo las mujeres y los niños los que han venido a refugiarse entre los portugueses. En su mayoría se dirigieron hacia la Capilla de Alegrete; parece que allí se les darían tierras. Entre los que se quedaron en Belén, los hombres trabajan como peones en los campos de las cercanías, algunos niños sirven a los oficiales o incluso a los soldados del campamento y las mujeres se prostituyen.

Estos indios no poseen nada; sin embargo, están vestidos más o menos correctamente y las mujeres mejor que los hombres, pero los niños están cubiertos de harapos o semidesnudos. Hoy era domingo y la mayoría de las mujeres tenían vestidos de algodón estampado, pero todas estaban sin medias y descalzas. Si exceptúo a los coroados de los alrededores de Río de Janeiro, los Guaraníes son los más feos de todos los indios que he visto hasta ahora; en general, son retacones, de cabeza desmesuradamente ancha, cuello muy corto,

rostro chato, pecho muy ancho. De los indios que he visto son los únicos de los que se pueda decir con certeza que son cobrizos y este color no es artificial, ya que es dable observarlo incluso en los niños más pequeños.

También encontramos entre los Guaraníes la falta de previsión que caracteriza generalmente a los indios y los defectos que son su consecuencia, y esto en el mismo grado que entre las demás naciones indias. Sin embargo, los guaraníes se distinguen de los demás por su humildad, su obediencia y su servilismo, lo cual hace que, en general, sean bastante apreciados como peones. Los niños siempre están dispuestos a hacer lo que se les exija y no se les oye jamás protestar o responder.

Además de las milicias de Río Pardo, hay aquí una compañía de lanceros guaraníes provenientes de los pueblos que hoy pertenecen a los portugueses; el mayor alaba la obediencia de estos hombres y la paciencia con que soportan el hambre y todas las privaciones.

Si las mujeres Guaraníes se entregan a los hombres con tanta facilidad es por cierto, más por ese espíritu de servilismo que las anima que por libertinaje; son incapaces de decir no a nada. Aquí, la mayoría de los milicianos tienen a una india como amante. Estas mujeres les son útiles porque saben lavar la ropa y cosen bastante bien. El problema reside en que los niños que nacerán de esas uniones serán necesariamente abandonados por su padre, no serán educados correctamente, ya que lo serán por las indias; no serán diferentes a los Gauchos españoles y, poco a poco, la raza blanca se alterará en la capitanía de Rio Grande.

Los Jesuitas que conocían muy bien a los indios habían visto que no era hablándoles de los misterios o incluso tratando de hacerles sentir lo sublime de la moral evangélica que lograrían hacerles aceptar la religión cristiana; habían visto que ideas que se fundaban en el futuro serían rechazadas por hombres que no van más allá del presente a no ser que esas ideas estuvieran rodeadas de imágenes sensibles; trataron entonces de atraerlos a la religión dirigiéndose a sus sentidos, construyeron bellos templos, los decoraron con munificencia, celebraban con gran pompa las ceremonias religiosas, añadiéndoles la armonía de los instrumentos. Los indios que mostraban aptitudes para la música recibieron enseñanza en este sentido y muchos se destacaron como músicos[78]. A pesar de la supresión de la orden, el gusto y el conocimiento de la música no se han apagado por completo entre los Guaraníes; hoy de noche me deleité con una hermosa serenata cuyos actores eran mejores que nuestros troveros de provincia.



Cuando la serenata terminó, di una monedas a los músicos que inmediatamente fueron a la pulpería, y poco después los oímos cantar un himno que fue compuesto, durante la guerra, en honor de Artigas. En Europa, esto hubiera sido considerado un crimen; pero la tolerancia de los portugueses es tan grande que el comandante no prestó atención al asunto. Sin duda, esta tolerancia merece todos los elogios, pero hay casos en que la severidad es un deber y he visto esta tolerancia llegar hasta la indulgencia exagerada.

Poco antes de mi llegada, un indio de los alrededores de Salto mató, borracho, a su hijo; cuando volvió en sí, fue a implorar que lo perdonaran y no se le infligió el más mínimo castigo. Los portugueses tienen la política de tratar bien a los habitantes de Entre Ríos que han venido a refugiarse con ellos; es una manera de hacerse querer en esta provincia; pero no resulta claro que jamás se pueda infligir el más mínimo castigo al autor de un crimen atroz. Incluso me parece necesario hacerle sentir a los indios que si bien se les alimenta y se les protege, no se está dispuesto a padecer sus desórdenes, haciéndoles ver que ya no están bajo el mando de Artigas y que viven bajo un gobierno con normas y reglamentos.

El agua de todos los arroyos que he atravesado desde Montevideo es muy potable; sin embargo, distan mucho de igualar la calidad de la de los arroyos de Minas Gerais. La mejor que he tomado en esta región en que me encuentro ahora fue la de una fuente que se encuentra cerca de Salto.

El día en que pasé la noche en Salto Grande, el niño del cual ya

lugares desolados, ver estos animales corriendo por los campos. Los ciervos andan siempre en grupos. Como no se les caza, dejan que uno se les acerque y los avestruces tampoco son muy chúcaros. A cada paso se encuentran codornices y nadie les presta la más mínima atención.

Desde Belén, encuentro que el pasto está mucho menos reseco; no hay una sola planta en flor. Hicimos descansar a los bueyes a orillas de un arroyo que desemboca en el Uruguay y que se llama Arroyo del Canario. También está bordeado por espesos montes. Un poco más lejos vimos el lugar que ocupaba una estancia que, antes de la guerra, pertenecía a un hombre que le dio nombre al arroyo. Este hombre que, probablemente, como su nombre parece indicarlo, provenía de las islas Canarias; cultivaba, según me han dicho, el trigo y diferentes plantas europeas. Murió durante la guerra y su estancia fue completamente destruída; no se sabe qué ocurrió con sus hijos.

Antes de la inestabilidad que agitó a esta región, parece que había algunas estancias, pero hoy apenas quedan algunos vestigios.

Hicimos un alto a orillas de un arroyo cuyo nombre, que es guaraní, significa algodón. La carreta tuvo enormes dificultades para atravesar ese arroyo, porque sus orillas son bastante escarpadas y están cubiertas con ramas de árbol. Hoy sentí una gran preocupación porque la carreta, guiada por el baqueano, avanzaba por el campo sin seguir ningún camino. Al ver un pequeño bosque, lo que no es frecuente en esta región, fui hasta allí pensando encontrar algunas plantas y encontré la primera Caña que he visto desde Rio Grande. Mientras herborizaba, la carreta proseguía su marcha, pero había recomendado a Laruotte que no la perdiera de vista. Yo ya no la veía cuando monté a caballo, pero Laruotte me aseguró que había observado la dirección que había tomado; sin embargo, al cabo de unos minutos, Laruotte estaba completamente desorientado. Avanzábamos por el campo buscando los lugares más altos para tratar de ver la caravana, pero no la divisábamos y, a pesar de nuestros intentos, no podíamos encontrar su rastro. Sabía que esta región está casi deshabitada y, por



consiguiente, era claro que si seguíamos avanzando era casi seguro que no encontraríamos casas y que moriríamos de hambre. Un hombre de la región que se hubiera encontrado en nuestra situación no se hubiera preocupado, ya que con su lazo y sus boleadoras, hubiera cazado a los ciervos y los avestruces que abundaban y que le hubieran asegurado los medios para subsistir; pero no teníamos fusiles y ambos éramos muy torpes; no hubiéramos sabido manejarlos aunque los hubiésemos tenido. Consideré entonces que lo mejor que podíamos hacer era volver sobre nuestros pasos y buscar la choza en la que habíamos pasado la noche. Como habíamos dado muchas vueltas, yo no sabía muy bien si, yendo en línea recta, la encontraríamos a la derecha o a la izquierda; sabía que necesariamente teníamos que dar con el arroyo Guaviyú que veíamos a lo lejos, entre los campos con pasturas, bordeado por una línea de árboles y arbustos. Por lo tanto, intenté seguir su curso, primero desde el lugar en que lo encontrase hasta el río Uruguay y si, en ese trayecto no hallaba la choza, volvería sobre mis pasos y remontaría el arroyo hasta el lugar en que lo atravesamos ayer. Para llevar a la práctica este plan, me había puesto en marcha y ya había llegado al bosque en el que perdí de vista a la carreta, cuando finalmente pude ver a uno de mis soldados que me buscaba y regresé con él hasta el vehículo.

Guardia del Cuareim, 21 de enero, 5 leguas.- Región muy llana, excelentes pasturas en las que el pasto es un poco menos amarillento que en los campos de Río Negro cuando los atravesé; no se ve absolutamente ninguna flor. Si, cuando la estación está más avanzada, todo está más verde en esta región que lo que estaba hace aproximadamente un mes cerca de Paysandú y la estancia de Velharo, se debe, sin lugar a dudas, a que la vegetación de la región en que estoy ahora participa de la vegetación de los trópicos y muchas plantas tienen una consistencia que no es observable en las especies de los campos de Montevideo. Las plantas más verdes son en su mayoría sub-arbustos que me parece pertenecen a la familia de las compuestas tan comunes en las pasturas de los trópicos.

hablé se arrodilló al caer la noche delante de una lámpara que habían puesto sobre el piso y recitó una oración en voz alta, en lengua guaraní, y la terminó con un cántico también realizado en dicha lengua.

Al Aire Libre, al borde del Arroyo de Guaviyú, 19 de enero, 3 leguas.- Durante los dos días que estuve en Belén, el mayor José Francisco Martins, comandante del destacamento que está acantonado en este lugar y el capitán Francisco Alves de Azambuya me colmaron de atenciones. Quisieron acompañarme a toda costa durante una legua y luego me dejaron en las manos de un baqueano que debe acompañarme hasta Cuareim. La región que recorrimos es pareja, aunque hay muchas hondonadas que, durante el invierno, sirven de receptáculo a las aguas de lluvia; en verano, en general están secas. Estas hondonadas, a las que se les da el nombre de zanja son bastante comunes desde Montevideo hasta aquí; sólo tienen unos pies de profundidad, pero es suficiente para crear dificultades en el paso de las carretas.

Las pasturas están formadas por un pasto muy fino y recuerdan, por su abundancia, las de Montevideo. Según lo que el baqueano me ha dicho, antes había en ellas un gran número de animales y por eso, el pasto era casi ralo. Los animales habían sido matados durante la guerra y los pastos, que no habían servido de alimento, habían crecido con renovado vigor. En las pasturas que los animales reducen a una simple gramilla, gran cantidad de plantas y, en especial, las especies anuales, se destruyen y algunas gramíneas vigorosas que pueden soportar la acción de los animales se apoderan del terreno. Pero cuando la gramilla queda sin ser comida por los animales, las raíces que habían quedado bajo tierra y todavía viven emergen con tallos y hojas nuevas; algunas semillas, traídas por los animales, germinan en medio de las plantas. Las antiguas especies reaparecen poco a poco y la gramilla vuelve a ser lo que era originariamente.

A aproximadamente una legua del campamento de Belén atravesamos el Yacuí que, aunque estaba próximo a su desembocadura ya



era sólo un pequeño arroyo. Dos leguas más allá, encontramos otro arroyo que también desemboca en el río Uruguay y que lleva el nombre de Guaviyú. Está bordeado por árboles muy tupidos. La carreta tuvo muchas dificultades para atravesarlo porque los bordes son bastante escarpados. Del otro lado, hay dos chozas en las que viven indios enteramente construídas con hojas de gramíneas, como las de los soldados portugueses. Estas chozas son tan pequeñas y están tan repletas de mujeres y niños que preferí pasar la noche al aire libre, a orillas del arroyo.

El mayor me dio cinco vacas que escogió entre las que estaban destinadas a alimentar a los soldados y, aunque había carne, mis soldados quisieron matar una al llegar aquí. El momento en que se realiza esta operación es para mi gente un momento de felicidad; la alegría resplandece en sus rostros y nadie se hace rogar para trabajar; cada uno quiere disfrutar del placer de contribuir a descuartizar el animal y los demás lo rodean, armados con un gran cuchillo; en cuanto el animal muere, todos se lanzan encima de él como los urubús sobre los cadáveres. La idea de poder muy pronto comer carne en gran cantidad es una de las razones del placer que sienten, aunque no es el único; el más grande consiste en matar la vaca y cortarla en pedazos, independientemente de la esperanza de poder, en lo inmediato, satisfacer su glotonería. Debo confesar que esta pasión es una de las que domina en el ánimo de los habitantes de la capitanía de Rio Grande. Matheus repite que cuando se come carne estamos en el paraíso y que no existen otros. Creo que ni el Cielo de Mahoma es tan grosero como éste.

Al Aire Libre, a Orillas del Arroyo Mandiyú, 20 de enero, 5 leguas.- Termómetro a las 2: 27°.- Como las pulgas me devoraban mientras dormía dentro de mi carreta y el lugar era muy incómodo, decidí dormir debajo de ella en mi cama y estoy muy contento con el cambio. La región tiene un terreno desparejo y excelentes pasturas; no hay vacunos, pero sí una cantidad prodigiosa de yeguas cimarronas, muchos ciervos y avestruces. Es gratificante, en medio de estos

Desde Belén, seguimos alejándonos del río Uruguay; lo avizoramos de tanto en tanto ayer y anteayer pero hoy casi no lo hemos perdido de vista. Siempre está bordeado de árboles, pero los árboles no forman más que una estrecha franja y sus riberas apenas son más altas que el nivel del agua. Después de habernos ido de Mandiyú, vimos los vestigios de varias estancias, en especial una con importantes plantaciones de durazneros. Estos lugares han sido destruídos durante la guerra; los propietarios murieron o huyeron; los animales fueron aniquilados y en la actualidad la región está totalmente deshabitada.

Desde Castillos hemos encontrado a menudo huevos de avestruz en los campos con los que hicimos deliciosas tortillas; pero, hasta hoy, no había visto nunca más de dos o tres juntos y siempre depositados directamente sobre el suelo. Hoy hicimos levantar a un avestruz hembra que estaba incubando veintiún huevos sobre un poco de pasto que cubría la tierra y formaba una especie de nido precario.

A unas dos leguas de Mandiyú, encontramos otro arroyo, el de Tacombre que también está bordeado de un monte en el que predomina el Sauce nº 2132 sexto y el Euforbiácea nº 2559 llamado aquí Sarandí. Nada puede igualar las dificultades que tuvimos para atravesar ese arroyo; perdimos casi cuatro horas y se rompió el eje de la carreta. Al llegar aquí me enteré que el baqueano nos había hecho tomar por un camino por donde jamás han pasado carretas y que nos llevaría un día llegar desde aquí al lugar en que el Cuareim es vadeable; deberíamos haber llegado hoy a ese lugar si hubiésemos seguido el camino adecuado. Le hice algunos reproches al baqueano; sin embargo, como no quería que pusiera en contra mía al que lo iba a remplazar, le encargué a Laruotte que le diera algunas monedas de mi portamonedas.

A Laruotte le pareció más sencillo darle todo el dinero que había en dicho portamonedas y, por cierto, este baqueano se debe haber asombrado de ver que se recompensaba de este modo su impericia y la rotura del eje de mi carreta.

Este pobre Laruotte está cada día más tonto y más lento y casi



todos los días pierde algo; nunca está pronto cuando debemos irnos, los soldados le gritan para que se apure pero al otro día de nuevo hay que esperarle.

Guardia del Cuareim, 25 de diciembre. (Hoy pongo esta fecha, porque ha habido errores en las fechas anteriores). A las 2, el termómetro marca 28º.- Por suerte había traído desde Montevideo un eje de recambio; hubo que ponerlo y entonces pasé aquí un día. En este lugar hay un puesto de guardia de unos quince hombres del destacamento de Belén, comandados por un alférez. Sus viviendas, iguales a las de Belén, están ubicadas en la desembocadura de un pequeño arroyo que no tiene nombre y que desemboca en el río Uruguay.

El río tiene, a esta altura, casi el mismo ancho que el Sena en París (a la altura del Jardín de Plantas) y está bordeado por una franja muy estrecha de árboles tupidos y más bien bajos. Desde la guardia, se puede oír el ruido que producen las aguas al encontrar rocas a su paso. El río es vadeable en este lugar y es por aquí que pasaron los tres mil indios de quienes ya he hablado. El pueblo de Cambahí, del cual provenían en su mayoría, está ubicado del otro lado del río Uruguay, a unas leguas de la guardia; hoy en día, el pueblo está ocupado por un destacamento de las tropas de Ramírez.

Los soldados del destacamento que acabo de mencionar a menudo se presentan en la otra ribera del río, invitando a los portugueses a que vengan a visitarlos y a intercambiar con ellos tabaco y yerba mate con sandías, pero los portugueses nunca han respondido a estas invitaciones, actitud que es harto elogiosa por su prudencia si pensamos en la actitud de mala fe que han demostrado tener las tropas españolas durante esta guerra. Lo que no es tan loable, es el permiso que pidió el alférez al mayor para poder atravesar el río e ir a atacar a los españoles.

Me parece probable que Portugal tenga miras sobre la región de Entre Ríos, pero la política del general Lecor tiende a hacer deseable la presencia portuguesa . Llamados por los españoles, ya no pue-

den ser considerados, ni por parte de los nacionales, ni por parte de los extranjeros, como conquistadores sino como libertadores.En cambio, si fueran agresores, los españoles se unirían contra ellos y habría más efusión de sangre. Sin embargo, como no hay un conjunto, ni una unidad en la administración de las provincias portuguesas, no me sorprendería que, mientras Lecor prosigue sus planes con la sensatez y la moderación que ha demostrado tener siempre, estos planes se vieran perturbados por la actitud irreflexiva de los militares de Rio Grande y su animosidad hacia los españoles.

Fuera como fuera, no veo qué gana Portugal si se extiende hasta el Paraná. El río Uruguay, dicen, no es una barrera suficientemente fuerte ya que es vadeable en varios puntos. Pero ¿acaso es tan difícil cuidar en algunos puntos sus propias fronteras? En el caso de que los portugueses extendieran sus dominios hasta el Paraná, deberán mantener tropas en Entre Ríos para contener a los habitantes de la región y también deberán dejar tropas, por la misma razón, en la capitanía de Montevideo. Habrá entonces que aumentar el número de soldados en armas, gastar sumas considerables en un país en ruinas y del cual no se pueden esperar ganancias hasta dentro de mucho tiempo.

Vuelvo a la guardia del Cuareim. Este río desemboca en el Uruguay a una legua aguas abajo de la Guardia y en ese lugar, según me dicen, es casi tan ancho como el río Uruguay. A pesar de las rocas que dificultan su curso, a veces han venido barcas desde las Misiones hasta Salto. El alférez de la guardia me invitó a compartir su comida y pude entonces evaluar la modestísima situación en que viven las tropas acantonadas aquí. Comimos dos veces a lo largo del día: la primera vez, sirvieron una pequeña fuente de pescado con un puñado de fariña y, la segunda vez, algunos bocados de carne asados sobre carbones. Para distraer el hambre, el alférez tomó mate constantemente entre una y otra comida.

Dicen que en el río Uruguay hay muchos peces y pude comprobarlo hoy de noche cuando uno de los soldados del destacamento que había ido a pescar con una caña volvió con una docena de tarariras



de por lo menos un pie y medio de largo. Se puede considerar que las polillas son uno de los azotes de esta región, las casas están llenas de estos insectos que pululan en los cueros y saturan el aire. Me paso abriendo mis baúles y, continuamente, encuentro o larvas o insectos adultos. Aun no han atacado los cuerpos de los pájaros, pero han estropeado varios picos. También han estropeado las alas de varios murciélagos de mi colección; soy muy cuidadoso, constantemente reviso los baúles pero no puedo sacarme de encima a estos insectos odiosos.

ORILLAS DEL RÍO CUAREIM, 26 de enero, desde la 1 hasta las 4 de la tarde, el termómetro marcó 30°.- Hoy fuimos hasta el vado del Cuareim, lugar a donde deberíamos haber llegado anteayer, si hubiéramos contado con un mejor baqueano. Sin seguir ninguna senda, hemos ido avanzando en el campo en forma más o menos paralela al curso de este río; una franja de monte tupido y apretado nos indicaba la dirección del curso de agua. La región es casi llana y está cubierta por excelentes pasturas aunque el pasto no es muy alto pero sí muy espeso. Aun conserva su color verde, pero la única planta en flor que he visto es el Amaryllis n° 2565 ter.

A las diez, hacía tanto calor que los bueyes ya no tenían fuerzas para seguir avanzandoy nos vimos obligados a detenernos delante de una pequeña choza construída por un cabo del destacamento del Cuareim donde piensa tener algunas vacas y hacer algunos plantíos. La choza está construída en forma de horno con las hojas de gramíneas de las que ya he hablado. Pasé allí varias horas, trabajando muy a gusto cerca de la choza, en unos galpones que sirven de vivienda a unos indios que el cabo ha tomado como peones.

Como había hecho mucho calor durante todo el día, sólo pudimos retomar nuestro viaje muy tarde y el sol ya se había puesto cuando llegamos al vado del Cuareim. En ese lugar, el río está bordeado por montes espesos y tupidos, más bien bajos; los troncos tienen, en general, el grosor de nuestros montes bajos cuando tienen 18 años. El Cuareim debe tener aquí el ancho del río Essonne en Pithiviers. No es

muy profundo y corre velozmente sobre un lecho de piedras. Trabajosamente logramos que los bueyes, que estaban sumamente cansados, lo atravesaran. Los soldados, los peones y Firmiano cuidarán, alternándose durante la noche, los bueyes y los caballos.

Al Aire Libre, a orillas de un Arroyo, 27 de enero, 4 leguas ½. Desde las 11 hasta la 1, el termómetro marca 29°.- Región muy llana, tierra arenosa o pedregosa, pasturas bastante buenas, pero pastos bajos y no muy tupidos, algo de vegetación, pero ninguna planta en flor a no ser el Amaryllis n° 2565 ter y el n° 2566. No se ve en el campo ni casas ni ganado; sin embargo, antes había muchas estancias, pero han sido completamente destruídas durante la guerra.

Las manadas de yeguas salvajes siguen siendo frecuentes. Mi baqueano ha atrapado con las boleadoras a un caballo domado y marcado que estaba mezclado con ellas. Hicimos descansar a los bueyes en un lugar húmedo en donde todavía hay algunas flores de agua. Hay algunos árboles y arbustos que forman una espesa mata y todo alrededor se puede ver grandes pastos muy duros que pertenecen a la familia de las Compuestas. Como en Francia, estas últimas son las que florecen más tarde. En Francia, podemos citar como ejemplo: las Ínulas, el Eupatorio, los Áster, etc.

Mientars hacíamos un alto en el camino, sentimos tronar y el cielo se cubrió de nubarrones; esperábamos una tormenta pero todo, felizmente, no pasó de un susto. El lugar en que descansamos está muy cerca de uno de los vados del Uruguay, llamado Paso de San Pedro.

Después de haber retomado el camino, hicimos aproximadamente una legua y media y nos detuvimos cerca de un arroyuelo muy pequeño que no está bordeado por árboles, pero cerca del cual hay varias plantas de Acacias dispersas por el pasto.

Antes de esta última guerra, el Cuareim constituía el límite de la capitanía de Rio Grande; es por eso que recién hoy entramos realmente en ese territorio. Para festejar nuestra llegada a tierras portu-



guesas hice ponche y toda mi gente lo bebió con sumo placer. De nochecita, mis soldados vieron a un hombre que se escondía entre grandes Eryngium que cubrían un pantano que estaba cerca del lugar en que nos habíamos detenido; fueron a buscarlo pero no pudieron alcanzarlo; se trataba probablemente de algún negro fugitivo.

Hoy volví a ver un nido de avestruz con 24 huevos. Cubría un espacio algo hueco, aunque creo que esto se debía, sencillamente, al peso de la madre y de los huevos. Por debajo de éstos, había un poco de pasto muy seco y pisoteado y que, probablemente, era el que recubría la tierra antes que el avestruz pusiera los huevos.

# CAPÍTULO XIV

A orillas del arroyo Santa Ana.- Indio Guaycurú que vi en Belén.- Palabras del dialecto de estos indios.- Reflexiones sobre Portugal y Brasil.- Las polillas, insectos dañinos.- Tigres.- Al aire libre, al borde del arroyo Garapuitá.- Miel de avispas.- Envenenamiento.- Al aire libre, en las nacientes del Garapuitá.- Tres indios comen de la misma miel sin verse afectados.- Esta avispa es llamada lechiguana por los Guaraníes.- Ingratitud de Firmiano.- Incapacidad de los indios de concebir otra cosa que no sea el momento presente.- Al aire libre, cerca del arroyo Imbuá.- Al aire libre, cerca de un arroyo sin nombre.- Estancia de San Marcos.- Rincón de Sanclón.- Costumbres.- Retorno a la barbarie.- No hay religión.



Al Aire Libre, a orillas del Arroyo Santa Ana, 28 de enero, 4 leguas.- Tronó toda la noche y, cada tanto, los relámpagos aparecían en el horizonte como una luz blanca y temblorosa. Sin embargo, sólo empezó a llover al amanecer. Como estábamos en pleno campo, me pareció que era mejor recibir la lluvia prosiguiendo nuestra marcha que quedándonos en el mismo lugar; subí entonces a la carreta y comenzamos a avanzar.

Sólo paró de llover cuando llegamos al arroyo a orillas del cual hicimos un alto pero, durante todo el día, de tanto en tanto, llovía. Yo no podía trabajar en la carreta porque el agua entraba cuando estaba abierta y cuando estaba cerrada no podía ver bien. Todo el día fue triste y desagradable.

En las proximidades hay una guardia de unos pocos soldados del destacamento de Belén; debo dejar aquí al baqueano que me trajo desde el Cuareim y tomar otro pero, lamentablemente, mi guía no sabe dónde está el puesto de guardia. Lo buscó durante más de dos horas aunque sin encontrarlo. Mañana temprano, mi gente deberá ponerse en campaña para intentar dar con estos soldados. No hay nadie que pueda darnos datos, ya que la región está completamente deshabitada. Hay muchas yeguas y avestruces. Mi baqueano dice que también hay muchos tigres en la zona y Matheus vio hoy de noche las huellas de uno de esos animales.

Cuando estaba en Belén, el mayor hizo venir a un Guaycurú que había atravesado, hacía poco tiempo, el río Uruguay para refugiarse en ese campamento. El indio debe tener unos cuarenta años; es alto, muy erguido y tiene algo de nobleza en su fisionomía; su color de piel es cobrizo, su cabeza es grande y muy redonda, sus cabellos muy negros y lacios, sus ojos particularmente arqueados, su pecho sumamente ancho. Lleva como vestimenta un poncho que, atado con un cinturón de cuero alrededor de su cintura, pasa, de un lado, por debajo de una de sus axilas y pro el otro, tiene dos puntas atadas en el hombro. Se podría creer que el hombre intentó imitar la vestimenta de los antiguos romanos. Nos dijo que era de un pueblo llamado San

Javier que, agregó, no está muy lejos de Santa Fe y del Río Salado. Se asombró enormemente cuando le leí las palabras de su lengua que me habían sido transmitidas por las mujeres Guaycurú. Encontró que casi todas eran exactas y me dio otras que transcribo al terminar esta parte.

Luego de haber hablado varias veces con este hombre, me acordé de buscar en el libro de Azara el capítulo dedicado a los Guaycurú y cual no fue mi asombro cuando leí que, cuando el autor hizo ese libro, había sólo un único hombre perteneciente a esa nación; por mi parte, ya he visto dos familias de esa nación: una en Salto y la otra en Belén; también vi en Belén a un niño Guaycurú que no tenía ni padre ni madre. Los portugueses me aseguraron que esa nación distaba mucho de haberse extinguido.

En Belén encontré a un comerciante de Hamburgo que abandonó su país cuando era niño, vivió largo tiempo en Entre Ríos y actualmente, tiene una tienda en Belén. El hombre, a quien todos escuchan en el lugar, me dijo que había visto, en la jurisdicción de Santa Fe, un pueblo llamado Aé-Garras que estaba únicamente poblado por Guaycurúes; agrega que están bautizados, son laboriosos, sus mujeres fabrican diversos tejidos y que son numerosos. Parece extraordinario que Azara se haya equivocado hasta ese punto aunque, quizás fuera posible que hubiera dos naciones con el mismo nombre y que el Guaycurú de Azara perteneciera a otro grupo que los que yo he visto.



## Palabras de la lengua de los Gauycurúes

| | | | |
|---|---|---|---|
| cabeza | *caik* | pescuezo | *cosote* |
| cielo | *pigome* | brazos | *lava*[5] |
| sol | *navarrèra*[1] | dedos | *pallacate* |
| luna | *sirahègo* | mano | *apokenal lakalè* |
| estrellas | *avakatni* | pies | *litil*[6] |
| tierra | *llèva*[2] | pájaro | *cohò* |
| hombre | *iallè* | pez | *nahi* |
| mujer | *alo* | carne | *lahate* |
| niño | *notoleke* | agua | *ivariàke*[7] |
| padre | *ita* | fuego | *annoreke*[8] |
| madre | *ihalè*[3] | caballo | *sipegaka* |
| hijo | *yalèke*[4] | vaca | *vaccà*[9] |
| hija | *yalè* | avestruz | *manik* |
| cabellos | *lavè* | bueno | *iàmacatà* |
| ojos | *gotè* | malo | *naiapèk* |
| nariz | *limèke* | pan | *coippak*[10] |
| boca | *allape* | hoja | *lavè* |
| dientes | *lovè* | negro | *avedack* |
| lengua | *lolegaranote* | blanco | *lallagarèk* |

1- La pronunciación de la "r" es sumamente gutural.
2- La voz se detiene largamente en las dos "l".
3- La voz se eleva al pronunciar la última sílaba.
4- La voz se eleva notoriamente al pronunciar las dos últimas sílabas.
5- La penúltima sílaba es larga, la última se pronuncia con más fuerza y en voz más alta.
6- La última "i" se parece al sonido de una "e".
7- En lahate e ivariàke, la "e" final suena como la "e" muda del francés.
8- La priemra sílaba es muy larga, las demás muy breves, la segunda un poco menos cerrada que la "é" del francés.
9- Se acentúa la última sílaba.
10- Hay una interrupción despues de la priemra sílaba; se pronuncia muy rápidamente la última.

rojo ................ *ettoke*[11]
Dios ................ *Lassigo*
uno ................. *onalek*[12]
Buen día ......... *lacome*
Casa ............... *ivò*

¿De dónde vienes? *matti que gaià?*
Vengo de mi tierra *Sattica quedaia ha*
¿Cuándo es que Ud. quiere ir a su tierra? *malai oppele* ("e" cerrada)
¿Cuándo será que yo podré ver a mi tierra? *mallakio savana ia hà*

iglesia.............. *atamaki*
dormir ............ *sillaco*
comer ............. *canoke*
beber .............. *nieto.*

Le rogué al Guaycurú que me recitara alguna canción en su idioma y que me la explicara. Esto es lo que él me dictó:

*soener netapek solente ia hà*
estoy cantando y me acuerdo de mi tierra

*soener netaco tioi netapek solente ital*
me acuerdo de mi padre y estoy llorando

*tosaden*
¿vivirá?

*otleia aolente ioha*
me acuerdo mucho de mi mujer

11- Se apoya la doble "t".
12- Los demás números no existen; los Guaycurúes utilizan hoy palabras españolas para designarlos.



Las sílabas que indico con un acento grave se pronuncian elevando mucho la voz. Es muy posible que me haya equivocado al separar las palabras que me dictaba el Guaycurú, ya que para distinguir unas de otras sólo disponía de las pausas, casi siempre imperceptibles que, en todos los idiomas, se dejan entre las palabras que se articulan.

Al Aire Libre, a orillas del Arroyo de Santa Ana, 20 de enero. A las 4, el termómetro marca 22°.- Hacia la noche, cuando terminaba este diario, mi gente vio un tigre cerca del lugar en que habíamos encendido fuego y donde quedaban todavía algunos carbones ardiendo. José Marianno le disparó con su pistola, pero no dio en el blanco y el animal se retiró al monte que bordea el arroyo.

Llovió y tronó durante toda la noche y recién a las tres de la tarde hizo buen tiempo. En cuanto amaneció, el baqueano y Joaquim fueron a buscar al puesto de guardia, pero volvieron sin haberlo encontrado. No estaba bajo las órdenes del mayor que manda a las tropas en Belén, sino bajo las del mariscal Abreu; es de creer que la guardia fue retirada sin que el mayor ni el alférez de Belén estuvieran al corriente. Como el baqueano me asegura que no conoce el camino más allá del arroyo de Santa Ana y me dice que esta región está desierta y que no ve rastros de ningún camino, mandaré mañana de mañana a ese hombre hasta el Cuareim con Joaquim Neves, dándole a este último una carta para el alférez en la que le pido que me envíe a otro baqueano que pueda guiarme hasta la estancia más cercana.

Joaquim y el nuevo baqueano no volverán hasta dentro de dos días; viviré entonces los inconvenientes de tener que quedarme durante tres días en un lugar deshabitado y, por ahora, con muy mal tiempo. A decir verdad, desde que estoy aquí, el agua no ha entrado dentro de la carreta, pero dispongo de muy poco espacio y sólo puedo trabajar superando enormes dificultades, temiendo perder, entre mis baúles y mis efectos personales, mi lupa, mis plumas para escribir, mis cortaplumas, etc. Por otra parte, mi carreta se ha convertido en la guarida de insectos dañinos o muy molestos. Las polillas pululan, las

pulgas y las chinches me devoran durante la noche, la carne que cuelgan de la carreta atrae a centenares de moscas que, con la luz, se despiertan y vuelan a mi alrededor, lo cual me molesta muchísimo.

Desde Montevideo, no he visto serpientes, hay muy pocos pájaros en los campos y los que hay en los montes pertenecen a un pequeño número de especies. Hoy vi un gran número de especímenes de la especie que se llama Diagoes en Porto Alegre y también oímos el canto del pájaro que Azara llama Chajá.

En cuanto a los mamíferos, salvo los ciervos, no vemos a ninguno. Todos me habían dicho que, en los campos que acabo de recorrer, abundaba un pequeño tatú que los españoles llaman mulita y que dicen que es muy apetitoso; sin embargo, no hemos visto ni uno solo.

No sé qué ocurre en este momento con Portugal. El rey quiere mucho al Brasil y se ha adaptado a su manera de vivir desde que está en Río de Janeiro, lo cual hace que le resulte difícil volver a Lisboa. Pero si él o sus hijos toman esta decisión, la casa de Braganza perderá muy pronto el Brasil, y sus provincias, como las colonias españolas, serán el escenario de discordias intestinas. El temor a volver a caer bajo la dependencia de Portugal llevará a los brasileros a rebelarse o, al menos, a usar esta situación como pretexto. Pero, como la obediencia que las diferentes provincias del Brasil deben a su soberano es el único lazo que las une, es evidente que se separarán si ese lazo no subsistiese. Sin hablar de Pará y de Pernambuco, la capitanía de Minas Gerais y la de Rio Grande, menos alejadas, difieren entre sí más que Francia e Inglaterra; ¿cómo los habitantes, abandonados a sí mismos, podrían entenderse y formar, en conjunto, un mismo Estado? No citemos el ejemplo de Estados Unidos, no se puede comparar a sectarios entusiastas con hombres que en su mayoría carecen de moral y virtudes. Los brasileros, tomados en masa, están, por cierto, muy por encima de los americanos españoles; sin embargo, no hay entre ellos un verdadero patriotismo; no los creo tampoco capaces de impulsos generosos. En una insurrección, habrá jefes ambiciosos que formarán partidos, reuniendo a su alrededor a esa gran cantidad de gente ociosa y sin



fortuna que pulula en Brasil; estas tropas y sus jefes serán, sin duda, más inteligentes que los de Artigas, pero igual harán daño y Brasil caerá en una anarquía casi semejante a la que asola a las colonias españolas.

Al Aire Libre, a orillas del Arroyo Santa Ana, 30 de enero. Desde la 1 hasta las 4, el termómetro marca 26°.- Como lo había pensado, hoy de mañana hice que el baqueano y Joaquim se fueran para la guardia del Cuareim; antes de que se pusieran en marcha, Matheus vino a decirnos que acababa de ver cuatro tigres, dos grandes y dos más chicos, que estaban comiendo al mejor de mis caballos. Los perseguimos, pero se retiraron a los montes que bordean el arroyo.

Muy temprano, hice limpiar la carreta y matar las polillas que había adentro; yo mismo revisé los baúles y maté gran cantidad de estos insectos, pero este esfuerzo fue inútil; otros volvieron en el correr del día; había por todos lados, revoloteando, y, esta noche,al levantar por casualidad uno de los baúles, encontré debajo un sinnúmero de estos insectos, aunque no habíamos dejado vivo ni a uno solo durante la revisación que hicimos hoy de mañana. Cuando terminamos la revisación, monté a caballo con Matheus y fui a pasearme por las orillas del río Uruguay que está muy cerca del paso de Santa Ana. Este río debe tener aproximadamente el mismo ancho que el Sena pasando París, corre apaciblemente, describiendo amplias y elegantes sinuosidades. Las orillas son poco elevadas respecto al lecho del río y están cubiertas solamente por arbustos dispersos; cerca del río, las pasturas han conservado su frescura, pero la parte que está más cerca del río está cubierta, casi exclusivamente, por esa gramínea de hojas rígidas y cortantes con las que se construyen las viviendas en Salto, Belén, etc.

A orillas del río, vimos las huellas de varios tigres, reconocimos el lugar en que se habían acostado en el pasto; también vimos en las pasturas las osamentas de varios caballos y ciervos que habían sido comidos. Cuando un animal muere naturalmente, sus huesos quedan

unos al lado de otros, pero los que hemos visto estaban dispersos por aquí y por allá; reconocimos en los cráneos los agujeros que habían hecho las uñas y las patas de los tigres. Nunca había visto tantos ciervos como vi hoy durante mi paseo, los había por todas partes y pudimos contar hasta unos treinta ejemplares juntos en un grupo.

Al Aire Libre, a orillas del Arroyo de Garapuitá, 1° de febrero.- Al no haber podido escribir este diario ayer de noche, aprovecho entonces, para hacerlo, el rato en que nos detenemos para hacer descansar a los bueyes. Muy temprano, fui a caballo a herborizar, acompañado por Matheus y José Marianno. Durante bastante rato seguimos las orillas del río Santa Ana, lo atravesamos y, del otro lado, encontramos pasturas semejantes a las que acabábamos de recorrer; el pasto está bastante verde, lo que debe atribuirse, sin duda, a las lluvias recientes; no es muy alto pero es de excelente calidad; no hay ni una flor y el terreno es muy parejo.

Al llegar cerca de un lugar húmedo, cubierto por la gramínea que se emplea en Brasil para cubrir las casas rústicas, nuestros caballos se negaron a seguir avanzando; todos sus movimientos anunciaban el terror: su respiración era agitada y por estos signos consideramos que había algún tigre acostado en el pasto. En efecto, no muy lejos, reconocimos las huellas de uno de esos animales en la tierra. Siguiendo nuestra ruta, atravesamos un arroyo llamado Guarapitá, bordeado por árboles. Lo seguimos hasta su desembocadura en el río Uruguay y encontramos en sus riberas un gran número de barracones abandonados y semidestruídos. Entramos en uno de ellos y encontramos dos bolsas de cuero y un gorro frigio, hecho con tela gris rústica, lo cual parecía mostrar que españoles insurgentes habían estado acantonados aquí durante la guerra. Estas especies de chozas estaban construídas como las de los indios salvajes o como las que los viajeros suelen construir cuando pasan la noche en un bosque, es decir que formaban como pequeños soportes de 3 o 4 pies, sobre los que se ponen ramas.



Al llegar a la desembocadura del Garapuitá, seguimos el río Uruguay que debe tener en este lugar el mismo ancho que el río Loiret antes de Poutil y que está bordeado por una estrecha franja de vegetación. Encontramos una piragüa en la ribera y como habíamos visto cerca del arroyo de Santa Ana algunos jinetes que galopaban a lo lejos, llegamos a la conclusión, bastante razonable, de que eran españoles y que habían utilizado la piragüa para atravesar el río. Seguimos caminando y descubrimos un pequeño corral y vimos unos hombres que, cuando nos vieron, se escondieron entre los árboles. Mis compañeros decidieron entonces que eran insurgentes españoles; pero, no viendo muy claro por qué habrían venido a establecerse en estas regiones tan desoladas, pensé más bien que podrían ser algunos de esos indios que han venido recientemente a refugiarse de este lado del río Uruguay. "Si sólo estuviéramos nosotros dos, dijo José Marianno a Matheus, iríamos hasta allí." Esta incursión me parecía inútil pero, considerando que era esencial que mi gente me creyera tan lleno de coraje como ellos, dije que aceptaba esa idea y que iríamos a buscarlos. Vimos el corral y algunas chozas pero no vimos a nadie. El baqueano, que llegó ayer de noche, me dijo que era aquí donde había estado la guardia pero que, probablemente, se había retirado; nadie se presentó cuando nos acercamos y, como yo lo pensaba, algunos indios deben haber tomado el lugar de los soldados.

Al volver, pasamos cerca del lugar en el que nuestros caballos habían dado muestras de espanto aunque, esta vez, transitaron sin dificultad, lo que prueba que lo que les provocó el miedo ya no estaba más. No estaba muy tranquilo respecto a la carreta; si los hombres que habíamos visto galopar a lo lejos eran españoles, podían atacarla en nuestra ausencia, ya que para defenderla sólo había hombres que pueden ser considerados como niños. Fue con gran alegría y satisfacción que encontré todo como lo había dejado.

En cuanto llegamos, José Marianno y Matheus volvieron a montar a caballo sin decirme una palabra; empecé a imaginarme que se les había ocurrido ir a buscar a esos hombres que habíamos visto

esconderse en el monte cuando nos acercamos y comencé a temer que cometieran una imprudencia. Me pùse a comer y muy pronto volvieron. Durante nuestro paseo de la víspera, habíamos pasado cerca de un camoatí suspendido de un arbusto a un pie y medio, aproximadamente, del suelo; el camoatí era de forma más o menos oval, del tamaño de una cabeza y de consistencia acartonada como la de los avisperos de Europa. Matheus y José Marianno habían ido a destruir estos panales para extraer la miel.

Los tres la comimos. Según José Marianno, fui el que comió más aunque creo que no llegué a comer ni dos cucharadas. Muy pronto sentí dolor de estómago, un dolor más molesto que fuerte, me acosté en el piso bajo la carreta con la cabeza apoyada en mi cartapacio y caí en una especie de sueño extático durante el cual me vi transportado hasta los lugares celestiales; oí una voz que decía: "No todo está perdido, un ángel lo protege." En ese instante, mi hermana me tomó de la mano. Estaba vestida de blanco, llevaba un cinturón alrededor del talle y su rostro transmitía una impresión de calma y serenidad indecibles; me tomó de la mano sin mirarme y en silencio me condujo ante el tribunal de Dios. Recordé las últimas palabras de la parábola del Buen Pastor y me desperté.

Me levanté, pero me sentía tan débil que apenas pude hacer cincuenta pasos, volví bajo la carreta y me acosté nuevamente con el rostro bañado en lágrimas que atribuía al enternecimiento que me había causado el sueño que acabo de relatar. Me avergoncé de esa debilidad y me puse a sonreir; pero, a pesar mío, esa sonrisa, al prolongarse, se tornó convulsiva; escondí entonces la cabeza para que mi gente no la notara. Todavía tuve fuerzas para dar algunas órdenes a Firmiano y, entre tanto, José Marianno llegó. Me dijo, con un tono alegre, aunque algo extraviado, que estaba borracho y que andaba por el bosque hacía media hora. Se sentó entonces bajo la carreta, apoyándose contra la rueda y me invitó a sentarme a su lado. Me arrastré hasta ese lugar con gran dificultad; me sentía sumamente débil y apoyé la cabeza en el hombro de José Marianno.



Entonces empezó la más cruel agonía; una espesa nube me obstruía la vista y sólo podía ver el azul del cielo mezclado con algunas nubes y los rasgos de mi gente. Estaba extremadamente débil, no tenía dolores, pero si las angustias que preceden a la muerte. Sin embargo, recordé todo lo que había visto y oído y el relato que de este momento me ha hechoLaruotte coincide a la perfección con mis recuerdos. "Pronto van a hacer dos años, dije a José Marianno, que le cerramos los ojos a mi amigo; hoy ustedes van recoger mi último suspiro. –Yo tampoco me siento bien, me respondió, vamos a morir juntos en este desierto." Pedí que me trajeran vinagre concentrado, lo aspiré varias veces, me reanimaba momentáneamente pero muy pronto recaía en el mismo abatimiento. Laruotte no estaba cuando comencé a caer en ese estado, pero lo hice llamar y me cuidó como pudo. Además de él, tenía a mi alrededor a Firmiano, el peón indio, Matheus y José Marianno que tampoco se sentían bien.

"Amigos míos, les dije en portugués, siento que voy a morir en este desierto, lejos de mi familia y de mi país, las sombras de la muerte me rodean, voy a ir al encuentro de esos ángeles que me llaman para que los siga. Yo no fui malo, nunca le hice mal a nadie, mis errores serán juzgados por Dios que me perdonará, eso espero, o que quizás me castigue." Un combate cruel pero de breve duración se libró en mi alma. "Mi madre y mi sobrino no precisan de mí. Pero este pobre Firmiano, que saqué de su región, ¿qué suerte correrá cuando yo ya no esté? Matheus, recomiéndalo al conde de Figueira; que no se convierta en esclavo de nadie." Quise alejarlo, pero luego lo volví a llamar cerca de mí y vi en su rostro algunas lágrimas. "Matheus, le perdono el daño que me ha hecho. Laruotte, usted sabe que mis colecciones pertenecen al Museo de Historia Natural; mis manuscritos deben ser entregados a mi familia."

El sueño que había tenido cuando había comenzado a caer en este estado se presentaba, incesantemente, a mi mente y me sentí como impulsado por una fuerza invisible a contarlo. Lo que acabo de narrar no fue dicho por mí de modo seguido, tal como lo escribí, sino con

largas interrupciones y con palabras entrecortadas. Hubiera querido hablar en francés, pero sólo se presentaban a mi memoria palabras en portugués, e incluso cuando me dirigía a Laruotte, le hablaba casi siempre en portugués.

Cuando comencé a caer en ese estado tan singular, trataba de tomar agua con vinagre pero, como no me sentía mejor, pedía agua tibia para ver si podía vomitar la miel que tanto daño me había hecho. Me di cuenta que cada vez que tomaba esta mezcla, la nube que tenía delante de los ojos se disipaba por unos instantes; me puse entonces a tomar grandes tragos, casi sin interrupción. Según lo que me ha dicho Laruotte, debo haber tomado unos ocho litros.

Insistentemente, le pedía a Laruotte un vomitivo; buscó uno en los baúles; pero, como estaba perturbado por lo que acontecía, no pudo encontrarlo. Como él estaba en la carreta y yo debajo, no podía verlo; sin embargo, me parecía que estaba delante de mí y le reprochaba su lentitud; es el único error en que caí durante esa larga agonía.

Entretanto, José Marianno se levantó sin que yo me diera cuenta, pero muy pronto mis oídos pudieron escuchar los gritos que profería; en ese momento, me sentía un poco mejor, la nube que cubría mis ojos se hizo más tenue y pude ver todos los movimientos que él hacía. Con furia, desgarró su ropa, quedó completamente desnudo, tomó el fusil y tiró un tiro. Matheus le arrancó el arma; entonces se puso a correr por el campo, pidiendo auxilio, con todas sus fuerzas, a Nuestra Señora Aparecida, pidiendo sus armas, gritando que todo el campo se había prendido fuego, que iban a dejar quemar los baúles, que había que cerrarlos. El peón indio trató de retenerlo pero, viendo que no lo lograba, optó por irse.

Hasta entonces, Matheus me había prodigado sus cuidados constantemente pero él mismo empezó a estar muy enfermo; sin embargo, como había vomitado muy pronto y es de naturaleza robusta, rápidamente recobró sus fuerzas, lo cual no quiere decir que estuviera completamente restablecido. Después, Laruotte me dijo que la expresión de su rostro daba pavor y que estaba sumamente pálido. De golpe dijo: "Voy a ir a avisarle a la guardia lo que está ocurriendo". Era una locura ya que él y nosotros estábamos a diez leguas de la guardia y ya era de tarde. Matheus montó a caballo y se puso a galopar por el campo; muy pronto Laruotte lo vio caer, levantarse, ponerse a galopar nuevamente, volverse a caer y, unas horas más tarde, lo encontramos durmiendo profundamente en el lugar en que se había caído.



Sentí que estaba agonizando con un loco furioso y dos niños para cuidarme, porque Laruotte y Firmiano no pueden ser considerados como adultos. La situación de José Marianno me preocupaba mucho; simultáneamente pensaba que no era imposible que los españoles vinieran a atacarnos y este temor acabó de perturbarme. Cuando estaba en lo peor, me pareció ver al perro del guía que se había ido hacía dos días. Les pregunté a Laruotte y Firmiano si no era una ilusión, me aseguraron que no, pensé entonces, esperanzado, que Joaquim llegaría con el nuevo guía; esta idea me reanimó y todo el tiempo preguntaba si no veían llegar a alguien.

Entretanto, José Marianno vino a sentarse cerca de mí; estaba más tranquilo y se había puesto algo alrededor de la cintura. " Amo, deme agua, me decía, tengo mucha fiebre.- Usted ve, mi amigo, lo enfermo que estoy pero el arroyo está cerca de aquí.-Abráceme, amo; hace tanto tiempo que estoy con usted y siempre fui su fiel servidor." Le agarré la mano y le dije unas palabras para que se tranquilizara.

Yo había tomado una enorme cantidad de agua tibia que terminó por surtir efecto; vomité con mucha agua una parte de los alimentos que había comido de mañana. Me sentía mucho mejor, distinguía muy claramente la carreta, las pasturas y los árboles; la nube cubría sólo la parte superior de los objetos; a veces, la nube bajaba un tanto, pero pronto volvía a subir. Me di cuenta que estaba casi desnudo y me dio vergüenza. Miré mis manos y vi, con satisfacción, que se movían. Las fuerzas que todavía veía en José Marianno me daban seguridad aunque también me atormentaba atrozmente ver a ese hombre en ese estado; en lo que a mí respecta, pensé que nunca más iba a gozar del ejercicio pleno de mi razón. Un segundo vómito me alivió todavía

más que el primero. Distinguía los objetos con mayor claridad aun y podía, si lo deseaba, hablar tanto en francés como en portugués; mis ideas se fueron serenando y le indiqué con más claridad a Laruotte dónde podía encontrar un vomitivo. Lo tomé en tres veces y terminé de arrojar todos los alimentos que había comido, junto con cataratas de agua. Hasta el momento en que devolví la tercera porción de vomitivo, experimentaba una especie de placer en tomar agua caliente, pero después empezó a repugnarme y dejé de beber.

Durante unos instantes, sentí un aletargamiento en los dedos, pero fue de corta duración. La nube desapareció por completo, mis ideas se aclararon del todo y, si no fuera que todavía me sentía algo débil, estaba curado. Mandé hacer té y tomé tres tazas, luego me levanté, me paseé, me puse a correr y fui el primero en reirme de todo lo que acababa de ocurrir. Más o menos en el momento en que yo empecé a recuperarme totalmente, José Marianno, de golpe, recuperó la razón. Tomó nuevas ropas, dijo al peón indio que había que ir a buscar a Matheus, montó a caballo y muy pronto lo trajo de vuelta.

Presumo que eran las diez de la mañana cuando comí la miel y recién me sentí completamente restablecido cuando el sol se puso. Al caer la noche, llegaron Joaquim y el nuevo baqueano. Yo precisaba descansar, me acosté y entonces sentí lo importante que es estar en familia. Mi gente sabía lo enfermo que había estado, cómo necesitaba descansar; sin embargo, no dejaron de hacer ruido al lado mío hasta altas horas de la noche. Los mosquitos, que abundan desde las lluvias, me impidieron dormir el resto de la noche.

AL AIRE LIBRE, EN LAS NACIENTES DEL ARROYO GARAPUITÁ, 1° de febrero, 2 leguas y ½. A las 2, el termómetro marca 26°.- Hemos hecho dos leguas esta mañana; de tarde sólo hicimos media legua, para tener tiempo de matar una vaca. No es el hecho de haber podido recorrer una distancia mayor sino que los soldados que me acompañan no saben lo que es el orden ni la economía. Ellos son felices cuando tiran, desperdician, dejan. No se diferencian en esto de Firmiano y,



si les hubiera encargado cuidar y arreglar mis baúles, estoy seguro que todos estarían destrozados.

Hoy de mañana me enteré que tres de los caballos de la Corona que me habían prestado en Belén se habían unido a una manada de yeguas salvajes. La yegua que me acompaña desde Santa Teresa fue, esta noche, atacada por un tigre y lleva las huellas de sus garras en varias partes de su cuerpo; la yegua tenía puesta una traba y, probablemente, si pudo escapar a un enemigo tan peligroso, es porque los caballos la deben haber defendido; encontraron a todos los caballos rodeándola como si hubieran querido hacer una muralla con sus cuerpos, lo cual parece probar lo dicho.

Hoy de mañana estaba algo débil, pero pronto me recuperé y de tarde ya estaba como siempre. Sin embargo, lo que aconteció ayer no se me iba de la mente, pensé todo el día en eso y terminé muy decaído. Matheus se queja de estar sordo de una oreja, José Marianno dice que se siente sumamente débil y que le parece que todo su cuerpo está recubierto de jarabe.

Hasta el lugar en que hicimos un alto esta mañana, pasamos por lugares en donde yo ya había estado en mi paseo de ayer de mañana. Para venir hasta aquí, seguimos las orillas del Garapuitá hasta sus nacientes.

Había dicho a Matheus que me gustaría tener algunas abejas de la especie que produce la miel de efectos tan funestos. Poco antes de llegar aquí, vio un camoatí y me llamó. Este camoatí era absolutamente semejante al otro, de la misma forma, la misma consistencia y suspendido, como el otro, de la rama con espinas de un pequeño arbusto. De tarde, Matheus se envolvió en su poncho y acompañado por Firmiano, fue a buscar el nido de abejas; volvió muy poco después con dos avispas que guardé cuidadosamente y un gran número de trozos semejantes a los que yo había comido, también llenos de una miel rojiza.

Me dijo que Firmiano y un pequeño peón indio que acompañaba al baqueano habían comido grandes cantidades de esta miel. Pri-

mero creí que estaba bromeando. Pero no, era verdad. Firmiano lo confirmó e inmediatamente después mi peón indio se puso a comer de esa miel delante de mí. Había allí tres hombres blancos de los cuales sólo dos saben lo que nos ocurrió porque nosotros se lo contamos; al ver la miel parecieron sentir miedo. Mis dos indios, en cambio, fueron testigos del peligro atroz por el que habíamos pasado y, sin embargo, se exponían dmuy contentos sin estar impulsados por una tentación muy fuerte, ya que, si se dieran el trabajo de buscar, encontrarían con facilidad otra miel tan dulce como ésta, pero que podrían comer sin temor. ¿Acaso esto no termina por confirmar lo que ya me ha sido probado por la vía de los hechos, es decir, que los indios viven completamente en el presente, no tienen idea del futuro y carecen totalmente de previsión?

No pude evitar mostrarle a mis dos peones toda mi indignación y mi desprecio. Están tranquilos como si nada y a mí me devora la preocupación por lo que les ocurrirá. Saqué dos vomitivos de los baúles y ya me disponía a pasar la noche en pie. Me asombraba, sin embargo, que ya hacía más de dos horas que habían comido la miel, des pués habían cenado y todavía no se quejaban de nada.

AL AIRE LIBRE, EN LASNACIENTES DEL ARROYO GARAPUITÁ, 2 de febrero.- La preocupación por mis indios siguió creciendo cuando terminé de escribir este diario y ya no tuve nada que me distrajera. Temía que Firmiano, al que ya no oía hubiera caído en un sopor letárgico y recordé, no sin dolor, que no era bautizado. Yo iba a bajar de la carreta para cerciorarme del estado en que se encontraba cuando oí al peón que iba a encargarse de cuidar a los caballos. Le pregunté cómo se sentía y me dijo que no había sentido el más mínimo dolor. Fui a acostarme y hoy de mañana me enteré, asombrado, que los tres indios no habían sentido ningún malestar. Sin embargo, la miel que comieron es absolutamente semejante a la que tanto daño nos hizo. Los dos camoatíes son idénticos y todos han reconocido a las abejas como siendo de la especie que los Guaraníes llaman Lechiguana.¿Cómo es



posible que hayamos estado tan enfermos y que esos hombres no se hayan sentido indispuestos en lo más mínimo? Es difícil admitir que esto se deba a la organización diferente que existe entre los indios y los blancos, ya que José Marianno es un mestizo de indio y mulato. Se puede suponer que las abejas lechiguana no siempre retiran la miel de las mismas sustancias, pero, ¿cómo pensar que esta miel pueda ser, para el hombre, a veces un terrible veneno y, a veces un alimento agradable y que no produzca los mismos efectos en los insectos que extraen de ella su alimento? Hay aquí algo maravilloso que no logro explicarme y que es tan sorprendente como los síntomas extraordinarios que ayer experimentamos yo y mis dos sirvientes.

La lluvia comenzó ayer de tarde y duró toda la noche; me disponía, sin embargo, a ponerme en marcha cuando vinieron a decirme que faltaban ocho de mis caballos. Después de buscarlos durante todo el día, Matheus los vio en medio de una manada de yeguas salvajes, se pusieron en campaña con Joaquim y José Marianno y recuperaron a cuatro.

Hoy, Firmiano me faltó el respeto de la manera más grosera y me vi obligado a golpearlo. El hombre había visto ayer que en medio de mi atroz agonía pensaba casi exclusivamente en él y que a punto de morir, me atormentaba la idea de dejarlo sin apoyo; hoy ya se olvidó de todo. Los blancos son ingratos porque el reconocer que se ha recibido un favor, es reconocer su propia inferioridad, lo que siempre hiere el amor propio, pero en el caso de los blancos, la ingratitud es el fruto de la reflexión, una reflexión generalmente tardía; al cabo de un día, todavía no han olvidado el favor recibido, contrariamente a lo que ocurrió en el caso de Firmiano. Los negros esclavos pueden ser agradecidos, porque el reconocer su inferioridad no les cuesta nada y, además, no pierden la idea de pasado. No es que los indios olviden el favor, sino que no extraen ninguna consecuencia para el futuro; para ellos, los favores desempeñan el mismo papel que los sueños para nosotros; los recordamos bien, pero no les damos importancia. Es por esta razón que es difícil que los indios sean agradecidos, porque

para serlo, necesariamente, se deben extraer conclusiones del pasado y proyectarlas al presente.

AL AIRE LIBRE, CERCA DEL ARROYO IMBUÁ, 3 de febrero, 5 leguas.- Hace dos noches un tigre había estado rondando alrededor del fuego que habíamos encendido, pero esta noche no reapareció. Todavía llovía cundo nos fuimos. Subí a la carreta, pero muy pronto el tiempo mejoró e hice el resto del camino a caballo. La región que hoy recorrí es la más pareja que haya atravesado desde Montevideo, tan pareja como las llanuras de la Beauce.

Como en estos campos hay una enorme cantidad de yeguas salvajes, la hierba en la que pastan constantemente no es muy alta. Es una gramilla rala y, en este momento, tiene un hermoso color verde; había pocas especies de plantas en flor, pero hay una gran cantidad de especímenes que tienen actualmente las suyas en flor. Es la Acantácea enana n° 2578, es el Narciso n° 2565 ter, son las Amaryllis n° 2566 y otra especie que no he descrito, una planta que apenas se alza por encima del suelo y cuyos cálices y corolas, entremezcladas con la gramilla, la colorean de rojo, amarillo, rosa y blanco.

Hicimos un alto cerca de un arroyo llamado Itapuitatuocai, bordeado por árboles y luego, siguiendo nuestro camino, vinimos a pasar la noche en medio de las ruinas de una estancia que se encuentra a unos cien pasos del río Imbuá.

Según lo que me ha dicho el baqueano, los campos que recorrí desde Belén y en los que sólo viven, actualmente, tigres, ciervos, avestruces y yeguas salvajes, eran antes habitadas por varios estancieros portugueses, pero sus viviendas fueron destruídas dos veces por los Gauchos durante la guerra y todavía no han tenido la fuerza de volverlas a recontruir por tercera vez.

AL AIRE LIBRE, AL BORDE DE UN RÍO QUE NO TIENE NOMBRE, 4 de febrero, 5 leguas.- Desde la colina en la que está construída la estancia en que pasamos la noche de ayer, se puede ver, de un lado, una vasta



extensión de pasturas y del otro, un ancho valle por el que pasa el arroyo Imbuá. Al descender al valle, seguimos durante un rato el lecho del arroyo remontándonos hasta sus nacientes. Tuvimos dificultades en atravesarlo, sin embargo logramos hacerlo sin que hubiera algún accidente. Este arroyo está bordeado por un monte espeso y tupido.

Del otro lado, encontramos una región completamente diferente de la que recorrimos ayer, quizás se trate de la región que presenta el terreno más accidentado que hayamos visto desde Montevideo. Hay valles profundos, barrancas cavadas por las aguas de lluvia, un terreno pedregoso, pasturas escasas y ralas.

El campo no presenta aquí esa lozanía que he encontrado en casi todos lados a lo largo de mi viaje, es un lugar sombrío; esto no se debe sólo a lo desparejo del terreno y a su esterilidad, sino también al color negruzco de las piedras diseminadas entre las pasturas; enormes manadas de yeguas salvajes están dispersas por los campos y son lo único que da un poco de vida al lugar. Hicimos un alto al borde de un arroyuelo que ni siquiera tiene nombre, pero que, sin embargo, está bordeado por una franja de monte.

ESTANCIA DE SAN MARCOS, 5 de febrero, 4 leguas.- El terreno ya no es desparejo ni pedregoso pero las pasturas no son muy altas; esto se debe, sin duda, al hecho de que una inmensa cantidad de yeguas salvajes comen constantemente esas pasturas. En este momento, tienen un hermoso color verde como el que tanto admiré en los campos de Maldonado o de Rocha, cuando los atravesé al principio de la primavera y desde hacía tiempo no veía tantas flores.

Cuando estaba cerca de un arroyo que se llama Toropasso, el baqueano me pidió permiso para retirarse; yo se lo dí. El hombre lleva consigo a una india pequeña y muy bonita, que debe tener entre catorce y quince años, acompañada por su madre y un hermano de corta edad. El baqueano posee cerca de aquí una estancia y el alférez de la guardia le permitió pasar unos días allí; es casado, tiene a su mujer en

la estancia y sin embargo, se dirige hacia allí con la india. Casi todos los soldados acantonados en esta parte de la frontera sur están ligados con mujeres indias. Ellas ceden fácilmente a los requerimientos de los hombres y su docilidad, incluso su insignificancia, atraen a hombres rústicos que no quieren otra cosa que instrumentos de placer. Pero, repito, estas mezclas harán que la capitanía de Rio Grande pierda su mayor ventaja, es decir, la de tener una población casi sin mezcla. Los niños nacidos de la unión de padres blancos y de indias Guaraníes ya no tendrán la docilidad que es, tal vez, la única virtud de esta nación india; educados por las mujeres, más bien dicho, abandonados a sí mismos, tendrán todos lo vicios de los indios y de los blancos.

En realidad, el baqueano, como lo supe después, no nos había conducido al verdadero vado. Mi gente se vio obligada a trabajar durante varias horas para poder darle paso a la carreta a través del monte que bordea el arroyo; hubo que descargarla para que pudiera atraversarlo y no sé cómo no se rompió en pedazos.

Aproximadamente a media legua del arroyo, encontramos una estancia en la que nos detuvimos. Desde hacía casi diez días, no había visto ninguna casa ni tampoco personas, a no ser mi gente y los baqueanos; sentí un verdadero placer al ver, por fin, unas chozas. No se le puede dar otro nombre a las míseras viviendas que componen esta estancia. Hay una media docena en las que viven algunas de esas familias indias que se han ido, recientemente, de Entre Ríos. La choza más grande, hecha de paja como las demás, tiene, sin embargo, la forma de una casa, pero es tan pequeña que sólo cabrían cinco o seis personas. Un pequeño banco y un jergón constituyen todo el amoblamiento; la puerta es la única abertura que tiene. Por otra parte, el propietario, que no sabe quien soy, me recibió muy bien; me ofreció carne y me dijo que mañana me conduciría hasta la estancia más próxima. El hombre, como la mayoría de los habitantes de la capitanía de Rio Grande, hizo varias campañas militares contra los españoles y, aunque siempre fue soldado raso, ha pasado casi toda su vida sirviendo al rey. Su estancia fue destruída durante la guerra y hace



unos pocos meses que ha regresado. Parece que sigue la costumbre generalizada en esta región porque, cuando llegué, encontré en la puerta de su cuarto a una india bastante bonita y bastante bien arreglada que se balanceaba en una hamaca y que, desde que estoy, ha entrado varias veces a su cuarto.

RINCÓN DE SANCLÓN, 6 de febrero, 4 leguas.- Tal como me lo había prometido nuestro anfitrión de ayer de noche, me sirvió de guía para venir hasta aquí. La región que recorrimos para llegar hasta aquí es completamente llana y cubierta por un pasto ralo. En este momento, es de un hermoso color verde y tuvo el placer de volver a ver muchas flores. La vegetación de este lugar no tiene nada en común con la de Europa, y estoy convencido que, entre las plantas que recojo, hay muchas que ya encontré en los campos de Brasil. Según lo que me dice el baqueano, sólo después de las lluvias los campos han retomado su verdor ya que antes, estaban amarillos y resecos.

La estancia en que hice un alto pertenece al alférez que dirige la guardia de Santa Ana que tanto he buscado sin encontrarla. La guardia fue cambiada, está ubicada a unas dos leguas de aquí y el alférez puede venir a su casa cuando quiere. Su estancia que, como tantas otras, fue destruída durante la guerra, se compone actualmente por unas míseras chozas que en su mayoría están habitadas por familias indias que llegaron recientemente del pueblo de Yapeyú.

Los estancieros de esta región que no tienen esclavos han sabido aprovechar de la emigración de los indios para emplearlos como peones. Todos reconocen que los Guaraníes se adecuan muy bien a esta situación; saben montar a caballo, les gusta esta actividad y varios saben domar caballos. Su absoluta docilidad es también una cualidad que hace que sean muy buscados como sirvientes.

Los indios que he encontrado por aquí sólo han usado, durante el día un simple pantalón de tela de algodón. Los hombres estaban sentados en el suelo y las mujeres se balanceaban en pequeñas hamacas de lana que ellas mismas confeccionan. El alférez alaba su suavi-

dad, aunque no su inteligencia; dice que no tienen muchas ataduras y que no son muy agradecidos; incluso agrega que no sienten mucho afecto entre sí y dice que una prueba de esta actitud es la facilidad con que abandonan sus niños a los hombres blancos, ignorando cómno van a ser tratados o qué futuro tendrán.

Le he preguntado a algunos de los Guaraníes que están aquí si habían oído hablar a sus mayores de los Jesuitas, pero me han dicho que no. Sin embargo, no han perdido todos los hábitos que les habían dado los Padres de la Compañía de Jesús. Las madres y los padres siguen enseñando a sus hijos a rezar en lengua vernácula y les hacen recitar sus oraciones todos los días. Los más jóvenes sólo saben montar a caballo, pero los hombres de cierta edad no son ajenos a los trabajos agrícolas. El alférez me decía que hay aquí un hombre de unos sesenta años que tenía, en su región, plantaciones importantes de trigo, cebada y maíz.

El pueblo de Yapeyú, de donde vinieron los indios que hay aquí, está situado a dos leguas de esta estancia, en la margen derecha del río Uruguay y era uno de los más importantes de las Misiones jesuíticas de Entre Ríos; es posible imaginar esto: está tan sólo a dos leguas de aquí y sin embargo, Paysandú, que está tan lejos, era, antes, una de las estancias de este pueblo. Las tierras de la estancia del alférez también formaban parte de este territorio y sólo desde la campaña de don Diogo consiguió la autorización para establecerse aquí.

Durante todo el día estuvo tormentoso y de noche empezaron los truenos y la lluvia. Como la choza del alférez no tiene puerta, hizo cerrar la entrada con un cuero, pero el agua igual seguía cayendo por todas partes. Como esta mísera choza está todavía mejor cerrada que las de los indios, algunos milicianos que están aquí con el alférez vinieron a pasar la noche. Todos se acostaron sobre camastros hechos con cañas de bambú.

En todo Brasil, nadie se desviste completamente para acostarse y las mejores camas se reducen a un simple jergón de chala, pero aquí ni siquiera se precisa eso; cada quien lleva su cama consigo, mejor



dicho, encuentra su cama en el apero del caballo. Extiende en el piso ese gran pedazo de cuero llamado carona, y el lomillo les sirve de almohada. Sobre la carona pone su chambergo, su cincha y se acuesta sobre este simple lecho envuelto en su poncho, con la cabeza descubierta.

Rincón de Sanclón, 7 de febrero.- Ayer, al llegar aquí, consulté al alférez sobre el camino que debía seguir. Desde las lluvias, el río Uruguay no es más vadeable y me veo obligado a esperar que traigan piragüas. Veo que avanza la estación, que va a llegar la de las lluvias y tiemblo de pensar que los ríos crecidos no me darán paso entre las Misiones y Porto Alegre.

Cuando estaba en Belén, podía elegir entre dos caminos: o alejarme de la costa y pasar pro el pueblo llamado Capilla de Alegrete o, como lo hice, seguir las orillas del río Uruguay. Preferí este último camino porque me pareció el más corto pero, dadas las circunstancias, este último camino me tomará mucho más tiempo.

Hoy de mañana, el alférez me preguntó si quería compartir su comida; hizo traer carne asada pero tan dura que, a pesar de todos mis esfuerzos, me fue imposible masticar el más mínimo pedazo. Lo único que podía hacer era chupar el jugo y tirar la carne por debajo de la mesa lo más hábilmente posible. Durante esta comida, fui yo el que puso la fariña, porque el alférez no tiene ni fariña ni sal. Estamos entonces ante una persona que se alimenta exclusivamente con carne, la carne más dura que se pueda imaginar, dispone como casa de una choza de siete pasos de largo pro cinco de ancho y tiene como única distracción fumar y tomar mate; sin embargo, el hombre es un oficial. De hecho, parece estar muy contento con su situación, pero no deja de ser cierto que este tipo de existencia debe conducir, necesariamente, a una barbarie total a quienes se contentan con ella. Reducir sus capacidades a saber montar a caballo y sus necesidades a comer carne, es aceptar reducirse al estado en que se encuentran los indios y alejarse así de la civilización que nos hace conocer placeres refinados, nos

obliga a trabajar, a ejercer nuestra inteligencia para conseguirlos y que, por consiguiente, nos ha perfeccionado, ya que sólo el ejercicio de la inteligencia permite que nos perfeccionemos[79].

Según lo que acabo de decir, uno podría verse tentado a pensar que las costumbres de esta gente deben ser atribuídas a una cierta inocencia, pero no es así. Encontraremos costumbres inocentes en gente con religión y amiga del trabajo, lo cual no excluye todos los goces que la vida nos brinda. Un pueblo sin religión, que pasa la mayor parte de su vida sin hacer nada, podrá conocer pocas necesidades, pero no será menos corrompido y la sencillez de sus costumbres sólo será ignorancia y rusticidad. Introducir el lujo en un pueblo cuyas costumbres son verdaderamente inocentes, es arrastrarlo a la perdición. Pero cuando un pueblo es rústico y tan corrompido que ha perdido la tradición del bien y los elementos que lo conducirían a una regeneración moral, sólo el lujo puede traerlos nuevamente a la civilización.

Mientras escribo este diario, un mestizo toca la guitarra en la puerta de mi choza cantando tristes canciones españolas y algunas indias bailan con los soldados del alférez. Estas danzas no tienen nada de la indecencia de las de los batuques; es un movimiento moderado de pies y piernas que tiene cierta gracia, pero que carece de vivacidad. Lo mismo podría decir de las danzas más elegantes y convencionales de Montevideo. No tienen absolutamente nada del movimiento y rapidez de las nuestras. Sencillamente, son un desplazamiento medido, acompañado por figuras y actitudes a menudo serias, a menudo muy indecentes.

RINCÓN DE SANCLÓN, 8 de febrero.- El alférez ha calculado que las piragüas que esperamos no pueden llegar hoy y entonces me quedé aquí. Pasé gran parte del día herborizando en los alrededores de la estancia. Las pasturas están, en este momento, tan verdes como lo estaban, al principio de la primavera, las de Castillos y Pan de Azúcar.

La vegetación de esta región ya no es la de Europa. Las especies que encuentro en flor pertenecen todas a géneros de la flora america-



na y gran número de ellas crecen en Brasil, como lo prueba mi herbario y el libro de botánica. Entre las que son comunes a las dos puedo citar con certeza a la Compuesta, la Polígala. Las comarcas que recorro hoy, son por cierto más meridionales que los campos del centro del Brasil, pero la diferencia se encuentra compensada pro la altura de estos últimos campos. Por primera vez desde Montevideo, he visto grandes bambúes al borde del arroyo Toropasso; empecé a encontrar el Inga* en Salto, en las orillas del río Uruguay y sé que también crece cerca de aquí. Comí duraznos, sandías y un melón bastante bueno cosechado cerca de aquí. Los duraznos todavía estaban verdes y no pude, entonces, juzgar su calidad.

* Leguminosa nº 2496 bis.

# CAPÍTULO XV

Al aire libre, a orillas del Ibicuy.- Pasaje en piragüa.- En la otra ribera del Ibicuy.- Estancia del alférez Antonio Francisco Sonto.- Rincón de la Cruz.- Piedras que marcan los límites.- Productos de la ganadería.- Productos de la agricultura.-. El mariscal Chagas.- Chacra de Pedro Lino.- Sentido de la palabra "chacra".- Hacienda de Salto.- El padre Alejandro, su insolencia.- Hacienda de Deumeiro.- Colonos europeos.- Sus hijos.- Siti, jefe de indios



AL AIRE LIBRE, A ORILLAS DEL IBICUY, 9 de febrero, 2 leguas ½.- Hoy de mañana, muy temprano, el alférez salió de su casa para hacer abrir a través del monte que cubre la margen derecha del Ibicuy, un camino por el que pueda pasar mi carreta. Yo, por mi parte, me quedé en el Rincón de Sanclón hasta las diez.

La región que atravesé es ondulada y cubierta por pasturas que, si bien son de muy buena calidad, no pueden ser comparadas con las de los alrededores de Montevideo.El pasto es más espeso, pero es menos fino y menos tierno. Los lugares húmedos están cubiertos por una Gramínea que actualmente está en flor. Sigo encontrando muchas plantas que también hay en los campos del centro y otros lugares del Brasil. Puedo citar, entre otras, la Lorantácea, que encontré al lado de la Sierra de Paranaguá, el Hyptis que crece cerca de Joao del Rey, una Composée, que creo es de los pantanos de Minas Gerais, una Labiada muy común aquí y que también existe en varios lugares del Brasil, etc. Entre las plantas en flor más comunes, podemos citar una Cassia, una Melastomatácea y varias Sparmannies que se vuelven tan comunes como en los campos del resto del Brasil.

El Ibicuy recibe, en el lugar en que tenemos que atravesarlo, las aguas de otro río llamado Iguirocay o más bien Berocay, cuyas nacientes se encuentran a unas 20 leguas de aquí, cerca del río que en portugués se llama Nhorenduí. Los dos ríos juntos forman uno solo que es tan ancho como el Sena en las cercanías de París. De este lado, el terreno se eleva bruscamente por encima del nivel de las aguas del Ibicuy y presenta una franja de monte, arbustos y árboles poco elevados y no muy gruesos, pero muy tupidos. Del otro lado, el río está bordeado por arenas, aunque más allá también hay montes. El Sauce n° 2132 sexto todavía emerge al borde de los ríos y los arroyos, si bien es mucho menos frecuente. Entre los árboles y arbustos que, de este lado, bordean al Ibicuy vemos un gran número de Mirtáceas, el Inga n° 2496 bis, el Sarandí, el Sorta Cavallos branco,etc. Más allá, crecen juntas en las pasturas la Vernonia y la Radiada que ya tengo en mi colección.

Cuando llegué aquí, el alférez me dijo que acababa de hacer matar una vaca y que pronto íbamos a comer. Me acerqué al fogón que los indios habían encendido y lo encontré rodeado de palos puntiagudos, cada uno de los cuales atravesaba un pedazo de carne; clavados en forma oblicua en el suelo, formaban una especie de bóveda por encima del fuego. El alférez había extendido en el piso, bajo unos árboles, todo el apero de su caballo; nos sentamos y nos trajeron uno de esos palos que atravesaba una enorme porción del costillar de la vaca que acababan de matar. El alférez separó las chuletas y nos pusimos a comer, usando los dedos mucho más que los tenedores.

De noche, todavía no habían llegado las piragüas que debemos utilizar para pasar del otro lado del río.

Al Aire Libre, a orillas del Rio Ibicuy, 10 de febrero.- Ayer de noche, llegaron las mujeres de los Guaraníes que debían ayudarnos a pasar los baúles y la carreta. En general, los indios no pueden dar un paso si no están acompañados por sus mujeres; las de casi todas estas poblaciones siguen a sus maridos cuando van a la guerra, como pude verlo en el caso de los Botocudos. Cuando el capitán Caiti me acompañó desde Salto Grande hasta el pasaje del Chapicuí, su mujer iba con él. Los lanceros guaraníes que vi en Belén tenían todos a sus mujeres consigo y, cuando los soldados indios de las Misiones van a cuidar algún puesto de guardia, lo hacen siempre en compañía de sus mujeres, aunque esto es completamente contrario a las órdenes impartidas por el mariscal Chagas, que manda en las Misiones.

Las piragüas que yo esperaba con tanta impaciencia llegaron hoy de mañana; embarcamos inmediatamente los baúles y los demás bultos que llegaron del otro lado del río. Cuando las piragüas estuvieron de vuelta en la margen izquierda, las pusimos atravesadas por debajo de la carreta, atamos a dos caballos por la cola a una de las ruedas y algunos indios dirigían la carreta, ubicados en la parte de las piragüas que sobresalía; otros la empujaban de atrás y nadando; otros dirigían los caballos, también a nado. Tuvimos enormes dificultades para hacer que los animales atravesaran el río y un buey y un caballo se ahogaron durante la travesía.



De este lado del río hay un monte espeso a través del cual habrá que abrirse paso para poder llegar a los campos; lamentablemente, es imposible hacerlo en línea recta, porque, del otro lado del monte, frente al lugar en que está la carreta, hay un lago que no podríamos atravesar. El camino que tenemos que seguir deberá, necesariamente entonces, seguir una línea paralela al río y al lago, para luego pasar por detrás de él. Una senda poco transitada indica esta dirección; generalmente, pasa por aquí gente a pie o a caballo. El alférez y yo ya habíamos empezado a seguirla para ver hasta dónde se extendía, cuando empezó a llover. Me apuré en volver a la carreta que todavía no había sido cargada. Antes de poder hacerlo, los baúles se mojaron algo, pero no tanto como para que los objetos que hay en su interior se estropearan. El alférez me preguntó si podía retirarse, asegurándome que la senda no debía seguir mucho más allá del lugar en que nos habíamos detenido; me dejó a dos indios para que la explorasen y me prometió que me enviaría dos más mañana de mañana.

Los caballos y los bueyes se habían quedado en la orilla y para que pastaran, era preciso que atravesaran el monte. José Marianno y los dos soldados se pusieron a conducirlos, haciéndolos pasar por la senda y cortando las ramas que impedían el paso. Al cabo de unos cincuenta minutos ya era de noche y José Marianno volvió, furioso, diciéndome que ya había hecho más de media legua en el monte y que no había podido salir; me dijo que los bueyes y las cabras se habían dispersado y que, probablemente, no los encontraríamos nunca más; me dijo que se precisarían más de quince días para hacer un pasaje a través del monte y que además, había pantanos y zanjas que hacían la travesía casi imposible. Sus palabras me asustaron un tanto, pero como sé que le gusta exagerar las dificultades y descorazonarme, espero que las cosas no sean tan complicadas como él dice que son. Conociendo el carácter difícil de José Marianno y sabiendo que se enfurece si le hago la más mínima observación, me mantuve en silencio. Como hay,

tanto de mañana como durante el resto del día, verdaderas nubes de mosquitos en las orillas de este río y me sería imposible trabajar dentro de mi carreta, me quedé cerca del fuego, al lado de mi taciturno servidor.

AL AIRE LIBRE, A ORILLAS DEL RÍO IBICUY, 11 de febrero.- Hoy de mañana, al despuntar el día, me levanté; el cielo estaba muy cubierto y era fácil adivinar que iba a llover durante el día. José Marianno me preguntó, malhumorado, si no quería ir a ver la senda. Lo seguí y pronto me convencí de que no había exagerado para nada con lo que me había dicho ayer de noche. Ante cada dificultad que se presentaba, me agobiaba con sus observaciones que buscaban descorazonarme aunque yo siempre tuve la prudencia de no responderle.

Los montes que atravesamos son los más tupidos que haya visto desde Porto Alegre. En ningún otro lugar los árboles son tan gruesos. Hay bambúes y grandes lianas, es decir, poco difieren de las selvas menos espesas del interior del Brasil. Sólo después de haber hecho tres cuartos de legua pude salir del monte, realmente convencido que abrir una senda nos llevaría entre ocho y diez días, por lo menos.

Una vez que llegamos a las pasturas, encontré a los dos soldados. Mathéus me dijo que había que dar por perdidos a los bueyes y los caballos; me pareció aún más descorazonado que Jozé Marianno. Me propuso conducir los baúles por vía fluvial hasta un lugar en el que no hubiera árboles, mandar hacer la senda y hacer pasar la carreta vacía. Esta propuesta era bastante razonable, pero no la entendí bien. Hice algunas objeciones, Matheus se enojó y me dijo que yo podía hacer lo que quisiera, pero que él, agarraría su poncho, su zurrón y se iría de allí. Enseguida montó a caballo y se hundió en el monte. Lamenté mucho oir hablar así al único hombre de mi grupo que tiene un poco de cabeza y hábitos de trabajo; pensé, con horror, en la situación en que me encontraría si, realmente, Matheus me abandonase. Muy triste, retomé el camino del monte con José Marianno que me precedía. La insolencia de Matheus hizo que José Marianno se



dulcificara y nos pusimos entonces a pensar en nuestra situación.

Mientras seguimos andando, encontramos a los caballos y también a Matheus; le dije que, probablemente, no había entendido bien su propuesta y le rogué que me la repitiera. Estuve de acuerdo con su plan y nos separamos más contentos ambos.

Al llegar a la carreta, quise ver si no había alguna manera de cruzar el lago en algún lugar y, de paso, encontrar a los bueyes. Estábamos en eso cuando llegó el indio que el alférez me había prometido. Es bastante inteligente y fue a ver, a caballo, si no encontraba algún lugar de pasaje en el lago. Al no encontarr ninguno, volvió. El, Matheus y toda mi gente se reunieron para pedirme insistentemente que abandonara la idea de abrirnos paso a través del monte y que, en cambio, embarcara los baúles y luego la carreta, ya desmontada. Como el indio me aseguraba que no sería necesario deshacer la parte superior de la carreta, acepté lo que se me proponía. Inmediatamente, embarcaron los baúles y los bultos en las piragüas y yo también me embarqué en una de ellas. Como ya lo dije, el cielo ya estaba cubierto cuando nos levantamos; hacía apenas media hora que nos habíamos embarcado, cuando empezó a llover torrencialmente; los baúles estaban cubiertos con cueros pero igual yo temía que el agua entrara por abajo. José Marianno y los indios conducían la piragüa en la que yo estaba, Matheus y Firmiano la otra. Al tener que remar contra el viento y la correntada, tuvieron muchas dificultades en llegar al lugar hacia el que nos dirigíamos.

En cuanto desembarcamos, Matheus, con la ayuda de los demás, se apuró en construir un lugar protegido. Lo cubrió con cueros y puso los baúles encima de unos pedazos de madera. Cuando pasó la lluvia, fui a revisar mis baúles a ver si algo se había mojado pero, por suerte, nada se había dañado. Quedé al lado de mis bártulos con Firmiano mientras los demás volvían a la piragüa a buscar la carreta. Lamentablemente tuvieron que deshacerla y hoy sólo me trajeron los palos y los cueros que componen la parte superior, las ruedas y el eje. Todos estaban sumamente cansados, especialmente Matheus que ha

estado trabajando desde hace dos días, generalmente con los pies en el agua. Matheus tiene las costumbres rústicas de su región, pero es activo, inteligente, valiente; tiene presencia de ánimo y, en los momentos difíciles, ve muy rápidamente cuál es la mejor solución. No me cabe duda de que sin él no podría haber hecho este viaje.

AL AIRE LIBRE, A ORILLAS DEL RÍO IBICUY,, 12 de febrero.- Hoy de noche los mosquitos nos molestaron aun más que la noche anterior. Hoy de mañana, al despuntar el día, mi gente fue a buscar lo que faltaba de mi carreta y volvieron al rato. Rearmaron la carreta y quizá hubiera tenido tiempo para hacer unas leguas, pero quise dejarlos descansar un poco.

Estoy seguro que, desde que empecé a hacer todos mis viajes, nunca había pasado por días tan difíciles como el de ayer y anteayer; ahora que m carreta no está más cubierta, voy a estar constantemente preocupado por la posibilidad de que mis cosas se estropeen con la lluvia.

Como es lógico, yo y mi gente maldecimos mil veces al alférez Antonio Bernardino e Silva, quien nos había embarcado en estas dificultades. Con el tiempo me enteré que había otros muchos lugares por los que podríamos haber podido pasar mucho más fácilmente. ¿Cómo es posible que el alférez, que conoce perfectamente bien la región, nos haya conducido a un lugar que presentaba tantas dificultades, cuando sabía a la perfección que por aquí nunca habían pasado carretas? No puedo pensar que sea por maldad, ya que lo traté con mucha amabilidad. Le hice pequeños obsequios, le prometí ayudarle en cosas que él me pidió. Quizás consideró que era más fácil y más rápido deshacerse de mí, haciéndome pasar el río en el lugar en que lo atravesé; quizás hubo, de su parte, sólo falta de reflexión, ligereza, despreocupación; esto me da pie a pensar que ese hombre, si bien es realmente blanco, forma parte del grupo de habitantes de esta capitanía cuyas costumbres poco difieren de las de los Garuchos.

Como había visto varias plantas en flor al borde de los montes



que dibujan las sinuosidades del Ibicuy, me disponía a hacer un largo paseo cuando recibí la visita de un alférez que vive a unas leguas de aquí. Fue muy amable conmigo y me manifestó que lamentaba las dificultades que había encontrado en mi camino hasta aquí. Enseguida me dijo que él era de la capitanía de Minas Gerais aunque, si no me lo hubiera dicho, muy pronto me hubiera dado cuenta que no pertenecía a la región que ahora estoy recorriendo, dado lo animado de su conversación y su sagacidad. Este hombre no se había sentido a gusto en la casa de su padre, había huído, había estado por el mundo y hacía once años que había venido a establecerse en esta provincia. Aquí constituyó una fazenda, pero siempre estuvo al servicio del rey como simple miliciano y no ha buscado hacer fortuna.

Los naturales de Minas Gerais se ven obligados a emprender largos viajes para vender sus productos. El padre se hace acompañar por sus hijos para acostumbrarlos, desde una temprana edad, a la vida de las comitivas. Los hijos muy pronto se van de la casa de los padres y no tardan en saber que, en una región en que es fácil vivir sin hacer nada, ya no precisan de sus padres; al menor desacuerdo con ellos, se van y a menudo no vuelven. Por esta razón, los Mineiros se han diseminado por todas las capitanías del Brasil. Aunque me gustó mucho conversar con el alférez, encontré que su visita se había prolongado por demás; no pude herborizar ni escribir este diario.

ESTANCIA DEL ALFÉREZ ANTONIO FRANCISCO SONTO, 13 de febrero, 4 leguas.- Como dije ayer, hay gran variedad de plantas en los montes que bordean el Ibicuy pero, a medida que uno se aleja del río, el número de especies disminuye. La región que hoy recorrí es casi llana y presenta, en este momento, verdísimas pasturas que se extienden hasta donde la vista puede alcanzar. En cuanto nos alejamos del Ibicuy, pudimos ver en el horizonte tres pequeños cerros, de forma similar, denominados Tres Cerros en un lugar que está ubicado del otro lado del río Uruguay. Un poco más adelante, pasamos cerca de un lugar que se llama Santa María, en donde antes había una capilla. Todavía se

podía ver allí dos piedras en forma de prisma de cuatro lados, una de unos cuatro pies y la otra de casi cinco. En uno de los lados de cada una de ellas hay una cruz esculpida, con bastante esmero; está acompañada por los instrumentos de la pasión y las dos cruces tienen la siguiente inscripción: Inri 1868 [sic], en el govien° d. Snr. Gr. D. F° Bruno de Labasa se rreconnosierod los Linderos del Ybicui y nos dionue va possexsion juridico. Más abajo, se puede leer en la gran cruz: Adin.°n Jph Benites capn. Comte. Mig. Yeguaca. Ten. Dn. Joaq. Guarascuye citoe l°. Voto Benito Al Cotoe 2° Conrado Arriguayu Alf. De And° Real Raymondo Nin y secr° Bartholome Hata.

Según el alférez, lo que sigue fue el motivo por el que se erigieron las dos piedras. Las pasturas que se extienden entre los ríos Ibicuy y Mbutuí pertenecen al Pueblo de la Cruz, situado enfrente de este lugar, del otro lado del río Uruguay. Los pueblos que estaban en la margen izquierda del río dependían, como ya lo dije de Yapeyú. Los Minuanos y los Charrúas hicieron ciertas incursiones por las tierras de este último pueblo, lo que permitió que los habitantes pasaran parte de su ganado a las tierras del Pueblo de la Cruz; como luego surgieron problemas respecto al límite de los terrenos en que podían pastar estos animales, se fijó jurídicamente el límite erigiendo las dos piedras de las que hablé; se construyó allí una capilla y cada pueblo tuvo en ese lugar un capataz encargado de impedir que se violara el límite. Hoy en día, el río Ibicuy limita de este lado la provincia portuguesa de las Misiones que se compone de siete pueblos y forma parte de la capitanía de Rio Grande. Esta provincia se divide en diferentes cantones y el que hoy estoy recorriendo se llama Rincón de la Cruz, porque dependía, como ya lo dije, del pueblo que lleva el mismo nombre[8C].

El Rincón de la Cruz está comprendido entre el Ibicuy, el río Uruguay, el Mbutuí y el Hitu; tiene forma de cuadrado y hay en él unas treinta estancias. Las pasturas son exclentes y se dice que son las mejores de toda la provincia. Sin embargo, el pasto no es tan fino como en Montevideo y, si no se quemara el pasto todos lo años, muy pronto la tierra daría sólo un pasto duro y espeso.



La Gramínea que en este momento está en flor y cubre los terrenos húmedos, tiene un tallo pajizo y duro, hojas rígidas que no podrían engordar al ganado como lo hacen los tallos tiernos de los pastos de Montevideo; pero éstos son de tal calidad que no son comparables, ya que también se pueden encontrar pasturas excelentes, especialmente cuando se toma la precaución, como ocurre aquí, de quemarlas todos los años.

Hoy vi, por primera vez, un rodeo y los animales que había allí reunidos eran gordos y de buena raza. Las vacas tienen cría a los dos años y su leche, muy cremosa, se emplea para hacer quesos muy buenos. El ganado que vi en el rodeo estaba echado y rodeado de peones. En el lugar en que estaba reunido, la tierra había sido pisoteada y no había pasto, lo que no debe asombrarnos, ya que siempre se lleva a los animales al mismo lugar. Entre los animales que hay en una estancia, aproximadamente la mitad son machos y la otra mitad son hembras. En este lugar, me dijo mi anfitrión, se puede marcar todos los años la cuarta parte del ganado de que se dispone. Si un estanciero tiene 4,000 reses, marcará 1,000 por año, de las que hay que sustraer 100 para el impuesto. Le quedarán 900. Las 450 vacas remplazarán a las que se comen o mueren; si se considera a los 450 machos, hay que deducir 50 que mueren por enfermedades naturales y las propias de la castración. Por lo tanto, el estanciero podrá vender 400 bueyes por año, o sea la décima parte de su ganado, una cifra menor a la que dan los cultivadores de Porto Alegre. Pero es posible que el cálculo de estos últimos esté equivocado, ya que tampoco concuerda con el que realizan los cultivadores españoles cuyas pasturas son tan buenas.

Si bien las tierras de esta región son muy favorables a la cría de ganado, también lo son para la agricultura. El trigo, el maíz, los porotos se cultivan con éxito. En ningún otro lugar he comido sandías como las de aquí, los melones crecen sin que sea casi necesrio prodigarles cuidados y son de excelente calidad. Se puede sembrar la tierra durante unos seis años sin necesidad de abono, ni de hacerla descansar. El

alférez ha intentado varias veces sembrar algodón que creció muy bien, pero las heladas hicieron perecer a las cápsulas antes de que maduraran.

Hace once años, como lo dije, el alférez Antonio Francisco Sonto vino a establecerse en esta región y me dijo que, desde ese entonces, la provincia ha conocido siempre una situación de decadencia. Dos veces fue invadida por el enemigo; se precisaba gente, se reclutó a los Guaraníes, apartándolos así de la actividad agrícola. Al convertirse en soldados, los indios acabaron de perder lo que todavía les quedaba de sus antiguas costumbres. Los jóvenes ya no aprendieron a cultivar la tierra y se abandonaron más que nunca al ocio. Por otra parte, muchos hombres que querían escapar del servicio militar huyeron y se dispersaron por diferentes lugares de la capitanía. Los casamientos disminuyeron, las indias se prostituyeron, las enfermedades venéreas se difundieron y la población disminuyó considerablemente.

La historia reprochará al mariscal Chagas, como una atrocidad, el que haya incendiado los pueblos indios situados en la margen derecha del río Uruaguay. Los templos, las casas, la biblioteca que los Jesuitas habían dejado en cada pueblo, no se respetó nada. Al actuar de esta manera tan atroz, ¿Chagas lo hacía por cuenta propia o recibía órdenes del gobierno? No se puede responder con certeza a esta pregunta, pero se pueden hacer algunas conjeturas. Chagas es un oficial talentoso, se dice que es instruído y carece de costumbres violentas; no es por lo tanto verosímil pensar que haya encontrado placer alguno en una actitud próxima de la barbarie, destruyendo e incendiando; no es posible creer que ese placer haya sido tan fuerte como que, para saborearlo, se haya arriesgado a atraer sobre sí una responsabilidad tan terrible y a perder su puesto y la opinión favorable de su soberano. Es mucho más probable que sólo haya actuado por orden del ministerio que imaginó este horrible medio para alejar para siempre de la provincia de las Misiones a vecinos que se consideraban peligrosos. Por lo menos, el ministerio dio pruebas de que la conducta de Chagas no le había desagradado, ya que lo dejó mandar en la región,



después del incendio de los pueblos, durante mucho tiempo más.

La lista de comandantes de esta provincia desde que está en poder de los portugueses es la siguiente: Saldanha, sargento de primera; Joaquim Feliz da Fonseca, teniente coronel; Joao de Dios, capitán de dragones; Thomas da Costa, coronel; Joaquim Feliz da Fonseca, por segunda vez; Francisco de Chagas Santos.

Chacra de Pedro Lino, 14 de febrero, 3 leguas.- La casa del alférez es una simple choza, su familia se compone de muchas personas, ayer de noche vinieron varios vecinos. Los hombres se acostaron, algunos afuera, en un galpón, los demás en el suelo; las mujeres se acostaron adentro en catres de cuero y hubo lugar para todos. Hubo tormenta y llovió parte de la noche, pero como Matheus había acomodado muy bien los cueros que cubren los baúles y el equipaje, nada se mojó.

Después de haberle agradecido mucho al alférez y a su familia las atenciones recibidas me fui con su hijo, que ofició de guía, hasta llegar aquí. El terreno sigue siendo completamente llano y por todos lados se ven inmensos campos de pastoreo que, en este momento, son de un hermoso color verde. Hay plantas en flor, pero no son muchas; hay, en especial, Vernonias, Verbenáceas y las Leguminosas n° 2625 bis y 2625 ter.

Para hacer descansar a los bueyes, nos detuvimos en una chacra que depende de una estancia en donde deberíamos de haber pasado la noche. Encontramos un galpón grande y pusimos adentro a la carreta para protegerla; en la chacra había también un indio viejo con sus hijos y su mujer. Como empezó a ponerse tormentoso y mis bártulos están a resguardo, no quise seguir más lejos.

Adentro del galpón hay un número bastante grande de zurrones con trigo cosechado aquí. Las plagas atacaron a la última cosecha pero, felizmente, el trigo que creció en las tierras de esta chacra no fue atacado por la roya. Las bolsas o zurrones en los que la gente de esta capitanía guarda el trigo, se hacen con cueros enteros a los que se les

cosen estrechas tiras de cuero. La palabra india chacara designa una plantación. Poco a poco, los portugueses y los españoles han ampliado el sentido de esta palabra y las casas de campo más agradables de los alrededores de Rio de Janeiro son llamadas, hoy, chacaras.

FAZENDA DE SALTO, 15 de febrero, 6 leguas.- El terreno es casi llano, hay inmensas pasturas de un hermoso color verde. Algunos lugares son un poco pedregosos. Desde Montevideo hasta el Ibicuy, sólo he visto montes al borde de los arroyos y los ríos, pero aquí empiezan a aparecer lo que en Brasil se llama capao y que son bosquecillos en terrenos descampados. Como en los demás lugares, sólo ocupan los terrenos bajos, húmedos y bien resguardados. Su color ya no presenta la lozanía de los que hay cerca de Montevideo, tampoco son sombríos como los que hay en el resto del Brasil; sin embargo, su follaje ya es de ese color verde oscuro que caracteriza a la vegetación de las zonas más tórridas.

Primero me detuve en la estancia del propietario de la chacra donde pasé la noche ayer, y contraté a un baqueano para que me condujera hasta la estancia de un sacerdote en casa de quien pensaba pasar la noche. Antes de llegar a esa estancia, vi una gran cantidad de vacas y de bueyes que pastaban en el campo e indicaban la opulencia del propietario. Vistas de lejos, las viviendas de la estancia parecían ser mucho más importantes que las de todas las estancias que he visto desde hace largo tiempo. Una vez llegado a la estancia, pude ver que todas esas viviendas eran simples chozas poco cuidadas, aunque muy numerosas. Pedí por el Padre Alejandro y vi aparecer a un hombre de baja estatura, de unos 55 años, con una enorme barriga, de cabellos blancos, cabeza cuadrada, de rostro pálido y alargado que trasuntaba dureza y orgullo. Le pedí, del mejor modo posible, autorización para pasar la noche en su casa; me respondió negativamente, con brusquedad, diciendo que no tenía suficiente lugar, que él a menudo había dormido a la intemperie y que yo podía hacer lo mismo. Yo insistí, me di a conocer, pero todo fue en vano. Cada vez que me respondía,



se volvía más insolente. La ironía insultante con que acompañaba sus palabras, terminó por agotar mi paciencia. Ya no tuve más reparos y llamando al sacerdote simplemente padre y diciéndole você, para irritar su orgullo, le reproché amargamente su falta de hospitalidad y caridad; después de haberlo tratado del peor modo posible, volví a montar a caballo. Matheus se quedó atrás, oyó que el sacerdote profería grandes amenazas contra nosotros y le respondió, con gran frialdad, que si fuera necesario, sabríamos cómo probarle que no tenía que vérselas con cobardes.

Merece ser subrayado que los dos únicos hombres que me negaron su hospitalidad durante mis largos viajes fueron un materialista y un sacerdote, pero con la diferencia de que el materialista me recibió muy bien cuando supo quien era yo; en cambio, ningún argumento pudo convencer al clérigo. Esta comparación que acabo de hacer no debería asombrar a nadie: un mal sacerdote es el peor de todos los impíos, ya que para él el sacrilegio se vuelve un hábito cotidiano. Quizás sea injusto juzgar al padre Alejandro por una única acción, pero yo ya sabía, porque me lo había dicho el alférez, que este padre hacía comercio con los sacramentos y que, teniendo la autorización de bautizar en su fazenda, no lo hacía por menos de 8,000 #; sin embargo, ese hombre fue durante largo tiempo cura de San Borja. ¡Estos son los hombres que envían para gobernar a los indios y remplazar a los Jesuitas!

Al salir de lo del padre Alejandro, le pregunté a mi guía si no había alguna estancia en las cercanías. Me dijo que encontraríamos una a una legua de allí y le dije que me llevara. Mientras seguíamos andando, el baqueano me dijo que yo no era el único que el padre Alejandro tratara así; cuando un viajero le pedía algo de comer, él le respondía que fuera a juntar duraznos, fruta que es tan abundante en la región, que es un insulto no ofrecer otra cosa. Mi guía también agregó que, sin duda, el padre Alejandro me hubiera recibido mejor, si yo no hubiera cometido un error imperdonable desde el punto de vista formal. "Usted entró en el patio; tendría que haberse quedado

afuera, pedirle a alguien por el padre Alejandro, saludarlo con enorme respeto y sólo entrar en el patio cuandó él le hubiera dado la autorización para hacerlo."

Por otra parte, compensé con creces la recepción hostil que me hizo el sacerdote con la que me hicieron aquí. Esta estancia tenía, antes, muchos animales, pero perdió mucho cuando los enemigos la invadieron; como todas las de la región, se ve agotada por los suministros que deben hacer incesantemente a las tropas que están en armas en esta provincia.

Cerca de esta estancia corre un arroyo que los portugueses llaman Arroyo del Salto y los indios Itaroro (piedra que hace ruido), porque hay una pequeña cascada que cae de lo alto de una roca. Está bordeado por árboles muy apretados de color verde oscuro entre los que vi muchas Mirtáceas. La Rubiácea nº 2623y el nº 2639 también son muy frecuentes.

FAZENDA DO DEUMEIRO, 16 de febrero, 3 leguas.- Después de haber atravesado zonas deshabitadas, es sumamente placentero recorrer una región en donde se ven los resultados del trabajo y la laboriosidad, todo lo cual anuncia la presencia del hombre. Esta sensación se acentúa a medida que me alejo del Ibicuy. Hoy vi, nuevamente, un lugar en que se hacen rodeos. Animales domesticados pastan diseminados por los campos. Pasamos cerca de una estancia e hicimos un alto en una que está a tres leguas de la del Salto. La región es casi siempre llana y cubierta por pasturas en medio de los cuales hay algunos montes dispersos.

Hoy no me recibieron tan bien como ayer. Cuando llegué, me dieron de tomar mate; muy poco después, comimos frutas y carne asada; por último, a eso de las cinco, nos sirvieron varias fuentes de carne, porotos, arroz y zapallo, duraznos, melones, higos y sandías. No se olvidaron del vino, y había sobre la mesa pan, galletas y harina de mandioca. El arroz había sido cosechado en la región, así como el trigo con el que habían hecho el pan y las galletas.



Mi anfitrión se queja de la roya, pero me dijo que, el año pasado, había sembrado un tipo de trigo llamado trigo-manco, recientemente introducido en la región; a ese trigo no lo atacó la roya, aunque el campo en que estaba sembrado era lindero con un campo en el que se había sembrado trigo común y que fue destruído por esta enfermedad casi por completo.

Mi anfitrión es europeo y, aunque está en la región desde su primera juventud, prefiere la agricultura a la cría de animales. La vida de tipo pastoril, tomando estas palabras en sentido propio, es la primera etapa de la civilización, que corresponde a la de una región poco poblada. Cuando la población aumenta y las tierras se dividen, se vuelve indispensable dedicarse a la agricultura que exige más arte que el cuidado del ganado y que, por consiguiente, conduce al hombre a perfeccionarse. Las magníficas pasturas que recubren los campos de la capitanía de Rio Grande y de Montevideo invitaban naturalmente a los que en ellas se establecieron en primer término a criar ganado, pero dieron un paso atrás cuando abandonaron los hábitos de la vida agrícola y adoptaron los de la vida pastoril; este regreso a la barbarie fue mucho más perceptible entre los españoles que se mezclaban con los indios.

El europeo que llega a estas comarcas y que sabe un oficio o que ha sido criado en medio de los trabajos reiterados periódicamente que exige la agricultura, conserva siempre un cierto desprecio por las costumbres rústicas de esos hombres que, al no tener jamás la ocasión de ejercer su inteligencia, llevan una vida que poco difiere de la de los salvajes. Pero no ocurre lo mismo con el hijo del europeo. Lo primero que ve ante sus ojos son los caballos y el ganado, busca imitar lo que ve hacer, no quiere sentirse inferior a sus vecinos, aprende a montar a caballo tan bien como quienes lo rodean y, como sólo oye alabar este talento, se imagina que no hay otro. Por otra parte, la infancia siempre encontrará un placer indecible en sentirse superior. Este goce lo siente cuando logra domar un caballo, ayudar en un rodeo, matar una vaca, carnearla. Un padre europeo siempre insistirá en hablar de

la familia de su país, exaltando sus ventajas y despreciando a América; pero sus hijos no pertenecen a Europa, son americanos, y el desprecio de su padre los irrita y los humilla; de aquí proviene el odio que a menudo sienten hacia sus padres, como dice Azara, los hijos nacidos en América de padres europeos.

Además del gran número de indios que atravesaron el río Uruguay en Salto y en Cuareim para acogerse a la protección que les daban los portugueses, también unos mil indios se instalaron en San Borja, bajo la conducción de un mestizo llamado Siti, a quien se le da el título de coronel. Paso a contar lo que me dijo mi anfitrión respecto a Siti[81]:

Nació en uno de esos pueblos de las Misiones, situado entre el Uruguay y el Paraná. Servía en las tropas de Rio Grande, pero luego desertó y se retiró a su región. Primero siguió a Artigas pero, cansado de una guerra inconducente, abandonó a su jefe con la intención de restablecer los pueblos de las Misiones que habían sido destruídos; un día juntó a su tropa y dijo a sus indios que, si alguno de ellos prefería seguir a Artigas, podía retirarse libremente. Algunos hombres salieron de sus filas, pero él les dijo que no era justo que él diera armas a un enemigo y que, por consiguiente, tenían que dejarle las que llevaban. Le entregaron las armas y, cuando estuvieron a cierta distancia, los hizo rodear y los masacró a todos. Desde ese entonces, se sometió a Ramírez, a condición que lo dejara restablecer los pueblos indios de Entre Ríos destruídos por los portugueses y que, durante diez años, no lo obligara a tomar las armas.

Muy pronto Ramírez olvidó el tratado y, habiendo resuelto hacer la guerra a los habitantes del Paraguay, quiso obligar a Siti a participar. Este último hizo un llamado a su lealtad, pero Ramírez lo atacó y lo venció. Siti pidió asilo al mariscal Chagas que le permitió retirarse a territorio portugués. El coronel se apresuró entonces en llegar al río Uruguay, pero su enemigo lo persiguió y las tropas de Corrientes todavía disparaban sobre los indios cuando éstos atravesaban el río; pero el mariscal, que les había mandado embarcaciones



para hacerles más fácil el cruce del río, mandó decir a los de Corrientes que, si no dejaban de disparar, haría que sus soldados los atacaran. Entonces las tropas de Ramírez se retiraron. Los indios terminaron de pasar el río Uruguay libremente. El mariscal se apoderó de las armas en nombre del rey, pero dejó que Siti se retirara a uno de los pueblos de las Misiones; su gente se diseminó por la provincia; fueron acogidos como peones en las estancias y cien fueron admitidos en el regimiento de los Guaraníes portugueses.

Los blancos critican con razón esta última medida; dicen que no se puede contar con hombres que durante tanto tiempo lucharon contra los portugueses y que además están habituados al bandolerismo y son ajenos a todo tipo de lealtad. Agregan que, al aprender a conocer la región e instruirse con los soldados portugueses sobre cómo manejar las armas, podrían llegar a convertirse en peligrosos enemigos. El gobierno portugués, al recibir a estos hombres en sus dominios, tiene, por cierto derecho a tomar medidas para que un día esto no lo perjudique y por consiguiente, tiene derecho a alejarlos de sus fronteras.

El conde de Figueira había tenido la idea de fundar un pueblo indio en Torres, mandando allí a algunos de los que fueron hechos prisioneros en Tacuarembó. Me parece, que también se debería mandar a los que, desde hace un tiempo, han atravesado el río Uruguay, o por lo menos, a parte de ellos. La región no difiere tanto de sus regiones de origen; podrían, pues, adaptarse fácilmente. Sin la esperanza de volver a su tierra, pronto se volverían portugueses, las tierras de ese lugar no quedarían más sin cultivar y el viajero que va de Laguna a Porto Alegre encontraría en su camino recursos de los que está desprovisto actualmente.

Según me aseguran, no es sólo desde que los portugueses dominan esta provincia que los blancos se han establecido en las tierras de los indios. En donde actualmente hay estancias portuguesas, antes había estancias en las que vivían españoles. Estos últimos se retiraron cuando se acercaron los portugueses y algunos de estos últimos pidieron y

obtuvieron de los comandantes el permiso para afincarse en las tierras abandonadas.

A ORILLAS DEL RÍO MBUTUÍ, 17 de febrero, 6 leguas.- Como había un hermoso claro de luna, partimos antes de que fuera de día para hacer que los bueyes descansaran en la estancia de San Donato, que pertenece al mariscal Chagas.

# Notas del Prologuista

1. El autor se refiere a la ciudad de Río Grande de San Pedro fundada en 1737 por los portugueses como parte de su continuo corrimiento fronterizo en tierras que el Tratado de Tordesillas (1494) había reservado a la corona española.

2. El Padre José Gómes Ribeiro, aparentemente de origen portugués, se hallaba radicado en Montevideo desde los últimos años del período colonial, cuando merecía que el poeta Francisco Acuña de Figueroa le llamara «sacerdote negociante». Según se alude por parte del propio Saint - Hilaire, persistía en la actividad mercantil en 1820.

3. He aquí una de las diversas descripciones referidas a cuestiones económicas que han sido anunciadas en el prólogo.

4. Saint Hilaire recurre no menos de 25 veces a la comparación de los elementos de la realidad platense con otros similares en su país, seguramente pensando en su más probable público lector. Las mujeres, los hombres, los sentimientos, las producciones y los propios accidentes de la naturaleza (especialmente los ríos) servirán de base en tales paralelos.

5. Hace referencia a la última batalla librada por las fuerzas de José Artigas en 1820, antes de alejarse este para siempre del Río de la Plata.

6. El mate, originario de las misiones jesuíticas, se hallaba incorporado fuertemente a las costumbres de los europeos residentes en la región y es muy común hallarlo en toda clase de inventarios de la época colonial, siendo generalmente de plata al menos las bombillas a que se hace mención aquí y los adornos con que se solía decorar al recipiente.

7. La referencia corresponde al Tratado de San Ildefonso, celebrado en 1777 entre representantes de las coronas de España y Portugal, que creó una superficie neutral donde ambas partes tendrían prohibido el acceso. La misma alcanzaba a las aguas de las lagunas Merim y Mangueira, así como las tierras comprendidas entre ellas y el Océano Atlántico. Tampoco fue respetada por los súbditos y las autoridades portuguesas, que en materia fronteriza tuvieron la transgresión como norma insoslayable.



8. La corrupción fue efectivamente una de las manifestaciones más notorias de la decadencia del imperio español, cuya burocracia más encumbrada ofrece numerosos ejemplos de defraudaciones al fisco y toda clase de delitos que en forma automática alcanzaron a todos los niveles de la estructura administrativa.

9. La rapiña desarrollada con distintas características por los cuerpos militares de todas las divisas en el período fue una de las causas del cansancio y el desprestigio de la revolución. Existe abundante documentación, buena parte de ella édita, acerca de esos abusos que a la postre se transformaron en permanentes.

10. El contrabando ha sido una de las actividades principales en esa frontera, cuya naturaleza de abierta y legalmente nunca bien delineada lo transformó en la salida más razonable a la situación de sus habitantes.

11. He aquí una de las pruebas de la continuidad geográfica de la frontera esteña, representada por la existencia de islas de palmeras también en territorio riograndense.

12. El trigo fue sobre todo a partir de los años 1790 la principal producción de Río Grande del Sur, considerado por ello como el granero del Brasil.

13. Hongo muy pequeño que parasita a diversos vegetales para producirles peligrosas enfermedades.

14. La radicación de ciudadanos franceses en la región fue un fenómeno de larga data, inclusive en la etapa aparentemente restrictiva de la colonia, cuando se instalaron y muchos de ellos prosperaron considerablemente.

15. Los elogios al lugar parecen tener una carga premonitoria intensa, dado el interés turístico que con el tiempo ha llegado a concitar la zona en particular y la costa rochense en general.

16. El fuerte de San Miguel fue efectivamente levantado en 1734 por fuerzas españolas y ya en 1820 se hallaba en ruinas. Posteriormente sería recuperado como parte de los parques nacionales que concibiera, impulsara y realizara a partir de los años 1920 el ciudadano Horacio Arredondo.

17. Esa interpretación de la ocupación portuguesa como una operación coordinada con la corona española correspondió a no pocos contemporáneos en la península y en América, pero fue sólo una especulación nunca confirmada.

18. El peso de los prejuicios en este punto era totalmente de recibo en una época donde todavía la condición de negro o pardo libre era una verdadera categoría social que se especificaba en los documentos a la par del estado civil.

19. El tema de los límites en esa conflictiva frontera fue un asunto muy espinoso que apenas hallaría solución en la particular coyuntura de necesidad generada en 1851. Tanto se prolongó ese problema que, al constituirse la República Oriental del Uruguay en 1830, no se estableció nada al respecto.

20. Efectivamente, a pedido de parte, las superpobladas Islas Azores proveyeron la mayoría de la población fundadora riograndense.

21. La intervención del Cabildo de Montevideo en asuntos que excedían su jurisdicción estrictamente municipal tenía lejanos antecedentes cuando se transformara en órgano cogobernante en algunos períodos críticos de la etapa colonial más tardía.

22. La construcción de la fortaleza de Santa Teresa fue iniciada por los portugueses en 1762. Tomada inmediatamente por los españoles llegó a transformarse en un importante bastión defensivo durante el período colonial, para ser prácticamente abandonada luego. Hacia 1920, cuando Horacio Arredondo la visitó por primera vez, la arena casi la había cubierto totalmente y podía ingresarse a caballo en la plaza de armas. En los años siguientes se encararía su reconstrucción a instancias del entusiasta creador de los parques nacionales rochenses.

23. La expresión «por aquí y por allá» resulta particularmente eficaz para definir estos verdaderos paradigmas del paisaje esteño.

24. El continuo avance ilegal y la consiguiente presión sobre las poblaciones fronterizas explica esa desconfianza ancestral hacia ellos por parte de los habitantes del siempre amenazado borde español.



25. La denominación parece estar referida a la antigua provincia jesuítica del Paraguay cuya jurisdicción original alcanzaba teóricamente hasta el Río de la Plata.

26. Al mencionar las posibilidades existentes en la región para los extranjeros laboriosos estaba formulando úno de sus frecuentes avances proféticos, en este caso respecto de la inmigración europea que, sobre todo a partir de las últimas décadas del Siglo XIX, cambiaría en muchos aspectos a estos países.

27. Esta visión sobre el gaucho y sus proyecciones militares coincide con la mayor parte de los análisis realizados por europeos en el período. Sin duda sus polémicas opiniones deberán ser consideradas serenamente por la historiografía a fin de llegar a un conocimiento más cabal de la época.

28. La valoración de Fructuoso Rivera parece hallarse influida por el reciente vuelco del caudillo en favor de la causa portuguesa, a la que obviamente era afín Saint - Hilaire, y cabe considerarlo uno de sus escasos deslices de parcialidad.

29. La explotación industrial de los lobos marinos se había iniciado en 1790 por parte de la Real Compañía Marítima que instalara una de sus factorías precisamente en Maldonado.

30. La observación es atinada en lo sustancial aunque la expresión, muy correcta en el caso del monte que cierra la bahía de Guanabara, estaba referida en verdad a los característicos «panes de azúcar» producidos mediante la cristalización del jarabe obtenido de la caña, dentro de moldes cónicos que favorecían la indicada comparación.

31. La migración regional de esos tipos sociales tuvo mucha importancia en el período colonial, siendo mayoritarios en ella precisamente los paraguayos. Otros orígenes predominantes fueron las zonas tradicionalmente más deprimidas al noreste del Virreinato.

32. La caída de Montevideo en junio de 1814 coincidió con un buen momento militar de la metrópoli, ya que la derrota de Napoleón liberaría numerosas fuerzas

españolas. Se inició entonces la preparación de una numerosa expedición de reconquista del Río de la Plata, que finalmente sería desviada a la costa venezolana. En años próximos se sucederían nuevos preparativos que nunca llegaron a concretarse, pero la esperanza de su aparición en el escenario regional alimentó por mucho tiempo a los españoles montevideanos en su exilio de Río de Janeiro, en otros puntos del territorio brasileño o ya de regreso en la ciudad platense.

33. Carlos Federico Lecor fue el hombre fuerte de la ocupación portuguesa, luego brasileña, cuya administración comandó prácticamente en su totalidad.

33. Nicolás Herrera fue un inteligente abogado nacido en Montevideo, que desempeñó una importante misión en Europa con motivo de las invasiones inglesas. Luego ocuparía cargos de relevancia en alguno de los gobiernos porteños posteriores a 1810, también formaría parte de la administración portuguesa y finalmente fue figura angular en el estado uruguayo naciente.

34. Sacerdote y naturalista nacido en Montevideo fue el primer vicario apostólico de la Iglesia local. Fue figura fundamental del elenco artiguista, se vinculó a la administración portuguesa y por último desempeñaría importantes dignidades en la República Oriental del Uruguay.

35. Se alude aquí a las hijas del matrimonio Oribe - Viana, hermanas del segundo presidente constitucional uruguayo.

36. Este párrafo, cargado de prejuicios étnicos respecto del diferente, conforma un cuadro anticipatorio y pionero de una de las manifestaciones más características de la cultura afrouruguaya.

37. Se refiere a la Casa de Comedias, que por varias décadas fuera el único coliseo montevideano. Fundada en 1793 por Manuel Cipriano de Melo, sirvió de cuna artística para los principales actores rioplatenses, entre ellos Juan de los Santos de Casacuberta, nacido en Buenos Aires pero formado como tal en Montevideo.

38. Juan Martín de Pueyrredón desempeñó los máximos cargos en algunos de los gobiernos porteños tras su retorno a Buenos Aires en 1810. Había tenido actuación



relevante en el rechazo a la ocupación británica y se le consideró un avanzado de la idea independentista.

39. El montevideano Miguel Barreiro había sido secretario de José Artigas, en cuyo movimiento desempeñara cargos de gobierno y funciones diplomáticas de importancia.

40. La biblioteca pública comenzó a funcionar durante el último tramo del gobierno artiguista en mayo de 1816 sobre la base de fondos particulares ofrecidos en donación.

41. Una demostración de esa capacidad se observó mientras era aguardada la expedición española en 1815 y el gobierno de Buenos Aires procurara el acuerdo de José Artigas, ante quien envió a Nicolás Herrera con respuestas muy satisfactorias a reiteradas exigencias del jefe oriental.

42. La piedra fundamental de la nueva iglesia matriz fue colocada en 1790 y su edificio se inauguró en 1804.

43. El Cabildo fue reedificado también en 1804 con características de completa austeridad.

44. Era muy grande el peso de la Orden de San Francisco en el Montevideo colonial y su hábito se constituyó en el más requerido por los testadores al disponer la forma de su entierro.

45. La categoría de ciudad mercantil fue inseparable de la condición portuaria de Montevideo al menos desde los años 1770, cuando comenzó a acumular logros en ambas especializaciones.

46. A medida que se operó la mencionada especialización, también fue adquiriendo la ciudad una fama de lugar caro sobre todo en lo que se refería a la mano de obra para diferentes menesteres.

47. Si bien parece existir alguna exageración en esa cifra, la misma sirve para expresar el impacto de la caída en las exportaciones, que no sólo alcanzaron a los cueros sino también a la carne salada que se elaboraba en una periferia industrial desaparecida con las guerras junto con su principal materia prima.

48. No hace falta comparar con el trato brutal que recibían los esclavos en los ingenios azucareros brasileños para dar razón a estos dichos de Saint-Hilaire. Han quedado como testigos insobornables varios centenares de libertades otorgadas graciosamente o con el estímulo de los propios amos, donde se refleja el agradecimiento y muchísimas veces el cariño cultivado sobre todo en el ámbito doméstico a pesar de la relación jurídica de dependencia.

49. El hecho de no visitar Buenos Aires distingue a Saint Hilaire entre sus pares viajeros - escritores mencionados en el prólogo, quienes sí permanecieron algún tiempo en la principal ciudad del Río de la Plata.

50. Título nobiliario de Carlos Federico Lecor.

51. El concepto de capitalidad de Montevideo, que se trasladaría a su condición de cabeza de un nuevo estado en 1830, había comenzado en forma irregular a continuación de la secesión bonaerense abierta solapadamente en mayo de 1810. Durante varios meses de gobierno provisional, en la documentación se empezó de hecho a llamar capitanía general al territorio y capital a la ciudad - puerto.

52. La desproporción que observa el autor entre las posibilidades de la ciudad mientras estuvo en manos de los portugueses y después de su recuperación por los españoles en 1777 obedece a la función marcadamente económica de la misma en el esquema regional previo. Durante casi un siglo desde su fundación en 1680, el antiguo almacén desempeñó un papel de abastecedor clandestino incrustado en el antiguo eje Río de Janeiro - Potosí, en competencia y complementación con el antiguo puerto de Buenos Aires.

53. Se refiere a la estancia de las Vacas, una de las más importantes y pobladas del Río de la Plata, ubicada entre el arroyo de ese mismo nombre y el San Juan. Perteneciente desde los años 1730 a la Compañía de Jesús, se la conoce actualmente como Calera y Capilla de las Huérfanas por corresponder este nombre al colegio bonaerense que la usufructuó después de la expulsión de sus originales dueños en 1767.



54. Nueva referencia a los desplazamientos regionales desde el costado Este - Noreste del Virreinato, también operante como unidad geográfica y continuo histórico con el territorio oriental del Río Uruguay.

55. Tucumán era precisamente una de esas zonas deprimidas y frecuentes expulsoras de población que, como en ese caso, terminaría estableciéndose entre otros sitios en la Banda Oriental.

56. Se trata de una aguda observación respecto del retraso tecnológico que se advertía en la zona.

57. Es muy acertada y en algunos aspectos muy original esta definición acerca de quienes tuvieron un papel fundamental en todos los desplazamientos por el medio rural.

58. Se está refiriendo a la población más antigua del territorio, fundada entre 1662 y 1664, aunque trasplantada posteriormente a otro sitio diferente del de su establecimiento original.

59. La deserción en las filas de los cuerpos militares era muy habitual en la época. Francisco Acuña de Figueroa lo refleja muy bien en su **Diario histórico del sitio de Montevideo en los años 1812, 13 y 14.**

60. De nuevo sus palabras respecto del paisaje parecen tener alcance profético. Al destacar el panorama cercano a la entonces llamada Capilla Nueva de Mercedes se estaba anticipando en varias décadas al momento que la ciudad se transformara en cuna del turismo uruguayo, sobre la muy discutible base de las propiedades curativas de las aguas del Río Negro.

61. Se alude a los descendientes de Francisco Martínez de Haedo que en 1763 pretendió erigirse en propietario de las tierras litoraleñas comprendidas entre los

terreno. Lauro Ayestarán ubicó referencias de músicos guaraníes misioneros en distintos puntos del territorio uruguayo.

78. Hombre de su tiempo y de su entorno, Saint - Hilaire se muestra como un firme defensor de las pautas de la civilización a que pertenece y, como sus antecesores del Siglo XVI, descalifica a quienes han puesto en práctica fórmulas de vida o ideologías diferentes.

79. Alude a las antiguas Misiones Orientales de la Provincia del Paraguay que después de la expulsión de los jesuítas ingresaron en un irreversible proceso de descomposición.

80. Francisco Javier Sití, valiente jefe artiguista en la provincia de Misiones, fue el último comandante general de esa provincia bajo el protectorado del líder.

íos Negro y Queguay. Tras una serie de debates y pleitos sostenidos sobre todo on la Compañía de Jesús, se redujo el límite norte de sus campos al arroyo Negro.

2. Finalmente el poblamiento efectivo del Rincón tardaría cuatro décadas hasta la parición del Pueblo Independencia (luego Fray Bentos) destinado a transformarse n formidable abastecedor de carnes al imperio británico.

3. Especie de carruaje ligero.

4. El Marqués de Pombal, Sebastián José de Carvalho y Melo, fue el más poderoso ninistro del monarca portugués José I entre 1750 y 1777. Introdujo una serie de eformas a las cuales se asocia con su propio apellido de nobleza.

5. La historia del afán europeo por agrupar a los indígenas de acuerdo a sus pautas ectoras de europeización y cristianización comenzó con las Leyes de Burgos en 1512.

6. Alude desde su punto de vista a los efectos del Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña y seguridad de sus hacendados, dictado por Artigas en setiembre de 1815.

7. Parece un nuevo acierto del autor la asociación de los orígenes de Paysandú con las misiones jesuíticas, sin mencionar al legendario Padre Sandú con el cual se ha insistido tradicionalmente sin que surjan pruebas de su existencia.

8. Saint - Hilaire no se está refiriendo únicamente al ejército artiguista sino que en su afirmación subyace el temor al federalismo, en cuanto proyecto más adecuado para toda la región aunque sólo alcanzara un estado puramente embrionario. En cierto modo la llamada revolución de los farrapos entre 1835 y 1845 constituyó una tardía muestra de la difusión del sistema hacia territorio riograndense, ya que el movimiento liderado por Bento Gonçalves se tituló federalista, liberal y republicano.

69. La obra está llena de referencias a la penetración fronteriza de portugueses y brasileños mediante la ocupación de tierras, lo que ha sido una verdadera constante en ese espacio geográfico.



70. Con la creación de ese poblado en la estratégica meseta del Hervidero, seis leguas al sur de Salto, Artigas procuraba generar un proceso de purificación colectiva del grupo español de Montevideo mediante su aislamiento perpetuo.

71. En la documentación notarial resulta frecuente hallar desde la época de la colonia referencias a esos hornos de cal ubicados en las estancias.

72. El prejuicio que una vez más asoma en la narración del científico francés es en cierto modo compensado por la defensa de los «indios puros», que por ser tales eran preferidos socialmente a los grupos resultantes de mezclas. Ello puede rastrearse por ejemplo en documentos eclesiásticos vinculados con la constitución de los matrimonios.

73. Otra visión del mismo asunto pero con relación a los blancos y europeos.

74. Prácticamente es el único ejemplo de indígenas que habían alcanzado algún grado de prosperidad, más frecuentes en zonas ricas como el Perú, donde su proceso ha sido llamado «tragedia del éxito». Véase Steve S. STERN. Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la conquista española. Huamanga hasta 1640. Madrid, Alianza Editorial, 1986.

75. La habilidad y la inteligencia de los aborígenes ha sido destacada y admirada entre otros por el franciscano Toribio de Benavente en México y por el jesuita Florian Paucke en el Río de la Plata.

76. La nueva demarcación [que incluía también a los fuertes de Santa Teresa y San Miguel] fue convenida por Lecor y el Cabildo de Montevideo en 1819 por el Tratado de la Farola, que no ratificó el gobierno portugués. No obstante, el antecedente fue utilizado por el estado brasileño como amenaza cada vez que hubo discusión sobre límites con su vecino, inclusive después de determinada la línea definitiva en 1851.

77. Precisamente la música había sido uno de los pilares de la educación brindada por los jesuitas, muchos de los cuales poseían grandes conocimientos en ese

terreno. Lauro Ayestarán ubicó referencias de músicos guaraníes misioneros en distintos puntos del territorio uruguayo.

78. Hombre de su tiempo y de su entorno, Saint - Hilaire se muestra como un firme defensor de las pautas de la civilización a que pertenece y, como sus antecesores del Siglo XVI, descalifica a quienes han puesto en práctica fórmulas de vida o ideologías diferentes.

79. Alude a las antiguas Misiones Orientales de la Provincia del Paraguay que después de la expulsión de los jesuitas ingresaron en un irreversible proceso de descomposición.

80. Francisco Javier Sití, valiente jefe artiguista en la provincia de Misiones, fue el último comandante general de esa provincia bajo el protectorado del líder.